





VIAGES DE FR. GERUNDIO.

VIAGES DE F. GERUNDIO.

VIAGES

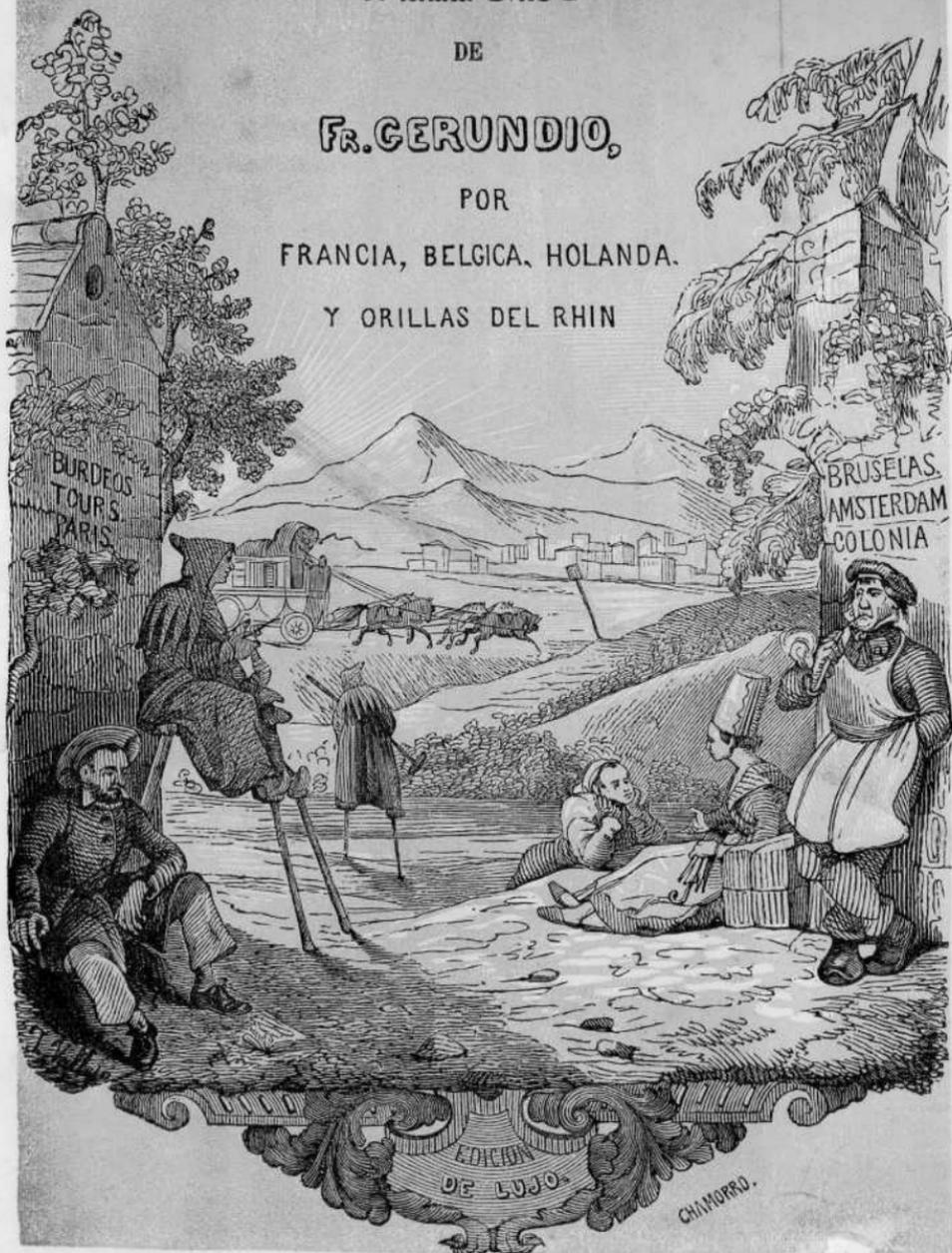
DE

FR. GERUNDIO,

POR

FRANCIA, BELGICA, HOLANDA.

Y ORILLAS DEL RHIN



1844

VIAGES

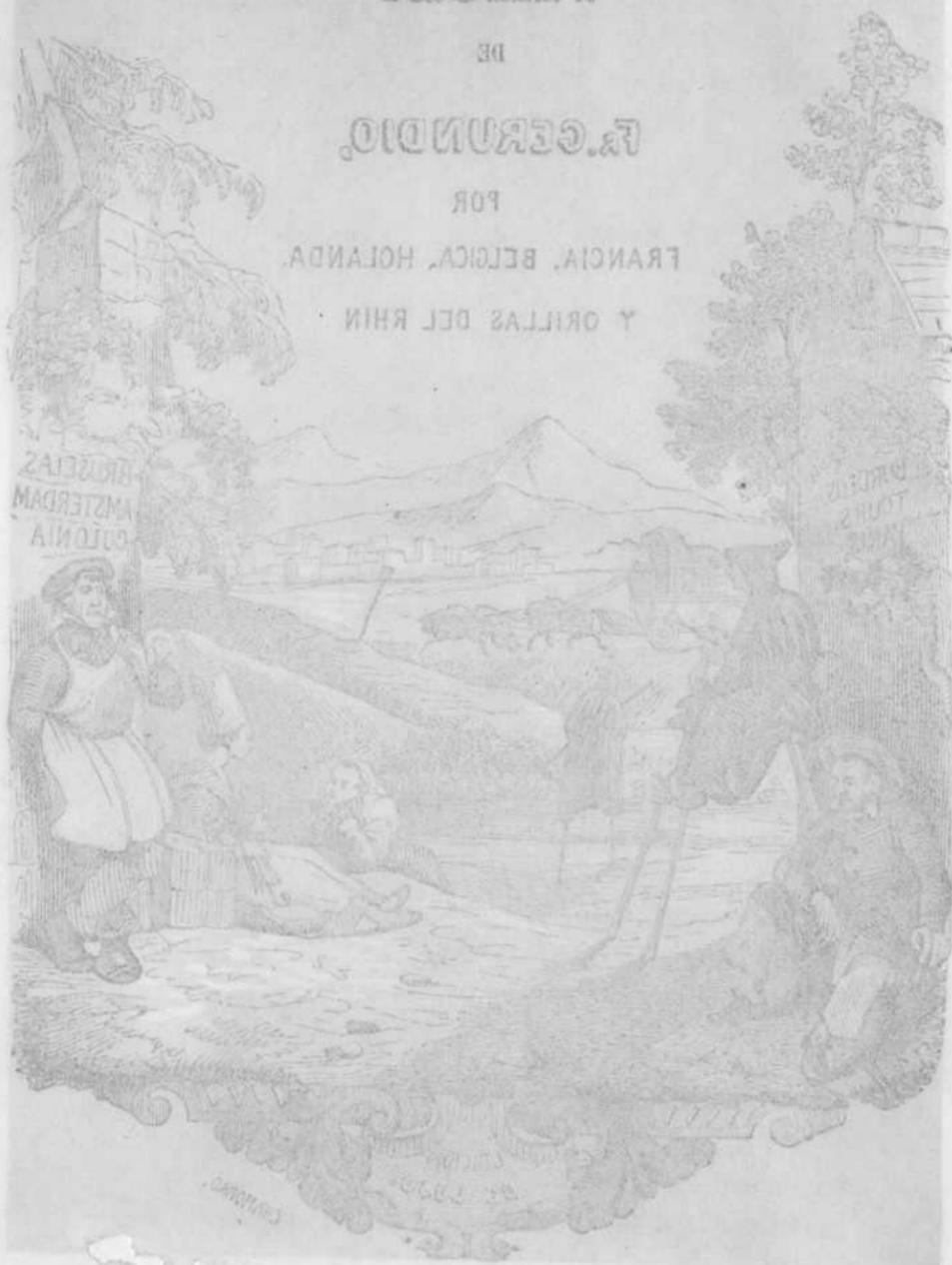
DE

F. GERUNDIO

POR

FRANCIA, BELGICA, HOLANDA

Y ORILLAS DEL RHIN



Ahí te envío, lector hermano, esta última página del tomo primero de mi *Viage*..... y no te asombre el vice-versa de llamar *última página* á la que para tí aparecerá la *primera*, y así se presenta en efecto en el orden de foliacion; pues para mí ha sido la última, puesto que te la escribo despues de terminado el tomo: y como no se trataba de adjudicacion de mayorazgo por derecho de primogenitura, no he tenido reparo, yo Fr. Gerundio, en dar la primacía de lugar á la que ha sido la postrera en nacer.

Digo que te envío, lector amado, esta primera y última página, para preparar tu ánimo á que mires con indulgencia esta serie de artículos de viaje, que no sé cómo llamar, si relacion, ó reseña, ó apuntes, ó memorias, ú observaciones, ó recuerdos: ni sé en verdad qué nombre merezcan, pero tú les darás el que en tu discrecion y buen juicio te parezca mas acomodado, ó bien los dejarás sin nombre, que por eso ni ellos ni yo nos habremos de querellar.

Ellos han sido escritos sin pretensiones de ningun género. Yo no me he propuesto mas que dar á conocer á mis compatriotas

llana y sencillamente algunas cosas y costumbres de los pueblos y países que he recorrido, y de que no había visto ocuparse otras plumas, que á haber querido tomarse este trabajo, lo hubieran desempeñado mucho mejor que yo.

Lo que sí te protesto es que he procurado decir verdad, y presentar las cosas tales como ellas se presentaron á mi pobre gerundiana investigacion. Si no las conocí bien, habrá habido error, no falsedad. Esto no sé si admite indulgencia; á tu generosidad lo dejo, hermano lector.

El segundo tomo comprenderá el paseo por Bélgica, Países-Bajos, y márgenes del Rhin hasta la vuelta á España. Algo menos conocidos son estos países para la generalidad de los españoles que la Francia, y de consiguiente algo mas curiosa podrá ser tambien su descripción. Así lo quisiera, lector carísimo, tu reconocido y devoto hermano.

FR. GERUNDIO.

Alto te envío, lector hermano, esta última página del tomo primero de mi Viaje..... y no te acordó el vice-versa de llamar última página á la que para ti parecerá la primera, y así se presenta en efecto en el orden de foliación; pues para mí ha sido de la última, puesto que te la escribo después de terminado el tomo: y como no se trata de adjudicación de mayorazgo por derecho de primogenitura, no he tenido reparo, yo Fr. Gerundio, en dar la primacía de lugar á la que ha sido la postrera en su nacimiento.

Digo que te envío, lector amado, esta primera y última página, para preparar tu ánimo á que mires con indulgencia esta serie de artículos de viaje, que no sé cómo llamar, si relación, ó reseña, ó apuntes, ó memorias, ó observaciones, ó recuerdos: ni sé en verdad qué nombre merezcan, pero tú les darás el que en tu discrecion y buen juicio te parezca mas acomodado, ó bien los dejarás sin nombre, que por eso ni ellos ni yo nos hacemos de que se llamen.

Ellos han sido escritos sin pretensiones de ningún género. Yo no me he propuesto mas que dar á conocer á mis compatriotas

VIAGES DE FR. GERUNDIO.

LA SALIDA DE MADRID.

Era la noche del 16 al 17 de agosto de 1841; el sol y la ley habian sufrido eclipse aquel dia; parcial é invisible el uno, total y visible la otra. La luna nueva habia entrado á las nueve y cuarto de la noche, y á la misma hora habia salido Tirabeque de la celda con los aprestos de viajar; el equipage y la capillada 363 quedaban en prensa, el uno en la vaca de la silla de postas y la otra en la imprenta de la calle del Sordo; hacía una hora que san Roque y san Jacinto, que estubieron de guardia el dia 16, habian dejado la consigna á san Pablo y santa Juliana que entraban el 17; los latigazos y voces del mayoral José Maria interrumpieron las campanadas del reloj del Buen Suceso que sonaban la una, y á esta hora en punto arrancó el coche de la *Mala* de la casa de correos con la redaccion de Fray Gerundio junta y entera vía torcida de Francia.

Las causas de esta salida pertenecen ya á la historia, y punto redondo.

Fumando el conductor, voceando el mayoral, durmiendo

Tirabeque, y envuelto yo en mi capote y en mis pensamientos, llegamos á Alcobendas á la hora en que se levantan los aldeanos y se acuestan los de la córte, sin haber despertado Tirabeque hasta que estrañó la falta de movimiento del coche que paró cerca de una especie de venta.—«¿Qué es esto, señor?» preguntó bostezando.—«Qué ha de ser? le dije; que en atencion á haber sido robado hácia este sitio el último correo, parece que aqui nos paramos á tomar escolta de un destacamento de infantería que de resultas ha dispuesto el gobierno establecer aqui.—Señor, segun eso todavia estamos en España. Y diga V., mi amo; el robar una vez el correo en un sitio ¿es señal de que en aquel sitio y no mas estará el peligro siempre?»

El ruido del carruage que volvió á rodar me impidió darle la respuesta. Un cabo y un soldado á pie que se volvió á los cien pasos, en lo cual obró con la prudencia de un general, constituian nuestra nueva escolta. Yo le pregunté á Tirabeque si un tal refuerzo de infantería no le parecia oportunísimo para quien va corriendo la posta, pero él, picado sin duda de que no hubiera contestado yo á su pregunta anterior, calló como un cartujo, ó bien creyó prudente dejar la respuesta al gobierno.

Las siete nos dieron en la aldea de Venturada á los 33 años justos de haber sido quemada por los paisanos de Mr. Salvandy (1) en su retirada de Madrid. Entramos en las ásperas sierras de la Cabrera; enseñé á Tirabeque el ex-convento de franciscanos que se deja á la izquierda, de no muy grata recordacion para cierto título de Castilla, que probó allí las delicias del claustro, y las dulzuras del gobierno absoluto; dimos vista al famoso *pico de la miel*, que en lo del *pico* pudiera bien opostárselas al mas charlatan saca-muelas ó al mas palabrero diputado, pero en lo de *la miel*, por mi padre San Francisco que asi tiene usurpado el atributivo como esos que se suelen decir *pico de oro*, y no le tienen sino de muy mediano ó ínfimo metal. Pasamos por entre aquellos inmensos montones de sueltas piedras,

(1) Embajador francés en aquel tiempo cerca de la córte de España.

tan desordenadamente por la naturaleza unas sobre otras colocadas, como yacen en nuestros interminables farragos hacinadas al desgaire nuestras leyes; y llegamos á desayunarnos á Buitrago.



MODELO DE ADMINISTRACION.

La calle por que teniamos que entrar en aquella antigua y sonora villa estaba en reparacion, y tres maderos colocados á su embocadura en forma de horca Caudina intimaban la prohibicion de entrar por allí los carruages. Sin embargo el intrépido zagal, que en su escrupulosidad por la observancia de las leyes parecia un subdelegado del gobierno, comunicando á las mulas sus enérgicas órdenes acompañadas de interjecciones espresivas, se entró de rondon, y conquistamos á Buitrago en agosto de 1811 con mas decision y en menos tiempo que pudiera conquistarla de los moros D. Alonso VI. de Castilla en 1083. Nadie se metió con el atropellador: en España el que acomete vence, aunque sea un zagal.

Allí manifestaron el mayoral y Tirabeque su deseo de desayunarse, en cuya virtud entramos en la posada de Presas, y echando mano Pelegrin al chocolate que iba de repuesto mandó hacer dos pocillos. Tomados estos y pedida la cuenta, resultó importar cuatro reales, lo cual escandalizó á Tirabeque y dió ocasion á serias contestaciones entre el posadero y él.—«¿Cómo qué? decia Pelegrin rebosando de ira; ¿con que aqui la administracion cuesta largas dos terceras partes mas del valor del capital?—Si señor, respondió Presas, y en esto no hago mas que acomodarme al sistema de administracion que felizmente nos rige.»

A tal contestacion nada tuvo Tirabeque que replicar, convencido de que aquel Presas no era sino uno de tantos Presas de nuestra administracion; satisfizo el pedido, y continuamos nuestro viage.

SOMOSIERRA.

Creo que ningun español que tenga entrañas de sentir y alma española podrá ver sin dolor y compasion el triste y miserable cuadro que ofrecen á su vista los infelices pueblos y los no menos infelices habitantes del país y puerto de Somosierra. Aquellas húmedas cabañas, aquellas chozas ó tugurios que llaman casas, aquellas mugeres envueltas en toscos sayales, aquellos niños desnudos, aquellas albarcas de cuero á medio adobar que los hombres se ajustan á las piernas con correas del mismo género, aquellos pálidos y macilentos semblantes en que sin necesidad de inscripciones se lee el hambre y la miseria, no pueden menos de escitar sensaciones dolorosas é impresiones de amargura y compasion.

Lamentábame, yo Fr. Gerundio, de aquellos desgraciados, y oyéndome Tirabeque repuso: «la verdad, señor, yo no sé por qué estos ciudadanos han de estar así, porque ellos han tenido Estatuto, ellos han tenido Constitucion del 12, ellos tienen ahora Constitucion del 37, ellos han tenido gobiernos moderados,

ellos han tenido gobiernos exaltados.... Señor yo no sé qué les puede faltar ni qué mas pueden apetecer.—¡Ay , Pelegrin , Pelegrin! esclamé: eso prueba bien lo poco que se han ocupado,



lo nada que han cuidado unos y otros de mejorar la suerte de los infelices pueblos, que ojalá en esto y no en fatigosas é interminables cuestiones y quisquillas de partido hubieran pensado alguna vez!—Ande V., señor, que estas gentes no van á los ministerios ni se dejan ver en los salones de las córtes.—¡Pero no los vé alguna vez el ministro que pasa por aqui, ó el diputa-

do que viaja por estos lugares?—Sí señor, pero los ven de prisa y paran poco la atención; y aunque los vean, llegan luego á Madrid y.... ya sabe V. la virtud del agua de la Cibeles (1).

Distragéronnos algun tanto de estas reflexiones las cristalinas aguas que se deslizan de aquellas sierras, que en otra parte servirian para fábricas y manufacturas y alli sirven para cristalizar é inutilizar el camino en tiempo de invierno; y tropezando con la venta de Juanilla advertimos que habiamos salido ya de la provincia de Guadalajara y entrado en la de Segovia.

Y PROSIGUE SU CAMINO.

A nadie le importará mucho saber si comimos bien ó mal en Castillejo, sino á la empresa de postas, y á esta supongo yo que le bastará saber que se podia comer mejor. Ni el viajero tiene gran cosa que observar en Boceguillas, Fresnillo, Serezucla, Caravias, Honrubia y Milagros, sino los pocos milagros que nosotros hemos hecho con tantos y tan limpios riachuelos y torrentes como de aquellas colinas se desgajan, y cuyos caudales, nosotros los españoles como bastante acaudalados ya, dejamos correr en plena libertad sin coartársela de modo alguno con esos estorbillos que llaman fábricas con que suelen tiranizar las aguas los tontos de los extranjeros.

Al mismo tiempo que nos alcanzó á nosotros la noche alcanzamos nosotros á Aranda de Duero.

Si como era Fr. Gerundio hubiera sido Cervantes, me hubiera alegrado mas de entrar en aquella antigua villa, bastára que hubiese nacido en ella su casi único protector el arzobispo de Toledo D. Bernardo de Sandoval y Rojas. No me pesó sin embargo el verla, aunque á media luz, y mucho menos el que se nos

(1) Hermosa fuente de Madrid, á cuyas aguas ha dado Fr. Gerundio la misma virtud que á las del Leteo.

agregáran allí dos hermanos Arandinos con el niño Moisés (1), los cuales cenando juntos en Bahabon tuvieron la bondad de ocuparse en hablar de Fr. Gerundio y Tirabeque, recordando algunas de sus capilladas, sin que ellos supiesen, ni por la imaginación se les pasára, ni nosotros nos diéramos por entendidos de que Fr. Gerundio era el que les estaba haciendo plato, y Tirabeque el que cuidaba de suministrar el vino.

La noche me impidió ver al pasar por Lerma el palacio de los Duques, y por consecuencia el sitio en que Felipe V. en 1722 entregó á la infanta doña Mariana para esposa del rey Luis XV. de Francia; justamente de aquel reyecito dichoso, cuyos papeles nos trae ahora el señor Salvandy para dorarnos su tenacidad en no querer presentar sus credenciales de embajador al regente de España sino precisamente á la reina Isabel, pues dice que así lo hizo entonces el embajador español con el susodicho niño Luis XV., siendo regente del reino el duque de Orleans; que por cierto que el tal antecesor del amigo Luis Felipe tuvo ingeniatura para acomodar sus dos hijas con los dos infantes hijos de nuestro rey, á la manera que su descendiente mi amigo habrá calculado mas de una vez, y acaso estará calculando ahora mismo, endosarnos alguno de sus hijos (líbranos, señor, de todo mal, por mas que ellos sean unos guapos muchachos) con nuestra Reinita, que por lo visto le viene de familia la tendencia á estos enlaces y conyugios. Y volviendo al Sr. Salvandy.... pero volvamos á nuestro camino, que no es este el lugar de ocuparnos de Salvandys, y capilladas tiene nuestra reverencia que sabrán ocuparse de él.

Fuimos pues dejando atrás á la antigua Termes, y la salida del sol nos proporcionó ver á lo lejos las torres de Búrgos: pero aquí me permitirán mis lectores descansar un poco, porque llevo andadas 41 leguas mortales, que me parece una jornada regular.

(1) Hago aquí mención de este Moisés, porque como verán mis lectores en el discurso de estos viages, parece que estoy destinado á viajar con nombres del antiguo testamento.

ENTRADA Y SALIDA DE BURGOS.

«Yo te saludo, patria del Cid y de Fernan Gonzalez, cuna de Pedro el Cruel y del tercer Enrique, de Lain Calvo y Nuño Raura, de la primera Leonor, y de San Julian obispo de Cuenca....—Y de San Lesmes su limosnero, señor, que si santo fué el amo, no lo fué menos su Tirabeque, y tan burgalés fué el uno como el otro, y sin quitar la gracia de la santidad al obispo, mas gracia encuentro yo en que llegára á ser santo el que le administraba la hacienda, que tengo para mí que no se aviene muy bien la santidad con el oficio de administrador de la hacienda de otro, á lo menos en estos tiempos que nosotros tocamos.»

Así interrumpió Tirabeque el saludo que al divisar las agujas de la catedral de Burgos dirigia yo Fr. Gerundio lleno de emocion á la antigua capital de Castilla la Vieja. Sin embargo, despues de la competente reprension por su impertinencia proseguí. «Yo te saludo, ciudad de recuerdos y de glorias, rival de la imperial Toledo, que mereciste que en las Cortes de Alcalá te otorgára el Rey D. Alonso XII la primacía en hablar cuando dijo: *«Hable Búrgos, que yo lo haré por Toledo:»* á tí, ciudad de los concilios y de las córtes, de los Alonsos y los Fernandos, de los Mendozas y los Pachecos: á tí, patria de los valientes y sóbrios castellanos que armados de carabinas y de chuzos, y vestidos de calzon corto y media de seda salieron á batir y domeñar el año ocho de este siglo las formidables huestes Napoleónicas, orgullosas con los laureles de Austerlitz, Jena y Friedland, cuya noble arrogancia si no fué coronada por el éxito, demostró al menos el ciego ardor de los castellanos por la independenciam de su patria».

De esta manera saludaba yo Fr. Gerundio á aquella ciudad de memorias históricas desde las orillas del espeso monte que poco antes de llegar se encuentra, cuando el buen Pelegrin me llamó de repente la atencion diciendo: «Señor, señor, mire us-

ted cómo corre y cómo brinca por allí un conejito; ¡viva la libertad absoluta! Si tubiera aquí una escopeta, desde aquí mismo le alumbraba un tiro que le hacia caer dando vueltas.—¡Bravísimo, señor lego, bravísimo! Con que «viva la libertad, y si tubiera aquí una escopeta desde aquí mismo le alumbraba un tiro?» Así entienden muchos la libertad, Pelegrin; libertad para perseguir al inocente cuando bien les venga, y para tirarle un tiro cuando de su destruccion les pueda resultar provecho. Y sobre todo, ¿te parece que un miserable conejito es cosa para llamar la atencion de un viajero observador y reverendo que vá buscando cosas de bulto y de sustancia?—Señor, ésta de mucho bulto no es, pero de sustancia debe serlo, que los conejos de esta tierra tienen fama de muy sustanciosos; ademas que un viajero pienso que no debe despreciar nada de cuanto vea, aunque parezcan cosas menudas, que todo podrá venirle bien, y de cosas menudas se sirve Dios, y á veces hace con ellas mas que con las grandes.»

En esto observó un gran edificio que á la derecha en una colina se veía. «¿Qué es aquello de la derecha, mi amo? me preguntó.—Aquella, le contesté, debe ser la famosa Cartuja de Burgos, ó sea de Miraflores, que este nombre le dió D. Enrique III su fundador, mientras que fué palacio de recreo suyo, pues monasterio no fué hasta que el Rey D. Juan el II lo cedió á la órden de Cartujos.—Y diga V., mi amo:

¿qué se hizo el Rey D. Juan?

Los infantes de Aragon»

¿qué se hicieron?

—¡Valgame, Dios, Pelegrin, y qué importunamente has traído esos versos de Juan de Mena! Si preguntáras:

¿Qué se hicieron los Cartujos?

Los bienes que poseían

¿qué se hicieron?

Y sus cuadros y dibujos,

y las rentas que tenían,

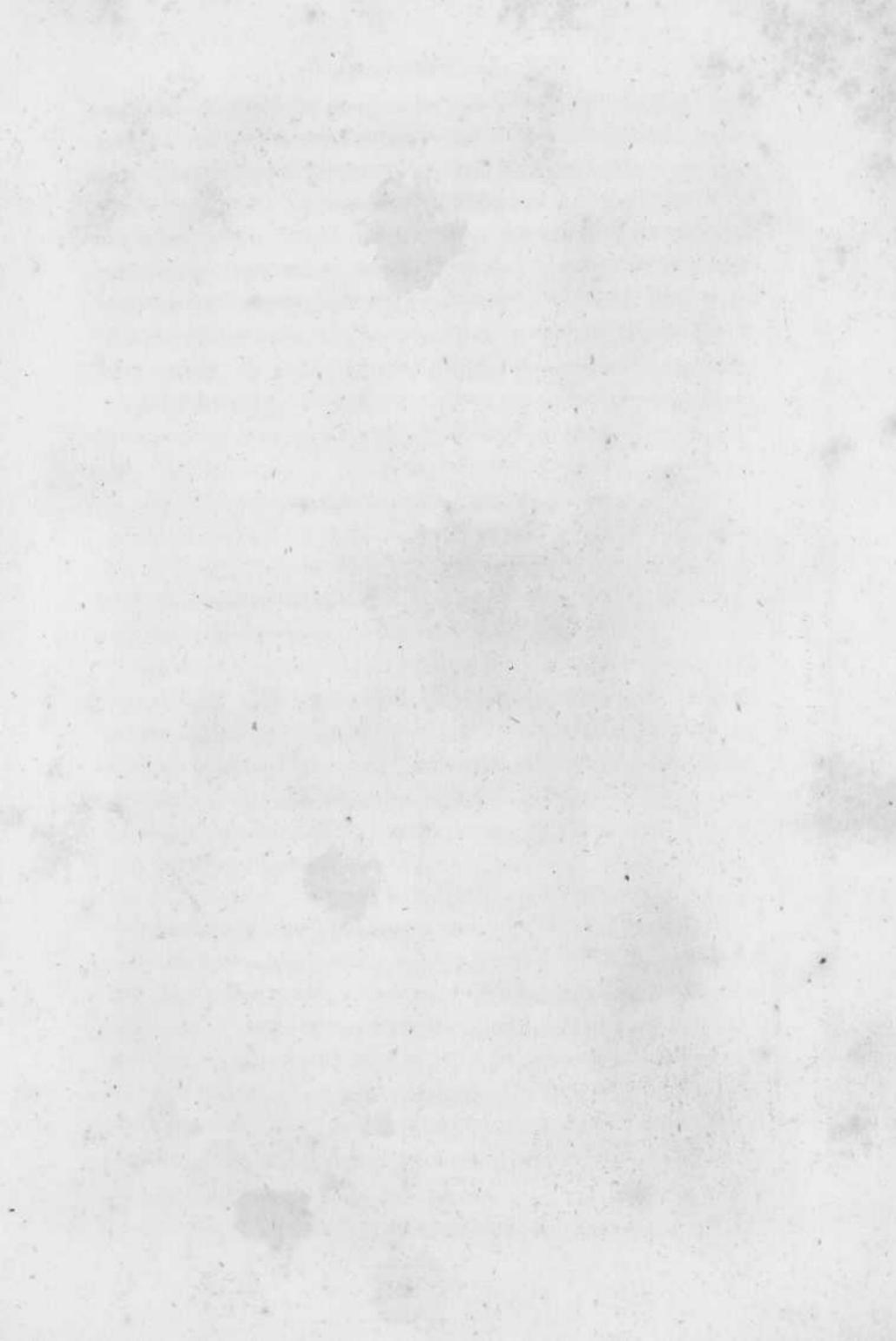
¿dónde fueron?

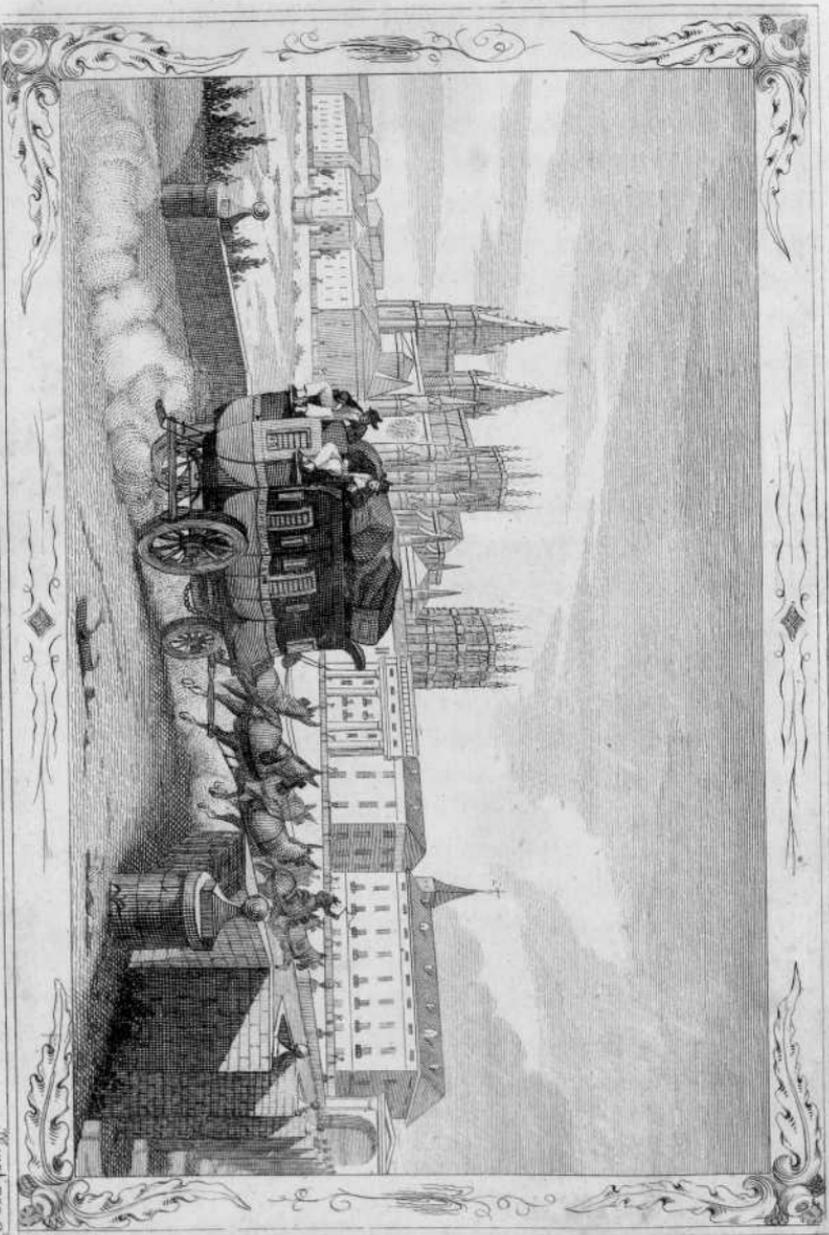
«Por lo demas ese rey D. Juan y su hijo el infante D. Juan ahí deben estar en dos magníficos sepulcros que poseía la Cartuja, y de los cuales no sé qué habrá hecho el gobierno.—Señor, yo no pregunté á V. lo que habia sido de esas rentas y demás, porque supongo habrán pasado á la *Mortificacion* (1) como las de todos los conventos.—Así lo creo, Pelegrin, aunque en eso pudiera haber sus mas y sus menos, pues ahí tienes bien cerca el monasterio de las famosas Huelgas, que es ese que está ahí á la izquierda....—¿Cuál, mi amo? ¿Ese que se ve allí abajo?—El



mismo: las cuales segun me han informado, todavia están en posesion de sus bienes y sus rentas lo mismo que antes del decreto de su aplicacion al estado.—Señor, ¿V. qué dice! ¿Y qué privilegio tienen estas señoras Huelgas sobre todas las otras religiosas que no huelgan para que á todas las demas se les haya echado la nacion sobre sus bienes y á estas nó? ¿Porque sean señoras acaso? Pues tan señora pienso yo que era una monja recoleta de lo poco que tuviese como estas Huelgas de lo mucho

(1) A la *Amortizacion* queria decir Tirabeque.





U. 1849

En esto advertí que estábamos pasando el puente que da entrada a la ciudad....."

Moreno

que puedan tener.—Ya ves, hombre; como estas señoras tuvieron por abadesas allá en tiempos antiguos nada menos que á una Doña Sol, á una Doña Leonor de Castilla, y otras infantas de Castilla y de Leon: como en su iglesia se coronó el rey Don Alonso el Onceno; como en ella D. Juan el I armó de caballeros nada menos que á 100 señores etc. etc.»

En esto advertí que estábamos pasando el puente que dá entrada á la ciudad, y por bajo de cuyos arcos se deslizan las aguas del rio Arlanzon que bañan los bordes del afamado *Espolon* de Burgos. A lo largo de éste y á nuestra izquierda avistamos cuatro estátuas de piedra que miran hácia la ciudad, y las cuales si no me engaño han de representar á los Reyes D. Alonso undécimo y D. Enrique tercero, á Rodrigo Diaz de Vivar, y Fernan Gonzalez. Las unas con el cetro y las otras con la espada en la mano, todas están en una actitud amenazadora y como apostándose al pueblo y diciendo: «yo os sujetaré, fieros y orgullosos castellanos.» Cuya aplicacion, que parece deducirse naturalmente de la actitud, no sé hasta qué punto y con qué justicia pudiera entrar en la mente del escultor.

Apenas pudimos llegar á divisar el elegante arco de triunfo erigido al emperador Carlos V. en memoria y al poco tiempo de haber destruido las comunidades de Castilla; el cual, artísticamente considerado, es de un relevante mérito por su grandiosidad y belleza, pero mirado politicamente, no deja de ser un perdurable padron del despotismo con que el hermano aquél tuvo el gusto de empañar las proezas suyas y las grandezas nuestras de aquella era. De sentir es que los hermanos Burgaleses no puedan enseñar al viagero aquella lámina hermosa de piedra sin obligarle á leer una página de la historia de España grabada con el hierro del despotismo y la opresion.

En las dos horas que alli tenia que detenerse el correo, Tirabeque era de sentir que lo primero que debiamos hacer era almorzar, pero yo le obligué á que diéramos antes un ligero repaso á la gran notabilidad de Burgos, á la Catedral. Y siendo como fue y no podia menos de ser un ligero repaso, ya se

supondrá que no voy á hacer aquí una descripción artística y facultativa de ella; que si la desea el gerundiano lector, autores tiene á quienes poder consultar y que lo han hecho con mas inteligencia que lo podria yo hacer. Guiábanos un sacristan, al parecer de la escala mayor de los sacristanes, con permiso sea dicho del hermano D. Joaquin Maria Lopez, que como no reconoce escala alguna en los empleos del gobierno, no sé si la reconocerá en los empleos de los cabildos. Entre las curiosidades que nos enseñó aquel conductor sacro-profano (pues si bien por un concepto pertenecia á la iglesia, por otro era del estado civil, puesto que tubimos ocasion de conocer á su cónyuge; ó como quien dice, hombre de disciplina exterior eclesiástica como los arreglos y disposiciones que con tanto *benéplácito* del clero está dando á toda prisa y á raja tabla el ministro de Gracia y Justicia), una de ellas fue *el cofre del Cid*, que se conserva colgado en la pared de una de las capillas laterales de la entrada, y del cual parece que aprecian mucho los extranjeros cada astilla que de él puedan llevar, por llevarnos hasta las astillas de los cofres viejos de nuestros héroes. Y esto no hay que estrañar, porque no solo las astillas, sino los huesos mismos de los cadáveres de nuestros insignes varones nos arrebatan de los sepulcros, si nos descuidamos, como sucedió con los restos del Gran Capitan, que yacian en el ex-monasterio de San Gerónimo de Granada, que cuando fueron el año pasado los académicos comisionados á exhumarlos, se encontraron solamente con medio Capitan, y creíase con fundamento que la otra mitad habian hallado algunos extranjeros el medio de extraerla y apropiársela. Con que si los huesos no están seguros en los sepulcros, ¿qué harán los cofres colgados? Y si los cofres viejos corren peligro, ¿qué hará lo que se guarda en los cofres nuevos?

Contemplaba yo embebecido aquel monumento de nuestras glorias, cuando advertí que faltaba Tirabeque de mi lado. Dímonos á buscarle por toda la catedral, y al tal niño perdido le hallamos en el templo; pero ¿cómo y en qué lugar? Frente por frente del *Papa-moscas*, y mirándole de hito en hito con un palmo

de boca abierta; que no sé quién de los dos estaba hecho mas *Papa-moscas*. Aguardaba Pelegrin á verle mover las mandíbulas y dar las bocadas al tiempo de sonar la hora del reloj, pero en

velocidad en ella el sacerdote. Tardaba en esto muy devota-

mente un Crève, aplicándole, según me dijo, por el buen re-

solta y

entab

mi ni

que

mos

corre

tro u

hallo

ligio

Borg

princ

diver

dog

as

cup



vano; habíale los canónigos impedido el ejercicio mandibular para que no sirviese de entretenimiento á los aldeanos y bobalicones, y de estorbo al recogimiento de los devotos.

Recobrado Tirabeque de su embaucamiento, nos volvimos hácia la capilla del célebre *Santo Cristo de Búrgos*, al cual vimos de lejos, absteniéndonos de acercarnos en razon á estarse celebrando en ella el sacrificio. Tirabeque le rezó muy devotamente un *Credo*, aplicándole, segun me dijo, por el buen resultado de la ley de culto y clero, y levantándonos los dos, y entablado relaciones inmediatas entre el bolsillo gerundiano, mi mano izquierda, y la derecha del sacristan conductor, que se entendieron en silencio, salimos de la catedral, tomamos nuestro desayuno, y nos dirigimos á la administracion de correos á esperar la hora de partida.

Aquel dia, ¡cosa rara! en la capital de Castilla no se encontró un solo Castellano, y en aquella cristianisima ciudad no se halló un solo Católico.

Es decir (porque no padezca mucho tiempo la reputacion religiosa y española de aquel pueblo), aquel dia no se recibió en Búrgos ni un *Castellano* ni un *Católico* (periódicos). Aviso á la principal de correos de Madrid, aviso á los suscritores á periódicos, y desengaño á Gerundios periodistas.

«Al coche, señores», dijo el mayoral; obedecimosle como doctrinas, y salimos de Búrgos.

VAMOS ANDANDO.

Mucho me detuve ayer en Búrgos, por lo cual será preciso hacer hoy mas de prisa la jornada. ¡ Ah! las intenciones buenas son, ¿ pero cómo he de apresurarme, pobre de mí, si á poco mas de un cuarto de legua se rompió una de las piezas principales del coche, y tuvimos que apearnos todos, y usar de martillos, y de clavos, y de abrazaderas, y de tenazas, y hasta del gato, y sentimos que no hubiese allí una fragua ó un taller de carruages, y trabajamos todos como *negros*, (perdónenme los ingleses un lenguaje tan contrario á su sistema de emancipacion), y nos llevó la operacion larga media hora?



Yo no diré que este fracaso consistiera en lo descuidados ó mal parados que tenga los carruages la empresa de postas; porque verdaderamente habia muchos motivos para aquella ruptura; en primer lugar el terreno llano, en segundo el camino bueno, en tercero el piso bien enjuto, y en cuarto que el coche llevaba pocos hombres, bastantes bestias, y casi ningun peso: circunstancias todas que prueban que el carruage iba bien acondicionado, por cuya razon la empresa no debe ser responsable de los retrasos del correo.

Pero todos los retrasos pueden resarcirse; y el mayoral, siguiendo el egemplo de las cortes del año pasado que al principio se llevaron unos cuantos meses sin hacer nada, y luego en mes y medio nos daban á ley por dia, cuando no saliamos á ley por mañana y ley por noche, procuró compensar el tiempo perdido, y pasando velozmente, asi á lo Balmaseda, por la Brújula, que se dice el punto mas alto de España, de no muy grata memoria para el conde Negri, por el fértil y ameno valle de Bureba y por el monasterio de Rodilla, antiguo tránsito de una

calzada de los romanos, llegamos mas pronto de lo que habiamos creído á Bribiesca; á aquella linda villa, por cuyo modelo hicieron los reyes Católicos la ciudad de Santa Fé en la vega de Granada, y en que tuvieron origen el título de *Príncipe de Asturias* para el heredero presuntivo de la corona de Castilla, y los condestables del duque de Frias de que hoy es digno ramal el que hace dos años hemos tenido de ministro de Estado y Presidente del Consejo de ministros, y que si nos descuidamos nos vuelve, así á lo tonto, á los tiempos en que las Bribiescas se daban en agualdo á los Pedros Fernandez de Velasco y otras yerbas.

Aunque no hubiera leído la topografía de aquella villa, ni visto la feracidad de su terreno, hubiérame bastado la comida para conocer que era abundante de pan, vino, ganados, frutas, caza y pesca. Esto era lo que á Tirabeque le importaba, y no su celebridad por las guerras civiles contra Don Pedro el Cruel y su hermano Don Enrique duque de Trastamara; y en la mesa le dejé apurando los postres para ir yo solo á ver de repente los dos estanques de aguas minerales de 50 pies de circunferencia cada uno, y cuyos nombres parecen puestos por algun político de esta época, pues el uno se llama el Pozo *Blanco* y el otro el Pozo *Negro*, si bien no dejan de ofrecérsenos ejemplares de que uno mismo sabe hacer á *blanco* y á *negro* con envidiable frescura.

ENTRE DOS PEÑAS FEROCES.

Al traves de dos montañas calizas que se van gradualmente estrechando, fuimos desde el pequeño pueblo de Santa Maria hasta Pancorbo. Aquellas montañas forman parte de los *Montes de Oca*, por los cuales se juntan los Pirineos con las montañas septentrionales de España. Yo no sé si sería la identidad de nombre la que movió al ex-ministro *Montes de Oca* á ir á buscar aventuras por aquel país que dá entrada á la provincia de Alava,

pues no veo qué otra razón pudo impulsar á un andaluz á ponerse al frente de una insurrección Alavesa (1). Pero dejemos á este desgraciado, que bien cara pagó su temeridad importuna, y coloquémonos con Tirabeque entre las dos peñas feroces que forman la estrecha *garganta*, á cuyo pie está la antigua villa de *Pancorbo*. Al verse Pelegrin entre aquellas formidables rocas que parece van á desplomarse sobre el viajero, y que efectivamente forman uno de los pasos mas imponentes de España, perdió un poco el color y mirando al cielo dijo: « Señor Dios de las



alturas, yo soy un miserable mortal....» y como el estrecho no es mas que de 10 á 12 pasos, al llegar al « mortal, » se vió fuera del peligro y continuó: « que no temo pasar por los sitios mas peligrosos del mundo. »

(1) Alude Fr. Gerundio á la insurrección que estalló en octubre de aquel año, y de que fué una de las víctimas el ex-ministro *Montes de Oca*.

El viagero intenta ya en vano descubrir con la vista los restos de la famosa batería de Santa Bárbara, que estuvo en una eminencia sobre el costado derecho del pueblo, y que tan célebre y tan temible se hizo en tiempo de las irrupciones de los moros; y apenas podrá divisar los vestigios de los fuertes de Santa Engracia, Santa Marta, Animas, Cruz etc. que en el mismo sitio se construyeron despues, y que destruyeron hasta no quedar piedra sobre piedra los cien mil *Angulemos* dichosos que en el año 23 vinieron á traernos las cien mil simpatías de acero absoluto de parte de la vecina.

SAN ISIDRO Y UN COMISARIO DE GUERRA.

Apretaba el sol tan sin piedad como una comision militar por la llanura que desde la Garganta de Pancorbo conduce á Miranda de Ebro, punto constantemente guarnecido de nuestras tropas durante la pasada guerra civil, de la cual se veian á cada paso reliquias en los fuertes y casas aspilleradas que frecuentemente se encontraban.

Mientras el conductor despachaba su correo en aquella oficina, Tirabeque y yo nos dimos á echar *una mirada por Miranda*. Nuestros devotos pies nos llevaron insensiblemente al pórtico de un templo, que si no me es infiel la memoria, era la parroquia de San Isidro. Daré las señas; es la iglesia en cuyo portal hacen ahora los carabineros de Hacienda y dependientes de la Aduana el registro de los efectos de mercancías, de manera que á veces acontece que el párroco va á decir misa y halla interceptada la puerta de la iglesia con un maletón revuelto ó con un fardo de géneros de algodón decomisado. Un venerable anciano, al parecer sacristán jubilado sin sueldo, tuvo la bondad de franquearnos la entrada en la iglesia, que es ciertamente bien pequeña y humilde. Hacía de pila del agua bendita una aljofaina de loza como la que ordinariamente usa Tirabeque para su *toilette*,

sin exageracion alguna; verdadero emblema de lo que nuestros legisladores han cuidado de subvenir á las atenciones del culto. Enseñónos el anciano un San Isidro que en un altar de la derecha, al lado opuesto de un San Agustin buen mozo, habia, y del cual nos dijo: «este San Isidro tenia antes un baston de mucho valor en la mano.—¿Qué se hizo pues? le pregunté yo.—Se lo llevó, me dijo, un comisario de guerra que hubo en esta plaza, diciendo que á él le venia muy bien.—Que me gusta, replicó Tirabeque, la confianza del señor comisario; pero en parte les está á vds. bien empleado, para que otra vez no pongan vds. bastones de precio en manos de un labrador en quien estaria mejor una ahijada y una reja.—Y si la reja era de plata como la merece el santo bendito, repuso el sacristan, ¿estaria segura de comisarios?—Punto para el sacristan, le dije á Pelegrin; y tomándole del brazo volvimos á buscar la silla de posta.

BIEN SERIA, PERO NO ES NECESARIO.

Al pasar la columna de piedra que demarca el limite estremo de Castilla y la entrada en la provincia de Alava, teatro de una guerra sangrienta de siete años entre hijos de una misma patria, no puede dejar de experimentarse una sensacion dificil de definir, porque no sé cuál de las dos impresiones opuestas es mayor y mas fuerte, si la del doloroso recuerdo de su larga duracion y sus horrores, ó la de la dulce satisfaccion de verla terminada y fenecida.

Es de suponer que al llegar aqui esperan mis lectores, y parece que tienen derecho á esperarlos, que puesto que entro en un país tan fértil en recuerdos históricos recientes, que cada paso que por él se dá trae á la memoria un brillante hecho de armas, ó un contratiempo lamentable, ó una imperdonable sorpresa, ó la apatía de un general de division, ó la acti

vidad de un gefe de columna, ó la muerte gloriosa de un héroe, ó el arrojó de un soldado desatendido, ó el bárbaro martirio de un prisionero, ó la valentia de un fanático carlista, ó la peregrinacion de un pretendiente ambulante, ó los decretos sanguinarios de una junta rebelde; en un pais en que cada cerro es una historia, cada colina un catálogo de sucesos, cada valle un compendio de vicisitudes bélicas, cada pueblo un libro de calamidades y desgracias, y cada comarca una galería de cuadros ensangrentados; esperan, digo, que haya yo de exornar mis observaciones de viagero con la reseña de los principales sucesos acaecidos durante la guerra en cada pueblo de mi tránsito.

Bien sería, hermanos míos, pero no es necesario; lo que en la presente ocasion equivale á decir, «no es posible.» Y esta imposibilidad, de que no tiene la mas mínima culpa Fr. Gerundio, puesto que él ni ha sido ni es general, ni gefe de estado mayor, ni coronel, ni comandante, ni auditor de guerra, ni comisario, ni siquiera alferez, ni físico, ni capellan de regimiento siquiera, ni jamás ha pertenecido al ministerio de la Guerra, ni sido oficial de ninguna inspeccion: esta imposibilidad pues me hizo esclamar entonces (y es idea que ha hecho conmigo todo el viage de ida y vuelta): «¿es posible, Señor Dios de los ejércitos, que despues de dos años de concluida la guerra, entre tantos militares ilustrados como tenemos, no haya habido una buena alma, sea brigadier, ó coronel, ó comandante, ó capitán, ú ordenador, ú oficial de secretaría, ó ayudante, ó cabo furriel que fuera, que haya concebido el pensamiento de hacer una *guia del viagero* con una sucinta historia de los principales hechos de armas que hacen interesantes los pueblos de esta carrera: lo cual daria instruccion y entretenimiento al viajante, curiosidad y conocimiento el estrangero, importancia á estas poblaciones, datos á nuestra historia, gloria á nuestras armas, y hasta provecho y aumentos al bolsillo del escritor? ¿Es posible que el pasajero que quiera recordar algunas noticias de este célebre pais, haya de tener que brujulear *la Revista militar* de San Miguel, el escaso folleto titulado *El campo y la corte de don Cár-*

los, ó les *Memoires du Prince Lichnouivski*, tan estrangeras como son, ó bien consultar al tomo á la rústica del zagal que arrea las mulas ó á la provinciana en media pasta que asiste á la mesa y sirve la comida?»

Ello es que así sucede, y que el viagero que por aquellos históricos pueblos transita, echa de menos un manual de recuerdos para sí, cuanto mas para transmitirlos á otros, y no puede dejar de entonar un *Laudamus* á la desidia española que así ha descuidado un punto de que los estrangeros hubieran sacado un partido incalculable en provecho particular y del país. En fin, lavo mis manos en la materia, y prosigo mi ruta.

PROVINCIAS VASCONGADAS.

Desde la fértil y deliciosa llanura de la Puebla de Arganzon, bañada por el rio Zadorra de abundante y sabrosa pesca, se divisaba á lo lejos en una altura el famoso castillo de Guevara, que sufrió mas ataques que le esperan ahora al ministerio, y le esperan muchos. Pasamos por el desfiladero de las dos montañas lla-



madas *las Conchas*, solo comparables á las conchas de cierto galápagos francés que figura en primera línea entre los hombres de la Europa moderna; y llegamos á Vitoria á tiempo de poder ver con la luz del dia la famosa plaza, que aunque hermosa, no me pareció tan admirable como la fama la predica, y que en mi entender tiene que rendir párias á la de Salamanca, perdóneme este parecer el hermano Obaquibel su arquitecto y director.

Miraba yo á Vitoria como el centro histórico de los cien planes de campaña, allí concebidos ó desde allí desplegados por los cien generales en jefe que tuvieron la mision de concluir la guerra, y de los cuales los noventa y nueve sabe el curioso lector la bienandanza que tuvieron, y del uno restante los peritos juzgarán. La Vitoria de mediados de agosto indicaba ya sobrado á quien entenderlo quisiera, lo que prometia ser la Vitoria de primeros de octubre, pero como el gobierno no viajaba por allí estaba *inocente*. Y mientras el jefe político, el hermano Manrique, me confiaba sus temores y me manifestaba la crítica posicion en que le tenian los fueristas, Tirabeque debió estar ocupado en bien otro género de observaciones, puesto que vino á interrumpirnos diciendo: «Señor, bien me decian á mí, que en esta tierra encontraria ya otra clase de doncellas en las posadas: estas ya son mas guapas, y mas curiositas, y de mejor genio que las de atrás; no tienen mas sino que defienden sus fueros como unas perras.— Retírate de ahí cuanto antes, le dije, impertinente: respeta siquiera á este caballero, ya que no me respetas á mí.»

A este tiempo entró tambien el mayoral llamándonos al coche, y aunque sentía igualmente su interrupcion, los mayores están facultados para no ser impertinentes, y obedecemos sus órdenes con viagera humildad y religioso silencio.

Pasé rezando completas por Ulibarri-Gamboa; y no habia acabado los maitines de san Bernardo cuando nos vimos en la cumbre de la cuesta de Salinas, asi llamada (la villa) de las fuentes y manantiales de sal que á corta distancia de ella brotan en abundancia, y en cuyas fábricas se pueden elaborar hasta millones de fanegas en caso necesario.

Culebreando el coche por entre los montes de Muzru, Arrambizar, Bedoñalarra é Itturrichipi (esto indica bien que estamos ya en el país de *turris eburnea*), dimos vista al Mont-Dracón de Don Alonso X, y al Mondragón que fué de don Carlos, caminando por un terreno sembrado de *geodas* y piedras de águila enclavadas en las pizarras y capas ferruginosas de que está bordado, dando aquí principio las colinas sembradas de robles, hayas, castaños y manzanos, lino, judías, nabos y esquisitas berzas, alternadas con las casas de campo, fuentes, arroyuelos, deliciosos paseos, molinos harineros y ferrerías, movidos la mayor parte por las aguas del Deva. Mi paternidad saludó reverentemente á la patria del famoso historiador de España D. Esteban de Garivay y Zamalloa, que segun las crónicas de familia y la cronología de los apellidos debió ser uno de mis progenitores maternos, fuera de lo que tengo de Gerundio, mientras Tirabeque, á quien dí noticia de esta relacion de consanguinidad, se dió á buscar el alma de Garivay que decía debería permanecer por aquellos sitios puesto que no la habian querido ni en el cielo ni en el infierno (lo que no quiera Dios suceda con la de este su pobre descendiente); y dejando á un lado los famosos baños de Santa Agueda, donde anualmente concurre la mitad de Madrid, unos á dejar allí sus mórvidos humores, y otros á pasar una temporada de buen humor, nos fuimos dejando deslizar hasta dar vista á la renombrada cuesta de Descarga y á un pueblo que me rece

ARTÍCULO APARTE.

¿Qué buscas, Pelegrin? le pregunté á mi lego, al ver que no hacía sino asomar la cabeza por la ventanilla del coche.—¿Qué he de buscar, mi amo? me respondió: busco el monumento, que debe ser lo mas curioso de esta villa.—Pero hombre, ¿estamos por ventura ahora en Semana santa para andar buscando monumentos? Cuanto mas que los monumentos en este país supongo que

estarán en las iglesias como en todas partes, y en vano intentarías verle desde el camino.—No señor, que este deberá estar en el campo y no en la iglesia: fué donde se dieron el abrazo Espartero y Maroto.»

Esta contestacion me hizo conocer que el pueblo á que dábamos vista era *Vergara*, y el lugar en que nos hallábamos *el Campo del Abrazo*, cuya noticia habia dado á Tirabeque el conductor antes que á mí. Entonces yo pasé tambien la vista por todas partes á ver si encontraba algun monumento que recordára á nacionales y extranjeros el suceso mas notable y de mas consecuencias que ha acaecido en la época, pero en vano. Uno de tela ó de carton se ha puesto provisionalmente en los dos años que se ha celebrado en aquel memorable sitio el aniversario *del Convenio de Vergara*, y ni una triste señal se ve que recuerde al transeunte el acaecimiento prodigioso que cambió la faz de la España, y ofreció al mundo un testimonio sorprendente de la hidalguía española. Cuando queramos reprender á los extranjeros su estudiada economía en la promulgacion de nuestras glorias y de nuestros rasgos sublimes, miremos al *Campo del Abrazo*, echémonos á nosotros mismos la culpa, y callémos. A mí tambien me hizo callar el sentimiento y la indignacion.

PERO ADELANTE.

Ya no tuve humor para hablar á Tirabeque del antiguo Seminario patriótico de Vergara, ni de los ornamentos con que celebró la primera misa San Francisco de Borja, que diz se conservan en él, ni de las sierras de Arlaban, que aun recordaria con orgullo el general Córdoba si no hubiera pasado ya al mundo donde le habrán resuelto la cuestion de si fué ó no prudente en no seguir hostilizando al enemigo en la retirada, y si sacó ó no todo el provecho que de la victoria debiera, cosa que cuestionan todavia en este mundo los que dicen que lo entienden. Y con aquel mal hu-

mor pasé la cuesta de Descarga; subimos después á Villarreal de Zumarraga, donde nos dieron un mediano desayuno de café frente á la casa en que el ex-pretendiente (si es que el pobre hombre se ha convencido ya de que puede aplicarse un EX mayúsculo) se llevó algunas temporadas agotando sendos pocillos de chocolate realista de Caracas.

La niebla sostuvo aquel dia una reñida y cruda batalla con el sol, defendiendo aquella obstinadamente los fueros que de muy antiguo ejerce casi todas las mañanas en aquellas provincias, y sustentando este por su parte con no menos teson sus derechos constitucionales y la facultad de estender sus rayos con *unidad solar* igualmente por todos los ámbitos de la monarquía sin reconocer privilegios ni esenciones. La lucha corrió sus alternativas, inclinándose la victoria ya á un lado ya á otro, como acaecia frecuentemente en años anteriores á los ejércitos contendientes en aquel país.

En los lucidos intervalos, ó sea en los ratos en que el sol lograba ventajas sobre la niebla, teniamos ocasion de recrear deliciosamente nuestra vista en aquel pintoresco panorama que forman las colinas y bosques de manzanos agobiados del peso de la fruta, á guisa de nuestros pueblos agobiados del peso de las contribuciones; en aquellos rientes valles en que crecian los maizales mas espesos que los vicios en la sociedad, y mas verdes que las poesías eróticas de Quevedo y la novela del Barón de F...; en aquellos riachuelos mas torcidos que la marcha de nuestros gobiernos y mas claros que puede verse nunca la verdad; en aquellos linderos mas bordados que sobrepeleliz de capellan de monjas; y en aquellas tierras mas labradas que corazon de pecador arrepentido. Chocábale á Tirabeque el ver las laderas de los cerros cubiertas de lindas Guipuzcoanas, con sus vestidos aseados de percal, su sombrerito de paja ó su pañuelito de puntas de cuarto de luna á la cabeza, y sus pies desnudos, trabajando la tierra y desmenuzando los terrones. Embelesado iba él de su laboriosidad y su belleza, mientras yo contemplaba con admiracion un pais trabajado por siete años de

guerra civil, y en cuyo aspecto nadie conocería que habia habido semejante guerra, ni nadie lo creeria si no lo testificasen los partes exagerados de la Gaceta, los infelices mutilados que



piden limosna por las calles, los quinientos mil ascensos que ha producido, y los miles de millones que figuran en números arábigos en los presupuestos, y en metálico sonante en las gabetas de los hermanos contribuyentes.

Pelegrin iba de continuo dialogando larga y entretenidamente con los zagales, que vestidos con su blusa azul y su boina encarnada ó celeste, tenían la paciencia de responder con amabilidad á las impertinentes preguntas con que sin cesar los molía, relativas á hechos de la pasada guerra, en que ellos mismos acaecia haber sido actores, confesándolo con ingenuidad y franqueza. A veces le contestaban en un chapurrado misto de

castellano y vascuence de que me pedia á mí interpretacion, como si yo pudiera ser espositor de aquella lengua mas que de la que hablan los paisanos de Confucio, aunque hubiera llevado á la mano el diccionario trilingue , latino, castellano y vascuence, del jesuita Larramendi.

Asi fuimos dejando atrás los pueblos de Villafranca, Alegría, Tolosa, Andoain, Urnieta y Hernani, hasta que paramos á comer en Astigarraga, pequeña villa situada en terreno elevado en las riberas del Urumea, y rodeada del monte Santiago. La comida fué abundante, delicadamente condimentada, y servida con el mayor aseo. A Tirabeque le gustó estraordinariamente la cidra, ó sea vino de manzanas, que nos presentaron, y se embaulaba vasos que era un alabar á Dios. Pero lo que le gustó todavia mas estraordinariamente fué la hermana Magdalena, que con una especie de plumero ó manojito de tiras de papel se ocupaba graciosamente en espantar las moscas de los platos de vianda mientras nosotros comiamos, ejemplo que no he podido hacer que siga Pelegrin en la celda en nuestra vida normal. Efectivamente la hermana Magdalena tenia toda la gracia, finura y amabilidad de una guipuzcoana, que merecia bien ocupar en la sociedad una escala menos humilde; y en sus contestaciones á los requerimientos é interpelaciones que á su modo le dirigia Pelegrin, poseia el talento de las evasivas con una maestría y oportunidad que apetecería ciertamente para sí un presidente del consejo de ministros para responder á los cargos é interpelaciones de un diputado cargo-faciente é interpellador.

Menos agradable y alhagüeño aspecto presentaba la villa de Urnieta con sus casas quemadas y sus edificios derruidos; rastros y reliquias de la filantropía del hermano O' Donell, que la hizo incendiar con sus casas de campo despues del desastre de Andoain. Ni era mas alhagüeño el que ofrecia Hernani, que habiamos dejado un cuarto de legua antes de Astigarraga. Divisábase á la izquierda el fuerte del alto Oriamendi: dejamos á la misma mano el camino que conduce á San Sebastian, y subien-

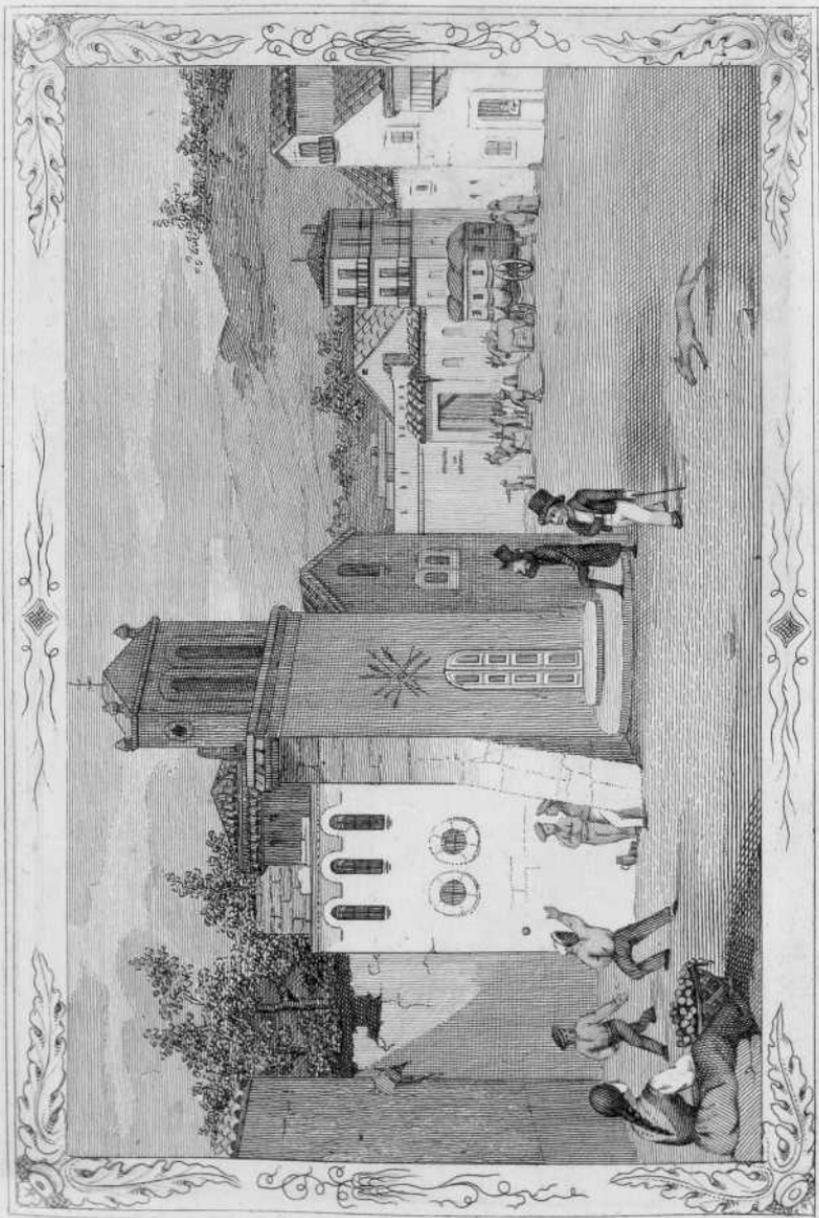
do por una larga y penosa línea de cuestras y derrumbaderos llegamos á Oyarzun, pueblo aseado y alegre, colocado á la falda y junto á las peñas en que concluye el Pirineo occidental, que va descendiendo por aquella parte con una aparente humildad desmentida por los riscos que todavia ostenta orgulloso al modo del gigante caido que nos describe Milton. Circúndanle espesos y vistosos bosques de manzanos, nogales, robles y otras maderas de construccion, y rodeanle huertas de esquisitas frutas, especialmente de peras que se cultivan de cuenta del comun.

Mientras se verificaba el cambio de ministerio de las mulas, yo me entretuve en examinar una lápida que se vé en la pared de la iglesia en que hay grabadas hondas y lanzas, cuyo emblema pasa para el vulgo por el antiguo escudo de los cántabros; pero Tirabeque se paró menos en este exámen que en el juego de pelota; y en verdad no sin razon, pues se tiene por el mejor de Guipuzcoa, y quizá de toda España. Asi se lo aseguraba yo á Tirabeque segun las noticias que de él tenia, pero él me replicó: «ah, no señor, eso nó; en Madrid tenemos muchos mejores y en que se juega mejor que en este.—¡Mejores que este!.—Si señor, tenemos allí seis ministerios que son otros tantos juegos de pelota en que se juega con los empleados mejor que pueden jugar aqui los vizcainos éstos, por buenos jugadores que sean.»

Aun me duraba la risa de su ocurrencia á la salida de Oyarzun, y hubiérame durado mas si no me hubieran distraido las agitadas olas del Oceano que desde aquellas alturas se divisaban, como presididas por el pueblo de Fuenterrabía que quedaba á la izquierda.

Desde Oyarzun á Irún vá el viagero continuamente distraido con una escena que pienso sea original en su clase. De repente vé entrar hasta el interior de su asiento, ya la vistosa flor, ya la yerva aromática, ya el racimito de uvas, que unas veces le caen en las manos, otras le sacuden en las narices, y otras le tropiezan en un ojo sin que vea la mano que le dirige tan estraña

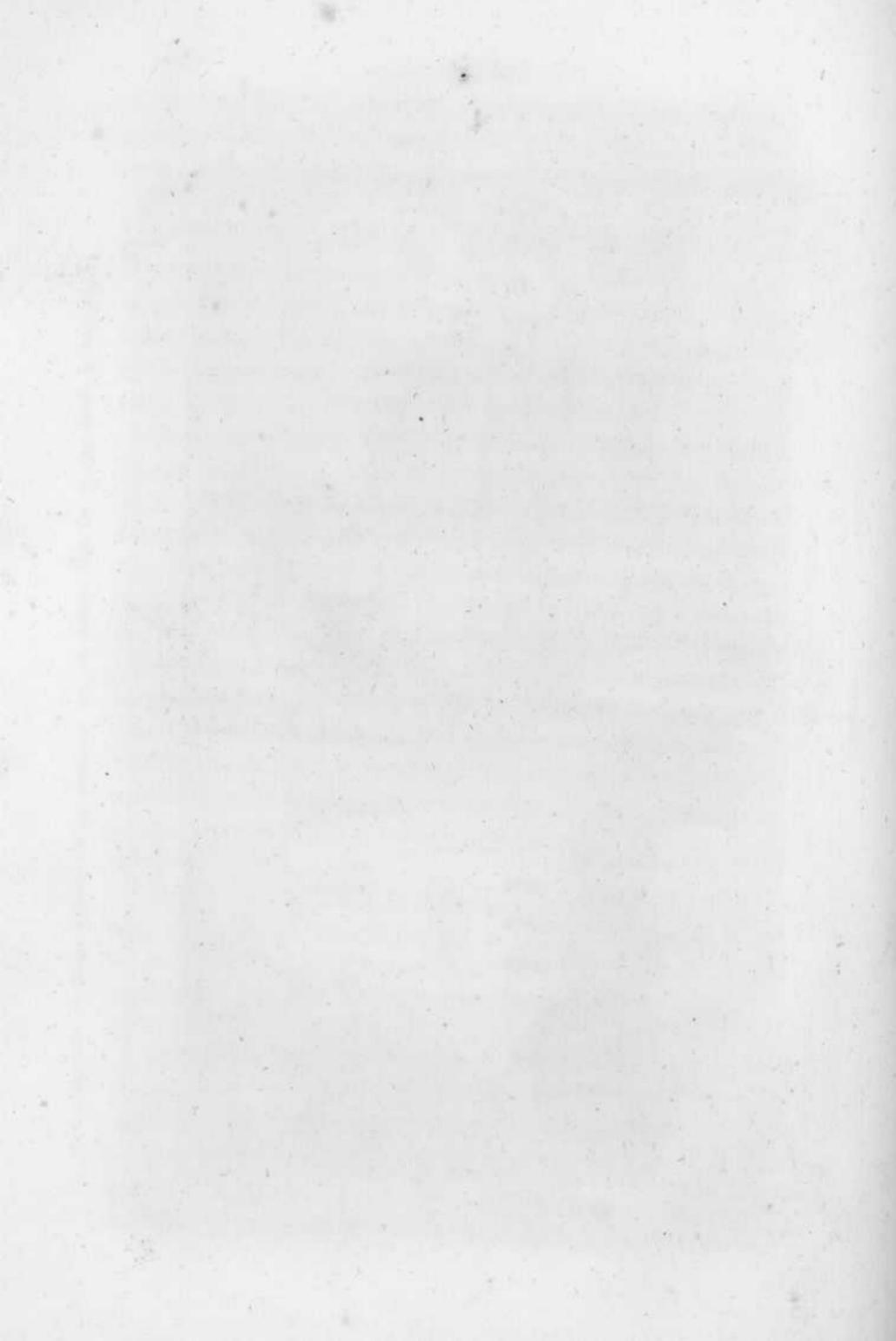
OYARZUN.



Coligny 8.

Altoarce y

"Pero Sivabeque se paró menos en el examen de la lapida que en el del juego de pelota..."



y agradable fineza. Se asoma á la ventanilla, y se encuentra con un pequeño canastillo pendiente de la punta de una delgada vara que remata en horquilla; el cual contiene, ó bien un par de manzanas, ó bien una sabrosa pera, ó bien un melocoton recién arrancado del árbol. Son muchachos de ambos sexos, proceden-



tes de los caseríos, que desnudos de pie y pierna siguen á carrera el coche para ofrecer á los viajeros aquel agasajo, con la esperanza y á cambio espontáneo del cuarto ó de los dos cuartos que en premio de su fineza se prometen, los unos por verdadera pobreza ó necesidad, y los otros por una especie de vicio ya contraído. Nuevo y tierno modo de pedir que compromete al viajante á un pequeño y gustoso desembolso, si alguna vez no se hicieran ya importunos á fuerza de tanto menudear.

Estamos ya en la *Muy Benemérita y Generosa, Noble y Leal* villa de Irún, que todos estos retumbantes y honrosos títulos mereció de Fernando VII por la gloriosa victoria que el 31 de agosto de 1813 ganaron 12,000 españoles al mando del general Frei-

re sobre 18,000 franceses mandados por el general Sault en los célebres *campos de san Marcial* que tenemos á la vista á tiro y medio de fusil: si bien no es la única batalla que hace las glorias de Irún, pues en el año 1522 en el propio mes de agosto y en el mismo monte de San Marcial dieron los españoles otra lección igual á otros ejércitos de franceses y alemanes.

Buena está su casa concejil, pero endemoniado el piso de sus calles.—Los pasaportes.—Tómelos vd.—Está bien: ¿llevan vds. dinero?—Si á vd. le parece, iremos al estrangero sin él.—Es que tienen que pagar tres reales por cada mil que vds. lleven.—Tome vd. lo que corresponde.—Vayan vds. con Dios.—Queden vds. con el mismo.»

Dando tumbos y vaivenes bajamos por la cuesta de Irún, último pueblo de España, hasta las orillas del Bidasoa; y señalando á Tirabeque la pequeña isla de los Faisanes, célebre por el desafío que en ella tuvieron el emperador Carlos V, y Francisco I; por haberse efectuado en ella el rescate del Delfin y Duque de Orleans, y por los muchos tratados de paz, capitulaciones matrimoniales y entrevistas de príncipes de ambas naciones que en ella se han hecho; isla hoy de término neutral; llegamos al puente del Bidasoa, mitad español y mitad francés. Permítanme vds. detenerme un rato en medio del puente, porque tengo algunas cosas que contemplar.



FRANCIA.

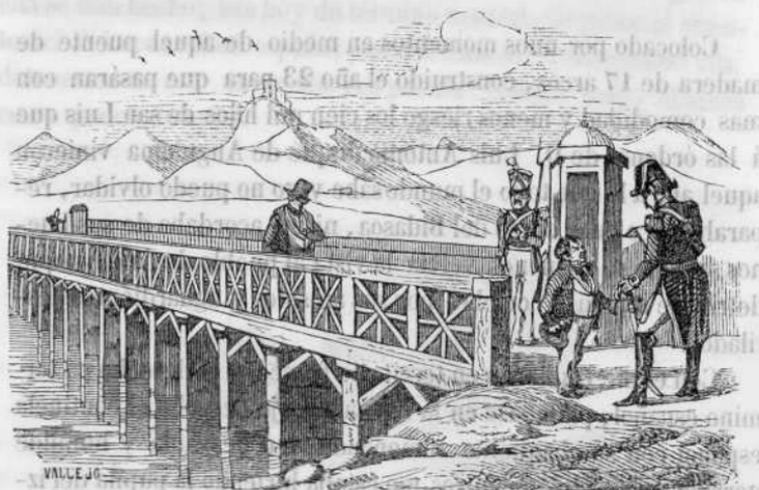
EL PASO DEL BIDASOA.

Colocado por unos momentos en medio de aquel puente de madera de 17 arcos, construido el año 23 para que pasaran con mas comodidad y menos riesgo los cien mil hijos de san Luis que á las órdenes de D. Luis Antonio duque de Angulema vinieron aquel año á lo que todo el mundo sabe y yo no puedo olvidar, reparaba poco en el curso del Bidasoa, ni me acordaba de sus buenos salmones, ni menos volvía la vista al pueblo de Andaya que detrás de mi tenia, célebre por sus anisetes y aguardientes destilados.

Con el pie izquierdo en territorio francés y el derecho en término español, pintábase en la retina del ojo derecho el centinela español con su chaquetita remendada y su desvaída y humilde gorrilla de cuartel, mientras me estaba hiriendo la pupila del izquierdo la casaca nueva y el morrion de gala del centinela francés, separados uno de otro casi por el corto espacio que entre

mis dos gerundianas piernas mediaba. Haciendo la cabeza un cuarto de conversión á la derecha, veía la miserable garita del compatriota; y convirtiéndola otro cuarto á la izquierda, distinguía la sólida y cómoda garita del extranjero. Notable y triste contraste que el gobierno pudiera bien evitar á poca costa, y debiera evitar en pró del decoro nacional.

A pesar de todo eché mano al corazon, le dejé depositado en territorio de España, llené su hueco de amor patrio, lancé un «á Dios, hermano, hasta la vista,» al centinela, y marché pensativo hasta el extremo del puente, donde encontré ya á Pelegrin mirando embobado á un alto y fornido gendarme, que con su talla de cinco pulgadas sobre los cinco consabidos, su espeso *moustache*, su sombrero á lo Napoleon, su casaca de largos faldones y su correa amarilla tenia en respeto á Tirabeque pidiéndole el pasaporte. Llegué yo, y hecha exhibicion y entrega del documento, entramos en Behovia.



quiere la casaca nueva y el morion de gala del centinela fran-
cés, separados uno de otro casi por el corto espacio que entre

CONOCIMIENTO Y RECONOCIMIENTO.

El coche estaba á la puerta de la aduana y se habia dado principio á la operacion de bajar los equipages. Cada uno echó mano á la llave de su cofre-maleta, y púsose de manifiesto nuestro haber de viajar á la disposicion de los escrutadores sostenidos por las naciones libres. El mas escrupuloso capuchino no escudriña la conciencia del penitente, ni el mas intolerante censor de imprentas del siglo XVII examinaba los escritos con mas minuciosidad que escudriñaron los rincones de nuestras maletas los empleados de aquella aduana, que por cierto no llegan á la mitad de los de las nuestras. Nada debíamos nosotros llevar que no fuese de licita y permitida introduccion: no asi un hermano que se nos habia reunido en un pueblo de Guipúzcoa, el cual llevaba para su entretenimiento unos libritos franceses, entre ellos *El libro del pueblo* y las *Palabras de un Creyente* del P. *Lammenais*, á los cuales les pusieron entredicho, por ser, decian, contrahechos en Bruselas. Respecto á lo contrahecho en Bélgica son inexorables los franceses. Pero los dejaron en depósito para que el interesado los pudiese recoger á su regreso, que esto es lo que hacen con los artículos cuya entrada está prohibida: y no hay que temer, eso no, que desaparezca nada de lo que alli depositado queda: á la presentacion del resguardo se devuelve infaliblemente el artículo detenido.

Preguntáronnos si llevábamos cigarros, porque esta es mercancía con cuya introduccion no transigen las aduanas francesas, á no pagar un exorbitante derecho; y lo mas que permiten al viagero introducir son diez ó doce cigarros contados. Pero nosotros íbamos ya advertidos de esta circunstancia, y habíamos tenido buen cuidado de arreglar el gasto de este renglon con relacion á la distancia, de lo cual no les pesó al conductor, al mayoral y al zagal. Sin embargo, sospechando uno de los aduaneros del volu-

men que presentaban los bolsillos de la chaqueta y pantalones de Tirabeque, se acercó á él diciendo, «*voyons, Monsieur, voyons, si il vous plait: pardon; je crois que vous portez des cigarres aux poches:*» y comenzó á palparle y *reconocerle*.—¿Qué va vd. á hacer, Monsieur? le replicó éste asaz amostazado; yo soy de un pueblo de España que llaman *Mirame y no me toques*, ¿entiende vd?—*Ah, pardon, s' il vous plait: mais je voudrais bien voir si vous portez des cigarres aux poches.*—No señor; no llevo *cigarros pochos*, y haga vd. el favor de no tocarme, que basta que yo lo diga: y sobre todo hable vd. de manera que nos entendamos, y no en ese chapurrado que V. gasta; es muy extraño que un empleado del gobierno no sepa hablar mejor el español.»

«Por san Hermenegildo bendito, Pelegrin, le dije, ¿ya empiezas á comprometerme con necedades? Temprano comenzamos por vida mía: ¿no ves que estás ya en Francia? ¿en qué idioma te han de hablar estos señores si no en francés, badulaque? Sometete al registro y calla, que estás en tierra estrangera.»

No bien había empezado el reconocimiento de Tirabeque, cuando acercándose á mí otro de los empleados me dijo: «y cómo es que habeis dejado de escribir?—¿De escribir qué? le pregunté yo.—El diario *Fr. Gerundio*.—Pues qué, ¿me conoce vd?—He visto vuestro nombre en el pasaporte: ¿dónde teneis á vuestro lego Tirabeque?—Aqui le tiene vd.; este es.»

Tirabeque que se oyó nombrar, «señor, me dijo, esta gente nos ha conocido; ¿si estaremos todavía en España?—Ahí verás, hombre, ahí verás, si tu fama ha penetrado mas acá de los Pirineos.—Si señor, pero con eso y con todo me registran los bolsillos.»

Efectivamente todos los empleados de la aduana y de la oficina de pasaportes mostraron estar muy al corriente de nuestras gerundianas misiones. Cesó el reconocimiento de Pelegrin, y rodeáronnos todos, no ya á reconocerle, sino á conocerle: reíanse mucho; nos hicieron mil preguntas sobre el objeto de nuestro viage, y antes de poderles satisfacer fuimos llamados al coche dejándolos con la risa en los labios y la curiosidad en el cuerpo.



LA MANO DEL GOBIERNO.

Desde que se sale de Behovia se empieza á conocer que se camina por un pais donde hay gobierno; pues desde luego se entra en un ancho y hermoso arrecife, sin un solo bache, sin una sola prominencia, sin una sola desigualdad, formando sus dos orillas dos líneas paralelas de piedras quebrantadas, desmenuzadas y preparadas ya para ocurrir en el momento á la mas pequeña hoya que se forme, y para reemplazar á la primera piedra que falte. De trecho en trecho se encuentran los peones camineros «pontonniers», con su chaqueta de uniforme y su sombrero encerado, al cual rodea una prolongada laminita ó cinta de metal amarillo en que se lee el oficio y número que á cada uno corresponde: estos trabajan

incesantemente en allanar y reparar el camino al pie de una estaca clavada á la orilla, en cuyo extremo superior hay una targa de madera barnizada de negro en que se ve repetido el número en blanco. Este sistema es el que con poca diferencia ha adoptado últimamente nuestro director de caminos el señor Don Pedro Miranda.

El terreno sin embargo estodavía desigual por aquella parte, y conserva la fisonomía de las Provincias Vascongadas, si bien las colinas y cerros de que está sembrado son ya de mas fácil acceso y de un declive mas suave. Hijos raquíuticos del gran Pirineo, no parecen ya descendientes de tan robusto padre: son como los descendientes de nuestros grandes de España, que si no conserváran el nombre patronímico de la familia, nadie diria que eran hijos de padres de tan gran provecho y valía.

Aunque el pais conserva todavia cierto sabor y tinte español, presenta ya no obstante el aspecto mas risueño y animado: es una entrada que indica la prosperidad y riqueza de un gran pueblo. Los frutales, las viñas, el aseo y blancura de las casas, los árboles alineados, las mugeres con cófias y sombreros de paja, los rótulos de las tiendas y posadas, los carruajes que se cruzan, todo demuestra mas movimiento, mas vida, mas animacion, si se exceptúa los campanarios de las iglesias, cuyas troneras tapadas con maderas ennegrecidas de las aguas hacen una vista lúgubre y sombría, semejante á la de algunas mugeres que se suelen encontrar á la entrada de los templos envueltas en una larguísima y oscura capa con su correspondiente capuchon, que asi esconden sus rostros á los ojos del curioso como las monteras de las torres ocultan las campanas y se tragan su sonido.

De tiempo en tiempo se van viendo á la izquierda las agitadas y peligrosas aguas del golfo de Gascuña, que parece entretenerse en jugar al escondite con el viajero, apareciendo y desapareciendo alternativamente segun que se sube ó se baja los frecuentes repechos. Asi se camina antes y despues del pequeño pueblo de Urruña situado entre Behovia y San Juan de Luz. Esta última villa (donde se casó el hermano Luis XIV en 1660),

aunque pequeña, es hermosa y alegre; pero colocada á la desembocadura del rio Nivelle que la separa de su arrabal, está sufriendo continuamente el azote de violentas ráfagas y las sacudidas perpétuas de las olas del Occéano, que se estrellan mugiendo en sus murallones de piedra al modo de las que azotan los muros de Cádiz.

Pásase en seguida por Bidart, en cuya costa acaba de perderse ahora la barca española *Josefa*, que quiera Dios no suceda tal á la barca del Estado con la divergencia que reina en los innumerables sistemas de bogar de sus pilotos, que todos creen entenderlo mejor, y el resultado es que ninguno entiende gran cosa la aguja de marcar.



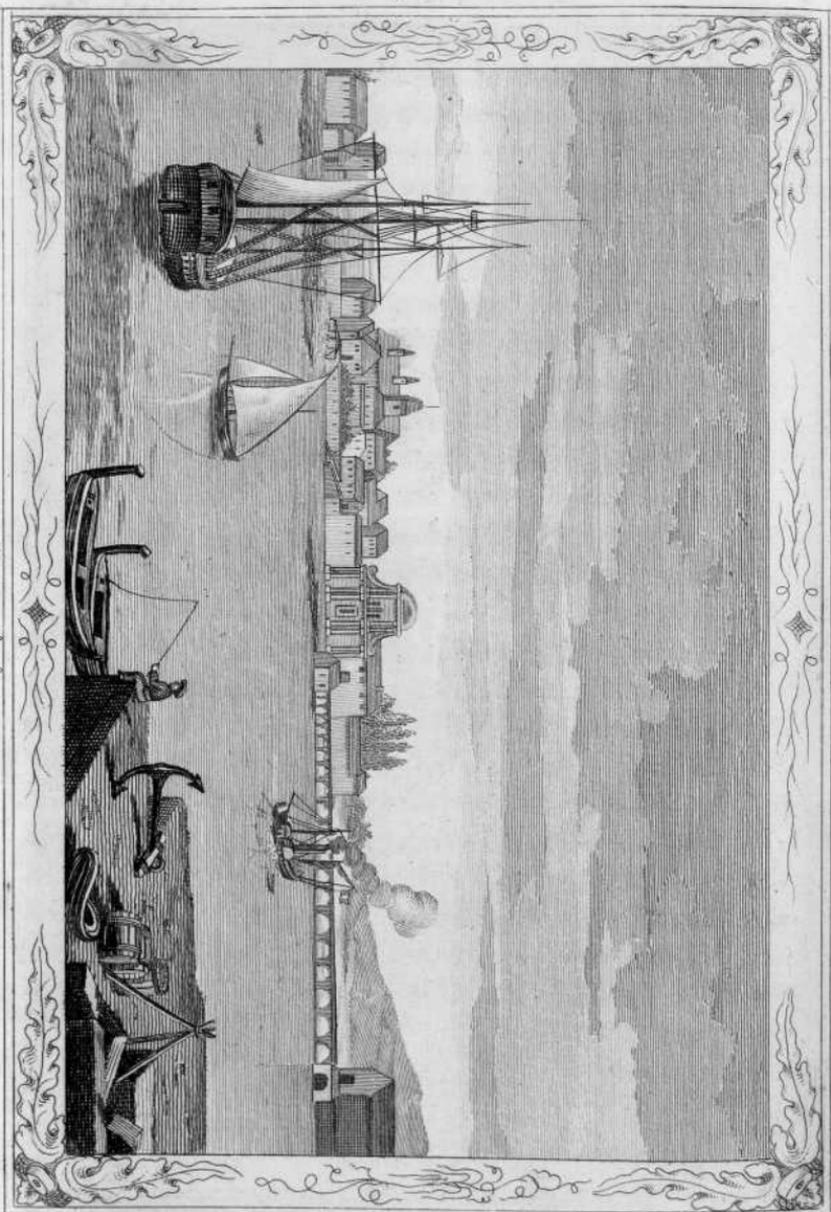
¿Y TIRABEQUE?

¡Oh! A Tirabeque no le ha faltado que observar en la ruta de Bayona: desgraciado de mí que tenia que contestar á sus mil y una preguntas y á su millon y medio de observaciones.—Se-

ñor, estos postillones ya no son como los nuestros; parecen unos señores con estas botas de montar y estos uniformes que traen. Y los atalages de los caballos tampoco son lo mismo.—Todo es verdad, Pelegrin.—Pero parecen muy tontos, señor; no saben decir á los caballos mas que *hiu*: aquí nó hay *coronela*, ni *colegiala*, ni *pulido*, ni todos esos nombres con que nos divierten los zagales nuestros.—Ni pienses ya volver á oír esa letanía de animacion hasta que vuelvas á España.—¡Ay, mi amo! ¿y qué coquete es el que trae aquella diligencia allí encima tan empingorotado? Calla, calla, y viene lleno de gente.—Eso deberá ser la *imperial* que llaman, que son unos asientos que tienen las diligencias francesas sobre la berlina.—Señor, señor, mire vd. qué coche tan raro viene allí.....aquí viene otro de otra figura todavia mas rara.....¡oh Dios mio, qué carro tan grande! Válgame Dios, cuánto vé el que anda por reinos estrange... ¡ay, ay, ay! señor! ¿ve vd. aquel hombre y aquella muger metidos en dos cestos puestos en un caballo á modo de aguaderas, uno á un lado y otro á otro? (1)



(1) Estas cabalgadas son las que llaman allí *cacolets*, parecidas á las *artolas* de las provincias vascongadas.



Viewing de 39.

"Y viendo otras docientas preguntas de Frabique nos hallamos á las puertas de Bayona á las seis y media de la tarde."

«Aqui, Pelegrin, se conoce que no se perdona manera alguna de viajar, sea á caballo, sea en ruedas.—¡Ay, que bonita casa de campo, señor! Mire vd. otra aqui á la izquierda..... otras dos estoy viendo allá mas lejos.—Y verás mas probablemente cuanto mas nos vayamos acercando á Bayona.—Qué es esto señor? ¿Otra vez estan bajando los equipajes?—Esta será regularmente la segunda línea de aduanas, donde segun me han informado se hace una especie de segundo registro ó reconocimiento, pero verás como no tocan á nuestras maletas, porque vienen emplomadas y selladas de la de Behovia.—Diga vd. mi amo, ¿qué quiere decir aquel letrero?—A ver: «*on donne ici á boire et á manger:*» que aqui se dá de beber y de comer.—¿Con que primero de beber que de comer! Señor, ya veo yo que tambien en Francia hay vice-versas: allá regularmente primero se come que se bebe.—Pues asi he advertido que están todos los rótulos de esta clase que he visto hasta ahora.—Pues si dan todo eso, aunque sea contra el órden, vamos allá, señor, á que nos den algo.—Bien, pero ten entendido que no lo dan gratis sino por el dinero.—Entonces ¿para qué dicen que *se dá*?—Esto te indicará, Pelegrin, y sírvate de gobierno, que hemos entrado en un país donde todo es mentira, y sobre todo en un país donde nada es *gratis*.»

El «*hiu*» del postillon puso otra vez en movimiento los caballos, y sufriendo otras doscientas preguntas de Tirabeque, nos hallamos á las puertas de Bayona á las seis y media de la tarde. Nos apeamos en la casa de postas, y nos encaminamos despues á buscar albergue y descanso en el *Hotel du Commerce* ó *Fonda del Comercio*, que asi lo reza en ambos idiomas el tablon de sobre la puerta.

«Adán, Pelegrin, se conoce que no se perdona manera alguna de viajar, sea á caballo, sea en ruedas.—¡Ay, que bonita casa de campo, señor! Mira vd. otra adán á la izquierda...»
 «Y veris mas probable-
 mente cuanto mas nos vayamos acercando á Bayona.—Que es
 este señor? Otra vez estan hablando los equipajes.—Esta será
 regularmente la segunda vez que me han informado se hace una especie de segundo registro ó reconoci-
 miento, pero veris como no tocan á nuestras maletas, porque
 vienen empalmadas y selladas de la de Bayona.—Diga vd. mi
 amo, ¿qué quiere decir aquel bitero?—A ver: «on donnez
 à boire et à manger:» que aquí se dá de beber y de comer.
 —¿Con que primero de beber y de comer! Señor, ya veo yo
 que tambien en Fr...»

BAYONA.

COSAS GENERALES

Que Bayona es una plaza fuerte, como ciudad fronteriza; que es puerto de mucho comercio, distante una legua del Oceano y seis de la Frontera de España; que pertenece al departamento de los Bajos Pirineos; que está situada en la confluencia del Nive y del Adour, los cuales la dividen en tres partes casi iguales que se llaman *Bayona la grande*, *Bayona la chica*, y el barrio de *Sancti Spiritus*, habitado generalmente por comerciantes judíos (si es que el «comerciantes» no está demas hablando de judíos) de origen españoles y portugueses; que tiene una hermosa plaza llamada de *Grammont*; que goza de una campiña sobremanera pintoresca, sembrada de cómodas y lindísimas casas de campo; que posee una buena ciudadela, un delicioso paseo llamado las *Marinas*, y un apéndice de ciudad, ó aldea de recreo nombrada *Biarritz*, célebre por sus baños; que en ella tuvieron origen las *bayonetas*, y que hoy mas que por las *bayonetas* de aguda punta es conocida y honrada por las *Bayonesas* de esbeltos talles y agraciados rostros, son cosas generales y sabidas de todo el que se haya tomado la molestia de leer cualquier descripción geográfica de aquella ciudad.

Que hay en Bayona muchos españoles, establecidos unos y muebles otros; que ha sido, es y será el *refugium fugitivorum* de nuestras cien emigraciones pasadas, presentes y futuras; que para ella fue una cucaña nuestra guerra de siete años, y que no le pesaría que hubiera durado otras siete semanas de años como las de Daniel; que era el cuartel general franco-hispano de los carlistas que no eran de armas tomar, pero sí de conspiraciones urdir, como despues lo fue de los liberales exaltados perseguidos, como en seguida lo fue de los vencidos moderados, como ahora lo está siendo de los del aplastado movimiento de octubre, y como mas adelante lo será Dios sabe de quiénes, por que todavía no hemos concluido (1); que pocos habitantes de Bayona dejan de hablar algo ó al menos de entender algo el español por el frecuente roce que con ellos habemos, y que se ven muchas inscripciones y rotulatas en ambos idiomas para la mejor inteligencia de indigenos y de exóticos, cosas son tambien generales, y facilmente se saben, infieren ó suponen.

COSAS PARTICULARES.

Pero lo que nadie hasta la presente sabia es, que cuando nosotros llegamos al Hotel de Comercio se nos dijo que no habia habitacion desocupada por aquella noche para nosotros (tal era entonces la afluencia de forasteros en aquella ciudad), pero que la habria al dia siguiente, y que entretanto podriamos, si gustábamos, alojarnos por una noche en otra casa de la confianza y satisfaccion de *Madame*, á lo cual no tuvimos inconveniente en acceder: y condújonos el mozo-viejo *Cadet*, á la *rue d' Orbe*, donde tomamos posesion de la primera celda pro-

(1) Esta profecía de Fr. Gerundio se ha visto por desgracia har to cumplida, pues á la última emigracion á que se refiere, se han sucedido posteriormente otras dos ó tres.

visional francesa. Mas como todavía era temprano, acordamos salir á lo que en España llamamos dar una vuelta, y en Francia *faire un tour* por la ciudad.

Tropezamos al acaso con un gabinete de lectura y determinamos entrar un rato en él: pero Tirabeque se me detubo á la entrada diciendo: «*aquí no entro.*»—¿Y por qué? le pregunté yo.—Señor me respondió, mire vd. bien: el primero que he visto de frente es el hermano N.... (1)—Y eso ¿qué importa? si tales encuentros te retraen, sera posible que no entremos en parte alguna. Pero en fin te daremos gusto: iremos al café si te parece.»

Ibamos á entrar en el café italiano, cuando advierto que se me detiene Pelegrin diciendo:—Señor, *aquí no bebo.*—¿Y por qué motivo, hombre?—Señor el primero que veo aquí á la entrada es el hermano P.... (2).—¿Y qué tenemos con eso? Pues si en esas me andas, volvámonos á casa á dormir.»

Dirigímonos en efecto á la *rue d'Orbe*; yo pasé á mi habitacion, y cuando Tirabeque volvió á pedir una luz me dijo: «Señor, *aquí no duermo.*»—Pues estamos habilitados á fé mia; tú en ninguna parte quieres entrar, en ninguna quieres beber, en ninguna quieres dormir: ¿pues qué hay?—Que acaba de decirme madama la criada que habla español, que aquí encima de nosotros en esta habitacion de arriba duerme el general C... —Duerma muy enhorabuena, nosotros dormiremos aquí.—Señor...!—Vaya, déjame en paz, y á descansar: en país extranjero no debe haber diferencia de opiniones: aquí la única opinion debe ser la de que somos españoles todos.»

Por esta ligera muestra conocerá el gerundiano lector que en Bayona en aquel entonces no podía darse un paso sin topar con un hermano de cuenta de la cofradía emigrada. Si quereis saber lo que allí hacian, no me lo preguntéis á mí: sucesos trajo octubre que os sabrán responder.

- (1) Uno de los gefes de partido, emigrados por opiniones políticas.
 (2) Otro de los principales refugiados.

LA MISA.

Tan luego como nos levantamos dispuso mi paternidad como buen religioso ir por primera salida á ver la catedral, que es un edificio gótico de muy buen gusto, y oír misa si la encontrábamos. Desde el momento se empieza á notar en los templos franceses otro aire y otro estilo que el de los españoles; en sus capillas y altares domina generalmente una sencillez que ya suele degenerar en desnudez y desamparo: el *altar mayor* que nosotros llamamos, y que ellos llaman *maitre-autel*, es por lo general no el mayor sino el menor, pues consiste comunmente en una mesa con muy pocos adornos: detras de él está el coro, tambien muy sencillo, y á veces pobre.

Pero lo que á Tirabeque le hizo mas novedad fué el gran número de mugeres de todas clases que en el templo habia, con elegantes sombreros unas, con altas cofias otras, y otras con sencillos pañuelos á la cabeza; ni una sola con mantilla, y todas ó bien sentadas sobre las sillas, ó bien arrodilladas sobre ellas; fijos los brazos en una tablita que tienen en la parte superior del respaldo, en que suele estar escrito el nombre de la familia ó persona á que cada silla pertenece, y casi todas con su librito en la mano. Salió un celebrante, y pusímonos á oír misa arrodillados á la española. El sacerdote llevaba el pelo del occiput largo en forma de garnacha, y divisábasele por bajo de la casulla la cola de la sotana que tuvimos por signo de que pertenecia al gremio canonical.

Concluida la misa, le pregunté á Tirabeque qué le habia parecido.—Bien, me respondió: las ceremonias son como las de España; pero en cuanto al latin, una de dos; ó el latin francés no es como el latin español, ó sé yo mas latin que los canónigos franceses.—En cuanto á lo primero, Pelegrin, te dispenso la simpleza en gracia de que estamos los dos solos, pues el



número de mujeres de todas clases que en el templo habia.
 latin lo mismo es en Francia, que en España que en todo el mundo: y no te suceda hacer esa observacion delante de gente: y en cuanto á lo segundo, no sé porqué lo puedas decir —Señor, á lo menos yo digo «*dominus vobiscum*» claro, y ellos dicen «*dominis vobiscóm*»: y tan bueno debia ser el acólito como el cura, que respondia «*et com espiriti tió*;» ¿si lo saben, qué trabajo les cuesta decir «*et cum spiritu tuo*,» asi clarito como yo?—Pero no ves, simplote, que ellos tienen que arreglar la pronunciacion al acento que exige la *u* francesa, y á toda la modulacion de su idioma?

COSITAS VARIAS.

Aunque Bayona todavia no es Francia para el español que va buscando novedad en todo, nótase ya sin embargo otra fisonomía y otro gusto en las calles, en los comercios, en las

tiendas, en los hoteles ó fondas, y en el afan de rotular y escribir en todas partes, de que mas adelante tendremos ocasion de ocuparnos con mas detenimiento. Pueblo esencialmente comercial, no es notable ni en establecimientos literarios, ni en hombres de reputacion científica, ni en el gusto por los espectáculos de público recreo. Estábase concluyendo un magnífico teatro de nueva planta, pero la mayor parte del tiempo tendrá que ser una casa sin inquilinós, porque apenas puede sostenerse allí por temporada una compañía dramática. Las señoras cristianas concurren poco, de temor de incurrir en la formidable censura de los predicadores de la fé de Cristo, y solo las judías son las que asisten con mas frecuencia al teatro, como que allí no van á oír el evangelio, ni creo que los cómicos se propongan estraviar á nadie de su creencia y religion. Tal es allí la influencia clerical: ¡y hay quien se queje de ella en España!

Tienen los Bayoneses una sala de conciertos sostenida por aficionados, á uno de los cuales tuvo mi paternidad la honra de asistir: no sé qué tal les parecería á los sacerdotes anti-espectaculistas. Habia muy buena orquesta, y en este ramo no ha dejado de producir Bayona algunos profesores sobresalientes.

Asaz sentidos y disgustados hallé á los comerciantes, lo mismo franceses que españoles, de la nueva ley de aranceles de España, por la que se les habia privado del beneficio de bandera que gozaba aquel puerto, y por la cual, decian, se perjudica á las arcas del tesoro, se perjudica á los intereses del consulado, se paraliza el comercio de lo lícito, y se fomenta el del contrabando; que son las mismas quejas que á mi paternidad le habian dado de Gibraltar, y las mismas que le daban de todas partes, porque la tal ley de aranceles ha tenido la buena fortuna de disgustar lo mismo á nacionales que á estrangeros, que es todo lo que se puede apetecer.

PASAPORTES.

El español que llegue á Bayona, cuente con que antes de apearse se le presentará un gendarme en demanda de su pasaporte, en cambio del cual le dará un billete con que pueda reclamarle en la *Mairie* ú oficina del alcalde. Si el viagero pasa á otro punto de Francia, recogerá de la *Mairie* su pasaporte; procurará visarle del cónsul español; pasará con él á la sub-prefectura; aquí dejará el pasaporte español, y con una papeleta del sub-prefecto se traladará otra vez á la oficina del *Maire* ó alcalde; este le proveerá de un pasaporte nuevo, mediante unos francos, y el primitivo llegará con el correo, antes que el viagero, á la prefectura del punto á que se dirija, donde le hallará y podrá reclamar. Hermanos, así se anda en Francia de casa de Anás á casa de Caifás, de casa de Caifás á casa de Herodes, y de casa de Herodes á casa de Pilatos.

Terminadas estas diligencias, y tomados billetes para la *malle-poste* ó silla de correo, al precio cada uno de 40 francos y 2 sous (como unos 160 rs. y 26 mrs.), emprendimos el camino para Burdeos á las dos de la tarde, que es la hora en que diariamente y en punto sale la posta de una á otra ciudad.

LA MALLE-POSTE.

Desde Bayona á Burdeos, aunque se cuentan 54 leguas francesas de posta, solo se invierte, yendo en el correo, de unas 45 á 46 horas. Esto bastará para que suponga el lector la celeridad con que marcharán estos carruages. El viagero que desée ó necesite para sus negocios ó su comodidad la mas ligera detencion, el que piense ó quiera contar con un pequeño descanso para to-

mar una taza de té ó un vaso de agua, renuncie desde luego á viajar en la *malle-poste*, porque no le complacerá el conductor, aunque fuese el gran Miramamolín de Persia. Los caballos de tiro esperan preparados á la orilla ó en medio del camino la llegada del correo: la operacion del relevo, ó sea de desenganchar unos y enganchar otros, es cosa de medio minuto (un minuto es lo que tengo entendido les concede el reglamento), y ya está el coche andando. Al relevo siguiente sucede lo propio; se encuentran los caballos dispuestos en el camino, se emplea otro medio minuto en el cambio de gobiernó, y el movimiento del carruaje sigue instantáneamente al *húu* monótono del conductor.

Desgraciado de aquel á quien ocurra de relevo á relevo uno de los menesteres urgentes á que está sugeto todo fiel cristiano, lo mismo en Francia que en Moscow, porque lo pasará muy mal el infeliz. Y pobre del que incurra en la imprevision de no racionarse antes de emprender la marcha, proveyéndose de las competentes municiones de boca sólidas y líquidas, porque llegará al término del viage mas estenuado que cesante español.

Desgraciado tambien del carretero que al acercarse la silla de posta no desvie su carruaje para que el correo pueda seguir su marcha sin obstáculo ni detencion: ya puede contar de seguro con 50 francos de multa, y con el doble en caso de reincidencia, sin perjuicio de las penas corporales á que están sugetos por el reglamento de policia. Pero ¡pobre tambien del conductor que trate con groseria á los viajeros, ó tuviese la debilidad de embriagarse, ni aun siquiera de llegar al *semi*, ó no se presentase con su uniforme y placa correspondientes! el reglamento le marca las penas en que incurre, desde dos dias de cesantía hasta la absoluta destitucion.

Los coches de la *malle-poste* son sumamente cómodos, holgados, perfectamente acondicionados y sólidamente contruidos, con blandos cojines en los asientos, y no duros reclinatorios para recostar la cabeza. Asi es que son los carruajes que usan en Francia para viajar las personas regularmente acomodadas, si

bien con el inconveniente de tener que asegurar el asiento con bastante anticipacion, pues de otra manera no es fácil lograrle, por lo mismo que es el método de caminar preferido. El que quiera gastar menos, que tome la *diligencia*; pero ármese de resignacion para ir *more testáceo*; esto es, á paso de tortuga; para que lo hagan dias y horas, para no descansar de noche ni de dia, para que el conductor le prescriba templanza y sobriedad en la mesa no dejándole llegar á los postres ni á las copas, y para tener acaso que alternar con Monsieur el zapatero y Madame la requesonera, que suelen ocupar su competente número 4.º de interior. En Francia las *diligencias* son como las *galerás* en España: son unas galeras decentes: los únicos asientos que se conservan un poco aristocráticos son los de berlina: en los demas es muy espuesto encontrarse con la democracia de los caminos.

LAS LANDAS.

Hechos dos padres maestros íbamos amo y lego dejándo atrás los amenos contornos de Bayona, que terminan en *Ondres* para dar entrada al pais llamado *Las Landas*.

Estas *Landas*, que se dividen en grandes y pequeñas Landas, son unos vastos arenales que comprenden una porcion de leguas de terreno, en que crecen casi esclusivamente bosques inmensos de pinos y alcornoques, y que pueden llamarse la Siberia francesa. Empiezan á las dos leguas de Bayona, y abarcan como las dos terceras partes del camino de Burdeos. Como que el terreno es tan blando y esponjoso, ha habido necesidad de construir en una gran parte del camino lo que los franceses llaman *pavé*, que es un pavimento de piedras cuadradas como de cuarta en cuadro, si bien muy sólido, igual y seguro, pero sumamente incómodo para el viagero, no tanto por su dureza como por el estrepitoso y fastidiosísimo ruido que hace la cristalería del coche,

intolerable para una cabeza delicada. De estos hay en Francia muchos.

«Sabes, Pelegrin, (le dije á mi lego), que este trozo de camino es incómodo y molesto en demasia?—Verdad es, mi amo, me respondió; pero dírame yo con una piedra de estas en los pechos con que los arenales de allá de Olmedo y Valladolid tuvieran un camino así empavado como este.—¿Qué es lo que has dicho? Porque con el ruido que hacen los cristales no se oye bien.—Digo que diera yo gracias á Dios si el camino de Valladolid á Olmedo, que es un terreno al símil de este, tuviera un empavonado así.—Hombre, yo no percibo mas sino que hablas de empavado y empavonado, y supongo que querrás significar el pavimento ó empedrado en español y el *pavé* en francés.—Señor, llámese como quiera, que es lo que menos importa, digo que ya me contentára yo con que el camino de Olmedo á Valladolid estuviera como este.—Habla un poco mas alto.—Señor, ¿qué mas alto he de hablar si doy unas voces que estoy para mí que si no me oye el gobierno español es porque se hace el sordo á estas cosas?»

Efectivamente, á nuestro regreso hemos visto que no oyó el gobierno á Tirabeque por mas que voceaba. Sin duda se lo impidió el ruido de las ruedas y los cristales. Ahora se lo decimos mas de cerca y sin ruido, y probablemente no lo oirá tampoco.

—Así que llegamos á *Ondres*, que es donde principian las *Landas*, «¡poder de Dios, mi amo (esclamó Pelegrin), y que de alcornoques hay tambien en Francia!—Sí que se ven muchos, le dije: ya tenia yo noticia de que en este pais de las *Landas* habia unos alcornoques muy solemnes, pero repara como los mas están descortezados.—¿Y porqué estarán así, señor?—Porque sus cortezas las aprovechan para corchos.—Landas y corchos.... Landas y corchos.... diga vd., mi amo; ese senador nuestro que fué ministro, y llaman el Sr. *Landero Corchado*, será natural de aquí supongo yo.—¡Válgame Dios, y qué sandió te conservas en pais estrangero, Pelegrin! Merecias estar plantado ahí entre esos árboles que estamos viendo y de que va-



Habitante de las Landas.

mos hablando. Ese ilustrado y juicioso senador que tan sin cuento has traído á cuento, no es natural de las Landas sino de nuestra Estremadura. Quien nació en las Landas, ahí en esa villa llamada *Dax* que tenemos á la vista, fué S. Vicente de Paul el fundador de los Lazaristas.—Señor, buen gusto tuvo en venir á nacer en una tierra donde los hombres hacen silla de los zancos.

«Lo que yo digo es, mi amo (continuó), que si á muchos hombres les quitáran la corteza como á estos árboles, lléveme el diablo sino quedaban reducidos á meros...—Alcornoques veo yo, Pelegrin (le dije sin dejarle acabar), tan desnudos, que si las verdades se dijeran como están ellos, serian pocos los que las sufrirían. Mas te digo: si los franceses se desnudáran de la cor-

teza de la cortesania.... y aun digo mas, si á muchos de nuestros patriotas se les despojára de la corteza exterior del patriotismo, habiamos de ver.... vaya, no se puede hablar con este diablo de sonsonete que hacen los cristales.»

En *Dax*, mientras se hacia el relevo tuvimos proporcion de ver una fuente cuyas aguas son como los discursos de nuestro diputado Lopez, tan caliente que á diez pasos del manantial no



se puede soportar el calor que despiden. La catedral solo pudimos verla de lejos, y de ningun modo el gabinete de mineralogia y el hospital civil.

Internados en el corazon de las Landas, ya no veíamos en derredor nuestro sino inmensos pinares, cuyas cortezas rajadas desde las cuatro ó cinco varas de altura hasta la raiz en el ancho de un palmo, hacian con su blancura una visualidad estraña, y que decia Tirabeque remedaba un ejército de blanquillos en emboscada. Hácenles estas cortaduras para que por ellas destile y fluya la resina ó trementina, que se recoge en unos recipientes, especie de artesoncillos, que se ponen al pié de cada pino, de cuyo artículo se hace en el pais un ramo de comercio de no poca utilidad. Oida esta esplicacion, me decia Tirabeque: «Señor, allá tambien tenemos abundancia de pinares en la provincia de Soria y otras del reino, pero nosotros no somos tan

crueles como esta gente.—¿Pues en qué está la crueldad?—Si señor, aquí están haciendo llorar á los pinos todo el año de Dios para despues convertir sus lágrimas en oro; allá no hacemos llorar á los pinos, porque seria una inhumanidad; allá, lo único que hacemos llorar son las viudas de los patriotas y otras gentes así, pero á los pinos los dejamos que crezcan y se rían de nosotros.—Sí, porque no sabemos sacar partido de ellos, tienes mucha razon: ¡cuántas y cuántas producciones hay en nuestro suelo que dejamos se rían de nuestra incuria y flojedad!»

Pasados *Tartas y san Severo*, donde está el sepulcro del famoso general *Lamarque*, se encuentra la capital del territorio de las Landas *Mont-de-Marsant*, pequeña y linda ciudad de 4000 habitantes, situada en la confluencia de los rios Douze y Midou, el primero de los cuales empieza allí á ser navegable hasta Bayona, y dá principio al canal de las Landas. Era de noche y no pudimos ver las afamadas bellezas cuya delicada tez y sonrosado color dicen algunos escritores franceses que contrasta tanto con la aspereza y arenosidad del país.



Encuétrase despues *Roquefort*, donde terminan las Landas, redeado de rocas, y no tan notable por su cera y su miel, su queso, su cáñamo y sus hornos de cal, como por las hermosas bestias que tiene la honra de producir.

Se entra en seguida en el departamento de la Gironda, y a mas ameno y feraz. El semblante de Tirabeque tambien se iba animando gradual y sensiblemente, y competía en lo risueño con el de la áurora que empezaba á alumbrarnos, y estoy por decir que con el del mismo sol que allí en aquella tierra parece ya que sale siempre un poco disgustado.—Se conoce que te alegra la venida del día, Pelegrin, le dije.—No señor, no es eso lo que me alegra.—Será acaso el hallarte en el pais de los Girondinos tan célebres en la asamblea francesa.—No señor, tampoco; es que hemos entrado en tierra de viñas, que cada vez van siendo mejores, y esto me va oliendo ya á vino de Burdeos.—Así es, que si no me engaño, este que hemos pasado hace poco ha de ser *Langon*; y no debe quedarnos ya mas que *Castres* y algun otro pueblecito. Asi entretenidos llegamos á dar vista á la hermosa y sobremanera pintoresca campiña de Burdeos: y entramos en la ciudad sin que en todo el camino nos hablara una sola palabra el viagero que se nos habia reunido en *Mont-de-Marsant*.

EL QUE NO HABLÓ.

Antes de sentar nuestros reales en Burdeos, justo es que digamos algo (ya que él no quiso decirnos nada) del viagero de mi párrafo precedente, á quien no mencioné antes porque en nada alteró nuestras relaciones itinerarias. Era este un francés que se nos reunio en *Mont-de-Marsant* ya muy entrada la noche; único caso en que los conductores se detienen mas del minuto; cuando sube algun nuevo viagero.

Entró sin saludar, y sin saludar se colocó en el asiento del

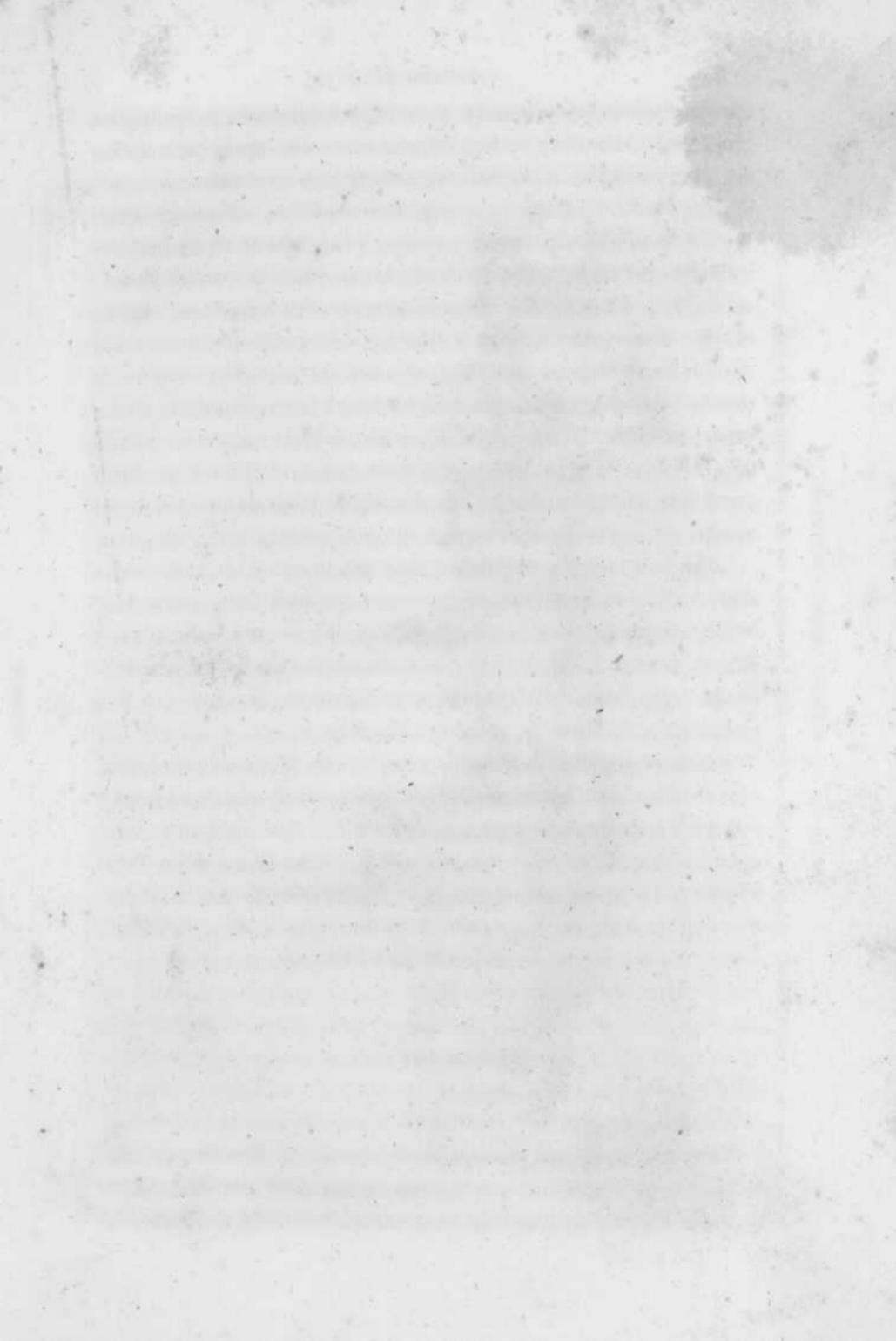
medio; cosa que ya empezó á estrañar Tirabeque. A los pocos minutos de marcha, yo Fr. Gerundio en uso de la costumbre española me tomé la libertad de preguntarle el nombre del pueblo de donde él habia salido, á que me contestó: «*Mont-de-Marsant.*» Hícele otra pregunta con el objeto de entrar en conversacion como en España se acostumbra, y tuvo la bondad de callarse la respuesta. Sin duda no me percibió. En vano esperé oír de su boca alguna otra palabra. «*Mont-de-Marsant;*» hé aquí la única voz que articuló el consocio agregado en todo el camino.—Señor, ¿es mudo este hombre? me preguntaba Tirabeque.—Calla, le decia yo, que nos podrá entender.—Diga vd., mi amo (me volvía á preguntar); ¿son mudos todos los franceses que andan por los caminos?—Calla, hombre, no me comprometas.—Si lo digo en español, mi amo, no tenga vd. cuidado.»

Sin pronunciar mas palabra que «*Mont-de-Marsant*» llegamos al término de nuestro viage: nos apeamos juntos en la casa de postas, se marchó sin despedirse, en lo cual tuvo el mérito de la consecuencia, y el de corresponder los fines á los principios, que no es cosa comun, y no he vuelto á saber mas del compañero de viage de *Mont-de-Marsant*.

Si alguno quiere conocer el tipo de los viageros franceses, aqui le tiene: en España desde que entramos en un carruaje nos contamos mútuamente nuestras historias, y nos hacemos amigos; en Francia los viageros se vuelven mudos, como decia Tirabeque; y no se estrañe el español viandante hacer un viage entero con un francés, y no oírle decir mas que «*Mont-de-Marsant*»; y para eso le costará el trabajo de preguntárselo.

IDEA GENERAL.

BURDEOS, la capital del departamento de la Gironda, es una de las ciudades mas bellas y mas importantes de Francia. Si se la considera por su posicion topográfica, Burdeos se presenta



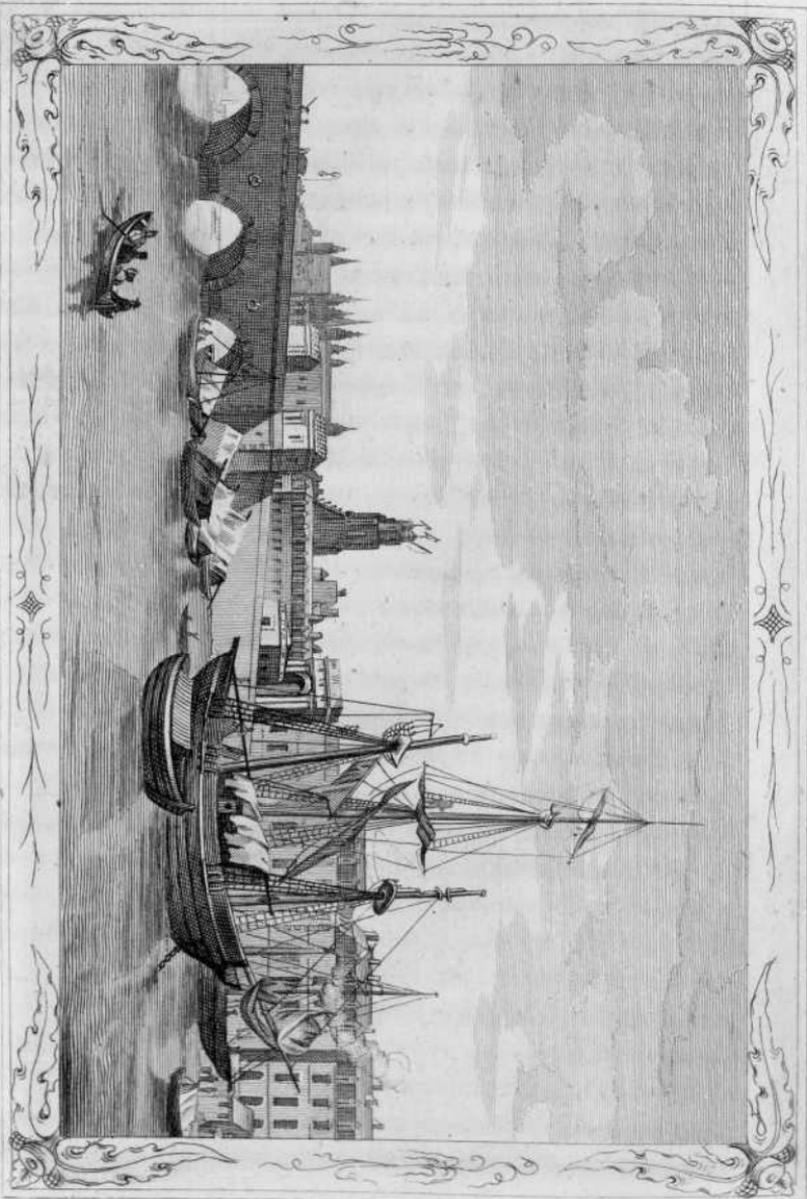


Illustration de la p. 95

El panorama que ofrece Burdeos á la vista del espectador poco dejará que desear á la im-
aginacion mas ardora de diversiones.

magnífica y sorprendente. Colocada á la orilla del Garona en forma de un grande arco cuya cuerda tiene una legua de longitud, con su estensa manzana de soberbias casas de sillería, su admirable y atrevido puente de piedra de 17 arcos, su bello malecon para contener el rio, su puerto guarnecido de mil velas y cien chimeneas de vapor, su fertilisima y pintoresca campiña, sus paseos, sus quintas, sus pabellones y sus jardines, el panorama que ofrece Burdeos á la vista del espectador poco dejará que desear á la imaginacion mas avara de ilusiones.

Si se la considera por la parte monumental, Burdeos ostenta orgullosa su cuartel de *Chapeau Rouge*, sus plazas Real, Delфина y de Tourny, su casa consistorial ú *Hotel de Ville*, su palacio de la prefectura, el grandioso edificio de la lonja, sus templos, sus baños y todo el bello conjunto de casas de la ciudad moderna; sin que haya necesidad de llamar la atencion del viajero hácia el *Gran Teatro* construido por Luis XIV, puesto que el estrangero que entra por primera vez en Burdeos no puede menos de preguntar naturalmente: «¿qué edificio es este de tan sólida y elegante arquitectura, rodeado de tan magníficas arcadas y cuyo magestuoso frontis decoran esas doce esbeltas estátuas sobre otras tantas robustas columnas?» Pero antes que el conductor revele que es el Gran Teatro suele adivinarlo el viajero si no desconoce en los trages y emblemas de las estátuas á las hermanas habitadoras del Parnaso.

Si se la considera por la parte de establecimientos de pública utilidad, enseñanza y beneficencia, el observador curioso puede visitar la casa-moneda, la banca, la universidad, la biblioteca de Lebel con sus 105 mil volúmenes, la academia real de ciencias, el museo, el gabinete de historial natural y el de antigüedades, el colegio de sordo-mudos, el hospicio, las escuelas de medicina, de comercio, de náutica, de hidrografia y de equitacion etc. Sin contar otros ciertos colejos acaso de los mas bien regidos y administrados que se pudiera desear, pero de que no puede ocuparse un escritor por ventajosas noticias que tenga de su mérito intrínseco.

Si se la considera por la parte mercantil, sabido es que el puerto de Burdeos es uno de los mas concurridos de Europa, y á que arriban embarcaciones de todos los puntos del globo. Y aunque en el dia esté experimentando una sensible decadencia al paso que va creciendo su rival el *Havre*, merced á la no muy acrisolada nota de buena fé que de un tiempo á esta parte han adquirido algunas de sus casas de comercio, Burdeos cuenta siempre con un fondo seguro de riqueza mercantil en la abundancia de los apetecidos vinos que produce su suelo. Por lo demas el rico mercader de Burdeos siempre ha servido de tipo y hecho un papel muy principal en las comedias de costumbres francesas, y aun en la última del inagotable Scribe titulada *Una cadena*, no falta la novia de cajón hija de *un rico comerciante de Burdeos*.

— Dos comparaciones le asaltan naturalmente al español que visita por primera vez á Burdeos: con Madrid por la parte de edificios, carruajes, teatros, tiendas y paseos; y con Sevilla por la del campo, el rio y las producciones. No falta quien recuerde la Vega de Granada, pero esta la reservo, yo Fr. Gerundio, para otro término mas adecuado de comparacion que mas adelante se presentará.

— Siendo Burdeos una poblacion de 400 mil almas poco mas ó menos, ocupa una estension como para 200 mil ó mas: asi es que á pesar de toda la animacion que es consiguiente á una poblacion mercante, se está siempre esperando ver mas gente, y esta gente no viene porque no la hay; era menester para eso, ó aumentar los vivientes ó apiñar las viviendas.

JEAN Y JEANNETTE, Ó JUAN Y JUANITA.

— Cuando nosotros entramos en la patria de Ausonio y de Montaigne llovía en francés que era una maravilla, coña que parecerá no guardar mucha consecuencia con el sol que dejamos en

Langon y Castres, pero que es muy comun en aquella antigua residencia del parlamento y del gobierno de la Guiena. Apenas nos apeamos en la casa de postas, nos vimos rodeados de emisarios ministeriales de los Hoteles, que venian á ganar nuestro voto con halagos y pomposas promesas. Yo dí el mio al ciudadano *Jean*, comisario regio del *Hotel de France*, tanto porque llevaba noticias de que era el mejor hotel de Burdeos, como porque me atrajo el oír chapurrar español á dicho recadero, ó *commissionnaire* que llaman. El tipo de estos *commissionnaires* se describirá mas adelante, porque no deja de ofrecer bastante novedad.

El bueno de *Jean* trasladó nuestro equipaje en un carretoncito..... y esto de carretoncitos es una circunstancia que como



tenia sus ruedas se me ha venido aqui rodada para empezar á notar como los franceses han simplificado desde las cosas mas pequeñas el sistema de transportes, conduciendo de una sola vez

y con la mayor facilidad los bagajes de tres ó cuatro viajeros, para lo cual necesitaríamos en España la cooperacion de tres mozos de cordel, que desde que hay en el mundo cordeles y mozos no ha alcanzado su talento á inventar otro sistema que el de la simple, ó por mejor decir, de la doble y robusta costilla.

Trasladó, como digo, nuestro equipaje al hotel de Francia, en donde se nos dió un par de habitaciones de las que corrian á cargo de la seccion de la hermana *Jeannette*, que allí está tambien el servicio dividido en secciones por *chambres* ó departamentos á cargo cada uno de una oficiala de cobachuela, á estilo de secretaria del despacho, y todos bajo la presidencia de *Madame Baron*, que es la dueña ó dueño (pues uno y otro se podrá decir de una señora que se llama *Baron*) de aquel hotel; sito en la calle del *Espiritu de las leyes*; y cito esta calle, porque como luego se verá, parece que mi horóscopo en esta parte de Francia era seguir constantemente las huellas al Baron de Montesquieu.

Dejemos por ahora á Juan y Juanita (por cuya muestra inferimos que no era solamente la España la tierra de los Juanes), que ellos volverán si les hemos menester.

LA MESA REDONDA.

Llevamos unos cuantos dias en Francia, y todavía no hemos dicho cómo comen los franceses, á pesar de ser uno de los puntos que llevaba mas en mientes mi buen Pelegrin. Ahora lo veremos en la mesa redonda del *Hotel de France*, que es en comun sentir la mesa mas provista y abundante de Burdeos.

Pero antes de ir á comer diremos algo de la vida y trato que se dá y se pasa en los hoteles.

Estos son generalmente edificios vastos hechos al intento, y distribuidos en veinte, treinta, cuarenta ó mas habitaciones, segun su capacidad y segun la poblacion, todas numeradas, y provistas todas de lo necesario para la comodidad del viajero, como

papelera, cómoda, mesa con espejo y avíos de tocador, chimenea ó estufa, cama elegantemente colgada, cubiertas las paredes de papel de color, y alfombrado el piso si es invierno, ó limpio y bruñido si es verano. En el portal está el cuarto del portero, que lleva el libro de entrada y salida de los huéspedes, y entrega ó recoge las llaves cada vez que uno entra ó sale de casa, si bien cada una tiene su número y se coloca en el correspondiente de la tabla ó llavera. Cada habitacion tiene su llamador de campanilla, las cuales todas concurren al cuarto de la portería, en donde el número de la que se oye sonar ó se ve vibrar avisa al del huésped que ha llamado.

Tan luego como el portero anuncia la llegada de un recién venido sale la señora del hotel á recibir al viajero y preguntarle qué clase de habitacion es la que desea. Y esta y la salida suelen ser las únicas ocasiones en que el huésped vé, como no sea por casualidad, á *Madame*, que se presenta á preguntarle si ha estado contento del servicio, y á rogarle muy dulcemente que no olvide la casa si se le ofrece volver á pasar por allí. Al arribo del viajero acuden presurosos los obsequiosos *garzones* ó sirvientes, disputándose quién ha de ser el primero en echar mano á la maleta y demas utensilios de viajar, y en llevarlos á la habitacion á que están destinados sin olvidarse de preguntar: «*avez vous quelque chose á me commander? Monsieur? ¿qu'est ce que vous desirez? ¿Tiene vd. algo que mandarme, caballero? ¿qué es lo que vd. desea?*» Esta obsequiosidad es todavía mas exagerada en Paris, y mas todavía en las ciudades del norte.

El servicio está reducido á hacer la cama, dar de almorzar y comer, y cada vez que se vuelve á casa de noche, encender el portero la bujía (tambien numerada, porque este gasto es cuenta aparte, y cada huésped paga lo que consume), y entregarla en propia mano, siendo del cargo del huésped llevarla humildemente á su morada, teniendo que hacer oficio de criado de sí mismo, lo cual forma un vice-versa con la finura y atencion que despliegan en otras cosas, que mas de una vez produjo altercados entre Tirabeque y monsieur el portero diciéndole: «Señor

monsieur, cargue vd. con esa vela, que asi se usa en España, y aqui ni el amo ni yo venimos á ser criados de vd., que aqui los dos somos amos, porque los dos pagamos, y el que paga quiere ser servido, y á mí no me enseñará vd. cómo se sirve, que lo tengo bien estudiado, por que he seguido esa carrera toda mi vida, menos ahora que estoy de vacaciones y me toca ser señor.» Pe-



ro ni esto bastaba á corregir tan inveterada costumbre y tan tolerado abuso.

Regularmente en todos los hoteles se come á la *table d'hotel* ó mesa redonda, á la cual suelen concurrir no solo los huéspedes

des sino muchos otros que viven de asiento ó por temporada en un pueblo, porque los franceses son muy aficionados á comer fuera de su casa; y estos, ó bien pagan diariamente los tres, ó tres y medio, ó cuatro francos de la mesa, ó bien se abonan por mensualidades, en lo cual hacen algun ahorro. Y esto de comer en la mesa redonda es para ellos un ramo de economía; que si economía no fuera, es de fé francesa que no lo hicieran ellos.

El almuerzo, que por lo comun consiste en dos platos fuertes de libre eleccion, con sus correspondientes postres, no está circunscrito á hora tan fija y determinada como la comida. Respecto á esta, no bien ha sonado las cinco el reloj del hotel cuando ya la campana está llamando á refectorio á la santa comunidad. Mala suerte le cabe al hermano que se descuide unos minutos en acudir al comedor: los franceses no esperan por nadie; cargan á discrecion, y avanzan de tal modo y se municionan con tal prisa, que el que se demore un poco se espone á encontrar pasado en autoridad de comida juzgada el plato que mas pudiera apetecer.

Algo pagamos nosotros el aprendizaje de este ejercicio de guerrillas manducatorias, hasta que la esperiencia nos enseñó saludables lecciones teórico-prácticas de puntualidad, aplicacion y aprovechamiento. Otra leccion de economía de tiempo nos enseñó tambien la esperiencia. Al principio seguíamos la práctica española de certificar la terminacion de cada vianda con el aspa ó equis que se forma sobre el plato con el cuchillo y tenedor en signo y demanda del competente relevo que aconseja la decencia. O se desestimaba la solicitud, ó se nos devolvian los documentos impurificados en primera y segunda instancia, ó se nos declaraba cesantes por una porcion de tiempo, y entre tanto nuestros comensales embutían sus almacenes interiores como si estuviesen en peligro de nunca mas comer. Hasta que nos convencimos que era costumbre en la culta Francia no mudar de cubierto y hacer la campaña entera sin limpiar las armas.—Señor, me decia Tirabeque, este es un vice-versa de cuatro pun-

tas que deja atrás á todos los de allá.» Y cuidado que esto mismo sucede en París como no sea en los *confortables* de primer órden.

Los primeros dias miraba Tirabeque con mucha atencion el curso que se daba á los platos, y chocábale que ninguna deferencia se tuviese con las señoras (porque tambien van señoras á comer á la *table d' hote*), sino que aquello era *primo capientis*, del primero que lo tomaba, como los bienes que en el derecho se dan *pro derelictis*. Ninguna consideracion, ninguna preferencia, ninguna galantería se tiene con las señoras: reinaba una completa igualdad de sexos: finura francesa.

Cada vianda que veia Tirabeque haberse adelantado otro á tocar antes que él, le parecia que deberia ser cosa sabrosa y delicada. « Señor, me decia con frecuencia, aquello deberá ser cosa esquisita.—A tí, Pelegrin, todo te parece esquisito antes de probarlo.—Señor, como veo que se chupan los dedos.—Eso no te sirva de regla, porque segun he observado es costumbre del país.—Señor, allá nadie se chupa los dedos sino en metáfora, pero aqui veo que se los chupan de veras.—Por eso dicen bien, que cada país tiene sus costumbres; y calla no nos oigan, que facilmente habrá quien nos entienda.»

Esta ligera descripcion bastará para dar una idea de la finura de los franceses en la mesa. Y cuenta que en la *table d' hote* del hotel de Francia, se reunian diariamente treinta ó cuarenta personas que por su clase debia suponérseles de la mas esmerada educacion.

Inútilmente se esperarí en la mesa de Francia la franqueza y la animacion que reina en las españolas. El sistema de individualismo que domina para todo en el país trasciende tambien á las mesas; cada uno come para sí, y el refran de «oveja que bala bocado pierde,» parece hecho ó nacido en los comedores franceses. Si en una mesa, si en un carruage de camino se oye una conversacion animada, téngase por cierto que allí comen ó viajan españoles..... ¡Y luego los califican á ellos de ligeros y habladores, y á nosotros de graves y un si és no és taciturnos!

¡Con cuántos vice-versas de éstos nos tenemos que encontrar!

no hay necesidad, como en España, de guantes y regalos. Los y combates con los cocheros: de cada veinte hay una tarjeta clara o

CARRUAGES DE CIUDAD.

terminado del carruaje, bien sea por criterios o bien por horas. El carruaje tienen que arreglarse alquilante y alquilador.

Ninguna de las ciudades de Francia que yo he visto, incluso Paris, y creo que ninguna de las que dejé de ver, presenta una colección de carruages de alquiler tan cómodos, decentes y vistosos como Burdeos. Son carruajes que no se desdeñarían arrastrar las mulas de nuestros Grandes de España, por muchos humos aristocráticos que se les quiera suponer. Comparados con ellos nuestros pseudo-coches, anti-carretelas, y calesines elementales de la calle de Alcalá, y plazuela del Angel y las Descalzas, sería como comparar una obra en pergamino con otra en tafilete.



Dividense en tres principales clases, todas bajo el nombre generico de *voiture* (carruaje), a saber, *fiacres*, *citadines* y *ca-*

bricolés, que es como decir, coches, berlinas y birlochos. Allí no hay necesidad, como en España, de ajustes y regatéos, tratos y contratos con los cocheros: dentro de cada *voiture* hay una tarjeta clavada ó colgada en que se lee el precio fijo ó coste determinado del carruage, bien sea por carreras ó bien por horas, á cuya tarifa tienen que arreglarse alquilante y alquilador. El precio suele ser de 4 franco, 25 céntimos (cinco rs.) por carrera, y de franco y medio (seis rs.) por la primera hora; si por horas se toma, y un franco por las siguientes; todo con muy corta diferencia segun el género de la *voiture*. Este sistema es general en toda Francia, y ni general, ni particular en toda España, donde no ha habido una buena alma que le adopte á pesar de ser de una utilidad reconocida.

Mas ahora recuerdo que no ha muchos días intentó un ensayo de este sistema la empresa de bailes de máscara del Circo Olímpico, fijando el precio de 2 reales por persona y carrera desde los puntos determinados de partida hasta el local del baile para cada carruage de los ajustados, que se distinguían por una bandera blanca. Pero esta loable tentativa escitó la rivalidad de los comprofesores, hirió su delicadeza y susceptibilidad, produjo una conspiracion cochera, fermentó la conjuracion, y rompió en un borrascoso pronunciamiento la noche misma que se habia puesto en práctica el ensayo, y al grito de «*abajo los privilegios, afuera las reformas, viva la libertad de los transportes*», emprendieron á pedradas, palos y latigazos con los del convenio; estos trataron de repelar la fuerza con la fuerza; fueron vencidos en el combate, y pereció la reforma locomotiva la noche misma de su nacimiento. Entreme vd. al pueblo éste con reformas útiles y mejoras positivas.

OMNIBUS.

Los ómnibus son una cuarta especie de carruage de ciudad generalizado por toda Europa cuyo servicio corresponde perfec-

tamente al título que llevan. Son unos carruages largos con dos filas de asientos colocados á la larga tambien, comunmente para catorce personas, y algunos para diez y seis, los cuales sirven para el trasporte de las gentes de unos á otros puntos notables de las poblaciones. En ellos entran *todos* los que quieren (que por eso se llaman *ómnibus* ó *para-todos*) hasta completarse el número de las plazas, por la módica retribucion de seis *sous* en París, y de cinco ó menos en los pueblos de provincia; de manera que por esta pequeña cantidad hay la proporcion de trasladarse cómodamente de un estremo á otro de la poblacion, que á veces suele esceder de media legua ó tres cuartos, y aun una entera.

A cada cinco minutos parte el *ómnibus* del punto que tiene marcado, y este corto período es el máximun que tiene que aguardar la persona trasferible ó que va en solicitud de plaza.

El sonido de un clarin tocado por el conductor responsable, avisa cada minuto á los que se hallen en ocasion de optar á alguna plaza la proximidad del momento de partir. Cada empleado que entra á tomar posesion de su destino es anunciado por una campanilla y sentado en el libro manual de entradas y salidas que lleva el conductor; especie de guia de forasteros poco mas variable que la que en España se hace cada año para el conocimiento de los empleados del Estado, pues asi como en aquella son pocos los que llegan al término de la carrera de cada *ómnibus*, sino que los mas van descendiendo y quedándose en los puntos intermedios del tránsito, asi los empleados de nuestra *Guia* son pocos los que llegan al término del año y figuran al siguiente en el mismo lugar.

Y esto me siguiere, á mi Fr. Gerundio, una idea cuya adopcion pudiera ser de una inmensa utilidad en España. Ya que no prohibáramos aqui el servicio de los *ómnibus*, á pesar de sus incalculables ventajas para la traslacion de unos á otros puntos distantes de las poblaciones, especialmente en Madrid, por ejemplo desde la Puerta del Sol á los ministerios, desde el paseo del Prado y desde los teatros á las calles mas distantes y ha-

bitadas (1); adoptáranse á lo menos los *ómnibus* desde la córte á las capitales de provincia, y de una á otra capital entre sí, con sus correspondencias como en los sitios cruceros de las ciudades de Francia, esclusivamente para la traslacion de los empleados del gobierno; que bien seguro es que aunque salieran, no dire cada cinco minutos pero sí cada segundo día, no les faltaria nunca con que llenar las plazas, y no perderia nada cualquiera empresa que en esta especulacion entrase, á lo menos mientras el gobierno no deje el divertido sistema de jugar con sus empleados al juego de las cuatro esquinas.

Los *ómnibus* son un centro fecundo é inagotable de aventuras y de escenas cómicas, por lo mismo que su baratura los pone al alcance y facil adquisicion de todas las clases del pueblo indistintamente. Allí no hay mas ley, ni mas categoría, ni mas derecho de preferencia que los cinco *sous*. Bajo un código de legislación tan sencillo sucede comunmente que cada *ómnibus* es una congregacion moviliaria y accidental de las piezas mas heterogéneas que en la sociedad se conocen. El propietario que tiene su casa en reparacion suele tener que sentarse al lado del albañil que acaba de rebocarle la pieza de comer, y ahora por variar le reboca la falda y manga de la levita con la masa que conserva fierna en su blusa, y monsieur el propietario tiene que sufrir callando el segundo reboque de monsieur el albañil, porque dentro del *ómnibus* ya son iguales, y no media entre ellos la categoría del canto de una pala de embadurnar. El juez de la *Cour d' assises* que acaba de sentenciar á una multa de cien francos al dueño del café del barrio, entra en el *ómnibus*, y le toca rozarse codo con codo ó sufrir un pisoton del multado, teniendo que aguantarle silenciosamente, sin que le valgan todos los artículos del código penal. Y el capitalista que intenta regre-

(1) Con posterioridad á la primera edicion de estos apuntes, ha tenido mi paternidad el gusto de ver introducidos y adoptados en Madrid los *ómnibus* para los usos en este capítulo indicados, en cuyo adelanto no sé si me atreva á lisonjearme de que tuvieran alguna parte las escitaciones aqui hechas.

sar á su casa en el *ómnibus* que encuentra al paso, se ve precisado á ir á pié, porque la última plaza la ocupó *Mademoiselle* su doméstica que viene de hacer la compra y entró con su cesta de huevos y ensalada, de cuyo importe sisa los cinco sueldos que le proporciona la comodidad de ir sentada, mientras su amo regresa pedestremente y con paciente humildad.

«*Arretez, cocher, s' il vous plait;*» cochéro, páre vd. «si gusta», grita un jóven desafortado que va bebiendo los vientos; «¿hay plaza?»—*Oui, Monsieur, oui; montez, s' il vous plait;* si señor, sí, suba vd. si gusta.» Es un enamorado que ha visto entrar en el *ómnibus* al objeto de sus amores y sus desvelos, y se apresura á aprovechar la ocasion de decirle dos palabras al oido; entra, y ¡ó fatalidad! entre los dos amantes ciudadanos se ha colocado una vieja aldeana con su enorme tiara de linon que los impide mirarse, y con su seron de patatas que les va lastimando á uno y á otro las rodillas, ó bien un viejo mercader judío que va dando sendos desahogós naríticos á la tabaquera; item mas



el cura de la parroquia que está sentado de frente con su breviario debajo del brazo, y es el confesor de la familia de la señorita: ¿Quiénes son estos dos que van solos en ese *ómnibus* que atraviesa?—Son dos enemigos jurados que protestaron no saludarse jamás: un año han huido de encontrarse, y ahora un mismo *ómnibus* los cobija.

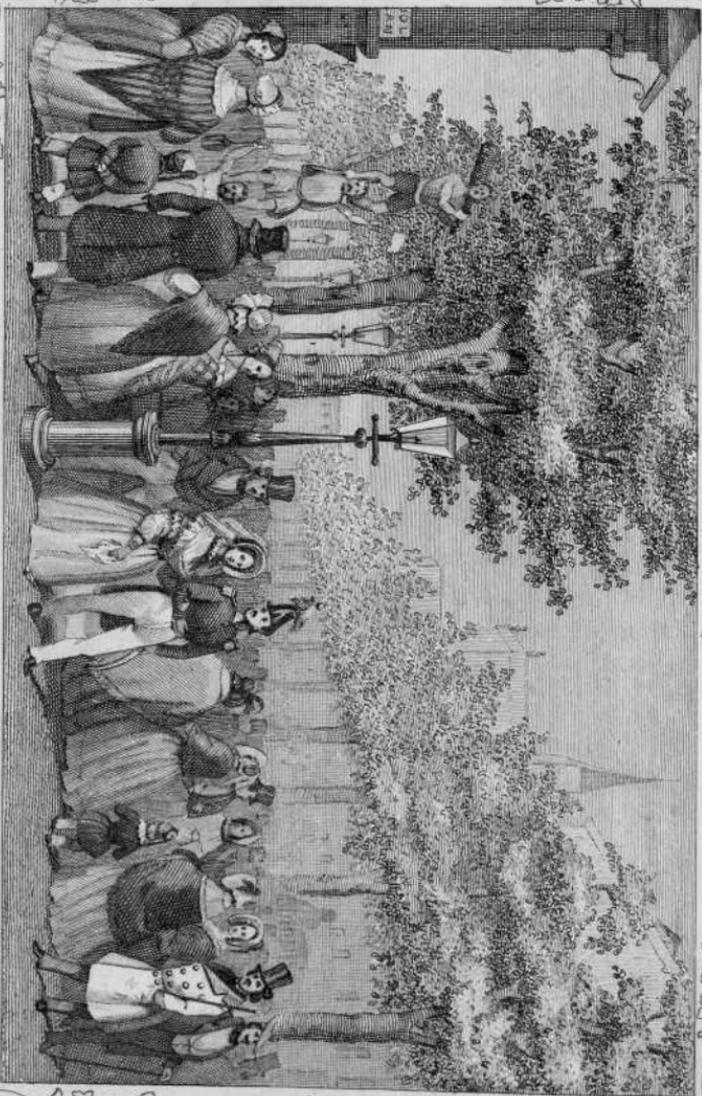
Donde hay *ómnibus* nadie puede decir de esta agua no beberé.

EL PASEO DE TOURNY.

Luego que comimos, determinamos Tirabeque y mi gerundiana persona salir á dar un paseo acompañados de un español, vizcaino honrado, que la providencia nos deparó en la mesa, el cual se hallaba en Burdeos hacía seis años huyendo prudentemente los compromisos y sinsabores de la guerra civil, y con ánimo de no regresar á su patria hasta que las cosas estuvieran enteramente tranquilas, lo cual lleva consigo la probabilidad de que nuestro apreciable compatriota acabará los días en tierra estraña, aunque viva los años de Matusalen.

Llevónos primero al hermoso paseo de *Quinconces*, entre la ciudad y el rico arrabal *des Chartrons*; dimos despues una vuelta por el espacioso *Jardin publico*, y volvimos á recaer al llamado de *Tourny*, deshogado salon dentro de la poblacion misma, y remedo del Prado de Madrid. Muchos y muy diferentes fueron los objetos que en él simultáneamente á nuestra vista se ofrecieron, y que tenian incesantemente dividida nuestra atencion. Por una parte las lindas y agraciadas *grissetas* (1), tan re-

(1) Dase en Burdeos el nombre de *grissetas* á las modistas, damas de mostrador, y otras mugeres intermedias entre las dos clases alta y baja del pueblo, las cuales se distinguen y tienen fama en todo el pais por su general belleza, y por su aseo, sencillez y buen gusto en el vestir.



Vallejo del 3.

Morales 7.

Por una parte las linas y agraciadas guisetas.....
Por otra los dlicades ejecutando juegos de fuerza.....

nombradas en toda Francia, con sus estudiados y elegantes adornos en la cabeza y su mirar dulce y conquistador; por otra el marqués de Valdespina, ex-ministro de D. Carlos, con su brazo manco y su sanguinario entusiasmo; por otra los *Alcides* ejecutando juegos de fuerza, doblando barras de hierro en el brazo desnudo y haciendo saltos difíciles por la retribucion de quien espontánea y devotamente quisiera arrojarles al suelo cuatro ó seis *sous*; éstos mismos *Alcides* cuyas funciones se anuncian en España con solemnes cartelones y programas, y á quienes se hace el honor de franquear los teatros principales de la corte: por otra el héroe de las atrocidades manchegas, flor y nata de la Carlistería andante, general *Palillos*, con su levita de palotes y su boina de primeras letras: por otra Gomez y Villarreal, que como gente de otra cuna y de otra estofa no alternaban con los *Palillos*, ni los *Orejitas* ni los *Basilios*, ni aun con el mismo Valdespina del arremangado brazo; por otra las voces y algaravía de los tenderos ambulantes que guarnecen el paseo gritando á todo gritar: «*la boutique; á catre sous la piece;*» la tienda; á cuatro sueldos la pieza.»

Al apuntar la noche se encendió el alumbrado de gas, y á los ejercicios de los *Alcides* substituyó una plaga de farsantes; los unos cantando al armónico son de un organillo portátil; los otros entonando malas trobas acompañadas de un chirriante violín; los otros haciendo juegos de manos; y llamándonos sobre todos la atención un jóven guitarrero, que con mucha calma y gravedad y con mucho aire de importancia y de misterio fué colocando en el suelo y en círculo hasta diez ó doce cabitos de vela encendidos; en seguida se plantó en medio del gran corro de espectadores á quienes servian de meta las bujias; sacó misteriosamente unos mamotretos que en una caja encerrados llevaba; los puso en el suelo, abiertos unos y cerrados otros; y en seguida colgándose al cuello la guitarra comenzó á entonar desaforadamente alegres canciones. Centenares de franceses le oian entusiasmados, reian como tontos, y llovian cuartos al far-

lacta de dominio de ocho francos, y como sea antiguo, un

sante trovador, que entre estrofa y estrofa se entretenia muy serio en recoger el fruto de sus cantares.



« Señor, me decía Tirabeque, pareceme que es tierra de mucha farsa esta.—Esto no es, le dije, sino el anuncio de la que nos espera ver.» Y con eso nos retiramos aquella noche á descansar.

GUIA DEL ESTRANGERO EN ESPAÑA.

A galos y españoles

mis capilladas tocan;

à hispanos y franceses

gerundiaré yo ahora.

El lector habrá observado que en lo poco que hasta el presente llevo escrito de mi viage he procurado examinar con imparcialidad y despreocupacion lo bueno y lo malo de cada pais, y consignar, mal que me pese, las cosas en que ellos nos llevan ventaja, y poner de manifiesto, mal que les pese à ellos, las cosas en que les aventajamos nosotros.

Conforme à este sistema, cuando acaeciére encontrar tal paso tal cosa en que ellos y nosotros merezcamos una común sacudida, no dejaré de cumplir con la obligacion que como Fr. Gerundio me tengo impuesta, así en la celda como viajando.

Pues como soy Fr. Gerundio,

yo no sé lo que me dá,

que aunque vaya de viage

no dejo de gerundiar.

Es el caso que habiendo cuidado de preveerme, como à todo viagero le es necesario é indispensable si no quiere viajar à ciegas, de la *Guia del extranjero en Francia*, me diriji con Tirabeque à una librería donde nos informaron que las encontraríamos, que por mas señas recuerdo haber sido en la calle llamada *Fossés de l'Intendance*, número 61. En efecto no se habia equivocado el informante: tomé mi *Guia* mediante la traslacion de dominio de ocho francos, y como sea antigua costum-

bre en mí cada vez que en una librería entro (y lo peor es que la mala maña se estiende no solo á las librerías públicas sino á las particulares tambien) calarme las antiparras y brujulear cuantos rotulages y titulos de obras están al alcance de mí gerundiana vista, atisé uno que decia: *Guide du voyageur en Espagne et en Portugal.* » ¡Tate! dije para mí; ¡la Guia del viagero por España y Portugal escrita en francés! Bueno fuera que te escapáras tú de mi reconocimiento y exámen.

Hizose el cambio del tomo por los ocho francos divididos en otros tantos volúmenes, y llevámosle para irle leyendo en los ratos que la inspeccion de otros objetos de curiosidad no nos lo impidiera.

Estrañamos los españoles, y de ello nos quejamos agriamente y hacemos un artículo de acusacion á los franceses, porque siendo la nacion mas vecina y con quien estamos en mas inmediato y frecuente contacto, conocen menos la España y están menos informados, y tienen ideas mas equivocadas de nuestras costumbres que pudieran tenerlas de los habitantes del Indostan. ¿Qué han de hacer sino tenerlas? ¿Y de parte de quién está la culpa? Nuestra es tanto como suya, y suya tanto como nuestra; la podemos partir, y no sé quiénsaldrá favorecido en la particion. Examinemos la *Guía*.

Cuidado que esta es del año 1841, décima-octava edicion, por *Quetin*, revisada por *Richard*, que es como decir que está administrada con todos los sacramentos de fé moderna.

Pues bien: dice la *Guía*, hablando por ejemplo de la administracion de justicia en España.

«Todas las ciudades, villas y aldeas tienen un corregidor, un alcalde mayor, ó bien un simple alcalde; todos son nombrados por el rey. Los corregidores están encargados de la policia de las ciudades, y de la de su distrito; del mando de la fuerza armada; de la ejecucion de las órdenes de la corte; de la tasacion ó precio de los comestibles; de las provisiones y alojamientos de las tropas, y juzgan sin cobrar derechos de las causas de poca importancia.

Figúrese el hermano lector la idea que traerá de nuestra administracion de justicia un francés que viene á España, y que lo primero que hace es proveerse de la *Guia* y foliarla y estudiarla para conocer las costumbres y el sistema de administracion del país que vá á visitar.

Continúa la *Guia*: «Los alcaldes mayores tienen poco más ó menos las mismas funciones que los corregidores en las ciudades en que faltan estos. Unos y otros llevan la espada al lado y el baston en la mano; honor que no se concede sino á los magistrados de los supremos tribunales, á los oficiales de estado mayor y de ejército, á los médicos y á algunos alguaciles.»

Señor, interrumpió aquí Tirabeque, por vida de S. Meliton bendito que esto ya no se aguanta: las mentiras tienen tambien sus limites, y el descaro debe tener sus términos como todas las cosas.—Y la exaltacion, Pelegrin, debe ser tambien contenida por una buena dosis de calma: ténla pues, y vamos leyendo.»

Habla de las audiencias y chancillerías en el año 41, como pudiera hablar en el año 26 ó en el 1782: para los franceses no se ha hecho novedad. Las Universidades están bajo el mismo pié que en el siglo XVII, y las fuerzas militares de mar y tierra no han pasado de 1830.

Se dicen en España, segun la *Guia*, sesenta mil misas por dia, y veintin millones por año; de ellas la mitad son de fundaciones; la otra mitad, á cuatro rs., producen 43 millones 800 mil reales al año; se predicán 410 mil sermones, que á 20 reales cada uno dan la suma de 8 millones 200 mil rs. anuales; los rosarios, votos y exorcismos producen 2 millones de reales, los derechos de estola 30 millones, las cuestaciones, imágenes y alforjas (asi dice la *Guia*; no tiene ella malas alforjas) 34 millones, que con los productos del diezmo, resulta percibir el clero español mil cincuenta y un millones y medio de reales al año.

He aquí un buen dato estadístico para el arreglo de la contribucion de culto y clero, sin que ni el gobierno ni los diputa-

dos tengan que molestarse en andar continuamente buscando una base cierta y fija para ella.

En artículo de *costumbres* dice la *GUIA*; «Los habitantes de la península española han sido desde muy antiguo, y son en todos tiempos muy renombrados por su gusto y afición á la danza.

«En otro tiempo era el *fandango* el que estaba en voga: ahora en la buena sociedad es el *bolero* el que predomina. Sin embargo estos dos bailes se dividen el entusiasmo casi inesplicable de todos los españoles cualquiera que sea su rango y su calidad. «*Townsed* en su *Viage á España* dice: «Que si se entrase de repente en una iglesia ó un tribunal bailando el *fandango* ó el *bolero*, los sacerdotes, los jueces, los abogados, los criminales, el pueblo, sérios ó alegres, viejos ó jóvenes, dejarían al momento sus funciones y se pondrían todos á danzar.»

Conozco, Pelegrin, que estás reventando, y que te cuesta no pequeño trabajo el callar.—Señor, no lo sabe vd. bien: el fandango y el bolero me está bailando á mi el corazón, y el alma me está rebrincando de corage. ¿Quién les ha dicho á esos autorcillos de embrolla que el *bolero* es el baile de la buena sociedad de España? Habrán tenido ellos por buena sociedad algun baile de candil. Lo mismo que eso de que si uno entrara bailando el fandango y el bolero en algun templo ó tribunal, se pondrían tambien á bailar los jueces y los sacerdotes. Que venga, que venga el Sr. Quetin, ó Quintin, y el Sr. Richard, y el señor Tusend, y se pongan á bailar en una iglesia ó en una sala de justicia, y verán si bailan los jueces y los curas, ó des baila á ellos el bolero y el fandango sobre las costillas con un buen garrote el portero, ó el alguacil, ó el sacristan, y les enseña á escribir con mas verdad de las costumbres de España. ¡Habrás visto cosa como ella! No parece sino que escriben por hacer burla.—Pues así son, Pelegrin, otras noticias que acerca de las costumbres españolas suministra esta *GUIA*. Así pues no es extraño que los extranjeros tengán tan equivocadas ideas de nuestro país.»

Si tratamos de indagar la causa de este mal, la encontrare-



CHANDERO

mos, como dije al principio del artículo, lo mismo en los franceses que en los españoles: en aquellos por su atrevimiento en escribir á roso y belloso de países que no conocen, y en estos por la incuria y apatía de no haber escrito una *Guía del extranjero en España*, dando lugar con nuestra indolencia y dejadez á que los extranjeros emitan ideas adulteradas de nuestro carácter y

costumbres, guiándose para ello por las relaciones de algun viagero que visitó la Península en el siglo XVIII, ó por un libro del tiempo del cardenal Cisneros que se les vino á la mano. De manera que ellos por osados y nosotros por desidiosos, ellos por charlar sin pararse en barras y nosotros por callarnos tan buenas cosas, ellos por escribir y nosotros por no leer, el español amante de su patria que viaja por el estrangero sufre lo que no es decible, y tiene que armarse de resignacion y paciencia al ver que llegan hasta preguntarle si en España se comen peras, si visten todos de jaquetones, si las señoras siguen llevando todas el puñal en la liga, si los enamorados se pasan toda la noche tocando la guitarra debajo de la ventana de su novia, si los toros se corren en los teatros, y poco les falta para preguntar si los españoles andamos en dos pies, de cuyas preguntas y otras semejantes que á mí mismo me han hecho no me faltará ocasion de hablar mas adelante, porque al fin en Burdeos, como no está lejos, ya nos van conociendo un poco (1).

LOS TEMPLARIOS.

No voy á hablar de aquellos caballeros del siglo XII que tanto dieron que escribir en su caida, no; sigo hablando de Fr. Gerundio y Tirabeque, que con motivo de ser el dia siguiente

(1) No ha sido tampoco inútil é infructuosa para el pais esta excitacion de Fr. Gerundio, pues ya el Sr. Mellado, del comercio de libros de esta corte, y acreditado editor de muchas obras literarias, ha publicado una *Guía del estrangero en España*, en que se hallan recogidos cuantos datos y noticias, útiles al viagero, ha permitido reunir nuestra imperfecta administracion; y que si no es aun una obra completa y acabada, es ya de una utilidad inmensa y no conocida hasta ahora, tanto para los naturales del pais como para los estrangeros que viajen por España.

domingo les dió por visitar templos, y no solo podrán llamarse templarios los caballeros del Templo sino tambien los que templos visitan y á los templos asisten.

Pero aun no hemos dicho nada del traje y maneras de los



CLÉRIGOS FRANCESES.

Constituye su uniforme una larga sotana con cola, sujeta á la cintura con una faja ó ceñidor ancho, comunmente de seda. En la parte superior del pecho, ó sea á la inmediacion del cuello, llevan dos tiritas negras con su fileto de cinta blanca en derredor, circunstancia comun á todas las clases del clero alto y bajo. Sombreros de los que en España llamamos de *tres candiles*, si bien no deja de irse introduciendo ahora una especie de canóa, imitando á los de nuestros eclesiásticos, aunque hasta ahora mas pequeños, y muchos usan el redondo ó de copa alta, el cual hace con el resto del traje una visualidad harto inarmónica, repugnante y plebeya. Los mas llevan el pelo en cerneja ó garna-cha á la parte occipital, lo cual decia Tirabeque que le olía un poco á pelo de la dehesa. No iba en esto del todo infundado, puesto que los clérigos actuales en Francia salen comunmente de los caserios, aldeas y pequeñas poblaciones.

Escusado es pensar en que haya de encontrarse un sacerdote francés sin su breviario ó diurno debajo del brazo. En las calles, en los paseos, en los caminos, de dia, de noche, á todas horas y en todas partes, *semper et ubique*, con su diurno en la mano ó debajo del brazo, parece haberse hecho para ellos el verso de Horacio:

Nocturna versate manu, versate diurna.

Yo llegué á sospechar si dormían con él. Tan apegado le veía siempre á su costado, que á veces dudaba ya si era un lo-



banillo de papel, y si la sagrada ordenación en Francia imprimía dos caracteres á un tiempo, uno espiritual é invisible en el alma, y otro visible y de bulto en el cuerpo: tanto mas, quanto se le veía abrir pocas veces, en lo cual no dejaba de entrever, yó Fr. Gerundio, un cierto síntoma de hipocresía.

No me es fácil calificar, á mí pobre viajero, si es esto, ó es verdadera virtud la que hace que la vida exterior y ostensible de los clérigos franceses aparezca mas morigerada y canónica, mas evangélica y anti-secular que la de los eclesiásticos españoles; el que no vistan nunca trages profanos, ni asistan á los paseos concurridos, ni se presenten en espectáculos públicos, ni ostenten el aire marcial y las maneras civiles y militares que se observan en nuestros clérigos de sociedad: puesto que por otra parte su vida privada no debe de ser del todo austera y penitente, si hemos de juzgar por los rubicundos semblantes y rolli-

zas cervices clericales que generalmente se encuentran, y que con frecuencia hacian decir á Tirabeque que los curas de Francia estaban todos de buen año.

En cuanto á su exterior apartamiento del siglo, tambien tuve ocasion de observar que no le llevaban á tal extremo en la vida doméstica, pues no en una sola casa me llamó la atencion el cuadrito bordado en cañamazo por *Mademoiselle* y dedicado «*á mon Pasteur,*» el paisaje trabajado de felpilla ó de pelo por la hija de confesion con destino á *Mr. le curé*, y la fuente de delicada crema para suavizar la garganta reseca con la peroracion del panegírico de San Luis y hecha de la mano y pluma de una hermana devota, aplicándose ellos grandemente el «*butyrum et mel comedet*» de la escritura.

Segun mi paternidad pudo colegir de los informes tomados en averiguacion de causas, el clero de Francia despues de la restauracion conoció y calculó que para reconquistar la influencia en el pueblo que durante la revolucion le habia hecho perder el extravío, las locuras y la inmoralidad de muchos de sus individuos, le era necesaria una reaccion, á lo menos exterior, en el sentido ascético y de religiosa y modesta compostura; y de aqui el haber adoptado un género de vida al parecer edificante y ejemplar, de que todavía se conserva un resto, que en unos será quizá hipocresía, en otros será acaso virtud.

Lo cierto es que los clérigos, que en el mediodia de la Francia no escasean ciertamente, siguen egerciendo en el pais un influjo no pequeño, especialmente en las clases populares y en el sexo mas dado á la devocion, en las mugeres. En punto á ilustracion, pienso que en general están distantes de poseerla en el grado que á su ministerio compete, y los sacerdotes españoles que hay allí empleados gozan de bastante aprecio y veneracion, y aun obtendrian mas altos é importantes cargos en la iglesia por su instruccion y moralidad, si para ello no fuera un motivo de retraccion la cualidad de extranjeros. Por lo mismo me fué mas sensible, á mí Fr. Gerundio, el haber sido testigo

cuasi presencial del poco noble comportamiento de algun otro eclesiástico compatriota, que nunca ha de faltar quien nos lo eche á perder.

SERMON PROTESTANTE.

Oida aquel dia nuestra misa á lo católico rancio español, nos encaminamos al mejor de los templos protestantes de Burdeos sito en la *Rue Notre-Dame* del arrabal *des Chartrons*. Al doblar la esquina de la *Rue du Pavé* advertimos un bando ó edicto á los Bordeleses que empezaba: «*L' autorité est en force*:» embadurnado con cosa que la decencia no permite nombrar. Era que los dias antes de nuestra llegada habia habido en Burdeos un simulacro de pronunciamiento con motivo de la ruidosa cuestion del nuevo censo (*recensement*), pero que se habia reducido á cuatro voces, á romper las vidrieras de la *Mairie*, y á pintar del modo que llevo indicado el bando del *Maire*, en que decia que la autoridad estaba en su fuerza y vigor.

Asi es que me decia Tirabeque: «Señor, estos franceses han perdido ya los memoriales en esto de hacer pronunciamientos; si quieren recibir algunas lecciones, que vayan, que vayan allá á nuestra tierra; pero nos las han de pagar bien, que si nosotros hemos salido maestros, nuestro trabajo nos ha costado, y si buenos pronunciamientos tenemos, buenos azotes nos cuestan. Y si no quieren molestarse en ir allá, que lo paguen como compete, y verán qué pronto viene una junta que se lo arregle todo.»

En esto llegamos al templo, que encontramos bastante concurrido, especialmente de señoras, de las cuales decia Pelegrin que era una compasion de Dios que unas hermanas que tanto le gustaban, fuera del protestantismo, se hubieran de condenar todas, las pobrecitas, solo por no profesar la misma religion que él.—Punto es este, Pelegrin, le dije, para tratado en otro sitio y mas despacio que aqui.»

Con la gravedad, circunspeccion y prosopopeya que los sacerdotes protestantes acostumbran predicaba *Mr. Monod* sobre el tema: «¿*Pouvet-vos mourir tranquille?* ¿Podreis morir tranquilo?»—Si señor, respondió Tirabeque en voz perceptible; mas que vd. y que todos los que están en este templo, que á lo menos nosotros somos católicos como Dios manda; y aunque somos españoles, sepa vd. que podemos morir tranquilos, porque nosotros ni hemos sido ministros, ni intendentes, ni contratistas siquiera, ni malos empleados, ni conspiradores, ni diputados ambiciosos, ni hemos hecho mas que trabajar lo que hemos podido por aquella pobrecita patria; Dios nos premie los malos ratos.»

Las caras se iban volviendo á escuchar al imprudente extranjero que asi hablaba, lo cual me movió á tomarle de un brazo y sacarle fuera. A la puerta vimos un cartel de la funcion del dia, que entre otras cosas decia: «precio del sermon 75 céntimos (tres reales).»—Señor, me dijo Pelegrin, arregladitos andan los sermones de los protestantes.—Vamos, anda, que eres un reparon imprudente; no se puede ir contigo á ninguna parte.

VISPERAS CATOLICAS.

Entre la visita al templo protestante y á otros católicos, era ya la hora de visperas cuando llegamos al de santo Domingo. Las visperas, que tan desairadas y desiertas de gente se celebran siempre en España, son una de las funciones religiosas á que mas concurrencia, especialmente del bello sexo, asiste en el reino vecino. La iglesia, que es harto capaz, se hallaba ya plagada de lujosos sombreros femeninos de las elegantes Bordelesas, y de los enormísimos bonetes blancos de las mugeres de la campaña. Paseaba las naves del templo con mesurado paso y ridicula gravedad el reverendo *Suizo*, personage estravagante,

especie de gendarme de iglesia, actor infalible y altamente dramático en toda funcion religiosa, que armado de pica y espada,



sombrero á lo Napoleon, casaca militar de larga falda, calzon encarnado, media blanca, y corraige con escudo á guisa de inspector guarda-bosque, cuida de la conservacion del órden en los templos.

Distinguiase entre los devotos muy particularmente uno que

arrodillado estaba con un rosario en la mano, cuyas cuentas de enorme magnitud solo podían compararse á las que hace una docena de años debían dar y no dan nunca los ministros de España. El movimiento de sus labios y mandíbulas estoy por decir que era mas exagerado que el de la vieja y estéril *Ana* madre de *Samuel* cuando tan fervorosamente pedía á Dios en el Tabernáculo que le concediera el hijo que le habia prometido. Pregunté al compatriota que me acompañaba si conocía al rezador de las cuentas gordas, y me informó que era el mas furibundo individuo de la ex-junta carlista de Navarra.—Reza, reza, hermano, exclamó entonces Pelegrin, que si á fuerza de rosarios has de purgar los rosarios de males que por allá has causado, bien puedes darte prisa á menear las quijadas, y quiera Dios no los ofrezcas por que se verifique la boda aquella que os hace conservar vivas las esperanzas.»

« A poco llegó *Monseñor el Arzobispo* seguido de un numeroso acompañamiento de curas, que durante los oficios le tributaban un homenaje que pudiera dar celos á la misma divinidad, si la divinidad fuera capaz de celos, al cual contribuían por su parte los niños de coro con sus casquetes y sus bonetes encarnados.

« Este *Monseñor Donnet*, que tal es el nombre del actual arzobispo, es hombre de mediana edad, participante de la robustez clerical francesa, de semblante agraciado y maneras francas, suaves, y de buena sociedad. *Monseñor* hace un papel muy principal en la ciudad y en el país; no hay estamperia en que no se encuentre el retrato de *Monseñor*, ni casa de cura donde el retrato de *Monseñor* no ocupe un lugar preferente. Cuando *Monseñor* entraba en el local donde se hacia la distribucion de premios á los alumnos de la *escuela cristiana*, un grito unánime de dos mil gargantas infantiles le saludaba diciendo: ¡*Vive Monseñor l' Archeveque!* « ¡*Vive le protecteur des infants!* » Cuando asistía á los de las alumnas pobres de las religiosas de Sta. Teresa, faltaba poco para que á su entrada se sacase en procesion la imagen de la santa fundadora para recibirle. Mi pater-

nidad tuvo ocasion de hablar á *Monseñor*; y en la conferencia eclesiástica semanal que bajo su presidencia se celebra, andubo rodando el nombre de Fray Gerundio mezclado con la cuestion de los limites del sacerdocio y el imperio, de que gracias sean dadas á su bondad no salió mi reverencia mal librado.

SI QUIERES SILLA, DACA LA MONEDILLA.

Réstame hablar de otra costumbre universalmente seguida en los templos católicos franceses; costumbre que está muy en armonía con el móvil de todas sus acciones y pensamientos; la moneda.

Hay en cada iglesia un surtido de sillas para el uso de los fieles; las cuales, concluida la funcion, se amontonan en un rimero dentro de la iglesia misma, lo cual hace una vista desagradable, poco decente, y muy opuesta al decoro del culto. Estas sillas se arriendan en uno, dos ó tres sueldos cada una segun la naturaleza de la funcion, y obra en cada iglesia una tarifa en que se marca el precio de cada silla, como pudiera marcarse el derecho de introduccion de cada mercancía en una ciudad, concebido poco mas ó menos en los términos siguientes:

Precio de las sillas.

En una misa rezada.	2 sous.
En misa cantada.	3
En misa de primera clase con sermon	5
En vísperas comunes.	2
En vísperas solemnes.	4

Y asi lo demas. Al medio de la misa una ó mas mugeres con un saco en la mano vá cobrando la contribucion de cada concurrente, ni mas ni menos que pudiera hacerlo un cobrador de banco, ó como pudiera un titerero ir recogiendo de cada asis-

tente á su espectáculo el contingente en que tasó el derecho de entrada; y no hay remedio, «si quieres silla, daca la monedilla.» Hasta los templos han hecho los franceses lonjas de comercio.



VALLEJO

BENEDICTO

Mas de una vez amenazó la silla de Tirabeque á las costillas de la cobradora, y solo á fuerza de sermones y reprimendas pudo conseguir que se fuera poco á poco amoldando al derecho de tarifa.

EL CASTILLO DE MONTESQUIEU.

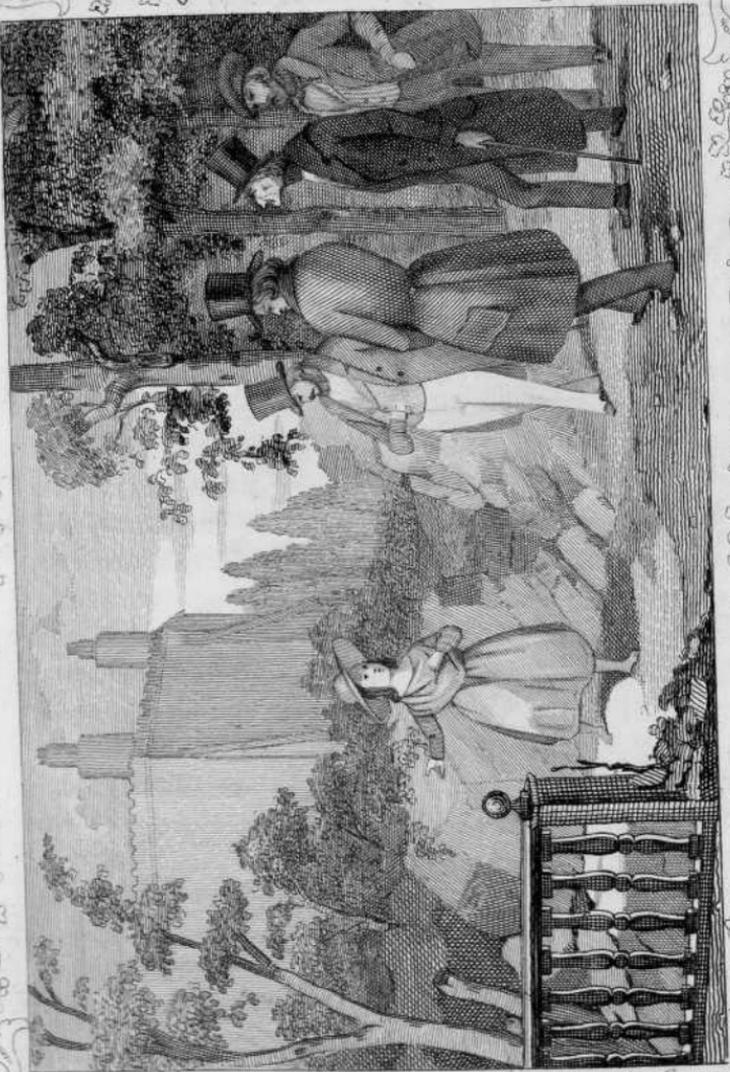
Al otro dia se dispuso entre varios amigos una expedicion al castillo ó palacio donde nació y habitó el inmortal Baron de *Montesquieu*, distante tres leguas y media al Sur de Burdeos, y un

tiro de bala á la derecha de la *Brede*. A esto no me pareció oportuno llevar á Tirabeque.

La mañana estaba suave y apacible, y las huertas, jardines, bosquecillos, viñedos, pavellones y casas de campo que se encuentran en el camino se dejaban ver desde nuestro carruaje en toda su belleza. La temperatura del dia animaba el paisaje, el paisaje animaba la conversacion, la conversacion animaba al conductor, y el conductor animaba los caballos; de suerte que con todas estas animaciones hicimos el camino sin sentir, y llegamos al pequeño pueblo de la *Brede* con los mejores ánimos para almorzar. Hicimoslo muy decentemente en el *Hotel de Montesquieu*, donde *Madame Dessombs* acertó á improvisarnos un discurso lleno de sólidos y sabrosos principios con sus correspondientes adiciones, enmiendas y sub-enmiendas de postres, que no nos dejó nada que desear. *Madame Dessombs* correspondió perfectamente á la confianza de sus comitentes.

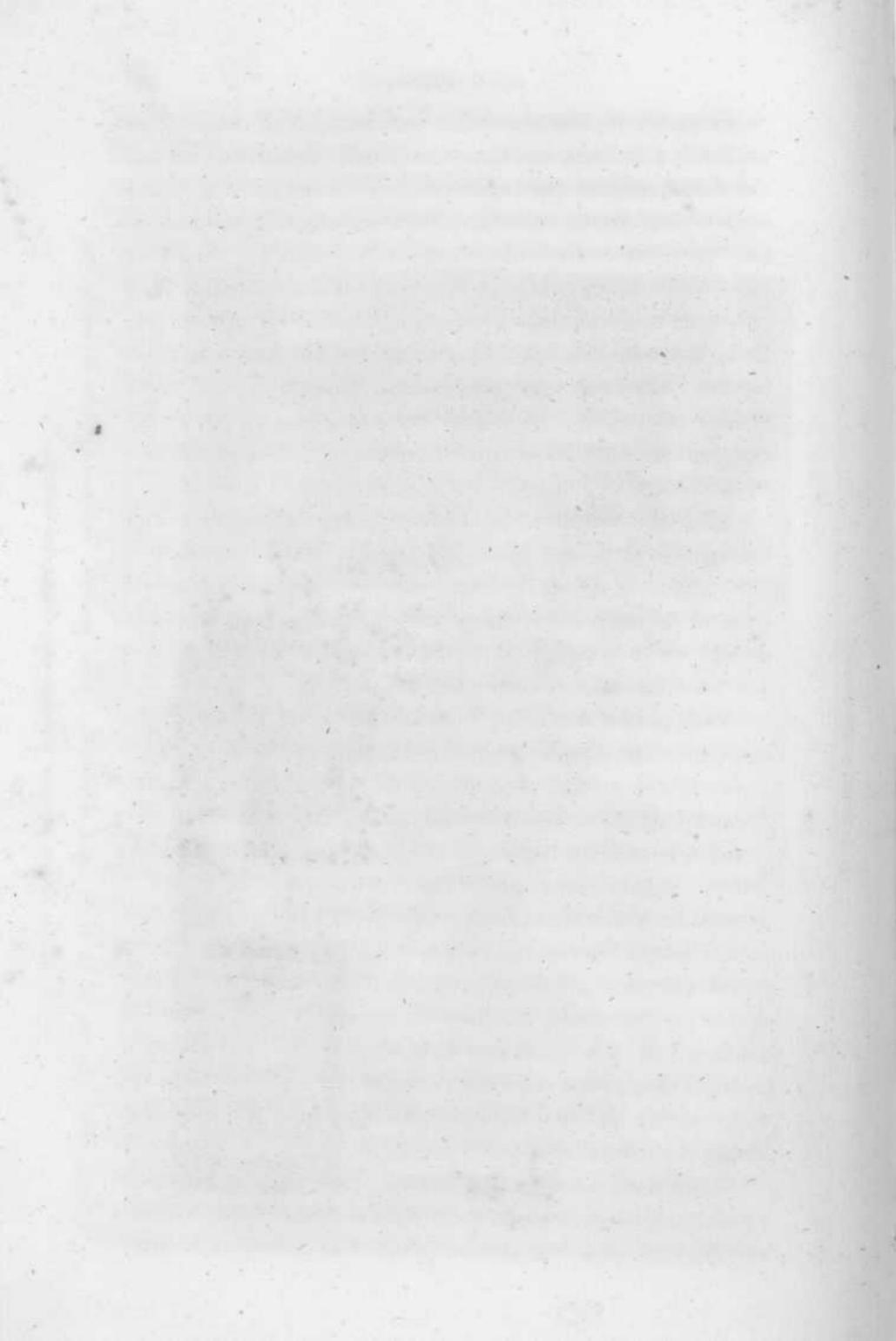
Y aqui en obsequio de la verdad y de la Francia debo decir, que no hay aldea miserable donde el viagero no pueda prometerse encontrar un hotel y un servicio de mesa tan decentes y esmerados como pudiéramos desear en España en cualquier capital de provincia.

Aprobada por el regente del hotel nuestra contestacion numeraria á su discurso de artículos de consumo, y dejando el carruaje en la *Brede*, nos encaminamos á pié hácia el castillo, sirviéndonos de guia por las frondosas calles de árboles que á él conducen una niña de 10 á 12 años, que aunque de cuna humilde, como lo atestiguaban sus pies descalzos y su sombrerito de paja, mostraba una amabilidad y un despejo que parecia haber alcanzado á su educacion la influencia del *Espiritu de las Leyes*.—«Vuélvete, niña, que ya se vé desde aqui el castillo.—Ah, perdon, señores, yo debo acompañar á vds. hasta allá, porque podrán vds. equivocarse la entrada.» Lo haria, si se quiere, por la esperanza de recibir un par de sous mas, pero el resultado es que esta amable obsequiosidad que se vé hasta en las criaturas, no puede menos de agradar sobremanera al extranjero.



21

¡Puelvete, niña, que ya se ve desde aquí el castillo.—Oh! perdón; señores, yo debo acompañar á VV. hasta allá, porque podrían equivocarse la entrada!..



El castillo de Montesquieu es uno de aquellos monumentos cuya sola vista causa una impresion honda y sublime de recuerdos y de filosóficas contemplaciones. Colocado entre magestuosos bosques, espesos viñedos y alegres praderas, con sus almenas y sus cubos, sus puentes levadizos y sus anchos fosos cuyas aguas le circundan, presenta un cuadro sublime en que lo severo disputa sus encantos á lo risueño y alegre, en que las ideas de las leyendas del siglo XVI alternan con las graves sensaciones del *Espiritu de las Leyes*, con las profundas de las *Causas de la grandeza y de la decadencia de los Romanos*, y con las ligeras y punzantes de las *Cartas Persianas*, que allí nacieron en el siglo XVIII.

«Tal vez bajo este árbol, decia yo, conversó algunos ratos en el *patois gascón* del país con el humilde labrador de la Breda *el legislador del género humano*, como le llama con disimulable exageracion un escritor compatriota suyo. Tal vez á la sombra de este roble se ocupó en dirimir sus querellas ó en resolver sus consultas como de costumbre tenia.»

Entramos en el castillo, y no bien habiamos llegado al primer patio cuando entró tambien el Baron de Montesquieu, nieto y sucesor del escritor insigne, con sus jóvenes hijas. Despues de los saludos de urbanidad y ordenanza, un francés de nuestra comitiva le manifestó que yo era un español, escritor tambien (aunque indigno), que queria tener el gusto de visitar con su permiso la morada de su ilustre progenitor, pagando en ello el tributo debido á la sabiduría y á la virtud. El Baron nos otorgó su beneplácito, y señalándonos á una de sus sirvientas y diciendo que la siguiéramos, nos hizo un cumplimiento de despedida con la cabeza, y se subió con su familia. Nosotros en observancia de su insinuacion seguimos á nuestra *servicial* castellana, que nos condujo á una habitacion del piso bajo, que habia sido la vivienda del escritor inmortal.

Componese esta de tres ó cuatro piezas cuyo pavimento y paredes son todas de madera. En ellas se conserva todo el menage de casa tal y conforme se hallaba á la muerte de su habi-

tador ilustre. La cama con sus ropas, las cortinas y pabellones, las sillas, las mesas, los juguetes, y hasta la cuna en que fué mecido, todo se conserva en el mismo ser y estado en que él lo usó desde su infancia hasta su muerte. Yo Fr. Gerundio lleno de curiosidad hácia todo lo que tenia relacion con el grande hombre, dirigía mil preguntas á la *Cicerona* que nos habia endosado el Baron del año 41 del siglo XIX, pero ella á todo respondia: «*je ne sais pas*:» con lo cual me convencí de que mejor que á preguntas de la historia tradicional de un sábio me hubiera respondido si le preguntára cómo se hacía un *fricandeau* con tomates, ó una costilla de carnero á la salsa blanca, y que sin duda su amo habia creído que los extranjeros íbamos á visitar la cocina, y no la morada de su progenitor. Yo esperaba sin embargo que él mismo bajaría, y entonces podria satisfacer mi curiosidad.

Afortunadamente el francés que nos acompañaba conocia bastante aquel lugar y toda su tradicion. «¿Veis, Fr. Gerundio, me dijo, esta piedra de la chimenea gastada y rebajada como á tres cuartas del suelo del continuo roce que se conoce ha tenido?—En efecto que sí.—Pues bien; aqui es donde, sentado en esta silla, fijaba el pie el ilustre baron de Mostesquieu, y aqui es donde, en esta postura al amor de la lumbre, se pasaba largas horas escribiendo las obras que le hicieron inmortal.»

Entonces yo sentándome en la misma silla y fijando el pié en el propio sitio en que el célebre publicista á fijarle acostumbraba, «aqui, decia yo entusiasmado, aqui nació aquel Código de derecho de las naciones, que el tituló humildemente *Espiritu de las leyes*: aqui se escribió acaso el profundo artículo de *Alejandro*: aqui el de *Carlo Magno*, que en solas dos páginas encierra mas principios de política que todas las obras de Baltasar Gracian: aqui el de la *esclavitud de los negros*, en que bajo el disfraz de una ironía festiva se encierran mas admirables reflexiones de humanidad que en un sério y pesado volúmen: aqui se escribieron acaso aquellos pensamientos sublimes de libertad que tan mal siguen despues de dos siglos las naciones

que se dicen mas libres: aqui las *Causas del engrandecimiento y decadencia de los romanos*; obra que en espresion de un escritor ilustre no la hubiera hecho mejor un romano de los tiempos florecientes de la república que hubiera reunido el alma de Tácito y la imaginacion de Corneille: aqui la fina y delicada sátira de las *Cartas Persianas*, en que fué lástima vertiera algunas ideas poco religiosas que con razon le produjeron el desvio del piadoso cardenal de *Fleury*, á pesar de que algo lo cohonestó con haber dicho al tiempo de morir que siempre habia respetado la religion, y que «la moral del evangelio era el mas bello presente que Dios habia podido hacer á los hombres.» Aqui en este mismo sitio.....»



Pero nuestra conductora, que acaso estaria ya temiendo que durante mis meditaciones se le pegara el guisado, vino á interrumpirmelas preguntando si gustaba escribir mi nombre en el libro de los visitantes. En efecto, sobre una mesa tienen un libro en que los curiosos que van á visitar aquella venerable morada suelen escribir sus nombres al pié de algun pensamiento dedicado á la memoria de su célebre habitador. Habia un numeroso catálogo de nombres franceses, muchísimos de ingleses, muchos de otros países, y poquísimos, muy contados de españoles. Yo tambien consigné el gerundiano nombre debajo de un corto tributo de «honor, admiracion y respeto al inmortal autor del Espíritu de las Leyes»: y hecho lo mismo por los de la gerundiana comitiva, y escritos unos cuantos caracteres de plata en la mano de nuestra lega Cicerona, que fueron aprobados sin discusion por el jurado de sus cinco dedos, salimos de aquella respetable mansion sin que hubiese parecido Monsieur el descendiente del Baron de Montesquieu, y con el disgusto de no haber podido ver su heredada y rica biblioteca.

Estrañando mi paternidad el comportamiento del Sr. Baron con unos estrangeros que hacian un viage solamente por pagar un tributo de su respeto á la memoria de un ascendiente suyo, en lo cual suponía yo que tendria un placer, exclamó uno de aquellos hermanos. «¡Ay, P. Fr. Gerundio! hombres hay que tienen la suerte de no heredar de sus antepasados mas que el título y las tierras de labor; si quiere vd. un ejemplo de la degeneracion de las castas, aqui le tiene vd. en la corta línea de abuelo hasta nieto, en el corto espacio que divide el piso alto del que acabamos de visitar: el abuelo haciéndose querer por su amabilidad y dulzura en la sociedad, como captándose la admiracion por la grandeza de sus obras en el mundo de las ciencias; el nieto dando una criada por conductora á los estrangeros que vienen á rendir admiracion á la memoria de su abuelo: el Baron del siglo XVIII dulcificando las penalidades de los infelices aldeanos y colonos; el Baron del siglo XIX meditando cómo acrecerá las rentas de las tierras de pan llevar: el publicista filósofo echan-

do los cimientos de una legislacion nacional y libre para el gobierno de los pueblos; el propietario de la *Brede* soñando con el triunfo de los legitimistas, y temblando siempre con el miedo de una revolucion en que pueda padecer la riqueza y la propiedad... »

Un aviso de apremio mandado por monsieur el cochero sobre lo adelantado de la hora cortó la antítesis de los dos Barones, y obedeciendo todos al superior mandato nos metimos en nuestra *cabaña rodante* como las llamaba el *Chactas* de Chateaubriand, y dimos la vuelta á Burdeos.

AVENTURILLAS DE UN DIA DE AUSENCIA.

Medianamente habia pasado Tirabeque aquel dia, segun me dijo, echando de menos á cada instante la presencia de su amo. Habíanle sucedido una porcion de aventuras, la mayor parte por efecto de haber tenido que entenderse él solo con extranjeros en un idioma que no poseia ciertamente en el mayor grado de perfeccion.

Desde la hora de almorzar habia empezado á sentir los resultados de los infinitos *quid pro quo* que en sus esplicaciones cometia, en cuyos cambios perdió unas veces y ganó otras. Habia comenzado pidiendo un par de huevos, y en su lugar le presentaron una perdiz, de lo cual infirió que en el extranjero era una cucaña el no ser bien entendido, especialmente habiendo un amo sobre cuya bolsa recaia la responsabilidad del exceso en gastos de partidas equivocadas. No fué tan feliz en el segundo plato, puesto que por pedir pescado pidió veneno, cosa no muy extraña en un recluta de idioma francés, por la mucha semejanza en la pronunciacion entre *poison* (veneno) y *poisson* (pescado): pero como él no sabia la significacion de la primera voz, y yo no habia tenido la precaucion de advertírselo, parece que se entabló entre él y el garzon Antonio una polémica bastante acalora-

da, diciéndo éste: «perdone vd., Monsieur Pelegrin, que aqui no se sirve *poison* á nadie.—¿Cómo quenó? replicaba Tirabeque: ¿no acaba vd. de servirselo á este Monsieur que está almorzando aqui á mi derecha? ¿O piensa vd. que los españoles no tenemos ojos en la cara?—Perdone vd., que eso no es *poison* sino *poisson*. Si le diera á vd. *poison*, se moriría vd. infaliblemente, y la responsabilidad caería sobre mí.—Pues mire vd., yo quiero morirme con el *poison* que está comiendo aqui este ciudadano de al lado, y si me muero, yo le relevo á vd. de toda responsabilidad: cuando me vayan á tomar declaracion diré que no me le dió vd., sino que lo tomé yo mismo.»

El bueno de Antonio, en quien deberia haber mas de socarroneria que de falta de comprension, llevó el pescado á Tirabeque, que sin embargo aquel dia no las tuvo todas consigo, recelando si en efecto habria comido algo que pudiera hacerle mal. En seguida pidió una taza de café, y cuando él esperaba que le llevasen manteca que creyó haber pedido, se encontró con una botella de cerveza, y le faltó poco para romper con ella los cascos á Antonio, achacándolo á que queria divertirse á costa suya, cuando toda la culpabilidad habia estado de parte de él por haber trastocado las voces *biere* y *beurre*. Con estas y otras equivocaciones habia tenido el pobre Tirabeque un almuerzo azaroso y de continuo chocar con el *garzon*.

En seguida salió á hacerse la barba, para lo cual, aunque habia oido nombrar mucho y aun leído muchas veces la muestra de la peluquería de *Bessieres* (1), no quiso ponerse en sus manos sospechando si aquel *Bessieres* seria el mismo general que tan ingratos recuerdos habia dejado en España, y que por término de su carrera habria venido á parar en peluquero. Y por esto y por estar vecino, en la misma calle de *Esprit des lois*,

(1) En Francia se ejercen simultáneamente las profesiones compsilógicas, barbería y peluquería, cosa mas conforme á la analogía de las dos artes, que la costumbre española de encomendarse la primera á los aprendices de cirujano.

prefirió la de *Mr. Desclaux*. Preguntóle desde luego el artista si iba á cortarse el pelo, y como usase la frase de «*la taille des cheveux*,» me refirió Tirabeque que le habia respondido: «si señor, ciertamente que aqui son de buena talla los caballos (confundiendo el *chevaux* caballos con el *cheveux* cabellos, y el *taille* corte, con el *taille* talla), lo cual me aseguró que habia producido la mas graciosa escena entre el peluquero y él, antes que hubiesen logrado comprenderse.



A fin le hizo la barba, y seguidamente sin prevenirle de modo alguno comenzó á sacarle las canas de barba y cabello con unas espinzas, sutileza que él no esperaba y que le hizo saltar

de la silla, hasta que se enteró del objeto de la oficiosa operacion. Segun cuentas que ajustó despues, le salió á dos *sous* cada cana que le echó al aire el peluquero; item mas catorce ó diez y seis francos que empleó en botes de pomada, jabon de olor y otras chucherías, no habiendo podido resistir á la charla insinuante y cuasi coactiva de *Mr. Desclaux*. Si bien es verdad que éste en cambio tuvo la atencion de regalar al parroquiano un programa de la fiesta que celebraba aquella noche el gremio de peluqueros.

Con este motivo, y para consolarle de estas y otras aventuras de aquel dia, tal como la que le pasó con uno de los judíos cambiantes de monedas, y otra con el zapatero por no haber acertado ni con la horma ni con la forma que exige la particular estructura de su pié cojo, determiné aprovechar tan buena ocasion y oportuna coincidencia, llevándole á la mencionada funcion.

LA FIESTA DE LOS PELUQUEROS.

Acostumbran los artistas y artesanos Bordeleses á celebrar por aquella estacion sus fiestas populares, divididos en clases, gremios ó profesiones. Tocábale aquel dia á la de maestros peluqueros, reunidos en número de 30; algunos dias despues tuvieron tambien la suya los oficiales del mismo arte.

Los dos sitios destinados á la celebracion de estos regocijos eran los *Camps Eliseos* y la *Renaissance de Vincennes*, que es como si dijéramos en Madrid el *Jardin de las Delicias* en el paseo de Recoletos, y el de *Minerva* en *Chamberi*, lugares de *gaudeamus* y recreo para caballeritos de prima tonsura, damas meritorias, y gente de entre merced y señoría.

Franqueósenos la entrada mediante la modicísima retribucion de seis sueldos por persona. Una abundante y vistosa iluminacion de vasos y farolitos de colores colocados con arte y sime-



“Entramos en el grande y capcioso salon de baile, donde el partido del movimiento dominaba sin oposicion.”

Valde 3.

Dionisio 7.

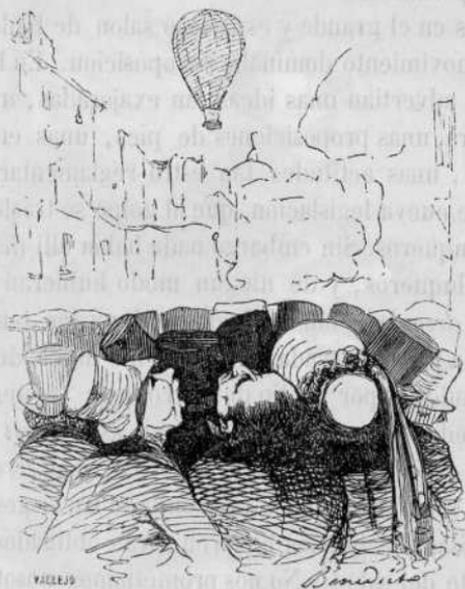
tría en las calles de árboles de aquellos vastos jardines hirió nuestra vista agradablemente: bucles y tirabuzones luminosos con que los peluqueros habian sabido ataviar ingeniosamente las cabelleras de los árboles. Sin embargo como el jardin era tan estenso, aun quedaba mucha parte por iluminar, y no era por cierto la menos concurrida de gentes, que en todas partes hay quien haga del oscurantismo un sistema de especulacion, y no son solo los ministerios de Hacienda donde se huye de la pública subasta para celebrar contratos y sacar mas partido de la negociacion. Concurridísimos estaban los *Campos Eliseos*, tanto de *grisetas* como de galanes de mezcla gris, y como de aldeanas de escofietas superlativas.

Entramos en el grande y espacioso salon de baile, donde el partido del movimiento dominaba sin oposicion. En los walses y rigodones se advertian unas ideas tan exajeradas, unos proyectos de postura, unas proposiciones de pies, unas enmiendas de contorsiones, unas actitudes tan estra-reglamentarias, y unos trages tan de nueva legislacion, que al golpe se traslucia ser una fiesta de peluqueros. Sin embargo nada habia alli de *descabellado*; eran peluqueros, y de ningun modo hubieran consentido nada que á *descabello* oliese. Nada de desórden tampoco, á no incurrir en la pena marcada en el artículo único del bando de policia comunicado por medio de un robusto y estenso renglon que en derredor del salon se leia y decia asi: «*il est defendu des gestes et des actions indecents: ceux qui les feront seront inmedia- tement faits sortir du salon*: está prohibido hacer gestos y acciones indecorosas; los que las hicieren serán obligados á salir inmediatamente del salon.» No nos prometiamos nosotros otra cosa de un gremio de peluqueros, cuyo lema *capital* es la decencia y el aseo.

El corazon de Tirabeque bailó tambien un rigodon de alegria al oir tocar á la orquesta la sinfonia del *contrabandista español*; oida la cual nos salimos á ver á un hombre que tenia entretenido un numeroso concurso á su derredor con juegos de manos (porque funcion sin su *joueur de gobelets* en Francia sería manca y

defectuosa), sobresaliendo entre ellos el pasarse una barra de hierro candente por la mano, é introducirla despues por la boca y garganta; incombustibilidad, que como observó Tirabeque, mas que en los *Campos Eliseos* le podia ser provechosa en los *Infiernos*, si acaso estaba destinado á dar allí algunas funciones.

Hubo despues su globo aerostático, á cuya elevacion reparó Pelegrin que las gentes se quedaban con la boca abierta como en España; concluyendo la función con unos lindos fuegos artificiales, cuyas flámulas eran casi de tan variados colores como los partidos políticos españoles.



LAS MONTAÑAS RUSAS.

Pero lo que mas le agradó de toda la diversion fueron las *montañas rusas*, especie de montañas artificiales, inventadas

por *Mr. Populus* de Paris en 1816, así llamadas por la semejanza á las montañas de hielo que suelen hacer los rusos para divertirse en los inviernos resbalando suavemente por ellas, sentados sobre una piel ó en un asiento muy bajo. En estas de Francia que son de madera, y que han constituido el furor de las diversiones populares por muchos años, se descende rápidamente desde una enorme altura en pequeños carritos cuyas ruedas no pueden salirse de los carriles por donde bajan. La velocidad con que se descende es tan rápida, que casi llega á pararse la respiración y á perderse los sentidos, pues no se tardará mas de un minuto en bajar el cuarto de legua que tendrá de distancia la montaña entre los giros y conversiones que hace desde la cúspide hasta el suelo; pero hay gentes tan ejercitadas en estos juegos que bajan con la mayor serenidad, y con tal confianza que á veces se arrojan dos personas simultáneamente y descenden por los dos carriles en pié y abrazadas sin desasirse en toda la carrera.

Tirabeque lo miraba embobado, y me decía: « Señor, esto sí que es progreso rápido, y no todo lo que se conoce por allá; esto es mas que republicano, señor.—Sí, pero dura poco, Pelegrin; y así como el que mucho abarca poco aprieta, así también el que mucho corre pronto pára.—Señor, yo quería echar una carrerita; no cuesta mas que cinco *sous*, y por otra parte no debe haber cuidado cuando hasta mugeres bajan por la montaña.»

Echó en efecto Tirabeque su par de carreras, y hubiérase estado corriendo por la montaña rusa hasta otro día si yo no le hubiera dado orden de retirarnos á descansar.

EL CEMENTERIO.

En un pueblo en que tan cómodas, anchurosas y elegantes viviendas disfrutaban los vivos, no era regular que tuviesen una mezquina morada los muertos. Grande y suntuoso es en efecto

el cementerio católico de Burdeos; acaso es el segundo de la Francia, y no tengo noticia de que haya en España alguno tan magnífico como él. Poblado de árboles frondosos y sombríos, simétricamente colocados; únicos amigos, que despues de haber servido al hombre de recreo y solaz en la vida no se desdennan de acompañar asiduamente sus cenizas en la muerte; dividido en anchas calles que parten en cuadros aquella ciudad de difuntos, á cuyas orillas se elevan grandiosos mausoleos de piedra de variadas y caprichosas formas, y de gusto mas ó menos elegante, dejando en medio millares de negras y humildes cruces entre apiñados arbustos que crecen tambien humildemente sin órden ni alineacion, signo de la clase pobre á que pertenecieron los que yacen al pie de ellas, que hasta el sepulero llevan los hombres el orgullo de la distincion de gerarquias y la ostentacion de las riquezas, como intentando disputar á la muerte el derecho de igualarlo todo; pendientes acá y allá de los brazos de las cruces y de las puntas de las pirámides multitud de coronas de perpétuas, y rodeados muchos sepuleros de pequeños jardinitos de amarillas y moradas flores, se tendria por un bello paseo de recreacion si donde quiera que se dirija la vista no se leyese una inscripcion fúnebre, ó si no se divisase de trecho en trecho una muger vestida de luto que arrodillada delante de la tumba de su hijo ó de la lápida que cubre las cenizas de su esposo llora el desamparo de la viudez ó el desconsuelo de la maternidad.

Sin embargo, quizá no hubiera hecho mencion del cementerio de Burdeos, habiendo de tener que describir despues el sin igual del Padre *Lachaise* de París, si pudiera dispensarme de consignar la triste y agradable impresion que sentí al encontrar en él la tumba de un célebre artista español. Leía, sí, con admiracion y respeto las inscripciones con que la posteridad honra la memoria de los hombres célebres del país (que los monumentos consagrados á la grandeza y la virtud deben interesar á los hombres de todos los países), tal como la que la guardia nacional habia hecho esculpir en el túmulo

del bravo *Deschamps* coronel de la legion del Sud, muerto en 1833; y aquellas sus últimas y sublimes palabras: «*Camaradas: os dejó en legado la corbata de mi vieja bandera. Mas de una vez ha visto retroceder al enemigo. Colocada de hoy mas en medio de vosotros, confío en que sabreis mantenerla en el camino del honor.*»

Pero cuando leí: «*aquí yace el famoso pintor español FRANCISCO DE GOYA,*» sentí una emoci6n de alegría y tristeza que no pude disimular. De alegría, por ver veneradas en el extranjero las cenizas de un distinguido compatriota; y de tristeza, al contemplar que los artistas españoles alcanzan en país extranjero si quiera una piedra y una inscripci6n que recuerda y perpetúa su nombre, cuando en España yacen tantos hombres célebres igno-



GOYA.

rados bajo una capa de tierra y de yerba que pisa el pueblo con ruda planta sin imaginar siquiera que está conculcando los restos de quien en vida supo admirar á sus conciudadanos. Y entristeciame tambien, porque quisiera que los grandes hombres españoles ni vivos ni muertos faltáran de España, y en vida con sus obras y talentos, y en muerte con sus monumentos y sus tumbas estuvieran perpétuamente honrando y ensalzando el pais que tuvo la gloria de verlos nacer.

Dirigiendo estaba, yo Fr. Gerundio, la última mirada de cariño y respeto al célebre autor de *los caprichos*, cuando se acercó Tirabeque á preguntarme; «Señor, ¿qué quiere decir aquel letrero que se lee allí en aquella pared?»

BIENTOT ON DIRA DE VOUS :

CE QU' ON DIT DE NOUS :

¡ILS SONT MORTS !

—Eso es muy sencillo, hombre.

Pronto dirán de vos

lo que hoy dicen de nos :

« ¡han muerto ! »

—¡Hola, hola, mi amo! La advertencia es un poco seria; vámonos de aquí si á vd. le parece, que estos muertos, aunque hablan poco, suelen decir mas verdad que los vivos. Y ahora me ocurre que no seria malo que allá en España se pusiera en uso esta máxima para algunos casos, como por ejemplo cuando los ministros que caen dan posesion á los ministros que suben, debian despedirse siempre diciendo :

Bientôt on dirá de vous

ce qu' on dit de nous :

« ¡ils sont morts ! »

Quedad, hermanos, con Dios,
que pronto dirán de vos
lo que hoy se dice de nos:

« ¡ CAYERON ! »

Aun reía yo de la aplicacion de mi buen lego cuando llegamos á la puerta de la salida: el guarda ó portero deberia estrañar el verme salir riendo de un lugar tan fúnebre, pero él tambien se sonrió al leer la inscripcion y divisar el busto de Luis XVIII en el adverso de un franco que pasaba á su dominio; y vayan apuntando partidas menudas los que se hallen con ánimo de viajar.

EL HOSPICIO.

De regreso acordamos entrar á ver el hospicio ú hospital civil; moderna, elegante y suntuosa obra de arquitectura, y en que si bien se admira el gusto y material magnificencia del edificio, admira mucho mas, y deleita y encanta el órden, aseo, esmero y buena administracion interior, tal que pienso no seria aventurado el decir que pudiera tomarse por modelo de esta clase de establecimientos de beneficencia. Llamáronnos la atencion las máquinas para lavar ropa, otra máquina para hacer moler un molino con agua caliente, y mas que todo el ver la oficina de farmacia desempeñada por una seccion de las mismas hermanas de la caridad que tienen á su cuidado la asistencia de los enfermos, siendo testigos por un buen rato de la facilidad y soltura con que despachaban cada receta que llegaba, que en aquella hora desnudaron bastante.—Señor, me decia Pelegrin, aqui en Francia las mugeres son hombres fuera del sexo.—¡ Vaya una explicacion singular, hombre!—Señor, dígolo, porque ellas son botilleras, ellas son comerciantas, ellas son escritoras, ellas son boticarias, ellas son....—Son de mas provecho que tú: y vámos, porque estamos sirviendo de estorbo á estas señoras.»



Salimos procurando acreditar que los españoles no miramos con indiferencia á la humanidad doliente, y despedímonos por último del portero de la manera que en Francia, aviso á los viajeros, hay que despedirse de los porteros de todos los establecimientos de cualquiera especie y condicion que sean.

— Visitamos ademas aquel dia el colegio de sordo-mudos, el de señoritas huérfanas, y varios otros institutos tan útiles como bien

organizados, siendo de notar en todos ellos la limpieza y el aséu. Pero ya es tiempo que digamos algo de lo que en Burdeos sorprende mas y deja mas duradera y estraña memoria al extranjero, principalmente si es español.

LOS TEATROS.

Hay dos en Burdeos, el llamado *des Varietés ó Petit theatre*, donde se representan los alegres *Vaudevilles* y las piezas cómicas ligeras y de menor cuantía, y el *Grand Theatre*, de que queda hecha mencion en otro artículo, destinado á la ópera, al gran baile y á los dramas de mas importancia, ejecucion y espectáculo.

Pero antes de pasar á describir las nuevas y singulares escenas que tuve ocasion de presenciar en cada uno de ellos, debo decir dos palabras de la costumbre que hay en punto á espendicion de billetes y distribucion de localidades.

El extranjero que se llegue á la ventanilla del despacho á pedir sus billetes, en vano esperará ver salir su pedido por el pequeño y único agujero que deja abierto la cerrada reja de la ventana.—¿No me ha entendido vd., señora? Dos billetes de primeras.—*Oui, Monsieur, oui; deux billets des premieres.*—Pues bien, hágame vd. el favor.—*Oui, Monsieur, oui; deux billets des premieres: les voilà.*—Pero señora, ¿me dá vd. los billetes?—*Oui, Monsieur, oui.*—Si señor, sí, pero vd. no me los dá.—Y asi se estará eternamente mientras no vea los francos en la tabla del mostrador. Y esta costumbre de no entregar los billetes sin que vaya por delante la paga es estensiva á los despachos de diligencias, de caminos de hierro, y cualesquiera otros en que los billetes fueren menester.

No hay que temer que en los despachos de teatros falten nunca billetes de entrada de cualquier localidad que se pidan: Jamas dicen: «no hay billetes»; si el teatro está lleno, si no es

posible ya entrar, tenga paciencia el curioso aficionado si perdió su dinero y se ve privado de ver la función. No hay como en España billetes numerados correspondientes á determinado asiento y con derecho esclusivo é individual inamisible á él: allí un billete de *primeras* faculta para ocupar un asiento de *stalles* ó lunetas, ó uno de palcos principales (*premieres loges*) ó de primeras *galerías* (porque la estructura de los teatros tampoco es igual á la de los de España); y uno de *segundas* dá opcion á cualquiera de los palcos segundos, ó de las galerías de segundo órden y otras localidades, como los de *parterre* (patio) le dan á cualquiera de los asientos de su clase, á libre y absoluta eleccion del comprador; de manera que allí la ventaja y la comodidad está de parte de los que se adelantan, ó de los mas atrevidos, ó de los mas forzudos empujantes y empellonistas. El que se descuida un tantito, aunque vaya provisto de su billete de *primeras*, ó tiene que quedarse en pié derecho, ó si ni aun asi halla cabida, salirse músticamente á buscar otra diversion.



Ni aun la eleccion de un asiento dá un derecho de posesion permanente y seguro. Si le abandona en un entreacto, escusa de contar con él, porque se habrá posesionado muy frescamente un inmediato sucesor, á no ser que haya dejado alguna prenda, como el pañuelo, el sombrero, un guante ó cosa tal, que ésta se respeta y acata, siempre que el primer poseedor vuelva á ocupar su asiento antes que se levante el telon; pues de otro modo ha prescrito el derecho y no hay ley que le favorezca y ampare.

No es raro ver á los cumplidos y urbanísimos franceses con el sombrero encasquetado en el acto de la representacion. En el segundo orden de *loges* ó palcos hay algunos destinados *por ley de buen gobierno* á las colegialas de ciertos establecimientos no literarios ni científicos, pero sí industriales, las cuales se presentan en uso de su prerogativa teatral con la confianza y el encantador desembarazo que dá la virtud y el ascetismo de su vida colegial.

Quejámonos en Madrid, y muy justamente, del abusivo comercio que ejercen con los billetes de teatros los revendedores. Pero si alguno quiere saber la altura á que ha llegado este mercado, no tiene sino colocarse una noche á la puerta de los teatros de Burdeos, si es que sus oidos estan dotados de tan fuertes tímpanos que puedan sufrir la algaravía de unas cuantas docenas de revendedores gritando á todo gritar: «*une premiere; deux secondes; trois parterres: secondes; parterre; premieres.*» Y esto nó solamente á la primera hora ó de entrada, sino durante todo el tiempo de la representacion, porque alli hay la costumbre de que muchos que asisten á una ó dos piezas de la funcion benefician al salir sus billetes para otros que prefieren concurrir sólo á la tercera ó cuarta, con la rebaja de una mitad ó tercera parte de precio, de lo cual aprovechándose los revendedores se llevan toda la noche haciendo un comercio activo, especie de tráfico de bolsa en que sufre el papel mil altas y bajas, alternativas y oscilaciones, según la concurrencia que se presente al mercado, siempre atronando con sus voces y desaforados gritos.

La desconfianza en punto á la legalidad de estos documentos

llega á tal punto, que antes de tomar el concurrente posesion de su asiento, tiene que sufrir su billete el reconocimiento de tres aduanas por lo menos, y poco falta para que haya que confrontarlo con el libro maestro como los billetes de banco ó los títulos del 5 por 100 de la deuda.

Yo veia sin incomodidad este desórden y llevaba sin alterarme estas impertinencias por el placer de decir: «loado sea Dios que encuentre una cosa mas desarreglada que en España, y en que podemos ofrecer á nuestros vecinos lecciones de cultura, de arreglo y de generosidad.

LA PLAZA DE TOROS.

Al leer este epigrafe estoy seguro que nadie creerá que voy á hablar de una costumbre francesa, puesto que en Francia ni hay plazas de toros, ni se conocen estas fiestas, que la civilizacion, la humanidad y el buen gusto tienen tan admitidas en España. He aquí el mérito del viagero, encontrar en un pais extraño lo que nadie vé, lo que no ha existido nunca.

Eran las seis y media de la tarde en Burdeos; aun no había anohecido en Burdeos, y me dirigí al gran teatro de Burdeos. La escena es en Burdeos, señores; se me habia olvidado espresar el lugar en que esto pasaba. Suntuosa entrada, correspondiente á la magnificencia del edificio: déjase el baston en depósito á un guarda-bastones con arreglo á ordenanza, la cual prescribe tambien se alce el depósito en el último intermedio de la funcion, mediante una retribucion módica; el mio me habia costado real y medio de primera compra, y los derechos de depósito hicieron subir con el tiempo su coste á cinco pesos fuertes; pero esta curiosa historia se reserva para contada aparte: subí por uno de los dos ramales de la gran escalera doble, y fuí á tomar posesion de una luneta; una muger tuvo la bondad de abrírmela, porque allí los asientos de luneta estan cerrados

con llave para que no se escapen, y las mugeres en Francia son las interventoras, contadoras, administradoras, intendentas, y subsecretarias de todo lo que pertenece ó tiene relacion con la hacienda.

El teatro, allí *sala de espectáculo*, es tan grandioso por dentro como dá derecho á esperar su exterior suntuosidad y grandeza. Egecutóse primero el *Sakhespeare enamorado*, y en seguida se dió principio á la ópera *Lucia di Lammemoor*. Era la primera salida (*debut*) de *Mr. Mezeray*, baritono, y la segunda de *Mademoiselle Prevost-Colom*, prima donna tiple, y de *Mr. Duluc*, primer tenor. En la santísima trinidad solo padeció la segunda persona: en esta vamos á ver padecer á todas tres, y lo que es peor, á mí con ellas.

Hay un artículo de reglamento en el *gran teatro* de Burdeos, como en otros muchos de Francia, segun el cual el cantante que aspira á ocupar plaza en la compañía tiene que sufrir el ensayo de tres salidas. El público es el juez en este exámen. Si el público aplaude al candidato en estos egercicios de prueba, la empresa le confiere la plaza; si el público le desecha con demostraciones de desaprobacion, el candidato queda en el mismo hecho declarado cesante, y ya puede echarse á pretender por otra dependencia. La eleccion no puede ser mas directa, ni el gobierno mas democrático; la soberanía reside esencialmente en el pueblo: el poder legislativo, el egecutivo y el judicial estan reasumidos en uno solo, el pueblo; república lirica completa.

El primer acto se habia pasado sin una votacion decisiva y determinada ni en pro ni en contra de los *debutants*; la cámara popular habia vacilado entre el voto de confianza y el voto de censura; no podia asegurarse quién obtendria la victoria, si la oposicion ó la fraccion ministerial, á pesar de los esfuerzos que esta hacia para conquistar los votos de los indiferentes á fuerza de palmadas y de *bravos*. Es de saber que en todos los teatros de Francia hay una seccion de aplaudidores de oficio, que llaman *claqueurs*, ganada por los actores, y que les es siempre devota (*devové*); especie de prensa ministerial pagada y sos-

tenida á sueldo, ó bien comprometida por medio de alguna plaza ó asiento *gratis*, lo cual si bien hace resentirse, como es consiguiente, los fondos públicos teatrales y que los ingresos no correspondan á los gastos, esto les importa poco á los actores, que tienen asegurados sus buenos sueldos; lo que les interesa es procurarse una mayoria que los aplauda, ganar las votaciones y asegurar sus plazas en la empresa.

Mademoiselle Colom habia corrido sus riesgos de caer. *Duluc* se sostenia por respeto á sus buenos antecedentes y á los méritos que habia contraido otra noche en el papel de Judío en la ópera *la Judia*. *Mezeray* era el que tenia contra sí una oposicion mas fuerte, por mas que se esforzaban en apoyarle los coros. Y todos tres estaban como unos pobres ministros puestos á discrecion de la pública censura y esperando el fallo de la opinion.



¡Oh pobres ministros!
 ¡Oh pobres actores!
 ¡Ah, cuantos sudores
 os hacen pasar!
 Con vuestros discursos,
 con vuestros gorgoros,
 á todos cual reos
 os hacen estar.

Asi se pasó todo el primer acto, sin que se pudiese asegurar cuál sería el resultado de aquella acalorada discusion.

Tres recios y furibundos golpes sacudidos con un mazo sobre el tablado del foro en señal y mandato de que se alze el telon, anunciaron que la segunda sesion iba á abrirse. Y en efecto se abrió, pero bajo los mas funestos auspicios para el pobre *Mezeray* que hacía el papel de *Asthon*, no del embajador inglés que tenemos ahora en Madrid, sino de *Enrique Asthon*, hermano de *Lucía*; pues al cantar aquello que dice á *Normando* acerca de su hermana: «*Tremante l' aspetto, la espero temblando,*» comenzó una silva tan horrorosa (aquí principia *la plaza de Toros*), que aunque despues *Normando* le decia: «*non temer,* (no hay que temer,)» bien sabía el barítono *Mezeray* que tenia que temer, y no poco.

Harto justificó sus temores la segunda escena con su hermana en el gabinete de su casa. Al decirle:

Apressati, Lucia.
Sperai piu lieta in questo di vederti,
in questo di, che di imeneo le faci
si accéndonno per te (1).

Aproximate, *Lucía*.

Creía verte mas alegre en el dia que *Himeneo* enciende para ti su antorcha:

(1) Copio la letra en italiano, por ser mas conocida esta ópera en España en este idioma que en el francés, como alli se cantó.

volvió la grito en todo su furor, y con tal fuerza que no le iguala la de nuestro circo táurico cuando Roque Miranda pone como una criba á fuerza de estocadas dirigidas á *deum dedere* la piel de un inocente animal. Asi es que la buena Lucía contestaba trémula, y con sobrada razon aquello de:

«*Il pallor funesto, orrendo,
che ricopre il volto mio,
ti rimprovera tacendo
il mio strazzio...il mio dolor.*»

«La mortal palidez que cubre mi rostro te acusa bastante: ella te dice que eres la causa de los martirios que sufro.» Y ciertamente que lo era el pobre *Mezeray*.

«*Cessa*,» le decia despues, «no prosigas.»—«Si, sí, que cese,» gritaba desaforado el público. Y los silvidos se aumentaban, y crecia la algaravía y la confusion.

«Fuera *Mezeray*, fuera *Mezeray*,» gritaba la cámara democrática, ahogando los aplausos de oficio de la fraccion ministerial. Pero ¡lo que ciega el amor propio! Cuando la *Colom* cantaba: *¡che fia ... ¿qué será?*» respondia el bueno de *Mezeray*:

«*Suonar di júbilo
senti la riva?*»

«¿No oyes sonar los vivas de júbilo?»

Continuaban los silvidos y tambien el siguiente canto:

Lucía—

Un brivido

mi corre per le vene.

Un frio de hielo corre por mis venas.

Enrique.—

A te s' appresta il talamo.

Se va á celebrar tu desposorio.

Lucía.—

La tomba á me s' appresta.

Se celebrará mi funeral.

«No, no, el de Mr. Mezeray, el de Mr. Mezeray,» gritaba el público, acrecentándose los silvidos horrorosamente. Entonces se convenció Mezeray que el voto de censura era lanzado á él, y tocándole cantar:

«ora fatale é questa!

Sonó la hora fatal!

volvió la espalda al público, y se retiró precipitadamente abandonando la escena.

Hizo pues dimision solemne de su cargo el ministro barítono. La pobre Lucía se sentó en la silla que le estaba preparada para cuando desfalleciese de dolor; la escena por parte de los actores se quedó muda, y por parte del público tomó nuevo incremento la algazára, silvando no ya con los labios solo, sino con chiflatos, y aun con trompetillas que para estos casos preparadas llevan. Y cuando á Lucía le tocaba cantar la siguiente romanza;

Tu que vedi il pianto mio...

tu que leggi in questo core,

se respinto il mio dolore,

como in terra, in ciel non é;

Tu mi toglí, eterno Iddio,

questa vida disperata...

io son tanto esventurata

che la morte é un ben per me!

«Tú que ves mi llanto, eterno Dios...Tú

que lees en mi [corazon..... librame del

peso de una vida que detesto, si es que

mis plegarias no son desoidas en tu so-

berana mansion como en este aborrecido mundo.... Soy tan infeliz que considero como un bien la muerte!»

Esto no lo cantaba ya la *Colom*, sino que lo recitaba *Mezeray* allá tras de las bambalinas, aplicándolo á su situacion muy oportunamente. No parece sino que la escena del *Spartitto* se hizo de intento y proféticamente para el caso en que se vieron aquella noche *Mademoiselle Prevost-Colom* y *Mr. Mezeray*.

A todo esto el telon permaneció alzado y Lucía inmóvil sentada en su silla, porque así lo prescribe en tales casos al reglamento teatral, segun el cual nadie puede abandonar la escena.



Contemple el piadoso hermano
en esta triste estacion
;cuál de la infeliz Lucía
estaria el corazon!

Contemplad, almas piadosas, en media hora que duró ¡cuánto el alma padeciera de *Mademoiselle Colom!*

El público gritaba y chiflaba á su sabor y talante, sin que allí se viera aparecer para nada la autoridad: la soberanía residía esencialmente en el pueblo. Sin embargo, conociendo sin duda que el gobierno republicano no podía sostenerse sin degenerar en anarquía, oíanse algunas voces pidiendo «*la police, la police* (la policía.)» Y así como en nuestras plazas de toros se grita algunas veces, *fuego! fuego! ó perros! perros!* así se gritaba también en aquella plaza de toros, «*le regisseur! le regisseur!*» Yo no sabía qué casta de pájaro podía ser este *regisseur*, y me figuré si sería acaso el *Maire* presidente de la municipalidad, ó bien el magistrado de policía. Tirabeque decía que era una de dos cosas, ó el regidor ó el corregidor. Hasta que ví salir al proscenio un hombre gordo, vestido de negro con cabos blancos, de toda etiqueta y ceremonia. Pregunté qué cosa fuese el tal *regisseur*, y me informaron que era el administrador de la empresa, especie también de director de escena, que está siempre preparado y vestido para cuando ocurren tales lances. El buen *regisseur* se dirigió muy urbanamente al público, y al pronunciar: «*Messieurs...*» una silva descomunal le impidió proseguir su peroración. Esperó á que calmara la tempestad, y volvió á intentar hablar, pero otra vez se quedó en el «*Messieurs*». A la tercera consiguió que se le escuchase lo siguiente: «señores, quieren vds. que vuelva *Mr. Mezeray* á desempeñar su papel?—«No, no,» se le respondió de todos los ángulos del teatro. El público admitió definitivamente la dimisión de *Mr. Mezeray*, y el *regisseur* se retiró á comunicar al gabinete la resolución del pueblo.

A poco rato volvió á salir el *Regisseur*, y preguntó «señores, ¿quieren vds. que sustituya á *Mr. Mezeray* en el papel de *ASTHON Mr. Derivis*?—«Sí, sí, que salga *Mr. Derivis*.» *Mr. Derivis* era otro primer cantante *baritono* de la *Grande Opera* de

París, que se hallaba accidentalmente en Burdeos. Ya tenemos pues otro ministro reemplazando en comision á *Mr. Mazeray* por la voluntad del pueblo.

Entonces se bajó el telon: el público tuvo que esperar pacientemente otra media hora, en cuanto se avisaba y se ponía el uniforme ministerial *Mr. Derivis*. Llegó este, se corrió el telon y se volvió á principiar por el segundo acto. La salida de *Mr. Derivis* fué aplaudida con un estrépito solo comparable á los silvidos anteriores. La marcha ministerial siguió por el resto de la funcion sin oposicion notable, si bien con parciales muestras de desaprobacion á algunos miembros del gabinete lírico en varios párrafos del discurso de la ópera. Concluyóse esta; *Mademoiselle Bellon* bailó la Crakowiana y la Cachucha española con gracia y aplauso, aunque un tanto desfigurada, y nos fuimos á acostar á las doce y media en Burdeos, habiendo entrado en el teatro á las seis y media en Burdeos, debiendo advertir que esta escena pasó en Burdeos, que ya se me olvidaba espresarlo.

Hasta ahora no hemos visto padecer mas que á dos personas de la trinidad *debutante*. El tenor *Duluc* no habia salido del todo mal librado, y tenia esperanzas de conservarse en el ministerio, pero le faltaba la tercera salida de prueba. Esta se verificó á las pocas noches con la ópera *Los Hugonotes*. Pero ¡lo que son los partidos! En los pocos dias que habian mediado de una á otra sesion, la fraccion ministerial que parecia tan compacta y que tan esforzadamente habia sostenido á *Mr. Duluc* se habia pasado á los bancos de la oposicion, y se habia formado contra él una coalicion horrorosa: el candidato se encontró con muchos *tránsfugas*, como decia no há muchos dias por acá un gefe de la coalicion anti-ministerial.

¡Oh pobres ministros!

¡Oh pobres actores!

¡Ah, cuantos sudores

os hacen pasar.

Fiad en partidos,

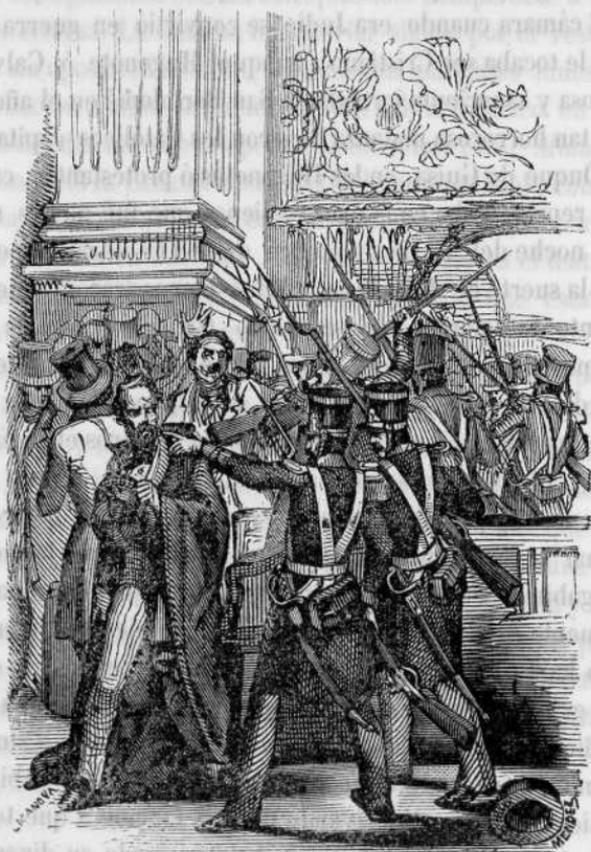
creed en alianzas,
fundad esperanzas,
tendreis un azar.

No tardó la coalicion en desplegar y hacer alarde de todas sus fuerzas, y aunque *Mr. Duluc* habia cantado bien la primera de su discurso, fué tal la oposicion sistemática que se levantó en la segunda, que todo el favor que le habia dispensado la versátil cámara cuando era Judío se convirtió en guerra cruda cuando le tocaba ser Cristiano, aunque Hugonote ó Calvinista. La famosa y sangrienta jornada de San Bartolomé en el año 1572, en que tan horrorosa matanza hicieron los Católicos capitaneados por el Duque de Guisa, en los Hugonotes ó protestantes, cuyo suceso se representaba en la ópera, pienso que fué menos ruidosa que la noche del 15 de setiembre de 1841 contra un pobre tenor; y la suerte de *Mr. Duluc* no fué menos azarosa que la del Almirante de Coligni. El desgraciado *Duluc* se retiró en medio de los mas atroces silvidos, gritos y demostraciones de desaprobacion de la nueva liga. La sesion se suspendió, y otra vez se pidió desentonadamente en aquella plaza de toros el *regisseur* y la *police*. El *regisseur* salió al cabo de largo rato, y puso en conocimiento del pueblo soberano « que *Mr. Duluc* no accedía á continuar la representacion, por mas instancias que le habia hecho el gabinete entero y aun la misma autoridad; que hacía decididamente dimision, y que tenia el sentimiento de anunciar que no habia podido encontrarse quien le reemplazára.»

La gritería y el desórden del pueblo soberano llega á su colmo pidiendo que continúe la representacion, y que sinó hará un pronunciamiento en que correrá peligro todo el gabinete filarmónico, que le está privando de una funcion á que tenia un derecho imprescriptible mediante haber pagado su dinero. Entonces el *regisseur* ó heraldo volvió á salir y dijo: « Señores, tengo el honor de anunciar al público soberano, que en atencion á que no puede continuarse la representacion por esta noche con motivo de no hallarse quien reemplace á *Mr. Duluc* á quien

vos. en uso de su soberanía acaban de exonerar, se salgan vos. cuanto antes del teatro, recojan á la salida sus billetes, y acudan mañana de diez á cuatro á las oficinas del despacho, y se les volverá religiosamente su dinero.»

El pueblo chilló, vocó, se desahogó, pero al fin se sometió



humildemente á una orden de la policía. Algunos grupos de rebeldes iban quedando que deshacía la fuerza armada, y todos

fuimos saliendo, pensando no mas en recoger nuestro dinerillo al dia siguiente.

Cayeron pues dos de las personas de la trinidad *debutante*; y solo quedó, por una de aquellas combinaciones raras que en las votaciones populares suelen ocurrir, *Mademoiselle Prevost-Colom*, á quien Dios conserve la fuerza de pulmon necesaria para hacerse oír entre aquellas griterías, y San Blas le mejore la garganta, que no era por cierto de las mas aventajadas.

El público, mi soberano tambien, juzgará ahora si llamé con razon al *gran teatro* de Burdeos *plaza de toros*.

MOMIAS.

Una de las curiosidades que ofrece Burdeos son las *Mómi*as del subterráneo de S. Miguel. Yo manifesté á Tirabeque deseos de verlas, y aun de que me acompañara, puesto que tanto debia ser objeto de curiosidad para él como para mí.—Y diga vd., mi amo, me preguntó; ¿esas *Mómi*as son casadas, ó solteras? ¿y son francesas, ó españolas? Porque si no hablan el español, yo no haré en la visita el mejor papel.—No seas fátuo, hombre, no seas fátuo: ¿no has oido hablar de las *Mómi*as de Egipto?—Algo he oido, si señor; y aun me alegro que sean de allí, porque podrán darme noticias de mi amigo Ibrahim-Bajá, que hace mucho tiempo que no sé de él, y no parece sino que le han enterrado.—Ensarta, ensarta necedades, que á bien que no me cogen de sorpresa.

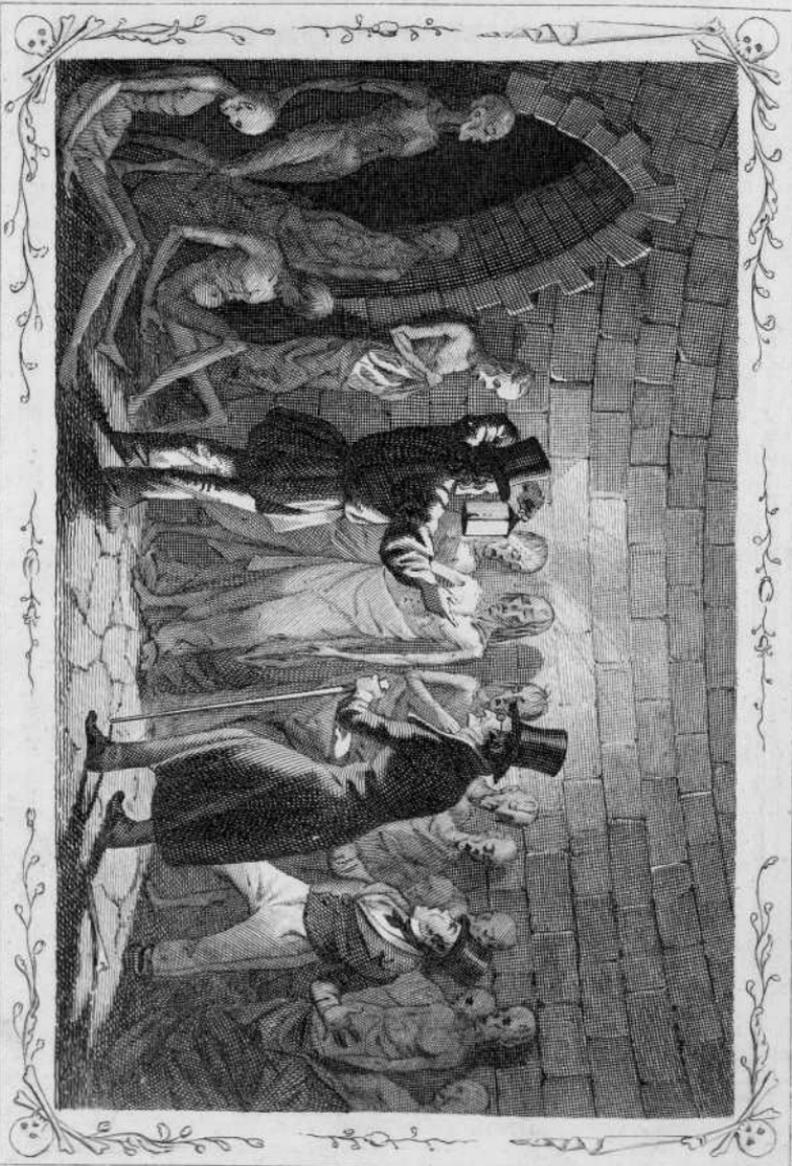
«Las *Mómi*as de Egipto, Pelegrin, se llaman los cadáveres embalsamados que de muy antiguo se han encontrado en aquel país, especialmente en la llanura de Saccara; y aunque estos de Burdeos ni son de aquella procedencia ni están embalsamados como aquellos, sino que se han hallado incorruptos en los sepulcros de un templo despues de un largo número de años de estar enterrados allí, se les dá igualmente el nombre de *Mómi*as por

la analogía de la incorruptibilidad.—Segun eso, mi amo. esas señoras estan muertas. Pues entonces haga vd. el favor de ir solo por un dia, porque hoy tengo yo poca gana de hacer visitas. Ademas que vds. tendrán acaso que hablar alguna cosa, y yo no serviré allí mas que de estorbo.—Ni aun siquiera tienes el talento de cohonestar el miedo, hombre. Por lo mismo me empeño en que has de venir conmigo.—Señor, si es empeño, le acompañaré á vd. y le esperaré en la antesala, como corresponde á un criado.—No, si allí no hay antesala; entrarás conmigo, que puedes hacerlo con toda franqueza.—Bien, señor, bien; iré con mucho gusto (aparte): como si me sacáran las muelas.»

Salimos por el muelle, y la casualidad de haber encontrado allí un español que solia entretener el dia en ver entrar y salir los vapores, nos proporcionó ver al paso la hermosa fragata *Chateaubriand*, de mil toneladas, que se hallaba varada en el puerto: era nueva, pues parece se habia botado al agua un año hacia, y solo habia hecho un viage á la India. Lujo ya mas bien que aséo se notaba en sus lindas cámaras de esquisito gusto y elegante ornato. Adornaba la mesa de comer el retrato de *Chateaubriand* orlado de los símbolos del Génio del Cristianismo y de los Mártires.

¿Qué te parece de esto, Pelegrin?—Señor, si fueran asi las *Mómiás*, yo las veria de buena gana.—Cada cosa tiene mérito por su estilo, hombre; tambien creo te han de gustar.»

Encaminámonos siguiendo la derecha del muelle hácia la parroquia de San Miguel, y antes de bajar á las catacumbas entramos á visitar el templo, que nada ofrecia de particular y curioso, si no se quiere que lo sea una inscripcion que en el tronco ó cepo se leía: *Aviso á los estrangeros que visiten esta iglesia.*—«Hola; Pelegrin, esto va con nosotros.—¿Y qué es lo que nos avisa, mi amo?—Ahora lo veremos. «Se invita á los estrangeros que visiten este monumento á que depositen en este tronco una ofrenda en favor de los pobres de la parroquia que son en «gran número.»—Señor, me gusta el aviso: ¿y por qué no invitan á los del país y no que solo á los estrangeros? Como tontos,



Museo de Burdeos

Martinengo

Dirabique sobresaltado dió dos pasos atrás, y entonces le dijo el conductor: "o adiverto que vais caminando sobre una superficie de diez y ocho pies de huesos".

señor; á ver si podemos mantener los pobres de la parroquia á costa de los de estrangis: como si cada uno no tuviera en su tierra pobres que mantener. Diga vd., ¿y las Mómias las mantienen tambien á costa de los estrangeros?—Algo hay de eso, Pelegrin.—No, pues si comen mucho....—Ahora lo verás.»

Pasamos á la torre del telégrafo, debajo de la cual está la bóveda en que se conservan los incorruptos cadáveres. Ya la entrada á la habitacion del conserge indica bien lo que ofrece aquella lúgubre mansion; manifesté al guarda-muertos el deseo y objeto que allí nos llevaba, y él acostumbrado á gastar poca conversacion con la falange que está á su cuidado procedió silenciosamente á encender su mugriento farol, y haciéndonos con la cabeza un signo de que le siguiéramos, nos condujo por una humilde y lóbrega escalera al sarcófago de las *Mómias*. Representábaseme, á mí Fr. Gerundio, la escena de la exhumacion en las *Noches lúgubres de Cadalso*; á Tirabeque creo que nada se le representaba, porque lo mismo fué ver aquella coleccion de enjutos cadáveres que rodean la catacumba que la actitud de D. Bartolo en el barbero de Sevilla es menos inmóvil que la en que él se quedó.

Un si es no es recobrado se hallaba ya cuando nuestro Cicerone comenzó á esplicarnos la historia de cada momia poco mas ó menos en estos términos.

«Este primero que está de pié tiene quinientos años.»

— «Este otro fué enterrado vivo, lo que se puede conocer todavia por las contorsiones extraordinarias que hizo en la tumba. Ved su actitud.» Tirabeque sobresaltado dió dos pasos atrás, y entonces le dijo el conductor: «os advierto que vais caminando sobre una superficie de diez y ocho pies de huesos.»

«Estos que veis aqui, continuó, son una familia que murió envenenada de resultas de haber comido setas (*champignons*): este es el padre; esta es la madre; estos los dos hijos.

«Este que sigue tiene 800 años. Este otro tiene 80: repa-
rad, todavia conserva los retazos de la camisa con que fué enterrado.

«Este es el cadáver de una negra: aun se le puede reconocer en la frente y en la nariz: ella conserva todavía algunos dientes.

«Este otro de tan enorme y ancho pecho era un mozo de esquina ó porta-cargas (*porte-faix*): sucumbió bajo el peso de dos mil libras: tiene cinco pies y medio.

«Este es un antiguo general que murió en un desafío; ved perfectamente la herida al costado derecho; todavía conserva la barba; reparad qué rubio era.

«Esta es una muger que se enterró hace 300 años, y aun conserva los dientes y algunos cabellos.

«Aproximáos á este otro; meted por aquí un dedo y aun tocareis el corazón.»—Muchas gracias, amigo, respondió Tirabeque ya mas recobrado; aunque soy español, estas cosas no las veo con las manos, que me basta y aun me sobra con los ojos.»

Por este estilo nos fué el hombre informando de la historia tradicional de cada uno de aquellos cuarenta ó cincuenta personajes, que sentados unos, en pie otros, y otros en diferentes actitudes circundan aquella fúnebre morada, en que reposan además fragmentos bien conservados de muchos otros centenares de cadáveres. Luego que pareció haber concluido, le preguntó Tirabeque: «y diga vd., señor calavérico, ¿no tiene vd. por aquí algunas viudas ó cesantes españoles?—Ah, no señor, le respondió; al menos si los hay no conozco yo su historia.—Pues yo sí, le replicó Tirabeque; y aseguro á vd. que estarían aquí grandemente y nadie los distinguiría de estas otras *Momias*: vd. podía enriquecer bien con ellos esta coleccion.»

El conserge no entendió, ya porque Pelegrin no se explicara bien, ya porque no estuviera en antecedentes, que todo contribuiría; y con otro signo de cabeza acompañado del «*allons, Messieurs, s' il vous plait,*» nos intimó la retirada. Obedecimosle sin repugnancia: subimos, y al entregarle el franco de costumbre creció nuestra sorpresa viéndole principiar á registrarnos, no sin preceder el *pardon* de ordenanza, y no contentán-

dose con tocar los bolsillos de la levita, sino exigiendo tambien que nos quitáramos el sombrero. A la verdad un poco me amostazó, á mi Fr. Gerundio, la estraña operacion del hombre del sepulcro, y Tirabeque le hizo un ademan algo mas significativo diciéndole; «mire vd. señor sepulturero, que si abajo me ha alumbrado vd. á mí, aqui le voy á alumbrar yo á vd.: ¿le parece al guarda-mómiás que acostumbro yo á robar muertos?»



Entonces el hombre conociendo nuestro aire, y pidiéndonos mil perdones, nos esplicó que el dia anterior habia sorprendido á un estudiante de medicina con una cabeza de *Momia* dentro del

sombrero, que llevaba robada por encargo, á lo que dijo, de su maestro. Dimonos por satisfechos con la esplicacion, y despidiéndonos del hombre sepulcral salimos otra vez al mundo de los vivos.

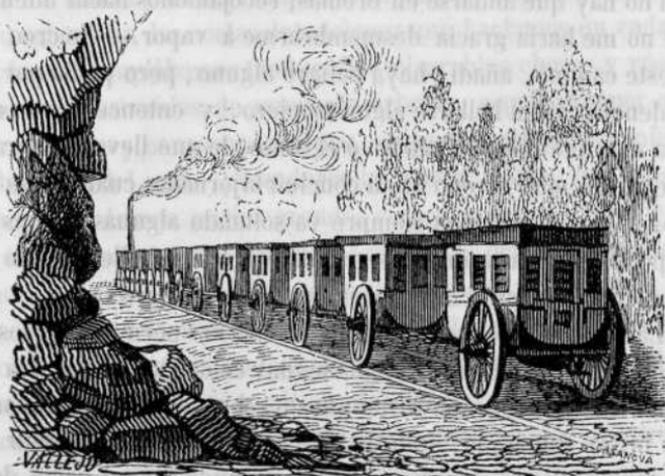
PRIMER CAMINO DE HIERRO.

Los dias que el temporal no estaba á propósito para tomar mi baño matutino, bien en los de *Orleans* sobre el Garona, bien en los de la *Escuela de natacion*, ó bien en los del sólido y magnífico edificio de *chapeau rouge*, destinábalos á hacer alguna escursion por las cercanías de la capital.

Una de ellas fué á *La Teste*, pueblecito distante unas 13 leguas francesas al sur-oeste de Burdeos, cerca del golfo de Gascuña, en terreno de Landas. Primer camino de hierro que se encuentra yendo de España, y el primero (confieso humildemente mi atraso en conocimientos camineros) que veíamos los dos exclaustrados viajeros en toda nuestra vida. Por lo mismo era mayor y mas natural nuestra curiosidad.

Sin embargo no me detendré ahora á hacer la descripcion de los caminos de hierro, ya porque vendrá mas adelante la Bélgica, que es el pais en que mas abundan y en que están mejor organizados, ya porque el de Burdeos á La Teste dista todavía mucho del estado en que se encuentran otros de la misma Francia, aunque no sea sino por constar este de un solo carril, y de consiguiente no poder emplearse los convoyes en viages de ida y vuelta simultáneamente como en los demas, ni por otra parte es el movimiento tan rápido y veloz como el que se experimenta en los caminos belgas. Los coches, sí, son hermosos y bien acondicionados, y participan de la belleza y solidez comun á todos los carruages de Burdeos; de cabida de treinta personas cada uno, divididos en tres cómodos departamentos de á diez.

Cuando Tirabeque vió aquella larga fila de coches, char-à-bancs, wagones y furgones que constituian el convoy espedicionario, abrió la boca, me encandiló los ojos, se santiguó y dijo: «¡qué barbaridad, mi amo!—¿Pues dónde y cómo, le repliqué, querias tú que se acomodáran las 300 personas que próximamente has visto acudir á tomar asiento? Y vámonos á buscar el que nos corresponde, porque el convoy se va á poner muy luego en marcha.—Deje vd., señor, que no corre prisa, porque primero que enganchen los caballos, que tengo para mí que no deben ser menos de cincuenta ó sesenta para arrastrar todo este



tren....—*¡Oh terque quaterque stultus laicus!* ¡Oh tres y cuatro veces estólido lego! ¿Pues no sabes, hombre mil veces lego, que los coches en caminos de hierro no son tirados por caballos sino por esa máquina de vapor que ves humeando ahí?—Señor, es verdad que yo habia oído que andaban por vapor; pero creí

que era por medio de caballos de vapor.—Calla, estúpido, calla, no prosigas, no sea que te oigan y desacredites el nombre español: éntra ahí cuanto antes y enmudece.»

Entramos; sonaron las ocho y media, y púsose en movimiento el convoy. Apenas habíamos salido á campo raso cuando lo primero que hizo el bueno de Pelegrin fué asomar medio cuerpo por la ventanilla: le tiré del brazo, y le dije: «lee, si sabes ese escrito.» Leyó y decía: «*Se prohíbe fumar dentro del carriage. Se prohíbe igualmente sacar fuera de las ventanillas la cabeza, brazo ú otra cualquier parte del cuerpo. La empresa no responde de los azares que puedan suceder á los viajeros que no se sujetaren á estas prevenciones.*»

—¡Hola, hola, mi amo! esclamo Tirabeque; está visto que aquí no hay que andarse en bromas; recojámonos hácia adentro, que no me haria gracia desmembrarme á vapor.—No creo que en este camino, añadí, haya peligro alguno, pero podia por una incidencia casual hallarse algun tropiezo, y entonces no te costaria mas que dejar la cabeza ó el brazo, lo que llevases fuera, y tú seguirias muy sereno hasta concluir la jornada; cuanto mas que el fogon de la máquina siempre va soltando algunas ascuas, y tampoco te gustaria que te se chamuscara la cabellera.—No señor, no; asomare cuando mas un cuarto de nariz.»

La rapidez con que se marcha apenas nos permitia ver los camineros que de media en media legua, colocados en pie á la orilla del camino, con una mano puesta sobre el corazon y con el otro brazo estendido, indican que el convoy puede seguir sin inconveniente por el trozo puesto á su cuidado: asi como desaparecian instantáneamente las casetillas de madera de trecho en trecho colocadas, sobre las cuales tremolan en los casos necesarios banderas ó pabellones que sirven de aviso al director del comboy.

Conversando iba entretenidamente, yo Fr. Geruudio, con otro compañero de viage sobre la suavidad del movimiento de los coches, cuando exclamó Tirabeque como con sorpresa: «Señor, señor! ¿qué diablos de tierra es esta en que los pinos bailan la

bolancheira como si fuesen cristianos?» Yo no pude menos de echarme á reir de la ocurrencia, pues efectivamente con la celeridad que llevaba el carruage parecia que los bosques de pinos que quedaban á los lados se movian bailando circularmente.—¿Qué es lo que dice *Monsieur*? me preguntó oyéndome hablar con el viajante francés.—Observa, respondi yo, y estraña el uso de los habitantes de este país en esto de andar en zancos.»

Esta contestacion hizo á Tirabeque reparar lo que hasta entonces no habia observado. Y era cosa que la divertia en gran manera ver á los pastores y pastoras de aquellas landas, con sus sombreritos de paja las últimas, marchar por aquel terreno pantanoso y arenisco sobre altos zancos, cual ya el hermano lector las ha visto en otro capítulo, sintiendo en el alma que la velocidad del comboy no le permitiera contemplarlos detenidamente y á su sabor. En las cortas detenciones que haciamos en cada *estacion* contemplábamos tambien las miserables chozas y rústicas cabañas construidas de ramas de árboles, esparcidas por aquellos estériles y cenagosos campos, en que se cobijan los infelices habitantes del país, pescadores la mayor parte, que mas que moradores de una nacion grande, rica y civilizada, parecen en su trage, ocupaciones y modo de vivir, los primeros pobladores que vinieron al mundo á poco de la creacion.

Monseñor Dennet el arzobispo, que tambien iba en la espedicion, se nos separó en la *estacion de Mestras*, donde ya le esperaba una numerosa comitiva eclesiástica, con la cual partió á una feligresia de la comarca. Nosotros continuamos nuestra férrea ruta, y llegamos á *La Teste* á las diez y cuarto, lo que equivale á decir que empleamos siete cuartos de hora en andar las 43 leguas francesas, ó sea unas 8 $\frac{1}{2}$ de España, incluidas las paradas en las diferentes *estaciones*, alguna de las cuales se hizo mas larga por consideraciones á *Monseñor*.

No bien nos habiamos bajado del carruage cuando nos vimos circundados de una nube de *Testáceos* (habitantes de *La Teste*), que se disputaban la primacia en ofrecernos sus hoteles, discutiendo cada cual el medio de comprometernos á dar la prefe-

rencia al suyo. El uno nos ponía en la mano su billete ó *adresse*, ponderándonos las comodidades y baratura que en él íbamos á gozar; el otro nos le acercaba á los ojos para que nos enteráramos del buen servicio de su fonda nueva, desacreditando al anterior; el otro nos metía un puñado de ellos en el bolsillo, diciendo que los dos que nos hablaban eran unos charlatanes; el otro nos decía que no nos fiáramos de ninguno de los tres, y tomándonos por la mano añadía que si la queríamos acertar le siguiéramos al hotel de *Chaumont*; el otro nos tiraba de la levita, diciendo que el único hotel acreditado era el de la *Providencia*; el otro decía que en el de *Burdeos* había una asistencia esmerada y casi gratuita, y que todo lo demás que nos dijeran era pura charlatanería; el otro trataba de persuadirnos por medio de una arenga, que nada era comparable al del *Capon fino*, donde había un hermoso jardín para nuestro recreo, hecho casi ex-profeso para nosotros; y todos nos hablaban, y todos nos alargaban billetes, y todos nos asían del brazo, y todos nos empujaban, y todos se disputaban nuestro hospedaje, y casi se venían á las manos.—¿Qué te parece, Pelegrin? le dije á mi lego; ¿dónde opinas tú que vayamos?—Señor, me respondió, aquí no hay mas que echarse en manos de la providencia.»

El del hotel de la *Providencia* que oyó pronunciar una cosa que le sonaba á *Providence*, se dió por preferido, y repartiendo empellones entre sus cofrades, «señores, dijo, *Monsieur* ha optado por el de la *Providencia*; respetad su fallo, y permitid á estos señores que me sigan.» Y volviéndose á nosotros, «seguidme, dignísimos viajeros, nos dijo; seguidme, que seguro estoy de que me habreis de dar las gracias.»

Seguímosle pues, no sin que los otros continuaran dirigiéndonos instancias con la esperanza de que todavía se revocára la sentencia. Entramos en el hotel; almorzamos lo que la *providencia* se sirvió depararnos, y nos dispusimos á ir á visitar los baños de *La Teste*.

EL INFANTE DON FRANCISCO DE ESPAÑA.

Desde la *Teste* á los *Baños* hay una legua de todos los diablos, no por la distancia que haya de los olmos á los álamos como dice el castellano cantar, puesto que allí no se hallan álamos ni olmos, sino pinares y mas pinares, pero por la naturaleza del camino, que es un continuo arenal entrecortado de lagunas (*marecageux*) y de esponjosas praderas, donde se hundian hasta el eje las ruedas de un malaventurado coche que pudimos encontrar. Nuestra marcha era como las discusiones de los proyectos de contestacion á los discursos de la corona en España, porque cada paso era un pantano, ó un párrafo de dificultades, y gracias á la resolucion del jóven *Michel* que como otro *Mendez Vigo* cortaba por el atajo sin aprension alguna, fuimos saliendo de ellos, é internándonos por la estrecha y mas enjuta via, que por entre espesos pinos á los baños conduce.

Consisten estos célebres baños de mar en dos grandes, aseados y bien distribuidos establecimientos situados á la orilla de una vasta ensenada de mas de dos leguas de estension que forman las aguas del golfo de Gascuña, y otro tanto distante de la embocadura del Occéano. Tanto como ofrece la rada de seguridad y comodidad á los bañistas, otro tanto tienen aquellos sitios de tristes, melancólicos é inanimados, á lo que ayudaba tambien lo nebuloso del dia. Las únicas embarcaciones que circulan por aquella ensenada son miserables barquillas y botecitos de pescar remados por mugeres. Ni una mediana poblacion á sus inmediaciones, ni un pedazo de campo por donde poder pasear, ni en carruage, ni á caballo, ni á pié: aislados los establecimientos entre las aguas de una parte y los arenosos pinares de otra, por donde no pudiera darse un paso sin embutirse hasta la rodilla y sin rozarse con ásperos arbustos y matorrales, tienen aquellos baños todo el aspecto de un destierro, solo habitable por la necesidad de recobrar la salud.

«Malencónico es esto por demas, mi amo, me dijo Tirabeque; bien desesperado deberá estar el que venga á habitar estas soledades.—Así es la verdad, Pelegrin, le respondí. Pero has de saber que en estas soledades existe una familia cuya conservacion puede influir grandemente en la suerte de nuestra España.—Acaso algunos desterrados, señor.—No estoy lejos, Pelegrin, de darles esa calificacion, porque destierros hay que aunque no hayan sido dispuestos por leyes ni sentencias de los tribunales no por eso dejan de ser destierros mistos de espontáneos y forzosos. ¡Quién sabe si la mano misma de la Reina de nuestra España estará destinada por la providencia para un individuo de esta familia!

«Señor, según eso son personas de cuenta las que están aquí; y por lo que vd. se esplica, ó yo soy un bodeque muy completo, ó es la familia del infante D. Francisco: pero si así es, estraño mucho que no me haya dicho vd. una palabra hasta ahora.—Voilà, Messieurs, le voilà le Prince espagnol, dijo el cochero Miguel, que le conocia de los frecuentes viages que hacía á los Baños.—En efecto, Tirabeque, héle allí al infante asomado á una de las ventanas.—Señor, ¿aquel de las bárbas rubias?—Aquel, sí; á lo menos antes *rubicundus erat Infans*: no hay duda, aquel es.»

Mirábele Tirabeque de hito en hito desde lejos diciendo: «¡pobre hermano Paquito, y qué vida tan tonta te deben estar haciendo pasar aquí en este triste solitario albergue, de la inocencia venerable asilo!—¿De la inocencia, hombre?—Si parece un pobrecito, señor; á lo menos mirado desde aquí.»

Entramos luego en su vivienda, que consistia en la mitad de uno de los establecimientos que tenia arrendada. Visitamos su gabinete de lectura, donde nos entretuvimos en leer algunos periódicos españoles, y evacuada nuestra visita de pura curiosidad é inclinacion española, volvimos á tomar nuestro coche tumbon, y regresamos á *La Teste* á esperar la hora de la salida del convóy de vapor para Burdeos.

Esta hora estaba señalada para las cinco en punto, pero se

prorrogó hasta las cinco y media por consideracion á Monseñor el Arzobispo que habia avisado tomaria alli el camino de hierro, y aun no habia llegado. «¡Siempre esperar por Monseñor! decia Tirabeque ya un poco amostazado: ¡válgate Dios por Monseñor! ¡Y dicen estos del clero de España! Pues allí no se gasta tanta solfa con los Monseñores.»

Al fin llegó *Monseñor*, sentado muy apostólicamente en una hermosa carretela, guiada por cocheros que mi dibujante ha querido pintar con trages de otro siglo para darles mas gravedad dela que tenian, y seguida de una numerosa cohorte eclesiástica en multitud de coches evangélicos y de briosos caballos de po-



breza religiosa; agolpáronse las gentes todas á besuquearle la mano, diéronle algunos vivas, entró en el convoy, entramos

tambien nosotros, y á poco mas de las siete dieron nuestras humanidades reverendas cima y cabo á la jornada en la casa-administracion del camino de hierro de Burdeos, y trasladándonos á uno de los *omnibus* que alli esperan la llegada de los convoyes, descendimos en el *restaurant de Richelieu* con el piadoso objeto de yantar.

OTRA ESCURSION EN VAPOR.

Era menester neutralizar la impresion del monótono país que habiamos recorrido aquel dia con la de otro mas delicioso y pintoresco. Pocos mas á propósito pudieran proporcionarse para el objeto que las riberas del Garona; los vapores ofrecian facilidad, por nuestra parte habia disposicion, habiala tambien por la de algunos amigos, y vencidas todas estas dificultades se acordó dar un paseo hasta *Langon*, distante unas diez leguas al sur de la capital.

Multitud de vapores viajan constantemente por las aguas del Garona en una y otra direccion. Hacen la carrera por la parte del mediodia, por donde habiamos de ir, *el Telégrafo*, *la Picardía*, *la Esperanza*, *el Montesquieu*, como una docena titulados *el Rayo*, varios con el nombre del *Garona*, y otros muchos que no tengo presentes. A nosotros nos tocó viajar á la ida en *la Picardía*, que aunque supongo tomaria el nombre del país de Francia así llamado, Tirabeque lo atribuyó á que era largo y angosto como sepultura de pícaro. Ibamos á bajar á la cámara de popa, cuando nos detuvo el capitán diciendo: perdon señores, que no es esta la cámara de vds. ¿Cómo que nó? le contestó Pelegrin: ¿me enseñará vd. á mi cual es la primera cámara?—Ah, perdon, Monsieur; en los demas barcos la primera es la de popa, pero en *la Picardía* es al revés.—Diga vd. Monsieur capitán, ¿y trae vd. ánimo de hacernos muchas picardías como esta? Pero á bien que no me sorprenden estos vice-versas en las cámaras, por-

que allá tambien algunas veces la primera cámara va delante de la segunda y andan al revés.—Qué, ¿tambien en la España hay Picardías?—No señor, allí no hay Picardías vapores; si las hay, son de otra clase: cuanto mas que yo hablaba ahora del Senado y el Congreso, que á veces va delante el que debia ir detras.—Perdon, Monsieur, no os entiendo.—Pues si vd. no me entiende, ¿qué le he de hacer yo?—Vamonos, Pelegrin, le dije; y cuida de nuestro pequeño equipaje, porque vé lo que dice ese letrado: «no se responde de los efectos de los señores viajeros.»

Y acordamos ir sobre la cubierta para disfrutar mejor de la encantadora perspectiva de las deliciosísimas y fértiles colinas de la márgen izquierda, y de los frondosos y amenos paisages de la derecha del rio. Si deleitosa y pintoresca era la vista de los viñedos, bosques de frutales, caserios de recreo, sotos, castillos, fondas, cafés, y lindas poblaciones que á cada vuelta del tortuoso curso del rio se presentaban, no era menos variada y curiosa, aunque de muy diferente género, la que hacia la comitiva viajera. Las bromas, diversiones y pasatiempos de los franceses en los viages de agua y tierra se reducen á sacar cada uno, tan pronto como se acomoda en su plaza, un periódico ó un libro y ponerse á leer. Centenares de personas nos acompañaban en aquella expedicion, y apenas sería el diezmo el que no leía algo: las diligencias y vapores son gabinetes ambulantes de lectura: la conversacion era esclusiva de los cuatro españoles; y mas que á nosotros nos puede admirar el recurso que ellos buscan y necesitan para entretener el camino, les admira á ellos la animacion, jovialidad y confianza que en los viajeros españoles notan siempre con sorpresa, por ser para ellos cosa desconocida.

Por curiosidad nos pusimos á brujulear lo que leía cada uno, y era cosa de ver á las aldeanas que volvian de vender una cesta de huevos, un cántaro de leche, ó un canastillo de escarola en la ciudad, tirándose de punta á cabo el *Memorial Bordelés*, el *Indicador*, el *Faro de los Pirineos*, la *Revista de ambos mundos*, el *Siglo* ó el *Constitucional*. Tal señora recorria las pá-

ginas de la *Revolucion de Francia* por *Thiers*; tal jovencita de 16 años leia los *Deberes de las madres*, en lo cual no sé si entrarían los deseos de que la comprendieran pronto aquellas obligaciones: y tal barbudo varon foliaba con mucha curiosidad el *Manual de Manuales ó Diccionario de ahorros de la casa*, por *Mr. Dubourg*. De manera que allí todo era vice-versa: la hija leia lo que debia leer la madre, el hombre de las barbas estudiaba el método de condimentar económicamente un ánade ó un faisán y el modo de hacer una nueva salsa de yervas, que le pertenecia de derecho á las hueveras y hortelanas, y estas repasaban los artículos de fondo de los periódicos de política, que le estaria mejor al varon del espeso vigote. Todo esto nos divertia grandemente á nosotros, y de ello sacábamos no poco partido, sin dejar por eso de esclamar: « ¡cuándo veremos tan generalizada en nuestra España la aficion á la lectura! Y ya que no fuese la aficion, ¡cuándo lograremos siquiera que las masas del pueblo sepan leer! »

Tambien nosotros al cabo de un rato quisimos sustituir la lectura á la conversacion, y uno de los compañeros, que aunque era aragonés, en la eleccion de la obra parecia catalan, sacó las entregas que acababa de recibir de la «*Historia criminal del gobierno inglés desde los primeros asesinatos de Irlanda hasta el último envenenamiento de los chinos*, por *Elias Reynault*. La lectura del prefacio ó prólogo, en que el autor con un nervio, con una vehemencia, con un fuego á que alcanzarán pocos escritos, reseña las atrocidades cometidas por aquellos isleños en todas épocas, guiados por el espíritu de conquista universal que los domina, y escita y provoca á una cruzada general contra ellos, y expone la necesidad de abatir y humillar al coloso britano, nos causó impresiones harto profundas, y nos hizo pensar mas sériamente de lo que á un viage de recreo competia en la suerte futura de nuestra patria, si no acabamos de apercibirnos bien de los dominadores planes de los que asesinaron á los Irlandeses y envenenaron á los Chinos y se van apropiando la China como se apropiaron la Irlanda,

Así llegamos á dar vista al hermoso puente colgante de Langon, y á la bellísima esplanada de san Macario, habiendo empleado poco mas de tres horas en el viage, despues de haber hecho el vapor mas de veinte detenciones en el tránsito para dejar y recibir los viajeros que en cada pueblecito se quedaban ó de cada pueblecito salian. Desembarcamos pues, y entramos en Langon, donde permanecimos hasta la misma hora del dia siguiente.

Nada diré de lo que en Langon hicimos, por ser cosas que atañen á particulares y amigas personas. Al regreso nos tocó ir en el vapor *Montesquieu*; y he aquí justificado lo que en otro artículo dije, que por todas partes me tocaba encontrarme con vestigios y recuerdos del autor del *Espiritu de las leyes*.

Entre las cosas que á la vuelta nos llamaron la atencion, y que dan idea de lo que inventan y discurren los franceses para llamar la del público, fueron las caprichosas pinturas de los tablones de anuncios sobre las puertas de las fondas y cafés que se encuentran á las márgenes del rio, y principalmente una en que para decir: «aquí se aloja á pie y á caballo, *ici on loge á pied et á cheval*, » lo tenían dispuesto en esta ingeniosa forma: «ICI ON.... (y en seguida *una casa pintada* para significar LOGE: A (esta A la formaban dos hombres separados por los pies y tocándose con las cabezas); seguia *un pie pintado* para sustituir á la palabra PIED: el ET le hacian otros dos hombres en actitudes que formaban una &c. y el CHEVAL estaba representado por un *caballo blanco*. Si así discurren para llamar la atencion en las miserables aldeas, figúrese el lector cuanto inventarán en las populosas ciudades.

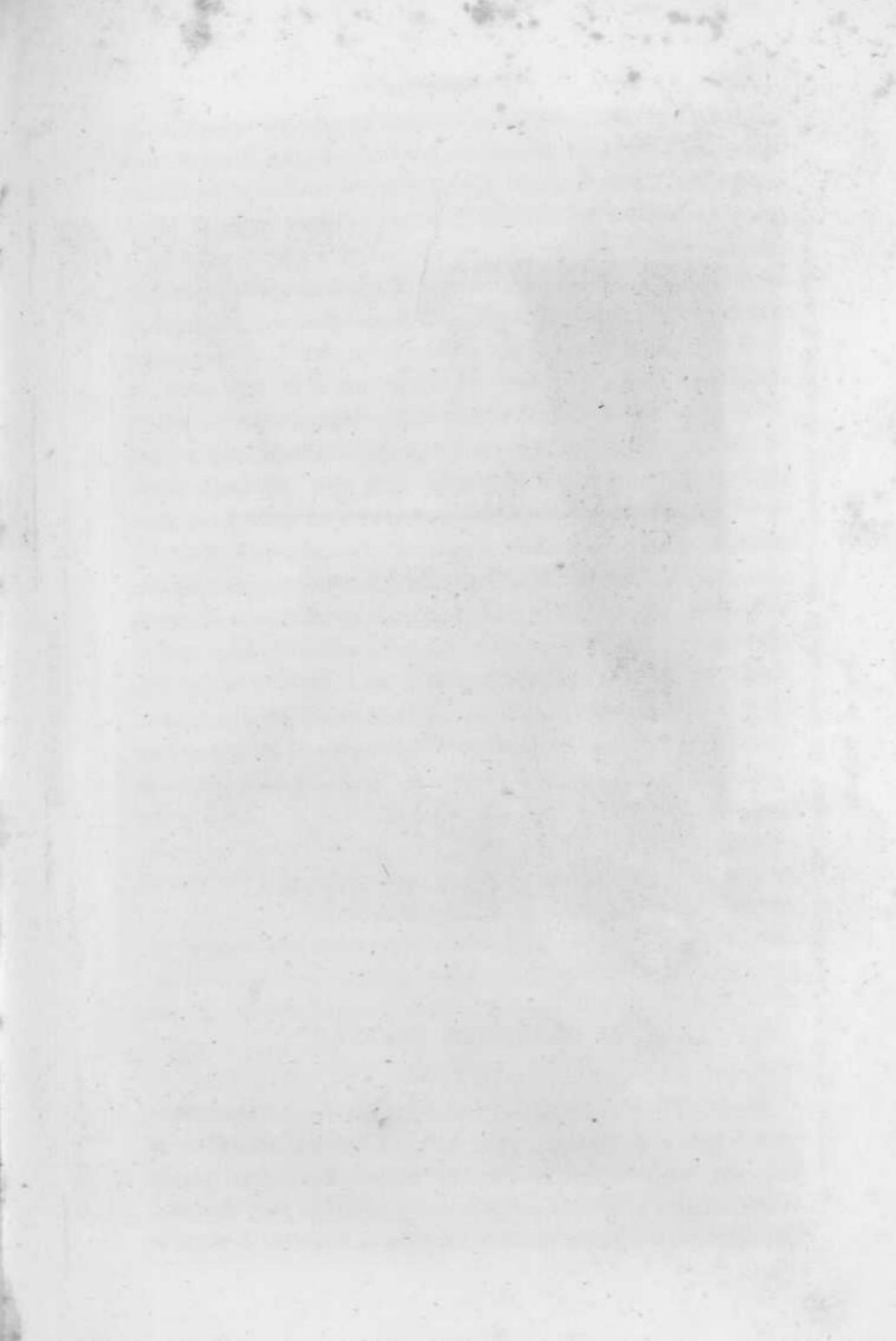
EL PUENTE DE CUBZAC

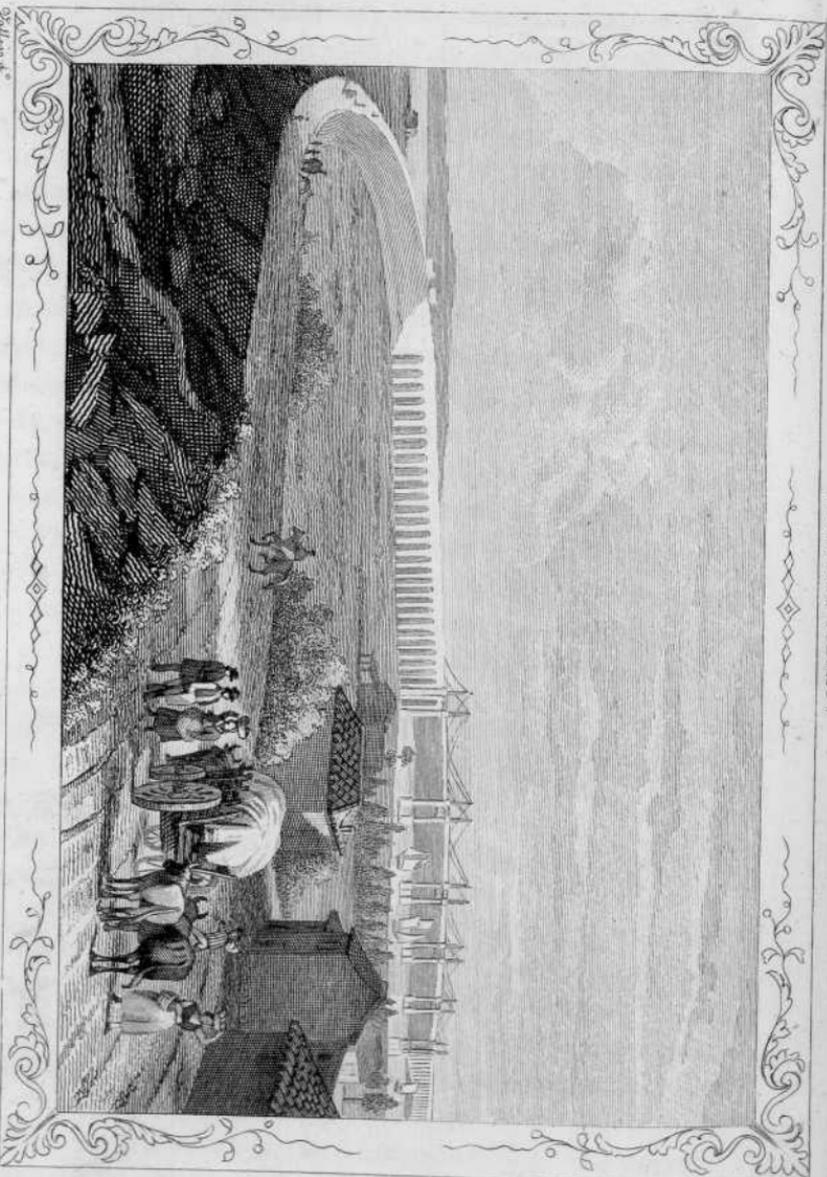
Ya que de esculturas voy tratando, acordado á todo estu-
geto, y mas si es español, ya se halla en Bordos sin ánimo de
pasar mas adelante, ya le tenga de continuar á Paris, que si
quiere admirar el puente colgado mas grandioso, mas atrevido,
mas elegante y espeso que hay en toda la Francia, y no se si



EL PUENTE DE CUBZAC.

Ya que de escursiones voy tratando, aconsejo á todo extranjero, y mas si es español, ya se halle en Burdeos sin ánimo de pasar mas adelante, ya le tenga de continuar á París, que si quiere admirar el puente colgado mas grandioso, mas atrevido, mas elegante y esbelto que hay en toda la Francia, y no sé si





El viajero se sorprende agradablemente al dar vista al nunca bien ponderado puente de Cubzac so-

bre el Gadoña.

Gravado

J. M. G. 1879

en otra parte alguna, no deje de hacer una escursion al expofeso á *Cubzac*, 4 leguas de Burdeos camino de París, pues visto con la rapidez que es forzoso cuando se vá de paso, no se puede formar una idea cabal de su grandiosidad y belleza.

Pasado el puente de piedra en el arrabal de la Bastida, encontrará de seguro el carruage que guste y de los asientos que le acomode, que le llevarán á *Cubzac* en unas dos horas por un precio convencional, siempre mas económico y moderado que si ajustára un carruage ó *voiture de ville* como hicimos nosotros. Y puede estar cierto que dá un paseo de los mas deliciosos y entretenidos que pudiera apetecer.

A derecha é izquierda del camino encontrará establecimientos cuyos títulos pomposos no dejarán de divertirle. «*Taberna del monte Parnaso.*» Que solo los franceses han podido discurrir hacer borrachas á las musas, y convertir en depósito de vino el limpio y claro manantial de la fuente Helicon por dar realce á una taberna. «*Cuadras y cochera de la manzana de oro.*» ¡Ah, pobre Venus, y en lo que ha venido á parar el premio que te valió tu hermosura! A ser pisado por los caballos á trueque de bautizar pomposamente una cuadra. «*Depósito de carbon de la bella Aurora.*»

¡Fuerza de ponderar, á lo que obligas!
al nectar encerrar en cantimplora,
y á llenar de tizones á la Aurora.

Y por este orden otros muchos que fuera largo enumerar. El viagero se sorprende agradablemente al dar vista al nunca bien ponderado *puente de Cubzac* sobre el Dordoña. Desde luego no se sabe qué admirar mas, si la elegancia, riqueza, gusto y solidez de la obra, ó el osado y al parecer temerario pensamiento del que se atrevió á proyectar y ejecutar un puente de tan gigantescas dimensiones. Consta de cinco cuerpos suspendidos, sobre cada uno de las cuales descuellan cuatro columnas huecas de hierro en forma de obeliscos basadas sobre otros tantos mazizos ó pilastras de piedra; á uno y otro extremo

del puente hay dos magníficas arcadas de sillares de á 27 arcos dobles cada una, que juntos componen 108 elegantes y sólidos arcos. Por debajo de cada uno de los cinco cuerpos colgantes pasan sin tropiezo las embarcaciones, hasta bergantines y fragatas. La longitud del puente desde el principio de una arcada al extremo de la otra es de 2123 metros y 83 centímetros (mas de un cuarto de legua de España).

El puente de *Cubzac* visto por bajo asombra, y visto por encima encanta, á lo cual contribuye ademas de su magnífica esbelteza el color blanco de que estan barnizados sus obeliscos, sus tirantes de alambres, y sus barandillas, que á lo lejos le hacen semejar un puente de filigrana. Empezóse esta atrevida obra en 1835 y se concluyó en 17 de agosto de 1839, y le pasaron los primeros el duque y la duquesa de Orleans, segun consta de una inscripcion que se lee en uno de los pilares de un extremo; á cuyo frente se ven esculpidos los nombres (que bien merecen estarlo en letras de oro sobre mármol) de los señores *Du-Vergers*, *Quenot*, *Rayard de la Vingtrie*, ingenieros directores de la obra.

Tirabequé le contemplaba absorto, si bien receloso de que se hundiera aquella obra aérea, y diera con su lega humanidad en las aguas del Dordoña como otro Icaro, sin que bastára á tranquilizarle el ver pasar por él cuatro ó cinco diligencias á un tiempo, antes le asustaba mas el ver como tan enorme peso le hacia cimbreadse.

Sobre la capa ó barniz blanco se leen infinidad de inscripciones, que se conoce ser de los viageros de todos los paises (porque las hay en todos los idiomas) que gustan dejar escritos allí sus nombres, pelados los unos, y los otros precedidos de alguna observacion sobre el mérito admirable de tan grandiosa obra. Entre ellos noté el del duque de Nemours, y los de otras notabilidades que habian participado tambien de aquello del «*nómina stultorum!*»

Mr. Newville redactor del *Nacional* de París habia dejado escritos estos versos:

*Miserable cretin, qui passant sur ce pont,
ne trouves rien de mieux que d' y mettre ton nom!
N' as tu donc pas songé, miserable hirondelle,
que s' était un outrage à cette œuvre immortelle?*

Que vuelto al español, con permiso del cofrade parisiense, equivale á decir «hombre mezquino y ruin que al pasar por este puente no encuentras nada mas digno que dejar en él escrito tu nombre, ¿no has pensado, miserable golondrina, que esto era hacer un ultraje á esta obra inmortal?»

La inscripcion del hermano periodista picó un poquillo la emulacion gerundiana; y cayó mi reverencia en la tentacion de echar tambien su musa á puentes; y sacando el lapiz, dejé allí escrita para que la leyerá otro curioso la siguiente española:

Tu no tienes, España, patria mia,
puentes como este puente todavia:
mas ten gobierno, y júrote que al menos,
si no mejores, los tendrás tan buenos.

De sobra estaba yo convencido que lo que escribia no era



mas que una fanfarronada poética española, y que para tener nosotros puentes como aquel necesitábamos tener juicio por unos 200 años, y que los españoles que nos sucedieran naciesen mas aficionados á manejar la azada y el martillo que á rozar capas en las esquinas tomando el sol como los de nuestros dias: pero yo dije: ahí os queda eso, y el gobiernó que lo pague, que hartas deja de pagar mereciéndolo, y al cabo al cabo si bien se apura, la falta de gobiernó es la causa primordial de todo.

«Señor, señor, me voceó Tiraque desde una de las columnas, aquí hay un nombre de español legítimo; venga vd. acá, que se va vd. á reir.» Me acerqué, y habia en efecto un letrado que decia: «*Joaquin del Olmo con su pichona.*» Todos los de la expedicion celebramos á grandes risas el innegable españolismo del hermano que tál habia puesto. Tirabeque escribió tambien su nombre, y para que nadie dudase la patria del autor puso: «*Fr. Pelegrin Tirabeque de España, lego de Fr. Gerundio de España.*»

Con esto dispusimos el regreso á nuestro cuartel general Bordelés, no pudiendo olvidar en todo el camino, ni mucho tiempo despues, ni dejar de celebrar siempre que de ello nos acordamos, el «*Joaquin del Olmo con su pichona.*»

TELÉGRAFOS.

Hé aquí uno de los ramos é instituciones que desde nuestra entrada en Francia habian sido objeto de nuestra atencion y curiosidad, y uno de los que (pasémonos lamano por la cara para decirlo, por que es un poco vergonzosilla la cosa) llaman la atencion de todo español que vá por primera vez. Y no digo un poco vergonzoso, sino un mucho bochornoso y ruboroso debe sernos el pensar que cuando todas las naciones de Europa, incluso Portugal, están cruzadas de líneas telegráficas en todas direcciones, solo la España carece todavia de este importante medio de comunicacion. ¡Solo la España, cuando hasta el mismo Mehemet-Alí tiene ya su

línea de 177 telégrafos desde Alejandria al Cairo por medio de los cuales pueden recibirse avisos de una á otra ciudad en 40 minutos!

Curiosas por demas fueron las primeras escenas que con Tirabeque pasaron cuando vió jugar por primera vez los telégrafos y el modo de corresponderse unos con otros. « Señor, señor, ¿no ha reparado vd. las figuras que hacen aquellos cañones de chimenea que hay en aquella torre? Mire vd., mire vd.; unas veces los ponen en figura de H, otras en figura de Z, otras en figura de N.... ahora parecen un trinchante.... pues aguarde vd., mi



amo, que en aquella cuesta que se vé al otro lado del rio hay otros cañones de estufa, ó lo que sean, haciendo las mismas figuras. Asi Dios me salve que está divertido esto, señor: no parece sino que se mueven por mágica: algun diablo de algun *franchute* se está divirtiendo en hacer juegos de manos. Vaya, vaya, cuando el diablo no tiene que hacer.... vd. se rie, señor, pero á mí me vuelve loco la diversion esta. ¿Quién mueve esas máquinas? pregunto yo. Pues dígole á vd. que está bueno esto. Mire vd. á la cuesta. Pues ahora mire vd. á la torre. Vuelva vd.

á mirar á la cuesta. Ahora parece una horca el diablo de la estufa. Pero vd. no hace mas que reirse, mi amo.

«¿No me he de reir, hombre? ¿Con que todavía no conoces lo que es esto?—Señor, yo no conozco mas que debe ser alguna brujería.—Calla, calla, infeliz é ignorante que tú eres: ¿no conoces todavía, desgraciado, que son dos telégrafos que están haciendo sus comunicaciones?—¿Con que son estos los telégrafos, señor? ¿Y qué dicen, qué dicen los señores telégrafos? que asi Dios se encargue de mi alma como deben ser gente lista cuando por señas tan enrevesadas se entienden.—Ya se vé, cuando tu fuiste á Madrid ya no existian los imperfectísimos que *hubo* establecidos de la córte á los sitios reales, ni tampoco has estado en las provincias Vascongadas durante la guerra donde *hubo* tambien algunas líneas de telégrafos, de consiguiente no has podido ver los únicos que *hemos tenido* en España.

«Yo no te podré esplicar lo que ahora se comunican, porque esto solo lo pueden comprender los empleados en el ramo ú otros que hayan hecho sobre ello estudio particular. Lo que puedo decirte es que esos cañones de estufa que tu llamas son compuestos de tres piezas, una grande llamada *indicador*, y dos pequeñas con el nombre de *reguladores*: cada *regulador* puede tomar cuatro posiciones, vertical, horizontal y dos oblicuas (derecha é izquierda;) el *indicador* puede tomar ocho, que vienen á reducirse á siete, porque una de ellas vuelve á entrar horizontalmente en la línea del *regulador*; tres se elevan hácia el cielo, que es el trinchante que tu decias, y tres se bajan hácia la tierra (que son la horca tuya.) Con arreglo á estas posiciones, y simplificando el sistema de locucion, en lugar de decir por ejemplo, «45 grados hácia el cielo ó 45 grados hácia la tierra,» se dice: «ángulo agudo (oblicuo de la izquierda),» que equivale á *cinco*: «ángulo derecho (vertical),» que significa *diez*: «ángulo obtuso (ú oblicuo de la derecha),» igual á *quince*. Y para designar la dirección del signo, se añade la palabra *cielo* ó la de *tierra*, y asi se dice: «*cinco cielo: quince tierra etc.*»

«Y asi se van trasmitiendo las comunicaciones por medio de

estos signos, que representan otras tantas letras, ó palabras, ó frases, porque hay signos geroglíficos, alfabéticos, numéricos, verbales, frásicos, geográficos, patronímicos, y demas que sea menester. Algo mas pudiera explicarte acerca del mecanismo é inteligencia de los signos telegráficos, pero creo que estas ligeras indicaciones te bastarán y aun te sobrarán para que hayas formado una idea clara y esacta del telégrafo. — Señor, lléveme Judas Iscariote si de toda esa gerigonza que acaba vd. de ensartar he entendido una palabra mas sino que quince cielos son como un obtuso. — El obtuso, y el torpe, y el botarga eres tú, y el que tiene que proveerse de paciencia contigo soy yo.

«Y diga vd. mi amo, y no se me enoje: si los telégrafos son tan útiles como dicen, ¿cómo es que no se adoptan en España? ¿Es que no hay allí quien entienda esta monserga, ó es que no prueba el género en el pais? — En cuanto á la utilidad de los telégrafos, Pelegrin, es tanta y tan incalculable, que un hombre célebre de estado llegó á decirle al Doctor *Julio Guyot*: «sin el telégrafo es imposible el gobierno.» — Señor, perdone el hombre de estado, sea quien fuere, porque en España sabemos bien pasarnos sin telégrafos. — Asi va ello, Pelegrin. Y en cuanto á haber quien lo entienda, no puedo decirte mas sino que no solamente tenemos persona que lo entiende, sino quien lo entienda mejor aun que los mismos franceses, y mejor que los mismos *Mr. Flocon* y los hermanos *Chappe* á quienes debe la Francia la perfeccion que han alcanzado sus telégrafos.

«Mira; el hermano *Santa Cruz*, director de los telégrafos que hubo en las provincias del norte durante la pasada guerra civil, ha arreglado ó perfeccionado un sistema telegráfico mucho mas ventajoso y mas sencillo que todos los conocidos hasta ahora, ineludos los que estás viendo: baste decir que estos no pueden jugar mas que de dia y cuando está despejada la atmósfera, y los del hermano *Santa Cruz* pueden hacer el mismo servicio de dia que de noche y en cualquier estado en que la atmósfera se encuentre. De manera que los deseos de *Mr. Eugenio Briffault* cuando exclamaba: «la telegrafia nocturna es la sola que puede

acabar la obra imperfecta; no tenemos mas que la mitad del telégrafo, completémosle, » están ya cumplidos merced al ingenio de un español. Yo mismo, Pelegrin, he tenido el gusto de examinar el nuevo telégrafo de Santa Cruz, y de verle practicar en el modelo facilisima y sencillamente multitud de combinaciones con arreglo á las comunicaciones que yo al capricho le dictaba, y estoy convencido de que su telégrafo tiene sobre los conocidos hasta el día las ventajas siguientes:

1.^a El telégrafo francés sirve solo durante el día. El nuevo español juega igualmente de noche con el auxilio de cuatro faroles comunes.

2.^a El telégrafo de Santa Cruz ejecuta las comunicaciones en una tercera parte de tiempo menos que el francés: es decir, que un despacho que este trasmite en 90 minutos de París á Bayona, aquel le transmitiria en el espacio de una hora solamente.

3.^a Los telégrafos franceses tienen que colocarse precisamente en proyeccion horizontal unos de otros para poderse distinguir sus signos. El de Santa Cruz en cualquier proyeccion, aunque sea sombría, da igual resultado.

4.^a La mayor distancia á que pueden situarse los telégrafos franceses es á poco mas de legua y media francesa de uno á otro. El telégrafo español puede jugar á distancia de mas de dos leguas y media españolas en proyeccion sombría; y en proyeccion horizontal hasta de seis á siete leguas. De consiguiente la linea telegrafica de Bayona á París que la forman 420 puestos, estaria servida con 70 á lo mas, bajo el nuevo método español: lo cual produciria un considerable ahorro de empleados y de tiempo; y ya conocerás que la rapidez de las comunicaciones y las contingencias que pueden detenerlas ó interrumpirlas se hallan en proporcion del tiempo que es necesario invertir, y del mayor ó menor número de telégrafos para transmitirlos.

5.^a El material, mecanismo y colocacion del nuevo telégrafo español tendria de costo sobre 450 francos; cantidad mucho menor que á la que asciende el telégrafo francés, segun á mi me han informado.

6.ª La maniobra del telégrafo español es tan sencilla y facil, que el hombre mas rudo se encuentra en disposicion de comprender y ejecutar sus signos á los tres dias de instruccion, poseyendo antes de un mes toda la práctica necesaria. Y no puedo decirte mas sino que yo mismo el dia que tuve el gusto de ver su modelo ejecuté por mi mano, oidas sus esplicaciones, algunas comunicaciones sencillas, entre las cuales me acuerdo que fué una: «Las cortes se han abierto el 19 sin que ocurriese el mas pequeño disgusto.» Y los empleados superiores encargados de la glosa y descifracion de las comunicaciones, suponiéndoles un poco de aplicacion y despejo, podrian desempeñar sus funciones con solo un mes de estudio teórico y otro de práctica.

Cree, Pelegrin, que en España no faltan hombres é ingenios; lo que falta es proteccion, proteccion (1).

(1) Emprendida y comenzada ya esta segunda edicion, mi paternidad gerundiana ha tenido la complacencia de ver que el gobierno español ha conocido al fin la importancia y necesidad del establecimiento y servicio de los telégrafos, y con fecha de 1.º de marzo se ha comunicado al Director general de caminos la real orden siguiente.

MINISTERIO DE LA GOBERNACION.—Decidido el gobierno de S. M. á procurar por cuantos medios estén á su alcance el afianzamiento del órden público, tan necesario para que los pueblos puedan disfrutar los beneficios de una administracion paternal y previsora: ha reunido los fondos necesarios para establecer las lineas telegráficas, por cuyo medio deberán quedar todas las capitales de las provincias y puntos notables de las costas y fronteras en comunicacion directa con la del reino, en el grado de perfeccion que las tienen otros paises. A este fin S. M. ha tenido á bien disponer:

1.º Que al tenor de lo resuelto en las reales órdenes comunicadas á esa direccion en 14 de mayo y 1.º de junio de 1837 presente V. S. á la posible brevedad el plan general de telégrafos, con el aparato y sistema de comunicacion que la junta consultiva haya designado como preferibles, atendidos nuestros medios y circunstancias, acompañando el correspondiente presupuesto del coste del primer establecimiento y el de los gastos de su conservacion y servicio.

2.º Que designe V. S. al propio tiempo el órden en que se han de establecer las lineas generales, indicando si convendra adquirir por cuenta de la administracion los instrumentos y algunos otros efectos para ejecutar las obras de las torres por contratas generales ó parciales.

3.º Finalmente, que desde luego dicte V. S. las disposiciones oportunas para que los ingenieros adelanten los trabajos relativos á la determinacion de los puntos en donde han de construirse las torres, y que ordene asimismo los ensayos y demas preliminares que juzgue convenientes para conseguir la mayor economía y acierto en la ejecucion de tan importante proyecto.

AGUA, VINO, CERBEZA, HELADOS, Y OTRAS COSAS POTABLES.

Omision fuera por cierto de gran cuenta y tamaño, é imperdonable por demas en un viagero observador de minuciosidades, el no hacer conmemoracion esplicita del vino de Burdeos estando en Burdeos. Pero antes es fuerza decir algo del agua, que no es á fé mia artículo que merezca pasarse en silencio.

A cinco cosas puede renunciar el español desde el momento que pase el puente de Behovia; á la alegre vocingleria de los mayoresales (como atras queda observado), á la franqueza en el trato, al agua pura, al cielo claro y al buen chocolate; si bien en este último artículo debe hacerse una escepcion honrosa en favor de el del hermano Braulio Poc, fabricante zaragozano establecido en Burdeos El viagero recorrerá toda la Francia, y aun irá mas adelante, y se volverá á España sin haber podido beber un vaso de agua limpia y cristalina, de aquella que se dice: «limpia, fija y dá esplendor: » sino que, ó bien tendrá que azu-

Al mismo tiempo se ha servido S. M. autorizar á V. S. para que abone los gastos que ocasionen dichos trabajos preliminares con cargo á las cantidades que en breve se pasarán á esa direccion.

De real órden lo comunico á V. S. para su inteligencia y cumplimiento. Dios guarde á V. S. muchos años. Madrid 1.º de marzo de 1844. —Peñaflorida.—Sr. director general de caminos.

Resta ahora que tan saludable disposicion se vea cuanto antes ejecutada y no se quede en lo escrito, como es ordinario y frecuente achaque en el país natal del autor de estos apuntes, en las medidas de utilidad pública que del gobierno superior emanan.

Y en cuanto á los medios de ejecucion, paréceme que no haria mal el gobierno en aprovechar los trabajos que el hermano Santa Cruz tiene ya hechos sobre la materia, tales como dos libros que mi paternidad ha tenido el gusto de ver, con 32.450 combinaciones cada uno, representadas por uno, dos, tres, y cuatro signos: el primero de palabras, voces, frases, direcciones y formularios de participaciones: el segundo de geografia, nombres propios, apellidos, numeracion, quebrados, pesos, medidas, monedas etc. etc.

El mismo tiene hechos tambien trabajos de enseñanza, y se ofrecía á abrir y desempeñar una escuela telegráfica para la instruccion del suficiente número de alumnos, garantizando su poquísimo coste.

Y por lo que hace á los instrumentos y efectos, no deberia el gobierno olvidar los que quedaron de las líneas establecidas durante la guerra civil en nuestras provincias del Norte, y que parece se entregaron en depósito y custodia á los ayuntamientos de aquellos puntos.

cararla, ó bien que recurrir al *vinum aquatum*, mas que diga Hipócrates lo que quiera, ó bien que prepararla de algun otro modo, porque *sola* es de desagradable y no muy sana potacion; es como los desengaños y las verdades; si se quiere que no amarguem y no hagan mal estómago, ó no irriten la bilis, es menester dulcificarlas un poco y suavizarles la crudeza. La mala calidad de este artículo no deja de constituir una de las faltas y privaciones que experimenta el español, máxime si acaba de dejar las finas aguas de Madrid, y aun mas máxime todavia si el español fuese *abstemio* ó aguado. Sin embargo nadie puede decir: «de esta agua no beberé,» pues harto vemos todos los dias que quien mas la echa de *puritano* viene á parar en beber de la fuente mas turbia, y no asi como quiera á sorbos y á cortadillos, sino de bruces y á trago recio.

Con todo no era esto lo que mas afligia á Tirabeque, ni la privacion que mas le hacia sufrir. «¡Asi en todas partes, decia, pudiera suplirse esta falta como en Burdeos!» Y en efecto por vida mia que sabía suplirla muy bien; y cuando yo le apercibia por la brevedad con que daba cuenta de las botellas, «¿qué quiere vd.. señor? me respondió: como el agua es tan mala, y este vino de Burdeos es tan flojito y tan limpio, me veo en la triste necesidad de usar de este suplefaltas y pasar estos trabajos mas á menudo de lo que quisiera.» Y la enmienda era pedir otra botella y decir: «¡cómo ha de ser! Vengan trabajos:



¡hay tan malas aguas en este pais! No hay duda que los vinos de España son mejores, de mas sustancia y mas fuertes; pero no están trabajados con la limpieza que este, señor; asi es que aquellos no apagan la sed como este vinillo. Muy sábia es la providencia, mi amo; en todas partes dá á los hombres con qué suplir lo que no hay.»

A los dos dias de estancia en aquella capital ya conocia él la nomenclatura de todos los vinos y estaba al corriente de sus calidades y diferencias. Yo me quedaba asombrado de ver la maestría con que fallaba si el *Saint Julien* era mejor que el *Ordinario*, si el *Chateau-la Tour* era mas ó menos apreciado que el *Medoc*, si el *Leoville* y el *Brannemouton* eran de inferior calidad al *Chateau-Laffite* y al *Chateau-Margaux*, si era todo vino tinto, ó si lo habia tambien blanco en *Grave* y en *Santerne*, con todo lo demas que á la materia atañe.

En la tierra de los ciegos el tuerto es el rey: por eso en París, en el norte de Francia, y en los reinos que siguen, el vino de Burdeos es muy apreciado, y sucede con él lo que con las reputaciones de los hombres, que la estimacion y el precio crecen en razon de la distancia.

Otra de las bebidas que están mas en uso en aquellos paises es la cerveza; pero en vano se busca una que pueda reemplazar á la de Sta. Bárbara de Madrid, inclusa la celebrada de Strasburgo: generalmente es como la politica española; fea, revuelta y desagradable.

Los helados no están tan en voga como en España, porque no los hace tan necesarios el clima, y están bien lejos de esceder en calidad y delicadeza á los nuestros. En cambio se hace mucho uso de las bebidas gaseosas que son muy comunes, de las limonadas, la grosella y otros refrigerantes: pero el fuerte en los cafés franceses, como el tiempo no esté demasiado caluroso, son el café, el té, y los *vinos de licores* que ellos llaman: asi como sus pasatiempos son la lectura de periódicos y el juego del dominó. Hombre hay que antes de acabar una taza de café se ha echado al cuerpo todos los diarios de la capital, y antes de apurar una

copa lleva apurados ya los periódicos de todos los departamentos. Yo no he visto una afición al periodismo como la de aquella gente, y el café que no estuviera suscrito á todos los diarios por ejemplares dobles ó triples, *ipso facto* se vería desierto de consumidores.

Mi buen Tirabeque quiso reasumir las noticias acerca de las bebidas usuales en aquel país, y entre sus apuntes encontré las décimas siguientes, que son.... como tuyas.

Español, si á Francia vas,
y sed por acaso llevas,
agua sola no la bebas,
ó te lleva Barrabás,
mézclala con algun gás,
ó no te andes en rodeos,
bebe vino de Burdeos,
que no es como el de San Lúcar;
ó échale un terron de azúcar,
y dale cuatro menéos.

Y te digo con franqueza
que encontrarás buen café,
muchos licores, buen té,
pero muy mala cerbeza:
y has de acudir con presteza
si te gustan como á mí
los helados, porque allí
si te andas con dilaciones,
te responden los *garzones*:
«*pardon, Monsieur, c' est fini.*»

LA RAQUEL Y EL GRACIOSO DE BROCHA GORDA.

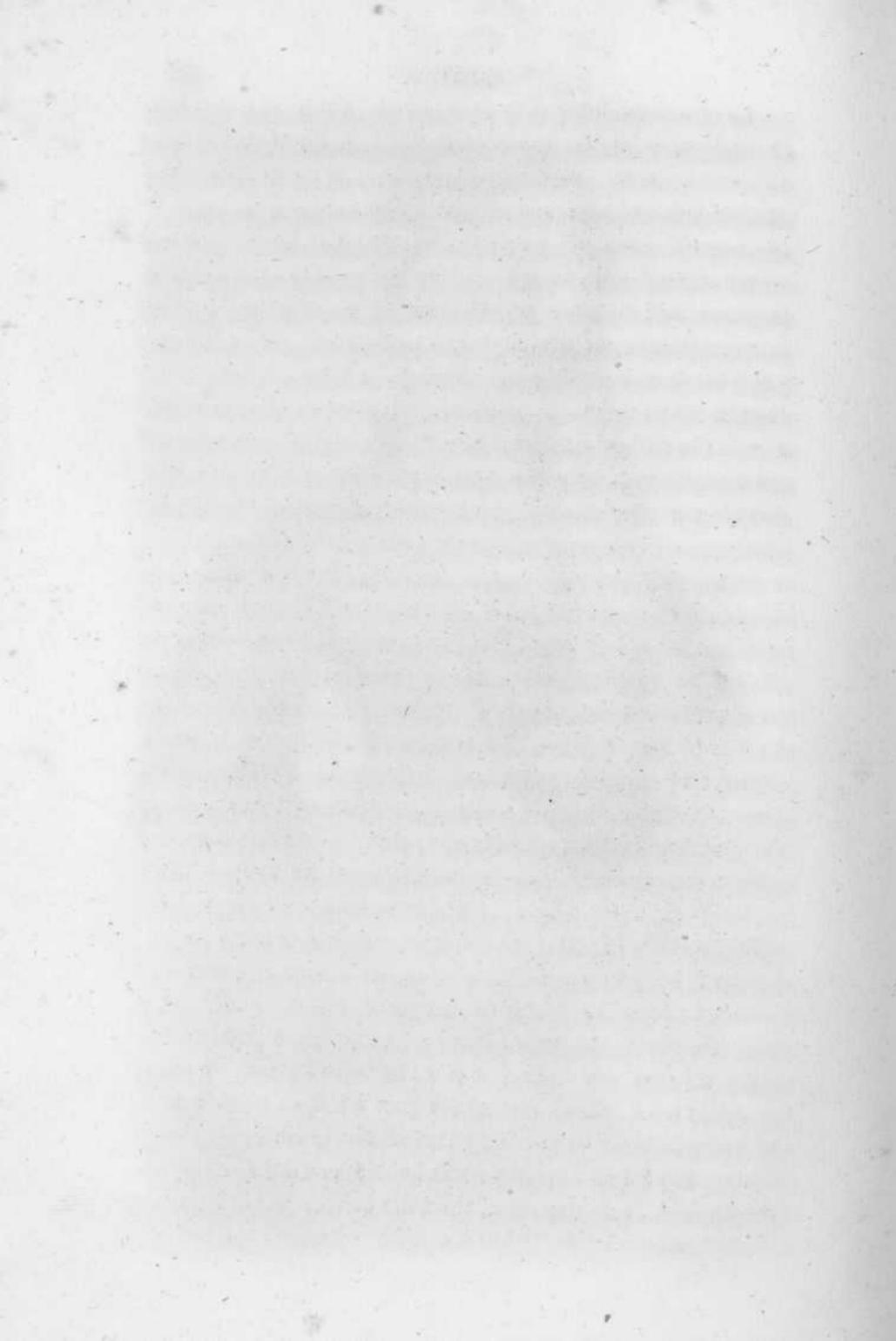
Dos notabilidades dramáticas habia entonces accidentalmente en Burdeos, de aquellas que en las temporadas de verano salen de París á las provincias á recoger algunos miles de francos por via de recreacion y pasatiempo. Era la una la célebre *Mademoiselle Rachel*, esa jóven judía, nacida de humilde cuna, que hace pocos años se dió á conocer en uno de los teatros subalternos de París, y á los 22 de su edad está siendo un prodigio del arte declamatorio, ocupando muy merecidamente el primer rango en el primer teatro frances. Esa inimitable trágica, por cuya boca habla Corneille, y cuyo acento es el pensamiento de Racine. Esa jóven admirable, que á la gracia de la juventud une la magestad de una reina y la dignidad de una matrona; cuyos triunfos se cuentan por el número de representaciones; que con una naturalidad que asombra sin concebirse, parece que tiene en sus labios el secreto de imprimir las sensaciones en el corazon de los espectadores: que aterra cuando quiere, y cuando quiere impaciente, y enternece cuando le conviene enternecer, y consuela cuando es menester consolar, y siempre conmueve, y siempre admira, y siempre arrebatá: que si arranca aplausos en *Mitridates* y en *el Cid*, si la arrojan coronas en *Cinna* y los *Horacios*, si recoge laureles en *Ifigenia* y *Estér*, no alcanza menores triunfos en *Berenice* y *Atalia*; y solo el «*je crois*» en *Polieucte*, dicho de una manera que solo ella lo puede decir, y nadie sino ella lo puede expresar, bastaria para que Corneille, si pudiera alzarse de la tumba, viniera á ceñirla de laureles por su mano.

Yo tuve el gusto de convencerme en Burdeos y en París de la justicia con qué ha alcanzado *Mademoiselle Rachel* su fama colosal. Y hoy es el dia que Tirabeque no puede recordar sin entusiasmo á la admirable y agraciada Judía, á pesar de que asegura y confiesa que de la mayor parte de lo que la oía se quedaba en ayunas: y añade todavia: «como soy cristiano que no puedo echar de la memoria la Rabina aquella, señor.»

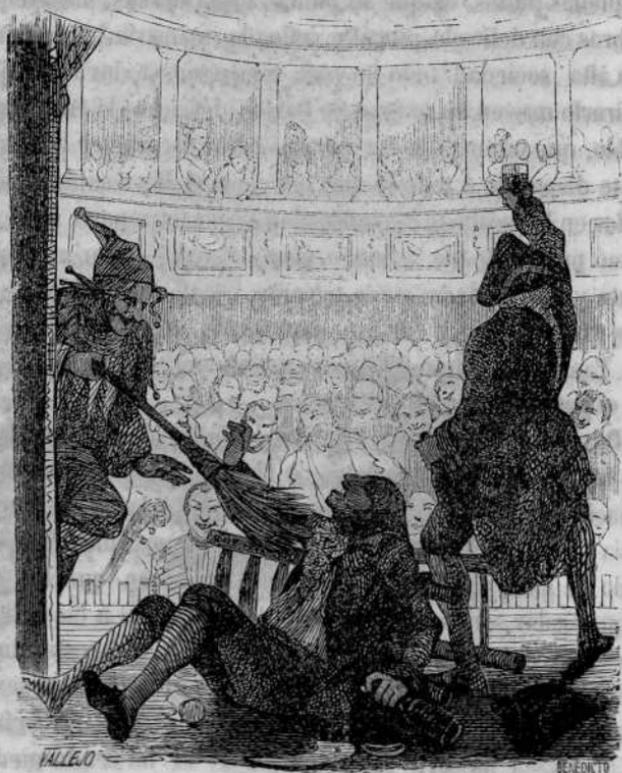


MADemoisELLE RACHEL

En la Tragedia Bayaceto



La otra notabilidad dramática era *Mr. Odry*, el *Cubas* francés del teatro de *las Varièdades*. En él le vimos ejecutar los *Saltimbanquis*, su pieza favorita, que le ha conquistado hace muchos años en los teatros de París la fama del *primer bufon del bajo género*, ó sea del mas sobresaliente entre los *graciosos de brocha gorda*. Su salida en Burdeos se habia anunciado con pompa y con estrépito, y las noches que representaba nos atronaban los espendedores de periódicos en los entreactos, con *la biografia y el retrato de Mr. Odry*, pintado en ademan de tocar unos atabales y dirigiendo y ensayando una compañía de *saltimbanquis*. Y era de ver aquellos franceses, de tan refinado gusto por una parte en las representaciones dramáticas, celebrar con entusiasmo y reir con locura las vulgarísimas gracias, ademanes gro-



tescos, y tabernarios equívocos de *Mr. Odry*, que acaso en España no hubiéramos tenido paciencia para escuchar, porque *los Saltimbanquis* no pasa de un extravagante saineton.

Así con razón me decía Tirabeque: «Señor, aquí también hay vice-versas de mucho balumbo, y á esta gente yo no acabo de entenderla nunca. Por un lado mucha delicadeza, y mucho gusto, y mucha finura en las comedias, y por otro se rien como tontos con estas majaderías, y les gustan que se relamben.»

Y era la verdad en el fondo, pues por una parte el lujo y elegancia en lo material de los teatros, así como en los trages y decoraciones, la propiedad y el desembarazo en el decir, la aplicación oportuna de cada papel á cada actor, aquellas maneras tan dulces é insinuantes sin menoscabo de la bella naturalidad, y aquellas piezas en que se pintan hasta en sus más pequeñas sombras con delicado pincel y refinada maestría las costumbres de la alta sociedad (todo lo cual tendremos todavía ocasión de admirarlo más en los teatros de París), descubre la cultura de un pueblo, que además de ser por su natural carácter aventajadamente dispuesto á todo lo que sea cómico, lleva subidos muchos grados en la escala de la civilización: y por otra parte se vé á este mismo pueblo de tan refinado gusto escénico gozar maravillosamente y entretenerse como un niño, ó como un aldeano, con la farsa más grotesca y con los espectáculos de más ordinaria calidad. Tan cierto es que el excesivo refinamiento del gusto conduce á la extravagancia y á la relajación.

Dos cosas le hacían á Tirabeque mucha novedad en los teatros franceses en un principio: la facilidad y propiedad con que se hacía anochecer ó amanecer, se figuraba la noche cerrada ó el día claro, ó alguno de los crepúsculos por medio del alumbrado de gas: y la frescura y marcialidad con que los actores solían regalar sendos y muy verdaderos ósculos á las bellas actrices, no ya solo en la frente, que esto es allí costumbre admitida en la buena sociedad entre personas de los dos sexos un tanto por algún motivo allegadas, sino que en el *Medecin malgré lui* (ó sea nuestro *Médico á palos*) el tal seudo-mediquito

llevaba la cosa á tal punto de naturalidad que mas de una docena de veces, á vista, ciencia y paciencia del público aplicó muy resueltamente sus lábios á las mejillas del ama de gobierno, alternando muy doctamente entre la derecha y la izquierda: cuyo besuquéo no solo se dejaba ver sino que tambien se dejaba sentir. Cosa era esta que ofendia y no podia tolerar el natural pudor de Tirabeque, y decia que si el tal *Médico á palos* viniera á hacer aquello á España, podia contar de seguro con salir del teatro hecho *Médico á palos ó Médico á silletazos* de veras.



LA MUERTE DEL VIAGERO.

Tomados tenia ya los billetes en una de las diligencias llamadas *messengeries royales* para salir de Burdeos á París, y evacuado este negocio acababa de retirarme á mi celdita provisional con el objeto de arreglar mi maleta, cuando entró el *factor* (cartero) con el correo de España. Le abrí... ¡ah! ¡cuán ageno estaba yo de esperar tan fatal noticia! ¡*El viagero que esto escribe habia muerto!* Jamás el verbo *morir* habia tenido pretérito perfecto en primera persona hasta entonces: jamás habia podido decir nadie, «*morí,*» como puedo yo decir ahora: jamás se encontró nadie con nueva tan fatal al abrir el correo.

Algo se me resistia á la verdad el dar fé á la noticia de mi fallecimiento, pero el documento en que se me comunicaba y que me enviaba un amigo, parecia fehaciente. Era un impreso que se habia publicado en Madrid y espendido á grandes voces por todas sus calles, en el cual se daban tan individuales y minuciosas señas de las circunstancias que habian acompañado á mi defuncion, que casi no me dejaban dudar á mi mismo.

«En este instante (decia) acaban de entristecernos con la funesta noticia de que el redactor del *Fr. Gerundio*, bastante quebrantado en su salud durante el viage que emprendió para Bayona, acaba de exhalar el último suspiro en aquel punto. Añaden igualmente que luchando con la agonía de la muerte, abrió sus labios el antes tan festivo *Fr. Gerundio*, y no queriendo pasar á mejor vida sin dejar un pequeño recuerdo á los numerosos suscritores que le honraron, dijo, como delirando en el último momento: «Yo voy á un mundo desconocido para mí... voy á ser juzgado ante el Dios de las misericordias... pero confío en su gracia, por que mi conciencia está tranquila... Quise hacer algo en beneficio de mi patria... hice cuanto pude... etc. Aquí (continuaba) diz que se cortaron sus palabras permaneciendo en un largo silencio hasta que se entregó al descanso de la tumba.»



Venia en seguida un panegírico del difunto, en que se enco-
miaban magníficamente sus virtudes, y se reseñaban los mere-
cimientos á la buena fama póstuma que se habia conquistado en
su carrera de escritor, y los beneficios que con su pluma habia
hecho al pais, que no hay como morirse un hombre si quiere
verse honrado y favorecido y que se hagan lenguas de él sus se-
mejantes. Pero yo, desconfiando aun despues de la muerte, y
poco crédulo de las alabanzas de los hombres, desde aquella
tumba donde descendí vislumbraba el objeto interesado y siniestro
que debia guiar en los elogios la pluma del panegirista anun-
ciador. «¿Dejarán, decia yo desde el sepulcro, dejarán estos

laudemus que me tributan en muerte de ser de la misma casta y calidad que los que me prodigaban en vida muchos de los que entonces acudian á mi morada á entonarme salmos de alabanza y despues se descubrieron enemigos, sin contar otros que todavia no se han descubierto? ¡Ah, míseros mortales! añadia yo desde la huesa: ¡cuándo dejaréis de ser falaces y engañadores!»

Aquella debia ser la época de las muertes de mentirillas, porque recuerdo que aquel mismo dia llegó á aquella capital la noticia de la muerte del Duque de Burdeos, que para dar un testimonio público de que murió de veras se halla ahora el mocito arreglando su boda con la princesa imperial de Rusia; cosa que parece le hace algunas cosquillas al hermano Luis Felipe, que quisiera mas que el mancebo no hubiera muerto tan de chanza, y que es causa de que no reine en la actualidad la mejor inteligencia entre los gabinetes de San Petersburgo y las Tullerías, pero de lo cual se le dará un pito á la hermana princesa con tal que el ciudadano dé señales inequívocas de estar vivo.

Por entonces anunciaron tambien los diarios franceses la muerte del distinguido escritor Silvio Pellico que se hallaba tomando el fresco en las montañas de Suiza, y de consiguiente recibió la noticia con mucha frescura.

Pero el caso mas parecido al mio fué el de *Mr. Desoré Cornillet* en la comedia *Las segundas nupcias* que se representó por primera vez el 18 de mayo de aquel año en el teatro de *Palais Royal* de París, cuando él mismo leyó en un diario: «Ayer se han celebrado las exequias de *Mr. Desoré Cornillet*, peluquero premiado por S. M. que vivia *rue Saint-Marc*.... Su oracion fúnebre ha sido pronunciada por *Mr. Seraphin*, su discípulo, que continúa su comercio y acaba de obtener un *brevet* de perfeccion por el tinte de las patillas y vigotes (1).»

La cosa era cómica en verdad; y el Duque de Burdeos, Silvio Pellico, Mr. Cornillet y Fr. Gerundio debemos desear no morirnos nunca mas que de este modo, y ciertamente que casi

(1) Acto segundo, escena segunda.

debíamos tener un derecho á ello, porque nadie está obligado á morirse mas que una vez.

Escusado será pintar la graciosa escena que pasó con Tirabeque cuando le dí la noticia de mi fallecimiento, la cual no creyó sin embargo tan fácilmente como *Mistriss Patterson*, la muger del tal *Cornillet*, sin duda porque no le interesaba como á ella, ni como á ella le punzaba el deseo de pasar á segundas nupcias, que es una buena predisposicion en una muger para creer fácilmente ó hacer que cree la muerte de su marido. Digo que será escusado pintar aquella escena, porque puede muy bien figurársela el lector conociendo el carácter de mi lego. Convencidos por fin uno y otro de que yo vivía, proseguimos en el arreglo de nuestras maletas y nos preparamos para salir de Burdeos.

ANTES DE SALIR.

Antes de salir debo aconsejar á todo viagero español que si no quiere morir de veras no cometa la indiscrecion de enfermar en los *hoteles* de Francia, donde mientras se conserve sano y pague muchos francos tendrá no solo quien le sirva, sino quien le estudie los pensamientos y le prevenga los deseos, y quien por darle gusto ande mas por el aire que por la tierra; pero si hace la tontería de caer enfermo, cuéntese *pro derelicto* en latin, ó por *abandonné* en francés, que allá viene á dar en español. Esto es por regla general, y por consiguiente admite escepciones; pero por vida mia que á mí no me tocó en suerte la escepcion en una indisposicion con que me favoreció la providencia en el *Hotel de France*, en prueba de que se acordaba de mí, como dicen los místicos. La providencia se acordaría, no lo dudo, pero tampoco dudo que *Mademoiselle Jeannette* (la doméstica que dije en otro capítulo me habia cabido en suerte por camarista) maldita la miaja que se acordaba del pobre enfermo: sin duda era un poco ascética tambien, y creia bastante el acuerdo de la providencia.

«Hija mia, hágame vd. favor de un caldito.

—*Pardon, Monsieur, il n' y a pas bouillon*; perdone vd., no hay caldo ahora.

—¿Me hará vd. la gracia de una tacita de té?

—*Pardon, Monsieur, il n' y a pas du feu maintenant*; perdone vd., no hay lumbre ahora: es tarde y se han acostado ya los cocineros.

—Tirabeque, hombre, llama á *Jeannette* que traiga el cocimiento ese.

—¿Qué Juaneta ni Juanete, señor, si en toda la mañana he podido dar con ella?

—Toca esa campanilla á ver, hombre.

—Señor, es escusado..... aqui viene ya.

—¿Trae vd. la medicina para el amo?

—*Pardon, Monsieur, c' est le bouillon.*

—¿Qué bullon ni qué Cristo, si lo que le toca ahora es la medicina? A ver, á ver.... pero hombre, si esto está como la nie-



ve.... diga vd. señora Juaneta, ¿se cuida así á los enfermos en Francia?

—Ve, Pelegrin, vé y caliéntalo tú.»

Gracias á que tuve á Tirabeque á mi lado, que sinó fácil hubiera sido que acertára el ciudadano que me envió al otro mundo en el artículo anterior. Semejante asistencia, ó por mejor decir, semejante desasistencia me movió á dejar tan luego como pude el renombrado *Hotel de France*, y á trasladar nuestras humanidades á la *rue de la Petite Taupe*, casa de *Mr. Bonnin*, destinada casi esclusivamente á hospedage de españoles, donde se obtiene una asistencia de mas confianza y esmero, y mas de casa particular, y donde Tirabeque estaba en grande en razon á que *Mademoiselle Eloyse* en fuerza de asistir á españoles se entendia con él en español, á pesar de que algunas veces tambien parecia Tirabeque en el modo de producirse, como cuando le decia: «*pardon, Monsieur, que ce tenedor no es el de vd.*»

ANGULEMA.

Cuatro diligencias salen diariamente de Burdeos á París; dos de la compañía de *Messageries royales* y dos de la de *Laffitte-Caillard*, ítem mas la silla de correo ó *malle-poste*; y el mismo órden se observa vice-versa, de París á Burdeos. Por lo general este es el sistema fijo de comunicaciones entre la capital y los departamentos: cuatro diligencias y un coche-correo salen todos los dias de París para cada capital de departamento, y otras tantas salen cada dia de cada departamento á París, y á veces no bastan para el transporte de los viajeros: tal es la vida moviliaria de aquel pais.

Las ocho y media de la mañana serian cuando nos despedimos de los españoles bordeleses nuestros amigos, y al cuarto de hora ya estábamos dando vista al pabellon en que almorzó D. Carlos cuando iba camino de Bourges. Pasamos á pie, segun cos-

tumbre, el ya descrito puente de Cubzac; y volvimos á subir al coche frente al ruinoso castillo de *los cuatro hijos de Aimond*, que ha visto pasar la friolera de 27 siglos. La lectura de algunas obritas y la diseccion anatómica de un par de pollos suplieron la falta de interés y la poca curiosidad que ofrecen los ocho ó diez pueblecitos que se encuentran hasta llegar á ANGULEMA. Miré el reloj, y eran las seis de la tarde.

Diga vd., mi amo, me preguntó Tirabeque; ¿esta la patria de aquel buen alhaja que nos llevó á nuestra tierra el año 23 los cien mil amigos?—¿De quién, del duque de Angulema? No es precisamente su pueblo natal, pero de aquí toma el título.—Pues entonces no quisiera parar mucho en este pueblo, porque esta gente deberá ser muy realista.—Lo que serán ahora estos naturales no lo sé, ;pero si supieras qué realistas tan lindos ha producido en otros tiempos esta ciudad! De aquí fué *Poltrot de Meré*, asesino del Duque de Guisa; de aquí fué tambien el famoso *Ravaillac*, asesino de Enrique IV.—¡Hola, hola, mi amo! Parece que datan ya de algo antiguo estas bromas pesadas con los reyes. Bien hará el hermano Luis Felipe en no venir por esta tierra.—Pues sábetelo que el bueno de Enrique IV puede decirse que fué el Luis Felipe de aquel tiempo; porque si este ha tenido *Fieschis* y *Alibeaus* que hayan atentado á su vida, aquel tuvo tambien á *Juan Chatel* y *Pedro Barrera* que intentaron asesinarle antes que *Ravaillac*, al modo que *Jacobo Clemente* asesinó á Enrique III y *Baltasar Gerad* al príncipe de Orange. Solo que todos estos atentados de aquellos tiempos eran nacidos del fanatismo religioso y de las máximas y doctrinas jesuíticas, y los de estos tiempos proceden de una especie de fanatismo político; que en política como en religion hay fanatismo, y uno y otro conducen á los mismos resultados, y no sé cual de los dos será mas peligroso.

«Pero no creas por eso que Angulema ha producido solamente regicidas y criminales, pues aquí nació tambien el famoso poeta *Balzac*, y la célebre *Margarita de Valois*, hija igualmente de un duque de Angulema, reina de Navarra, y hermana de Fran-

cisco I, que fué á Madrid á consolar á su hermano en la prision, y habló á Carlos V con tal entereza que le obligó á guardar al rey prisionero todas las consideraciones propias de su rango. ¡Oh,



amigo! La reina Margarita de Valois fué una reina de mucho provecho: ya me contentára yo con que nuestra Isabel II cuando llegue á la mayor edad fomentára la agricultura, alentára los artistas, protegiera los sábios y embelleciera los pueblos como ella lo hacia. Y no solamente era buena reina, sino tambien una poetisa famosa, como que la llamaron en su tiempo *la décima musa*, y las obras suyas que recopiló su ayuda de cámara Juan de la Haya las tituló *Margaritas de la Margarita de las Princesas*.»

En esta conversacion íbamos entretenidos cuando nos encontramos subiendo el repecho que conduce á la meseta sobre que está situada la ciudad á una elevacion de 256 pies sobre el *Charente*, que corre al pie de uno de sus arrabales. La vista que se

goza desde la muralla y desde el hermoso paseo de Artois es deliciósima. Desde allí se domina la playa y valle del Angulema, y los muy justamente celebrados molinos de papel sobre los riachuelos llamados Aguas-claras, el Charran y Boheme. Por lo demas la capital del departamento del Charente, de 45.000 almas de poblacion, no tiene ni hermosas calles, ni edificios notables. Lo mejor que tuvo Angulema para nosotros fué que paramos allí á comer.

No bien habiamos dado principio á esta ocupacion vital, cuando se nos presentaron cuatro filarmónicos, dos de cada sexo, que recorriendo las cuerdas de un arpa, un violin y dos guitarras, comenzaron á recrear los oidos de la comunidad manducante, alternando entre lindas sonatas y alegres cancioncillas, siguiendo despues lo que Tirabeque llamaba el «*hagan bien por las benditas ánimas*», que es el platillo que hacen recorrer al rededor de la mesa para que cada hermano se sirva depositar en él lo que á bien tenga; cuyo oficio no ejerce nunca el mas viejo de la compañía lirica, antes bien se encomienda siempre á la mas jóven y mas agraciada de las musicantes, que no es la parte menos principal de la especulacion.

Estas orquestas ambulantes, especies de *murgas* que llamamos en Madrid, son muy comunes en los hoteles y cafés de Francia, y no es raro el ver aparecer en un café á una pseudo-señorita elegantemente ataviada, que con su guitarra colgada del cuello, toca, canta y baila á un tiempo con la mas resuelta marcialidad y desparpajo ante los concurrentes, con la esperanza de los productos que le proporcione despues el platillo de ánimas que va presentando sobre cada mesa. Al principio todas le parecian á Pelegrin locas, y aun á mí tambien, pero despues llegamos á no hacerles caso, sin que por eso las tuviéramos por mas cuerdas.

Comiendo en Angulema, es de suponer que no nos faltaria el artículo de empanadas de perdiz con criadillas de tierra, porque este es el renglon de fama de aquella ciudad y país. Solo que nadie pudo entrar de lleno en la cuestion, porque la políti-

ca y consabida intimacion del conductor, « *allons, Messieurs, en voiture, s' il vous plait,* » cerró de repente la sesion manducatoria, y cada hermano se levantó lo mas breve que pudo á ocupar su respectiva plaza en el carruage.

POITIERS.

Aunque viniendo de Poitiers á Angulema se encuentran varios pueblos, yendo de Angulema á Poitiers no habia ninguno; y la razon de esta que parece una paradoja es muy sencilla, porque á la vuelta los pasamos de dia, y á la ida los pasamos de noche y durmiendo, llegando á esta capital del departamento del Vienne á la hora del desayuno; desayuno que tuvo que limitarse á una taza de té ó de café, pues aunque otra cosa sólida y de mas mantener quiera tomar el viagero, como le sucedió á Tirabeque y á algun otro, la empresa de diligencias lo tiene prohibido en el *hotel de France*, que como decia muy bien mi Pelegrin, no parece sino que la tal empresa se compone de doctores *Tirteafueras*.

Sin embargo de ser *Poitiers* una poblacion de cerca de 22 mil habitantes, y una de las ciudades mas históricas y mas antiguas de las Galias, antes y despues de la conquista de Julio César, y de tener muchísimos tribunales, establecimientos y corporaciones científicas, industriales, comerciales y literarias, es una ciudad de mucha estension, sí, pero de construccion irregular y de no muy bello aspecto. Está situada en una colina pedregosa en la confluencia de los dos rios Clain y Boibre, que la circuyen casi enteramente.

Pasaron los diez minutos, y al coche.

SANTA CRUZ DE MUDELA.

Seguramente estrañará el lector español, que hallándome en el departamento del Vienne, ó sea en la antigua provincia de *Poitú* de Francia, haya encabezado este artículo con el nombre de una villa de la *Mancha* española. Nolo he hecho por otra cosa sino porque al pasar por la ciudad de *Chatellerault* á las 5 leguas de Poitiers, en una pequeña detencion que hicimos pasado el puen-



te nos salieron al encuentro una porcion de habitantes con cuchillos, puñales, navajas, tijeras y otras garantías españolas, no con el fin de ofendernos con ellas, sino con el de invitarnos á comprarlas; como hacen tambien en *Santa Cruz de Mudela* al paso de la diligencia. Y es que entre las varias fábricas que hay en aquella

ciudad, de encajes, de blanquéos de cera, de tenerías, de armas blancas etc. hay tambien una muy acreditada de navajas, cuchillos y puñales de mil formas y caprichosos adornos. Tirabeque se empeñaba en tomar uno de aquellos utensilios, no con otro objeto que con el inocentísimo de picar de cuando en cuando á un hombre gordo que iba en el asiento del medio de la berlina, que ademas de no hacernos la mejor vecindad asíduamente, se aumentaba la molestia de noche haciendo de nuestros hombros, y mas principalmente del de Tirabeque, centro de gravedad y almohada de descanso de su pesadísima y dormitante corpulencia. Trabajo me costó disuadirle de su punzante pensamiento.

EL JARDIN DE LA FRANCIA.

Buenas ganas se me escapaban, á mí Fr. Gerundio, al pasar por el pueblecito de *les Ormes*, de alargarme á la *Haye*, que dista un pequeño paseo, á visitar el sitio en que nació al mundo el gran filósofo de la Francia *Renato Descartes*: pues si su celebridad movió á la reina Cristina (no á la madre de Isabel II de España, sino á Cristina reina de Suecia) á enviar un embajador con la esclusiva mision de invitar al filósofo á que le complaciera en ir á su córte, ¿qué extraño es que Fr. Gerundio sintiera no poder visitar el lugar de su nacimiento teniéndole tan cerca? (4). Pero éntrele vd. á los conductores de diligencias con propo-

(1) Curiosa es la respuesta que dió el hermano *Descartes* al embajador *Chanut* cuando le hizo la invitacion de parte de la Reina. «Un hombre (dijo) nacido en los jardines de la Turena, y retirado en una tierra en que hay menos miel que verdad, pero en que acaso hay mas leche que en la tierra prometida á los Israelitas, no puede fácilmente resolverse á dejarla para ir á vivir al pais de los osos, entre rocas y entre hielos.» Pero á pesar de todo esto el resultado fué que vino á acceder á las instancias de la Reina, y se fué á Stokolmo, y se pasaba sendas horas con S. M. desde las cinco de la mañana en su biblioteca, y la tierra de los osos ya no le parecia tan áspera.

siciones de entretenerse en visitar pátrias de hombres célebres, cuando no dejan tiempo ni aun para hacer lo que la naturaleza, que manda mas que todos los conductores del mundo, prescribe muchas veces con imperiosa necesidad.

No tuve pues remedio sino quedarme con las ganas. Continuamos por *Sainte Maure* y *Montbazon*, y llegamos á las 4 de la tarde á *TOURS*.

En *TOURS* se come, y se come bien en el *hotel d' Anglaterre*, especialmente en los ramos de volateria y frutas de que abunda el país. Pero yo no quiero comer, ni quiero detenerme á contemplar la *calle real*, que atraviesa la ciudad de un extremo á otro, por mas que sea admirable por su anchura, rectitud y aséo, y por el gusto y uniformidad de sus magnificas casas; ni quiero recorrer sus otras calles, plazas, fuentes y edificios, inclusa la hermosa y ligera catedral gótica; ni quiero ver las ruinas del castillo en que estuvo preso Enrique el acuchillado; ni me importan los recuerdos de S. Martin y de S. Gregorio Turo-nense; ni quiero fijarme ahora en las fábricas de paños, y de cintas, y de gorros, y de grós, y de otras mil manufacturas, incluidas las cuerdas de instrumentos músicos, por mas que tengan fama de ser tan buenas como las de Nápoles. Quiero solo pasar al instante el puente de 1554 pies de largo y 53 de ancho que tiene sobre el Loire: y tampoco quiero detenerme en él aunque sea uno de los mejores puentes de Europa, porque lo que quiero es disfrutar todo el tiempo que pueda de la encantadora playa y arrebatadora perspectiva que presentan las dos márgenes del rio por espacio de leguas enteras todo lo largo de la carretera de París.

Quiero gozar del magnifico cuadro que ofrecen esas alamedas alineadas á una y á otra orilla del camino; esas risueñas islas, espesos bosques, y frondosos plantíos, que me ocultan la ciudad á la derecha; esa série de colinas que veo á mi izquierda, cubiertas de viñedo y pobladas de frutales, en que se esconden tantas casas de campo, tantas abadías y tantas torres feudales; y esos barcos que suben y bajan y cortan incesantemente las abun-

dantes aguas del Loire, y toda esta reunion de encantos y bellezas que con sobrada razon hace llamar la campiña de *Tours* y sus inmediaciones *el jardín de la Francia*.



Dije hablando de la campiña de Burdeos y semejándola en parte á la playa de Sevilla, que mas adelante vendria otra que haria recordar con mas viveza la Vega de Granada. En efecto Granada con su Vega, con su Alhambra, su Albaicin, sus *cármenes* y sus colinas, no deja de parecerse algo á Tours. Pero con dolor y con verdad tiene que confesar un español la ventaja que da á la campiña de Tours el ser regada por un rio navegable; su estension de muchas leguas, y la riqueza, gusto y laboriosidad de los habitantes del pais. No es estraño que los franceses la elijan para mansion de recreo, y que los ingleses acudan á Tours á gozar y á economizar, porque tiene hasta la ventaja de ser punto donde se vive con economía.

El viagero siente despedirse de la campiña de Tours al modo que siente un enamorado despedirse de su amada, y quisiera

que no viniese nunca la noche, y desearía que sucediera cualquier avería al carruage á trueque de gozar mas tiempo; y embelesado con tan pintoresco panorama casi se le olvida advertir cuando escribe que *Tours* es la capital del departamento de *Indre y Loire*, y que su poblacion es de unos 24 mil habitantes.

AUN PROSIGUE.

Esta deliciosa perspectiva continúa por el espacio de seis leguas, durante el cual se atraviesan los pueblecitos de *Pont de Mont-Louis*, la *Frilliere*, la *Venmerie*, la *Tasserie*, *Sainte-Radegonde*, *Saint-Symphorien*, ó por mejor decir, es una continuada poblacion interrumpida de jardines, de viñas, de rocas, de sotos y matorrales, hasta llegar frente de la ciudad de *Amboise*, que queda sobre la orilla derecha del rio.

Magnífica y bella es la vista que presenta el castillo de *Amboise*, situado sobre una colina, máxime si se vé cuando los rayos del sol próximo á ocultarse reflejan en su cúpula de cristal. Este castillo sirve de depósito para las piedras de chispa que se sacan de la cantera de *Meusne*. Hay ademas en esta ciudad una fábrica de acero y limas, de que se surten todos los establecimientos franceses de artillería. *Amboise* es célebre en la historia por haberse fraguado allí la famosa *conspiracion de Amboise* contra los Guisas en 1560, y por las crueles ejecuciones que se siguieron á ella.

La oscuridad de la noche no basta á hacer cesar los encantos de esta entretenida jornada, pues una legua antes de llegar á *Blois*, antigua ciudad sita en forma de anfiteatro en el declive de una colina á la márgen de *Loire*, se empiezan á descubrir los faroles del largo puente que atraviesa este rio, cuyo resplandor reflejado en las aguas, y aumentado y multiplicado por otra larga série de luces todo lo largo del muelle de la ciudad que reverberan tambien en las ondas del *Loire*, semejan un segundo cielo

en la tierra, y le hacen al viagero la ilusion de que va á alcanzar las estrellas con la mano, ó que el carruage va á marchar sobre una superficie esmaltada de luceros.

Tampoco cesan los recuerdos de la *conspiracion de Amboise*, puesto que en una de las plazas de *Blois* es donde fueron asesinados el duque de Guisa y el cardenal su hermano de órden de Enrique III. Aun se conserva en *Blois* en buen estado un acueducto romano cortado en peña viva, que atraviesa la ciudad y recibe todas las aguas llovedizas que bajan de las montañas. Su poblacion es de cerca de 45 mil habitantes.

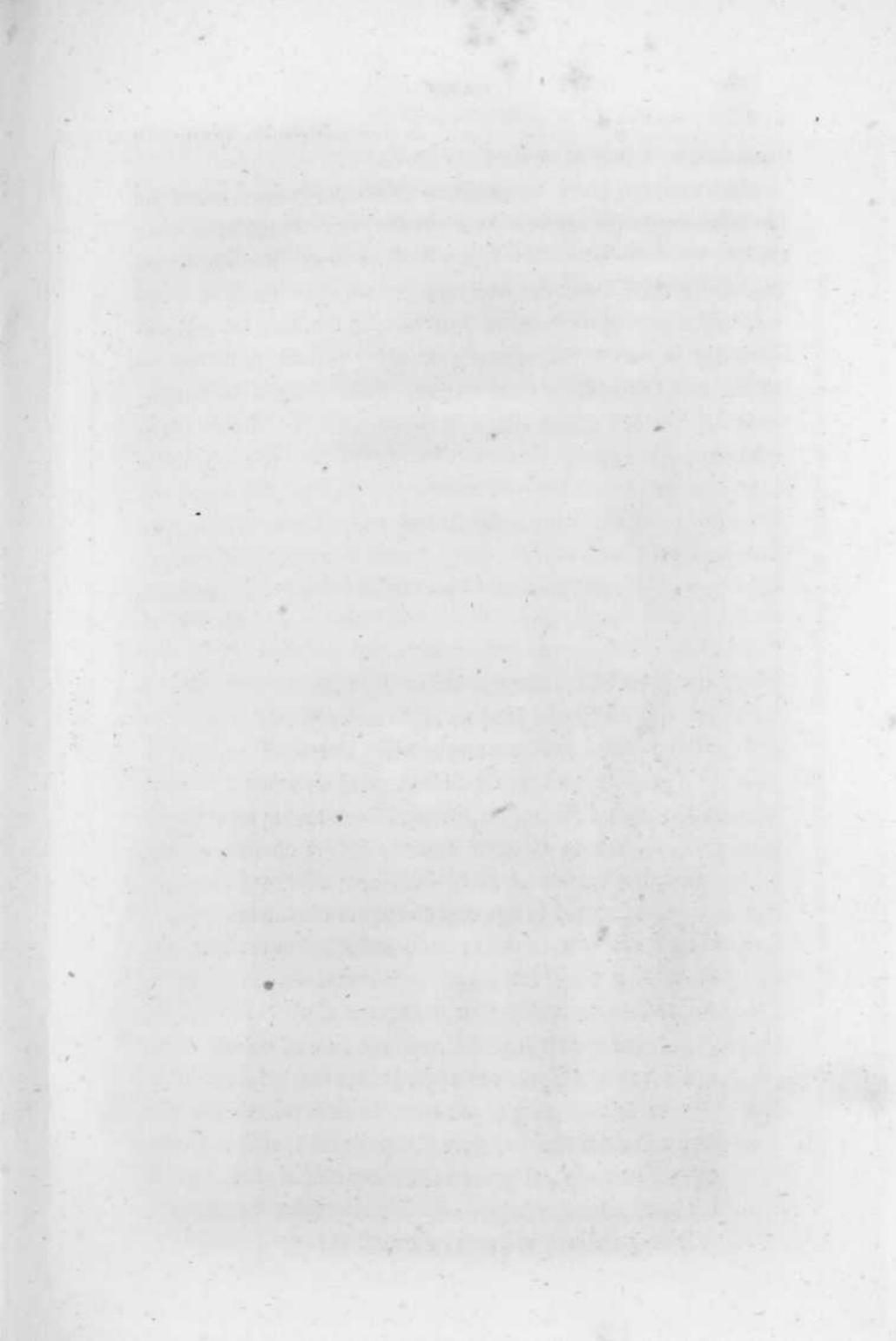
ORLEANS.

Permítaseme aquí echar un ligero sueño de diligencia: una vez que los pueblos que siguen ofrecen poca importancia y curiosidad. Fuera, sí, reprehensible si pasára por *Orleans* dormido y sin dar cuenta. Sin embargo, ya habíamos parado en la espaciosa plaza de *Martroy*, y Tirabeque aun dormia como un bienaventurado, á pesar de la estrechez y opresion en que le llevaba el hombre corpulento.—Despierta, Pelegrin, le dije, acompañando el llamamiento verbal con una mamola no nada suave, porque todo se necesitaba para él.—Oiga, vd. señor panzudo, exclamó medio adormitado creyendo que era el compañero el que le habia hecho aquella insinuacion: ¿sabe vd. que no me gusta que me manosée ningun francés?—¿*Monsieur*?—Pues, Monsieur, Monsieur: vds. todo lo componen con Monsieur.—Sosiégate, Pelegrin, que no ha sido el señor, sino yo que he querido despertarte. Y vamos á bajarnos, porque quiero vermas de cerca aquella doncella que está allí al extremo de la plaza.—Señor, no haga vd. calaberadas: ¡doncella y estar en la plaza á las dos de la noche! Por el santo hábito que visto en España, que no diera yo dos *sous* franceses por este doncellage.—¿Qué sabes tú, hombre? Pues yo no solo la tengo por doncella, sino por heroína y mártir, y en es-

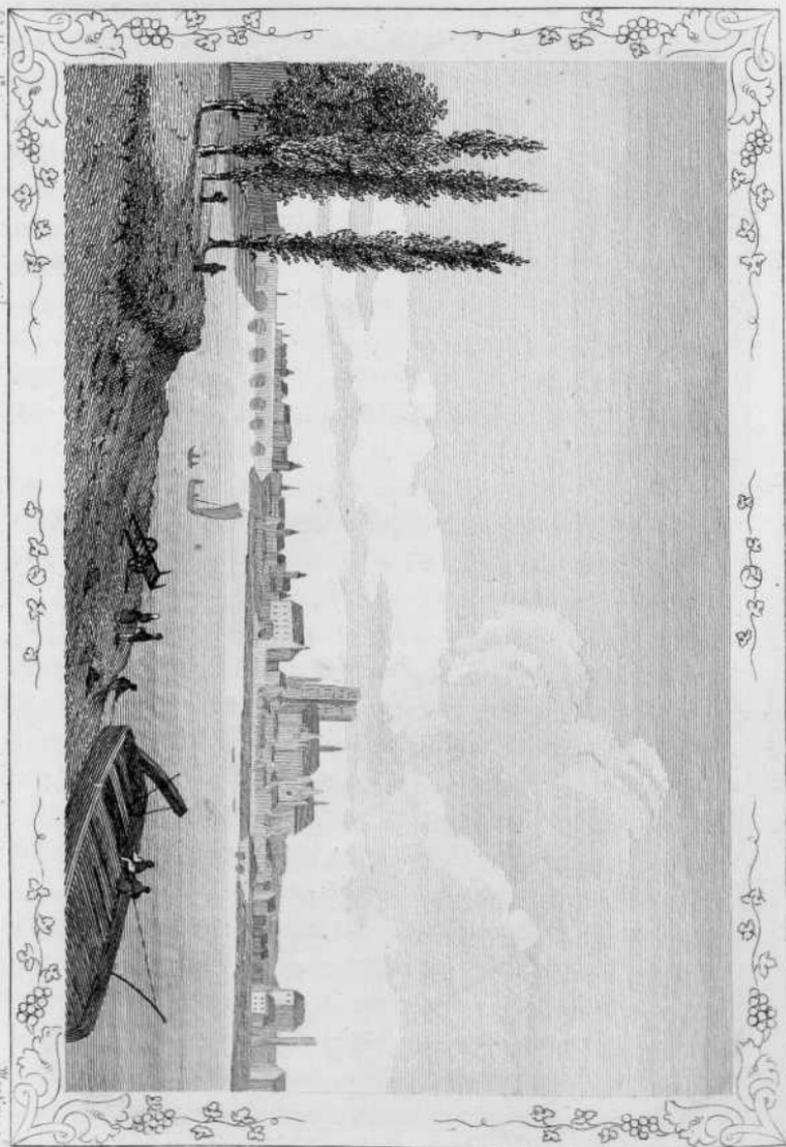
to sigo la opinion del abate *Langlet*. Y vamos bajando, que quiero tener el gusto de contemplarla de cerca.

Descendimos pues, y llevando á Tirabeque como á remolque hácia la estremidad oriental de la plaza á favor de una luna como un sol, «yo te saludo, dije, *Doncella de Orleans*, inmortal heroína, celebérrima *Juana de Arco*, que con un valor inaudito y con una resolucion impropia de tu débil sexo obligaste á los ingleses á levantar el sitio de esta apurada ciudad y pusiste la corona en la cabeza de Carlos VII: yo te saludo, mártir insigne del fanatismo de los obispos y sacerdotes de tu tiempo...»—Señor, paréceme que no le da á vd. el naípe para requebrar, porque maldito el caso veo que hace de vd. la muchacha. Vd. no sabe tratar con esta gente: verá vd. como á mí me responde: «hola, chica; ¿qué haces poraquí á estas horas? ¿quieres venirme, con migo á Paris?» Señor, es muda la muchacha asi Dios me salve.—Pero majadero,





ORLEANS.



En un poco rato dejamos las orillas del Departamento del Loiret con sus rios y sus canales, sus fabricas de
Mantoux 97.

¿no conoces todavía que es una estatua de bronce?—Toma, toma, ¿y para ver una estatua me despierta vd. y me hace bajar á cojer frio?—Y qué, ¿no merece esta pequeña incomodidad el gusto de ver de cerca la estatua de la *Pucelle* ó *Doncella de Orleans*, tan célebre en el siglo XV, y cuya historia se ha hecho tan notable no solo en Francia, sino en el mundo entero?»

Volvimos á subir á la diligencia, y á poco rato dejamos la capital del departamento del *Loiret* con sus 40 mil ó mas habitantes, con sus rios y sus canales, sus fábricas, y sus muchos establecimientos, su vasta catedral gótica, su universidad, sus colegios, y sus calles tortuosas y mal enlosadas.

LAS CERCANÍAS DE PARÍS.

A las campiñas pintorescas de la jornada de *Tours*, suceden al siguiente dia las desagradables y arenosas playas del Orleanés: y fuera de la pequeña ciudad de *Etampes*, cuya posicion á la orilla del *Juine* hace su término mas variado y poblado de árboles y molinos harineros, todos los demas pueblos que se encuentran, incluso *Arpajon*, *Dongfumeau* y *Berny* (que pertenecen ya al departamento del *Sena-y-Oise*), ofrecen poco atractivo y poco que notar al viajero. El terreno es llano y de labrantío, pero no de la mejor calidad. Las poblaciones, aunque pequeñas, anuncian ya en su gusto y aséo la proximidad á una gran capital, y sobre todo se nota un movimiento de carruages de todo género que apenas podrán andarse cien pasos en muchas leguas sin encontrar algun carruage de transporte de hombres ó de mercancías ó de todo junto. Es una línea que casi no se corta.

Pero cortémosla nosotros antes de entrar en París, para observar que es tal la seguridad con que se viaja en Francia lo mismo de noche que de dia, y tal la confianza que se lleva, que ni siquiera viene á la imaginacion el pensamiento de poder ser asaltado ó robado. En los pueblos donde parten las diligencias y

coches del correo se ve de público cargar los sacos de dinero; sin embargo se emprende la marcha de noche y sin escolta, y á nadie le ocurre la posibilidad de un robo: puede decirse que no se conocen los ladrones sino porque hay una palabra en el diccionario para significarlos. De trecho en trecho ó de distancia en distancia encuentra el viagero un par de gendarmes á caballo que recorren y vigilan los caminos, pero pienso que pocas batallas se les ofrecerá sostener con los salteadores. Y en este punto séale permitido á un viagero español el tratar de olvidar á su patria por un momento, porque sinó al entrar en París le va á conocer todo el mundo el mal humor en la cara.

Las dos y media de la tarde serian cuando, pintado el asombro en el semblante de Tirabeque y la viva curiosidad en el de su amo Fr. Gerundio, hicieron los dos esclaustrados su entrada pública en la capital del reino de los franceses, cosa que no habia sucedido jamas hasta aquel dia en medio de tantas novedades como ocurren diariamente en París.



PARIS.

PRIMERA DIFICULTAD.

«Pretension exajerada pareceria, y serialo en efecto, la de querer bosquejar el inmenso cuadro que bajo todos títulos ofrece la capital de Francia, reducido á las mínimas dimensiones de unos apuntes de viage....» Asi encabeza *El Curioso Parlante* su primer artículo de PARIS en los *curiosos y bien parlados apuntes* que con el titulo de *Recuerdos de Viage* no há mucho ha publicado.

Y yo Fr. Gerundio que tambien *curioséo, parlo, apunto y recuerdo* á mi gerundiano modo las impresiones y observaciones de viage que he podido á duras penas retener en esta potencia que llaman *memoria*, y que el *Padre Astete*, no sé por qué capricho, colocó la primera en terna de las del alma debiendo ser la última, á guisa de director general que propone en primer lugar para un destino á su pariente ó ahijado aunque sea el menos acreedor de los de la terna: digo que yo Fr. Gerundio, al llegar á la populosa capital de la populosa Francia, no solamente reconozco como el *Curioso Parlante* la dificultad, dado que no sea imposibilidad, de encerrar en las estrechas dimensiones de unas memorias de viage el bosquejo del inmenso cuadro que bajo

todos títulos ofrece aquella vastísima población, sino que (con franqueza y humildad sea dicho) he estado mucho tiempo dudoso, incierto, irresoluto, vacilante y perplejo sin saber por dónde empezar, sin saber por dónde entrar en París, que no es lo mismo entrar en un pueblo metido en una diligencia tirada por cinco robustos normandos que entrar con la pluma haciendo letras que se han de volver de molde.

Lo primero es muy fácil, lo segundo se lo doy al mas guapo y al mas pintado, cuanto mas á un Fr. Gerundio que ni es guapo ni entiende de pintarse ni de pintar.

¿Por dónde entraré, decia yo, en ese receptáculo de siete leguas de circunferencia, en cuyo ámbito bullen y hormiguan cerca de un millon de pecadores? ¿En esa ciudad gigante, que orgullosa y soberbia con ser la primera del mundo en establecimientos literarios y científicos, en la variedad y belleza de los monumentos públicos, en el gusto y elegancia de los objetos de lujo y de adorno de la industria y las artes, se humilla con repugnancia á ser la segunda de Europa en población, y la cuarta en la estension de territorio? ¿En un pueblo, que en su ambicion, ya que no pueda abarcar la Europa entera dentro de su recinto, ya que no pueda sujetarla á París en lo material como estubo á pique de conseguirlo en lo formal aquel otro gigante conquistador que no cabia en París ni en Francia (1), ha querido hacerse la ilusion de tener á la Europa dentro de sus muros, construyendo una plaza titulada de *Europa*, donde van á desembocar las calles de *Paris*, de *Berlin*, de *Viena*, de *S. Petersburgo*, de *Stocolmo*, de *Lóndres*, de *Madrid*, y de *Napoles*: cruzadas por las de *Constantinopla*, de *Roma*, de *Lisboa*, de *Hamburgo*, y de *Amsterdam*, sirviéndoles de retaguardia las de *Venecia*, de *Milan*, de *Florenzia*, y de *Mesina*? ¿Por dónde daré yo principio á hablar de un pueblo en que parece que cansado el Dios de las alturas de llover sobre la tierra agua, nieve y granizo, y otras cosas ordinarias, abrió un dia la mano y derramó sobre

(1) Napoleon.

los campos donde existió *Lutetia* una granizada de palacios, templos, basílicas, museos, academias, hospicios, hospitales, bibliotecas, estatuas, jardines, teatros, y todo género y especie de monumentos, como diciendo; «ahí tienes, mortal, donde estudiar toda la vida, y si te mueres de viejo, y vuelves á nacer, vuelve tambien á estudiar ahí, que todavia encontrarás alguna nueva leccion? ¿Por dónde principiar á describir un pueblo por cuyo recinto circulan cada dia 22 mil carruages con 30 mil caballos, ó 120 mil pies de caballo como diria un portugués? ¿Qué he de decir yo de un pueblo que tiene 30 mil casas, y en que nacen cada año 30 mil ciudadanos al mundo? ¿Por dónde entro yo en una poblacion que se engulle 72 mil bueyes, 16 mil vacas, 74 mil terneras, 365 mil carneros, y 87 mil puercos al año?»

Con esta primera y no menguada dificultad estaba batallando, yo Fr. Gerundio de Campazas y del primero de los Carabancheles, cuando con aire de resolucion y de marcialidad tomó Tirabeque la palabra y me dijo: «Señor, déjese vd. de dificultades, y entremos francamente y sin reparo, y yo delante si es menester, por el *Puente Nuevo*, que por allí entramos cuando entramos de veras, sin que nadie se metiera con nosotros, y vaya vd. diciendo lo que se le venga á la mano, y yo delante si vd. quiere, que de todos modos mas ha de ser lo que tendremos que callar que lo que podamos decir, y el que quiera verlo todo, que abra la *garbeta* ó el *pulpitre*, y vaya á la casa de postas, y tome de berlina ó de interior, lo que mas le acomode, y haga su maletilla.....

«Basta, basta, Pelegrin,» le dije: y alentado con sus justas observaciones, y convencido de la imposibilidad de describir ni científica ni estensamente una poblacion casi indescriptible de suyo, y mucho mas indiscriptible por la escasez de las fuerzas y de los conocimientos gerundianos, é incompatible tambien con la naturaleza de una breve reseña y ligeros apuntes de viage, parecióme que cumplía con la obligacion que como viagero me habia impuesto de pagar un tributo á mi patria y á mis compatriotas trasladando al papel las observaciones que me su-

hirieron mis gerundianos limitadísimos talentos, y me decidí, siguiendo el consejo de Tirabeque, á entrar en París con la pluma por el mismo sitio que lo habia hecho en ruedas de la diligencia.

PRIMERAS IMPRESIONES.

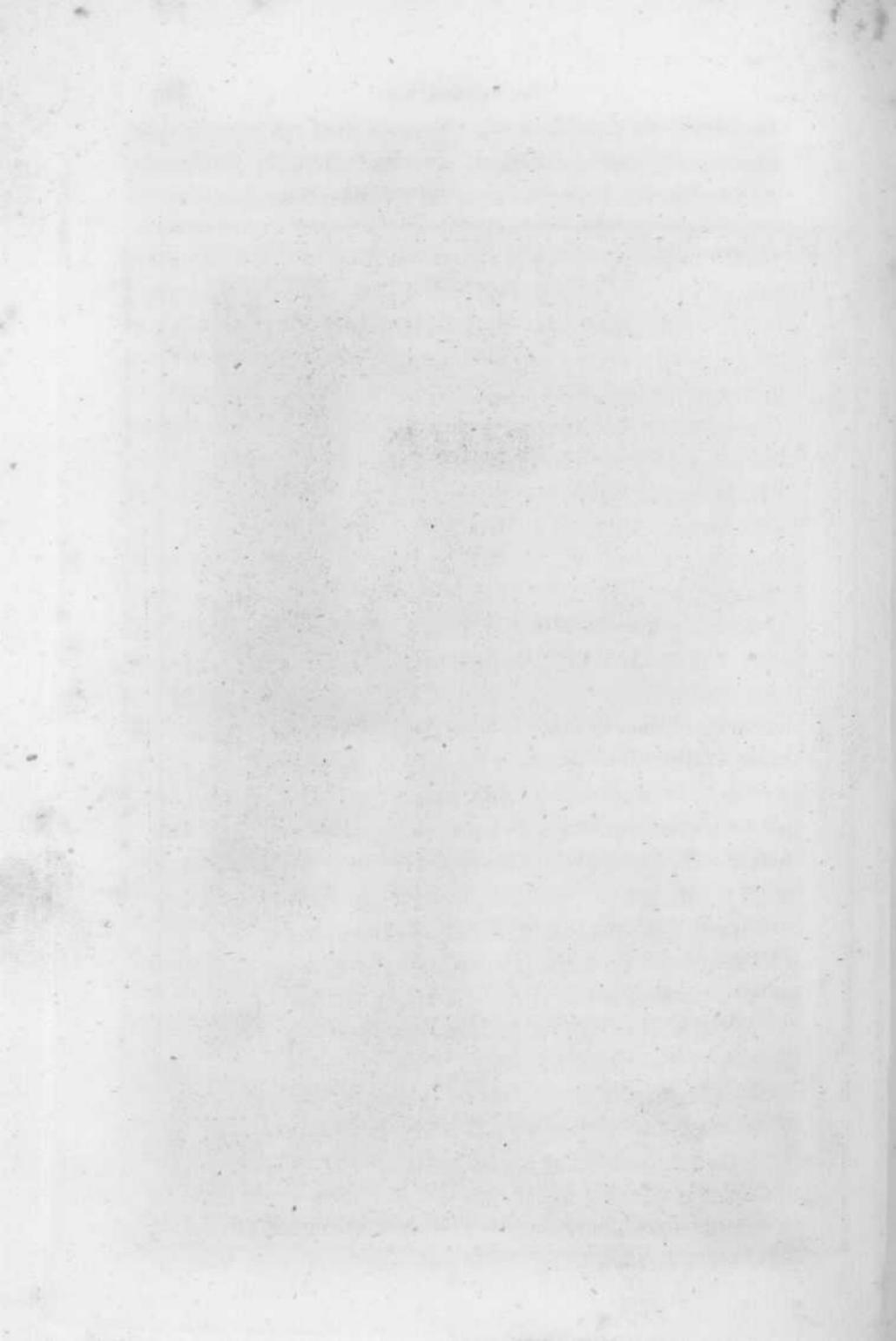
Tambien es dificultad el pintar las primeras impresiones que recibe un viajero novicio al entrar por primera vez en París. Por de contado no se la causó muy agradable á Tirabeque el saber que entrábamos por la barrera del *Inferno*, antes lo tuvo por signo algo siniestro y aciago. Ni es tampoco muy grato para el extranjero que va ávido de bellezas, el largo tránsito de calles húmedas, súcias y sombrías que se atraviesan (porque es de saber que la entrada mas ingrata que tiene París es la que se hace yendo de España) hasta llegar al *Pont-Neuf*, que muchos viajeros traducen *Puente Nuevo*, y debe ser *Puente Nueve*, asi llamado porque tiene nueve salidas, y mal pudiera denominarse *Puente Nuevo* el que se principió en 1578 y se concluyó en 1609.

Allí ya se empiezan á sentir impresiones de otro carácter, y mas si, como frecuentemente acaece, el encuentro no interrumpido de carruages obliga á hacer sobre el puente una pequeña detencion, y si por casualidad se va en compañía de algun conoecedor que pueda decir: «esta estátua ecuestre de bronce que tenemos á nuestra izquierda sobre el puente mismo, es la de Enrique IV; de aquel famoso rey que tenia por una de sus máximas favoritas el llegar á poner la Francia en tal estado que al mas miserable francés no le faltara una gallina para el puchero en cada dia de fiesta, y lo consiguió. Ya veis que estamos sobre el *Sena*, que atraviesa á París y le divide en dos grandes partes aunque desiguales: tended la vista por sus aguas, ved las pequeñas embarcaciones que las surcan, y los magníficos establecimientos de baños que decoran sus orillas. ¿Veis aquellos ra-

PARIS.

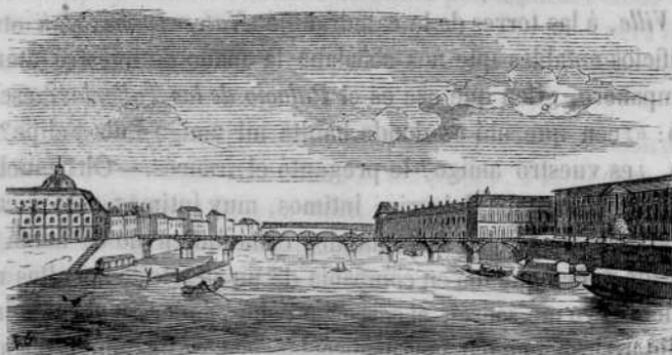


Ya veis que estamos sobre el Sena, que atraviesa á Paris y le divide en dos grandes partes aunque desiguales.

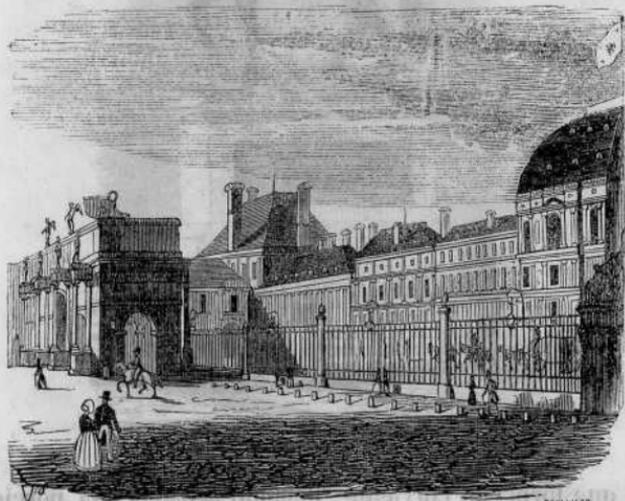




males que forma su corriente, dejando aisladas una porcion de casas y calles? Pues esas son las islas de *Louvier*, de *San Luis* y de la *Cité*. Reparad en tantos y tan elegantes y variados puentes como cruzan el Sena: ahí tenéis el puente *Maria*, el de *Tournelle*, el de *Arcole*, el de *las Artes*, el de *Notre-Dame*, el de



Napoleon, el de *Austerlitz*, el de *Tullerías*..... he aquí á la izquierda el *palacio de Tullerías*....»



Al oír esto se acabó la paciencia y el silencio de Tirabeque: ya no tuvo calma para mirar al *Instituto de Francia*, al *Hotel de Ville*, á las torres de la catedral de *Notre-Dame*, y á otros edificios notables que nos señalaba la mano de nuestro atento compañero. ¿Con qué ese es el *Palacio de las Tullerías*? exclamó: «¿con que ahí es donde habita mi amigo Luis Felipe?—Ah, ¿es vuestro amigo? le preguntó el francés.—Oh! mucho, mucho, contestaba Pelegrin: íntimos, muy íntimos; uña y carne» Mirábase el otro sorprendido, como quien no se había figurado nunca que iba en compañía de un sugeto de tan altas relaciones; yo me sonreí, el carruaje echó á andar, y el ruido impidió á Tirabeque dar mas esplicaciones, cosa de que yo me alegré no poco; y atravesando todavía algunas docenas de calles, di-

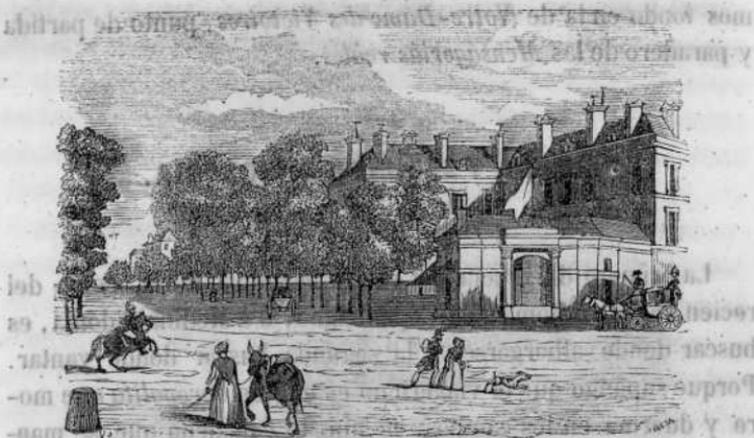
mos fondo en la de *Notre-Dame des Victoires*, punto de partida y paradero de las *Mensagerías reales*.

PRIMERA Y SEGUNDA DILIGENCIA.

La primera diligencia del recién llegado á París, como del recién llegado á Roma, ó á Copenhague, ó á Medina Sidonia, es buscar donde albergarse, y la segunda buscar donde yantar. Porque supongo que el viagero no es ningun *agropolita* que more y duerma en los campos, ni ningun camaleon que se mantenga del aire. Esto último debe ser cosa imposible cuando no lo han consignado los cesantes de España. Con tan plausible motivo aprovecharé la ocasion para hablar en este capítulo de los *Hoteles* y los *Restaurans*, dos familias muy largas y muy conocidas en París, y con las cuales todo estrangero tiene por precision que entablar relaciones diarias y de la mayor intimidad.

La eleccion de *hotel* en París supone, ó debe suponer al menos, una séria consulta y un avance bien calculado sobre las fuerzas bursátiles de cada elector, porque de entre los centenares de *hoteles*, ó sea fondas ó alojamientos que tiene á escoger, los hallará desde 50 francos (200 rs.) por día, hasta la humilde pesetuela, en lo cual no entra por supuesto como anteriormente llevo indicado, ni el alimento, ni la luz, ni el fuego, ni el servicio ó asistencia, ni mas que pura y netamente el cuarto y la cama.

El español que haya tenido la desgracia de ser ministro de Hacienda, ó director de rentas, ó del tesoro, ó intendente militar, ó arrendatario de sal, tabacos ó aguardientes, ó monopolista de bolsa, ó de cualquier modo haya intervenido en alguno de los infinitos *agios-ó-téos* de esta última década de años, puede muy bien alojarse en el hotel *Meurice* calle de san Honorato, ó en el de *l'Amirauté* calle nueva de san Agustin, ó en el *d'Angleterre* calle de *Las hijas de Santo Tomas*, ó en el



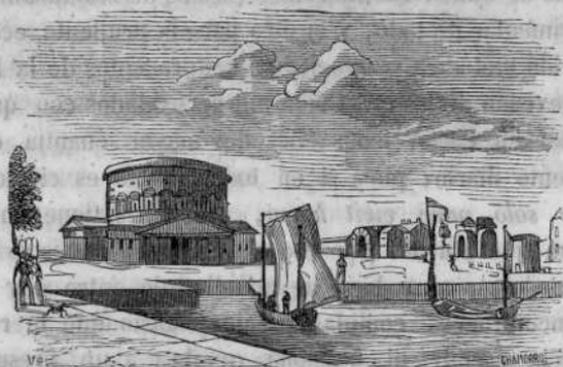
Hotel de Wagram.

de *Wagram* calle de la Paz, ó en el de *Londres* plaza de Vandome, ó en el de *Castille* calle de Richelieu, ó en cualquier otro de los muchos que hay de esta categoría. Pero el que haya tenido la fortuna de no ser mas que pagano, y hacer puestas y llevar codillos en el rescambor gubernamental que hace los mismos años se juega en España, tiene que acomodarse en alguno de los infinitos adecuados á la *feliz mediania* que decia Horacio Flaco; que como sentencia de un *Flaco* se mira ciertamente ahora el hacer consistir en eso la felicidad.

La eleccion de *restaurants*, ó restauradores, que asi se llaman los establecimientos donde se vá á comer, debe igualmente estar en razon directa del estado de los fondos particulares del elector manducante. Desde el *infimum* de 26 sueldos por comida, por cuyo precio obtiene el candidato una sopa, tres platos y un postre (y además una media botella de vino si su gastronómica prodigalidad se quiere estender á los 30 sueldos) hasta los 20, 30, 40 y mas francos (que no son todavia el *máximum*, porque el *máximum* es indefinido), puede todo ciudadano acomodar sus cálculos de bucólica á la que mas le plazca de las escalas intermedias.

Si el prudente lector no pudiese juzgar bastante por sí lo que será una comida de 26 sueldos, le diría que hay una comida francesa titulada «*Le diner á 32 sous*: La comida á 32 sous»: y si la comida de 32 ha dado argumento para un drama festivo de costumbres, calcúe el entendido lo que podrá ser una de 26.

La aristocracia metalúrgica (única, y sea dicho de paso, que vá quedando en el día) puede escojer entre el restaurant de *Langlen* calle de Richelieu, el de *Véry* en el Palais Royal, el de *Pedron* en el boulevard Montmartre, el de *Cadran Bleu* en el del Templo, el *Rocher-Cancale* calle de Montoogueil, *les Vendanges de Bourgogne* hácia el canal de San Martin. Y el que



Canal de L'Oueg Barre de la Billet.

quiera disfrutar de la belleza de unos salones ricos y suntuosos sin igual, que vaya al *Café inglés*, ó al de *Foi*, ó á los *Hermanos Provenzales* al lado del pasage *Perron*. Pero que no se queje despues si la temperatura de su bolsa que iba á los 30 grados se pone á los 13 bajo cero, nivelándose con el frío común y ordinario de los inviernos en Rusia. De mas humilde escala son el del *Cardenal*, el de *Paris*, el café *Poissonniere*, el

de la *Cité* y otros, y sin embargo acaece que un penitente entra en ellos á tomar una ligera refaccion ó desayuno, y le sale un medio pollo al precio moderado de 6 francos, ó *restaure* sus fuerzas con una chuleta, un gajito de uvas y la mitad de media botella de Burdeos por la miseria de 7 francos y 60 céntimos.

El extranjero que vaya con ánimo de estudiar algo las costumbres de París y no lleve la estúpida pretension de lucirse, porque en París la mas necia de las ideas que pueden ocurrir al extranjero es la de hacerse notable por semejantes vias, debe adoptar una especie de sistema de partida doble para comer. Me explicaré, porque á la verdad la metáfora no es del todo clara que digamos. Quiero decir que debe seguirse un sistema ordinario y otro estraordinario: este para ir recorriendo en dias de humor las diferentes escalas de *restaurants*, á fin de experimentar de todo, y el otro para la prudente economía de una vida metódica y arreglada á los preceptos de la higiene y á la prevision de las otras cien mil necesidades con que hay que contar en París, todas ellas de mayor cuantía que la del alimento diario; pues si en todas partes es cierto que, «*non de solo pane vivit homo,*» en París tiene un grado de certeza que aturde. Por eso el *restaurant* nuestro de cada dia puede ser muy bien de aquellos de entre dos y medio y cinco francos comida; precio y gasto que ni resiente la decencia social, ni ocasiona quiebra á un presupuesto módico, ni se opone á los preceptos higiénicos, ni ofende la gastritis, ni produce querellas de parté de los órganos estomacales, como no sean órganos de estómago de epulon.

Nosotros fuimos el primer dia á uno de los de esta clase en *Palais Royal*. O los franceses cuando comen no ven mas que la vianda, ó deben estar muy acostumbrados á ver gente embaucada, una vez que no repararon en la actitud de estupefaccion que tomó Tirabeque al entrar en aquel salon sin paredes, como él decia, por estar todas cubiertas de magnificos espejos, sin dejar mas espacio que el que ocu-

paban las columnas doradas que median entre uno y otro. «Señor, me decia, este comedor no tiene fin: yo veo lo menos tres mil personas, y todavia no se divisa el remate. —Calla, simple, le dije; ¿no conoces que eso consiste en la multiplicacion de los objetos que se verifica por la refraccion de la luz en los espejos? Pues para eso no se necesitan grandes conocimientos de óptica. Por lo demas no es mas que un salon regular, y las personas que hay en él no pasarán de 200.»

Sentámonos á una de las pocas mesas que habia vacantes, y en el momento se nos presentó un *garzon* preguntando: *¿quel potage desirez vous, Messieurs?*—¿Cómo es eso de *potage*? replicó Tirabeque: pues qué, ¿se come aquí de viernes?—No, hombre, le respondí yo; *potage* llaman aquí á la sopa.—Pues señor, bueno irá ello cuando empiezan cambiando los nombres de las viandas. ¿Y qué sé yo qué casta de sopas tienen estos hombres?—Mira, este librito que ves sobre cada mesa forrado en tafilete contiene el catálogo de artículos que se encuentran en el establecimiento: ábrele, y elige de entre ellos la sopa, y los cuatro ó cinco platos que se dán, aquellos que sean mas de tu gusto.»

Abrió Tirabeque *la carte*, que asi se llama el tal pronuario, y empezó á leer: «*Potages: au riz, au vermicelle, aux choux, á la julienne, á la condé...*—Señor, quédeme yo sin probar bocado si conozco una sola de estas sopas: que traigan esta *juliana*, que por mala que sea no me disgusta su nombre.—*Julienne, garzon.*—*Bien, Monsieur, bien.*—Ahora, Pelegrin, ves pensando en lo demas que has de pedir.—Señor, aquí veo en los *HORS-D' ŒUVRES, beurre et radis, artichaux, andouillete á la purée, saucisses á la choucrote...* y aquí en las *ENTRADAS* encuentro *gigot braisé au jus...* Señor, *gigote abrasando*, que lo coman ellos los muy judíos: toma, toma! mire vd. lo que hay aquí entre los entremeses, *asperges á la sauce et á l' huile; asperges en petits pois*; efectivamente mi amo, que no se armarán malos entremeses en la comida

si andan los *asperges*.—Pero necio, si *asperges* son espárragos.—Vaya, vaya, mi amo, mejor será que pida vd., porque sinó me temo mucho que hagamos una de lego bárbaro.»

Asi tuve que hacerlo. A cada plato que pedia respondia infaliblemente el *garzon* con el mayor agasajo y coqueteria; «*bien, Monsieur, bien.*» Cada plato que nos llevaba era seguido de un «*le voilà, Messieurs,*» pronunciado con acento de satisfaccion y de servicialismo, como quien dice: «vean vds. como les he complacido.» ¿No te encanta, Pelegrin, le decia yo á mi lego, la dulce amabilidad, la obsequiosidad mimosa de estos garzones comparada con el árido despego y el brusco «*quitate allá*» de los sirvientes españoles?—Señor, malo es aquello, me contestaba, porque los de allá en lugar de atraer como el imán, despiden como el erizo, pero la de estos es ya una lagoteria, una zalamería que rebienta un poco.»

Como unas 80 mesas ocupadas por triple número de concurrentes habria en el salon. Esto en España supondria una animacion y bullicio capaz de producir una cefalalgia horrosa. En Francia no se oye mas ruido que el de la vagilla y alguna otra conversacion cuasi á *sotto voce*. Los españoles cuando vamos á comer, especialmente en establecimientos públicos, vamos tambien á hablar, vamos á gozar y bromear con los amigos: los franceses cuando van á comer van á comer: llenan su objeto y se marchan. Contribuye tambien mucho á esto la prohibicion de fumar en los *restaurants*, que es el postre mas grato de las reuniones de confianza.

Concurren á comer á los restauradores lo mismo hombres que señoras; y familias enteras establecidas y avencindadas asisten diariamente á comer al restaurador. Desde las 4 $\frac{1}{2}$ de la tarde hasta las 7 es un incesante relevo de concurrentes; y puede muy bien calcularse que el número de los que comen diariamente en París en los *restauradores* no baja de *cuatrocientas mil* personas.

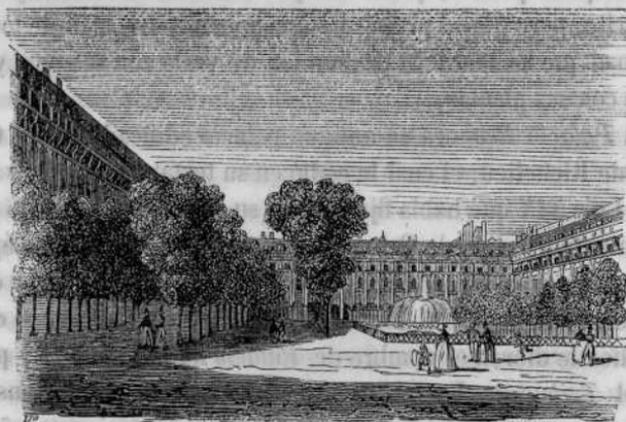
PALAIS ROYAL.

Regularmente el primer punto de París que visita el extranjero recién llegado es el *Palais Royal*, del cual apenas habrá español que sepa leer, que ó no haya oído hablar ó no le haya visto escrito, pero que al propio tiempo apenas tiene idea de lo que es sino el que ha tenido la proporción de verle con sus ojos y pasearle con sus plantas.

El *Palacio Real* era un antiguo palacio edificado por el Cardenal de Richelieu, el cual le cedió en su testamento al rey Luis XIII. Luis XIV que había fijado en él su residencia lo cedió posteriormente á Felipe de Orleans, su hermano, desde cuya época ha sido siempre propiedad de los duques de Orleans, y por consiguiente lo es hoy de la familia de Luis Felipe. En tiempo de la república le dieron el nombre de *Palacio de la Igualdad* y palacio del *Tribunato*. En 1778 se hallaba el duque de Orleans poco mas ó menos tan lucido como se halla hoy la nación española, es decir, tan sobrado de deudas como escaso de recursos; en tan apuradilla situación el hermano de Madame *Genlis*, autora de *Las Veladas de la Quinta*, y aya que fué de Luis Felipe (que Dios guarde tantos años como merecen las simpatías que con él nos estrechan), le aconsejó que construyese una manzana de magníficas casas al rededor del jardín de su palacio con objeto de beneficiar su producto. Así lo hizo, y resultó unida al palacio una soberbia finca la mas productiva del mundo. En la parte de palacio fué donde hizo su primera mansion temporal la reina Cristina de España cuando se nos largó renunciando la Regencia, amostazada de que la nación se empeñase en querer lo que ella no quería.

Pero lo admirable de *Palais Royal* no es el palacio propiamente dicho, aunque ostentoso y acaso el mas regular de París. Lo admirable es lo que no es palacio, y pertenece, digámoslo así

al público. Cuatro galerías de piedra de doscientas arcadas alumbradas de noche con otros tantos mecheros de gas forman un paralelogramo prolongado cuyos lados tienen un cuarto de legua de longitud. Hállase comprendido en las arcadas un jardín de 817 pies de largo por 350 de ancho, adornado de calles de tilos;



Palacio Real.—Vista del jardín.

en el medio una fuente con un surtidor de canastillo; y á los lados dos elegantes pabellones de verde césped. Detrás de estas cuatro galerías está otra galería llamada *la galerie vitrée*, por estar toda cubierta de cristales, ancha, espaciosa, magnífica, que con frecuencia sirve de *rendez-vous* ó punto de cita para los forasteros y aun para los mismos parisiens. Y todas cinco galerías, lo mismo que el jardín, sirven de paseo á una inmensa afluencia de gentes que de día y de noche llenan aquel magnífico recinto.

El lujo de las tiendas que las decoran todo en derredor escede á lo que la pluma puede describir, y con razon se aplica á *Palais Royal* el nombre mas grandioso que pudiera discurrirse,

llamándole antonomásticamente *la capital de Paris*. Es una ciudad pequeña y de lujo embutida en el corazón de otra ciudad grande. Confinado á *Palais Royal* el mas caprichoso potentado con prohibicion de salir de aquel recinto, pudiera decir que habitaba la cárcel mas deliciosa del mundo, y dificilmente alcanzaria á inventar la imaginacion mas fecunda y apetitosa, género alguno de capricho que no pudiera satisfacerse sin salir de aquella dorada prision. Si su gusto se pronunciaba por los artefactos de oro, plata y pedrería, menester fuera, por rico que se le suponga al prisionero, que llamára en su auxilio á los ciudadanos Crespo y Pluto para que le ayudáran á agotar aquellas tiendas-almacenes. Si su capricho se declaraba por las imitaciones de aquellos preciosos metales, allí tenia donde surtirse á placer de todo lo mas prodigioso, y de mas gusto y elegancia á que han podido llegar los adelantos de la industria en la capital mas inventiva del orbe en este género. Si le daba por ser hombre de modas, y de afeites y remilgos, y por apurar los recursos de la filocomia y la compsilogía, las modistas, y los comerciantes, y los peluqueros, y los cosmetistas de casa se le agruparian en torno y le harian ver que ni él ni su familia y dependencias de ambos sexos, aunque fueran mas que los de Egipto, eran bastantes á agotar sus repuestos, ni los recursos de su creacion. Si queria sastres, la dificultad estaria en saber á quién dar la preferencia; y si gustaba proveerse de ropas trabajadas, docenas de judíos de una y otra galeria le confundirian con piezas de cuantas especies podria desear.

Si por el contrario, le dominaba la aficion á la lectura, librerías y gabinetes tenia en que escoger: si era aficionado á discusiones sábias é instructivas, allí tenia sociedades científicas y literarias donde poder saciar su filosófica inclinacion. Si era gastrónomo, todo el día de Dios podia andarse de restaurador en restaurador, y aun le faltaria tiempo para recorrerlos todos y buche donde almacenar, de lo ordinario ó de lo esquisito, lo que mas le placiera; y si el cuerpo le pedia alternar entre las bebidas heladas y las espirituosas, entre cafés y tiendas de ultramarinos,

tenia para ello la mas hermosa proporcion. Si gustaba de pasear á cubierto, nada mas á propósito que la galeria de cristal; si en paseo de medio abrigo, allí están las galerias arcadas: si disfrutando de jardin, nada mas fácil; y si queria gozar del aire libre y sin estorbos, no tenia sino salir al hermoso terraplen adornado de jarros y de flores que descansa sobre una bella columnata del átrio de honor.

¿Era acaso aficionado á teatros? Pues bien, se le consultaria el género que mas le agradára. Si era el trágico ó el cómico sublime, solo le costaba bajar unas escaleras, y metiéndose en el *Teatro francés* tendria el gusto de ver á *Mademoiselle Rachel* ejecutar los *Horacios*; ó á *Mademoiselle Maxime* hacer la *Phedra*; ó á *Mademoiselle Pléssy* representar *Un matrimonio en tiempo de Luis XV*, y nada podria quedarle que desear. ¿Quería cosa mas alegre? Poco le costaba ir al otro extremo y entrar en el teatro llamado de *Palais Royal*, y veria á *Toussez* hacer *La sœur de Jocrisse*, ó el vaudeville de *Judit y Holofernes á Derval*. ¿Tenia niños y queria divertirlos? Pues bien, al otro lado está el teatro de *Seraphin*, y se divertirian á su placer los angelitos con las figuras de movimiento y las sombras chinescas, y es seguro que no se acordarian de dar una molestia á su mamá. Y si por último quisiese satisfacer un capricho extravagante, debajo de una galeria está el *Teatro de los ciegos*; éntre en aquel subterráneo, y verá salir al *hombre salvaje* á repiquetear los timbales vestido de indio, oirá las habilidades de un ventrilocu, hallará una mozueta estropeando lastimosamente el papel de Maria Teresa de Austria, y disfrutará de una orquesta compuesta de ocho ciegos que no hay mas que pedir, y ya lo quisieran ellos ver.

Ultimamente, si mas caprichos tuviera el ilustre desterado que supongo, mas podria satisfacer sin salir del *Palais Royal*. Tirabeque se me encantaba cada vez que le llevaba allí; andaba de tienda en tienda con la boca abierta; y no sé qué aire innegable de españolismo era el que llevaba siempre, que mas de una vez, sin que él hubiera desplegado la boca se le

acercó uno de aquellos judíos roperos preguntándole: « Señor, ¿quiere osté comprarme una livita bien hecha? » Franqueza que á él no le acomodaba mucho, y lo ponía á pique de alterar la tranquilidad de *Palais Royal*.



LOS BOULEVARTS.

« ¡Pero hombre, y aquellos BOULEVARTS! »—He aquí una exclamación de ordenanza cada vez que rueda la conversación sobre las bellezas de París.—¿Y qué son los *boulevarts*?—He aquí la pregunta que sigue infaliblemente á aquella admiración si hay en el corro alguno que no haya visitado la capital de Francia. La pregunta es sencilla, la respuesta no lo es tanto.

Pero en fin, figurese el lector una anchísima calle semi-circular colocada casi en el centro de la población; de una legua

de longitud, que no habrá menos espacio desde el templo de la Magdalena hasta la plaza de la Bastilla; poblada de altísimas casas, adornada de corpulentos árboles en sus dos orillas, si bien muchos de ellos fueron víctimas de la revolución de julio (sin duda porque los franceses en su revolucionaria sagacidad descubrieron que eran enemigos de la Carta), y no se han vuelto á reponer; cuyas hileras dividen



Boulevard de los Italianos.

la calzada del medio (por donde pudieran marchar desahogadamente seis coches á la par) de las aceras de los lados (*trottoirs*), anchas como de seis ú ocho varas, y hechas no de baldosa como las de España, sino de asfalto, especie de betun sólido y negruzco, que se derretiría con los calores del estío en las regiones meridionales, pero que allí resiste bien al calor y constituye un pavimento mas igual, mas suave y mas cómodo que el de nuestros embaldosados.

Imagínese una calle por cuyo centro giran en movimiento continuo centenares de carruages, amen de otros centenares que yacen en quietud esperando quien los ajuste á la hora ó por carreras para partir con la velocidad del rayo.

Figúrese que está viendo discurrir á todas las horas del

dia y de la noche por sus anchas aceras de betun dos hormigueros de gente que se disputan dos palmos de terreno, donde ir colocando los ambulativos para poder marchar culebreando, sin que por eso se pueda evitar los continuados roces y refregones.

Supóngase que está viendo dos paredes de cristales de 5.500 metros de estension, que tal semeja la cristalería apenas interrumpida de las tiendas mas lujosas y mas elegantes del mundo, dispuestas con tal arte, con tan delicada coquetería, con tan refinado y mimoso estudio para lisongear el gusto (*flatter*), para robar la atencion y captar la curiosidad y arrebatat las miradas, que el indiferente como el curioso, el experimentado como el sencillo, no hay nadie que no se sienta atraido como por un iman, como por el influjo oculto de una sirena.

Y á fé que no es broma esto de la sirenas, pues detrás de los cristales de cada puerta, bien de almacen ó de tienda, bien de modista ó de relojería, bien de bastonero ó de fabricante de calzado, esté seguro el transeunte que atisbará una ó muchas sirenas, que vestidas con estudiada sencillez y ataviadas con modesto aliño, ostentan sus gracias detrás de un mostrador, y reservan otras para cuando se abre la portezuela de cristal. ¡Guay del Ulises que llegue á traspasar aquellos umbrales sin taparse con cera los oídos! ¡Pobre del Telémaco que se acerque incauto á aquellas Calipsos sin un Mentor que le agarre de un brazo y le eche á la calle cuando empiece á sentirse encantado!

Sin embargo no se crea que los encantos de las ninfas de mostrador se dirigen á otro blanco que al bolsillo del individuo: en cuanto á este, téngase por cierto que el ciudadano que éntre en una tienda y logre sacarle íntegro, merece la patente de héroe. Escusado le es alegar que no ha llevado ánimo de comprar un artículo sino solamente de informarse de su existencia; la sirena le convencerá muy melodiosamente de que es una equivocacion que padece, y le dará tales razones que el hombre se creerá obligado á no marcharse sin el artículo. En vano objetará que no es el género de su gusto; con dulces argumentos le

hará ver la sirena que lo es, y tanto que parece hecho por encargo suyo particular: si achaca no llevar dinero, se le hará creer que lo lleva, ó que no debe llevarlo, puesto que no lo necesita para disponer de todo el almacén: si insinúa parecerle caro, llegará á persuadirse que debe dar un *plus* sobre lo pedido para evitar la pérdida que sufre madama por su excesiva amabilidad para con él: tal cosa le será presentada que desechará desde luego por inútil y supérflua, pero esté cierto de que no saldrá á la calle sin un convencimiento íntimo de que ha adquirido el dije de mas absoluta necesidad para la vida, y harán creer á un militar que no puede ser buen guerrero sin un canesú de señora, y á un escritor de crónicas antiguas que no podrá dar una



plumada sin llevarse unas tijeritas de bordar. Muchas veces acaece salir un próximo de una tienda encantada felicitán-

dose de no haber caído en la tentacion, y al regresar á su domicilio se encuentra con *Mademoiselle* que le espera con un envoltorio de los artículos á que mas parecia inclinarse: todos los habia comprado sin saberlo. Si son pañuelos de la mano, se los llevarán hechos, porque han previsto que un hombre, y extranjero ademas, no tendrá facilmente quien le haga los dobladillos: si es papel, se lo entregarán timbrado con sus iniciales, sin aumentar por eso el precio de la mercancía. Se necesita ser un Neron del pais para dar una repulsa á tanta fineza: un español prefiere con conocimiento sufrir estos dulces y artificiosos ataques de bolsillo á desmentir en ninguna ocasion la galantería española.

Reconozco el ardid, lo siento y pago.

No se entrará en un comercio sin que apenas llegado le suplique una graciosa beldad que se tome la molestia de sentarse, ni se saldrá de un almacen sin que un atento dependiente le acompañe hasta la puerta y le despida obsequioso. Si la entereza y la heroicidad llega á tal punto que absolutamente no se haga mercado, le dirán con la mayor amabilidad: «siento en el alma no haber acertado á complacer á vd.; en otra ocasion seré mas afortunada; yo suplico á vd. que este no sea un motivo para que olvide el establecimiento, para lo cual me hará el gusto de admitir esta *adresse*.» ;Admirable contraste con el adusto: «si á vd. no le acomoda déjelo, que no faltará quien lo lleve,» de esta nuestra dulcísima patria!

En cuanto á las ingeniosas invenciones para llamar la atencion, no puedo dispensarme de indicar algunas de las que mas sorprendieron á Tirabeque. Nos dirigimos por la calle de *Montmartre* al *Boulevard*, cuando al llegar al número 470, tienda de *Mr. Fanon* cajero del rey, vi á Pelegrin pararse, mirar, y soltar una carcajada de risa legitimamente transpirenaica; miré yo tambien, y era un *mono* que detras de los cristales sentado estaba, con un lente en una mano y un número de la *Cotidiana*

en la otra en actitud de estar leyendo muy sério. Reímonos á duo y pasamos al boulevard del mismo nombre.

Otra detencion y otra carcajada me anunciaron alguna otra novedad por el estilo. En efecto en la tienda de *Monsieur Verreaux*, entre mil objetos de lujo y adorno, se veia una gata elegantemente vestida en ademan de escuchar con desdeñoso remilgo los amorosos requiebros de otro mono, que con un traje arreglado al modelo del último figurin, y mirando de soslayo con aire seductor á su amada coqueta, esperaba impaciente la respuesta de su Zapaquilla.—Señor, me decia Pelegrin, son muchas monadas las de estos franceses: se conoce que en este pais abundan bastante los monos.»

Pasamos al boulevard *Poissonniere*, y nos detuvimos ante un abundante almacen de muñequería. Habia muñecos de todas clases, trages, gustos y tamaños. Por la parte exterior de los cristales hallábanse cuatro ó seis chiquillos mirando con mucha aten-



cion los modelos de dentro, empinaditos algunos de ellos sobre las puntitas de los pies para alcanzar á ver mejor.—¡Cuán natural es esto Pelegrin! le dije á mi lego: si aun á nosotros que nos afeitamos cuarenta años hace, nos entretiene la vista de estos muñecos, ¿qué hará á estos parvulitos que están viendo allá dentro sus efigies, por decirlo así?—Así es la verdad, mi amo; me da gusto ver lo entretenidos y embelesados que están los pobrecitos.»

Mas acaeció que de allí á una hora volvimos á pasar por el mismo sitio, y hallamos á los curiosos infantes en la misma actitud. Entonces Tirabeque se acercó á una de las niñas y la dijo: «hija mia, ¿no te cansas de estar tanto tiempo en la misma postura?» Pero ¡cuál fué su sorpresa, y cual fué la mia tambien, al encontrarnos con que tanto aquella como los demas de la coleccion eran tambien muñecos y muñecas ni mas ni menos que los de la parte interior! Nos hubiéramos avergonzado si no hubiésemos estado los dos solos.—Señor, bien me decia vd., que en Francia todo era mentira.»

Apesar de esta prevencion, mas de una vez le sucedió al pasar por junto á algun almacen de peletería, retirarse de repente horrorizado á la vista de los tigres, leopardos, nutrias, gamuzas, chinchillas, martas, armiños y otros animalejos que empajados detras de las vidrieras tienen, en tan imponentes actitudes y con tal naturalidad presentados, que efectivamente asustan al pronto y parece que van á echar al que se acerque la zarpa ó el colmillo.—Pero hombre, ¿de qué te asustas? le decia yo; ¿no sabes ya que aqui todo es mentira?—Si señor, pero hay mentiras tan respetables que bueno es verlas desde lejos por si acaso son verdad.—¿Con que es decir que te asustas de unas pieles?—Quiá, no señor; parece que me asusto, pero es mentira; en París todo es mentira.»

Díjale el primer dia que era menester que entrásemos á peinarnos en una de las peluquerías que encontramos en el boulevard. Aquí, añadió señalando á una, aqui podemos entrar si te parece.—¿Ahí donde hay dos señoritas detras de los cristales?—

Ahí, sí.—¡Alabado sea el divino señor, mi amo, y qué par de criaturas tan celestiales, tan blancas y tan bien formadas! Entre-mos aquí, señor, mas que nos cueste doble el peinarnos, y mas que nos pelen al mismo tiempo y nos dejen sin pluma ni cañon, que todo se puede llevar con gusto con tal de recrearse un hombre la vista con un par de francesas tan gallardas. Y diga vd., mi amo, ¿son ellas mismas acaso las que nos han de hacer los rizitos?

Y como ya estuviésemos cerca de ellas, las saludó diciendo: «*bon jour, Mesdemoiselles: Mesdemoiselles, bon jour: á votre service, Mesdemoiselles.*» Señor, paréceme que tienen mucho barreno las niñas, pues no se dignan contestarme siquiera. El demonio de las peluquerillas!... Porque sean guapas y tengan buenos talles tanta vanidad! *Mesdemoiselles, j' ai l' honneur....* ¡Bruto de mí, mi amo! si son de cera ¿cómo me habian de con-testar?

—Te está bien empleado por necio: ¿no te acabo de decir que aquí todo es mentira?»

No es maravilla que así se engañara Tirabeque, porque son tan acabados, tan completamente imitados al natural los modelos de cera que sirven de muestra en las peluquerías, ya representen jóvenes del bello sexo, ya niños ó mancebos del sexo fuerte, que puede asegurarse que los franceses han tocado en este punto el último grado de perfeccion.

De estos y otros cien mil ingeniosos medios tienen que valer-se para llamar la atencion en un pueblo donde la misma abundancia de la novedad hace que ya nada llegue á hacer im-presion.

LOS ANUNCIOS.

Otro de los ramos en que los franceses han agotado ya todos los recursos de su fecunda imaginativa es el de los *anuncios*, sea de publicaciones literarias, sea de establecimientos industriales,

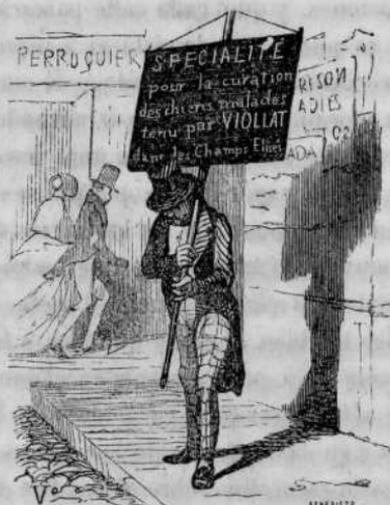
sea de invenciones nuevas, sea de empresas de trasportes, sea en fin de lo que quiera. No basta anunciar una cosa ciento y cincuenta dias seguidos en ciento cincuenta periódicos diarios que habrá en París; no basta fijar los anuncios en las esquinas de todas las calles; no basta que todas las paredes, y todas las puertas, y todas las fachadas, y todas las cornisas de todas las casas y de todos los edificios, de todas las calles y de todas las plazas, y todos los árboles de todos los paseos, estén atestados de rótulos, anuncios é inscripciones, y que cada calle parezca un Diario de Avisos, y que no se pueda fijar la vista ni á izquierda ni á derecha sin verse precisado á leer un catálogo de anuncios: esto es muy poco todavía, porque podrá alguno ir mirando hácia el cielo, y es menester al que en tal direccion mira hacerle leer algo. Y en efecto tiene que leer por fuerza, porque se estrella su vista con anuncios en las chimeneas y en los aleros de los tejados.

Pero esto es muy poco todavía, porque podrá un hombre ir pensativo y meditabundo mirando hácia el suelo, y es necesario que allí lea algo tambien, y tiene que leer á fé mia, porque allí en el sitio donde vá á pisar encontrará el nombre del dueño de la tienda de al lado escrito en caracteres de bronce embudidos en la piedra ó en la argamasa de la acera, y no podrá escupir sin que caiga la escupitina sobre el nombre de algun fabricante; que los franceses se dejan escupir de buena gana con tal de despachar mejor sus mercancías.

Pero esto es poco todavía, porque podrá alguno ir tan distraido que no fije la vista en ninguna parte, y es necesario sin embargo hacerle leer tambien. Y lee sin remedio, porque vá andando y se encuentra sorprendido con unos papeles que le pone en la mano un incógnito, que sin decir mas que «*tenez, monsieur,*» desaparece para nunca mas volver. Y estos papeles son los anuncios de una nueva sombrerería que se ha abierto en la *Rue Vivienne*, ó de un depósito de curtidos que se ha establecido en el *Faubourg Saint Denis*, ó el prospecto de unas Memorias traducidas del alemán.

Pero esto no es bastante todavía, y se necesita obligar de

otro modo á leer. *Flaneaba* yo (1) por el boulevard de los Italianos con un diputado español, célebre en la cuestion algodonera que tan agitados trae en el dia los ánimos de los catalanes, cuando vimos venir hácia nosotros con grave y pausado continente un viejecito que llevaba enarbolada y asida con ambas manos una especie de pendoneta ó estandarte negro, rotu-



lado con gruesos y abultados caracteres blancos, azules, encarnados y de otros diversos colores. Natural era la curiosidad de leer lo que publicaba ó anunciaba aquel original heraldo ó nuevo rey de armas. ¿Y qué os parece amados lectores míos que iba proclamando el anciano *porta*? Pues era que invitaba á los que tuviesen perros enfermos á que los llevasen al establecimiento titulado *Specialité pour la curation des chiens malades, tenu par Viollat*; «especialidad para la curacion de perros enfermos, por Viollat, en los Campos Eliseos.»

(1) *Flanear* en francés es pasear curioscando los objetos sin más objeto que el de la curiosidad.

Pero esto no basta todavía, porque por mucho que se escriban los anuncios no pueden leerlos los ciegos, los cuales por serlo no deben estar privados de saber los adelantos que se hacen en la industria. Para ellos es menester anunciar las cosas á viva voz. Recuerdo haber visto en el boulevard de San Antonio á un ciudadano alto, respetable, con la barba hasta el pecho, puesto de pie sobre una mesa, rodeado de un inmenso auditorio, al cual arengaba con voz sonora y penetrante de



esta ó semejante manera: «Señores, vds. saben que el bizarro Mariscal del Imperio, Baron de N., había merecido siempre

el singular aprecio y confianza del gran Napoleon por su intrepidez, por su instruccion y por sus virtudes. El emperador le confiaba las empresas mas árduas y arriesgadas. Herido mortalmente en la batalla de... por un casco de granada cuando ya llevaba en derrota á los austriacos, dirigió sus últimas miradas al emperador, y con acento entrecortado y moribundo abrazando sus rodillas le dijo: «muero gustoso por la gloria de la Francia y por la vuestra.»—«¡Ah, mariscal! le contestó el emperador: la muerte os roba á la patria, porque si viviérais no habria bastantes laureles en Francia para ceñir vuestra frente.» El mariscal exaló el último suspiro, y las lágrimas corrieron por las mejillas del *grande hombre*. Pues bien, señores, aquel valiente general bajó á la tumba llevándose un secreto importante que poseía, y que le habia sido de una inmensa utilidad en las campañas. La humanidad tendria que llorar todavia la privacion del importante descubrimiento de que él era depositario, si afortunadamente no se le hubiera transmitido en confianza á un sargento del ejército invencible que habia sido su asistente. Yo debo á una feliz casualidad el haber llegado á mi este secreto, este utilísimo secreto que hoy tengo el honor de anunciaros para consuelo y alivio de la humanidad doliente. Es un admirable específico, un unguento prodigioso para la curacion de los callos de los pies: aqui le teneis en estos botecitos, que os vendo al módico precio de 25 sous. Ea, señores, ¿quién me toma un botecito de este milagroso unguento?»

Así anuncian los franceses sus cosas. Para publicar un específico anti-callosos revuelven la historia de Napoleon y de los mariscales del imperio,

Mas no pára en esto todavia. En toda la estension de esta serie de anchas calles ó boulevarts hay entre las aceras y la calzada dos hileras de pilares, columnas ó pirámides redondas, muy blanqueadas por la parte que mira á las casas, y huecas por la que mira á la calzada de los coches, las cuales constituyen uno de los adornos de los boulevarts. Supónese que estos

pilares por la parte de las aceras se destinan tambien á la fijacion de anuncios, y que se aprovechan bien para el objeto. Pero ni este, ni el del ornato público son los que principalmente se propuso la policia urbana en la colocacion de aquellas columnas cónicas, sino el de que no faltase en el punto mas concurrido de la ciudad donde poder satisfacer los menesteres naturales, á lo menos los de menor cuantía. Pues bien, cuando el hombre se acerca (y digo el hombre, porque para las mugeres no sirven) á satisfacer la necesidad que se supone, allí mismo en el interior de la columna, en el hueco que sirve de depósito á las sustancias *miotosas* (perdido me he visto para decirlo en latin), allí se estrella el hombre con anuncios: ¡y que anuncios! Por ejemplo, el «*Point de maladies secrettes*» del doctor *Albert*,» porque sépase de paso que el doctor *Albert* debe haberse propuesto que en el centro de París, en las calles intermedias de París, en los arrabales de París, en las afueras de París, y á las 45 leguas en circunferencia de París sea imposible mirar á parte alguna sin encontrarse con el doctor *Albert* y con sus *maladies secrettes*. Por mi cuenta debe llevar ya la centésima vigésima nona edicion de sus anuncios.

Véase pues si la anunciabilidad *usque ad satietatem* es ó nó cualidad nacional de nuestros vecinos.

LA CASA DE FIESCHI.

¡Miseria humana! Se verá acaso con indiferencia la morada de un anacoreta lleno de virtudes, que se consagró á Dios y está en el cielo, y se pregunta con interés por la vivienda de un famoso asesino, de un *regicida* como llamó estos dias pasados el mentecato marqués de *Boyssi* en la cámara de los Pares al Regente de España, cuya loca espresion tan interesantes debates ha producido en la cámara de allá y en las cortes de acá.

Por mi parte sé decir que tan luego como nos vimos en el

RAFAEL ARIZA

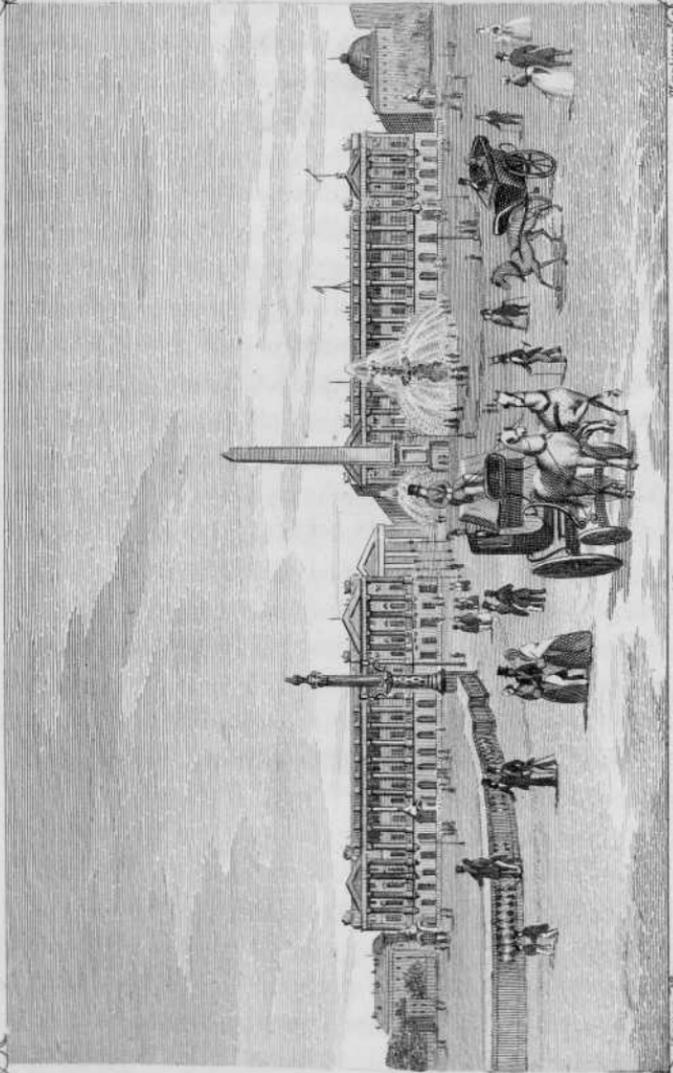
boulevard del Temple pregunté con viva curiosidad por la casa de *Fieschi*; curiosidad que me avivaba mas la que por su parte Tirabeque mostraba tambien. Pregunté, y nos la enseñaron.—«Héla allí, aquella casita pequeña que hace esquina.—¿Aquella que no tiene mas fondo que para una ventana?—La misma; ella es la mas humilde de todo el boulevard; ¿veis sus tres pisos de una sola ventana cada uno?—En efecto.—Pues bien, en el mas alto vivia el regicida, allí colocó la máquina infernal: venid un poco mas acá...; estais en el sitio en que cayó y espiró el general mas benemérito que acompañaba al rey: vos, monsieur (dirigiéndose á Tirabeque), pisais la piedra que enrojó la sangre de dos valientes oficiales.....»

Dió Pelegrin un salto súbito hácia atras, miró á la ventana de *Fieschi*, y el color blanco de su rostro indicaba temor que volviera á asomar por allí otra máquina infernal.—Ah, no temais: creo que vos no pertenecereis á la familia reinante.—No señor, pero soy muy amigo de Luis Felipe.—Vos sois extranjero.—Para servir á vd., señor monsieur; soy español.—Entonces.... yo os pido perdon, no podeis ser amigo de Luis Felipe; ¿cómo recibisteis el atentado de *Fieschi*?—El atentado de *Fieschi*... (señor, vámonos, que este me huele á espía) figúrese vd., fué una cosa horrorosa.—En España, sean las que quieran las quejas que tengamos del gobierno del rey de los franceses, le dije yo, aborrecemos el regicidio tanto ó mas que se puede aborrecer aqui. Y guardéos el cielo, que nosotros tenemos que hacer.»

PLAZA DE LA CONCORDIA.

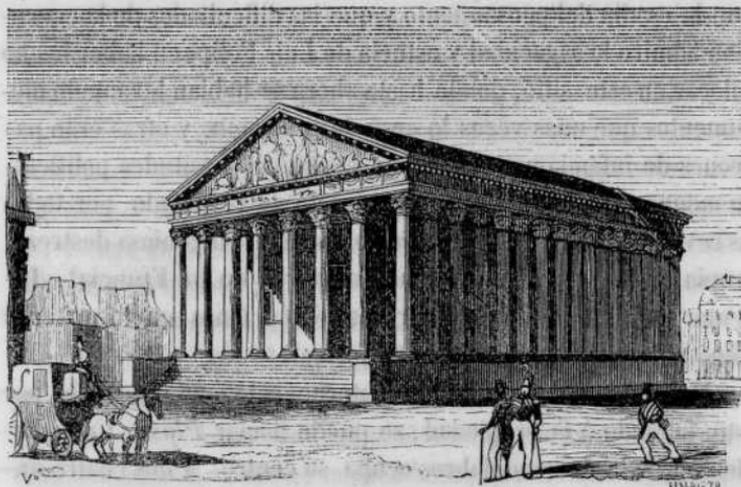
Estoy colocado en el parage mas bello, mas grandioso, mas magnífico y mas sublime del mundo. Si todo París correspondiera á este sitio, París debería ser la capital del Orbe. Desde aqui estoy viendo las fachadas discordantes pero magestuosas del pa-

PLAZA DE LA CONCORDIA



Estoy colocado en el parage mas bello, mas grandioso, mas macnifico y mas sublime del mundo.

lacio de las Tullerías. Entre él y yo median sus jardines públicos, con sus fuentes, sus estatuas, sus estanques, sus bosques y sus prados artificiales. A mi derecha, mas allá del elegante puente de Luis XVI que atraviesa el Sena, veo el suntuoso pórtico de la cámara de los diputados; á mi izquierda, á lo lejos de una soberbia calle, diviso las formas augustas del templo de la Magdalena. Convirtiéndome hácia el oeste, y extendiendo la vista



La Magdalena.

por los Campos Eliseos alcanzo á ver á su extremo el famoso Arco del Triunfo de la Estrella, la mas suntuosa obra monumental que tiene Paris. Todo es magnífico lo que me rodea, todo es régio; bello y sorprendente es todo. Asomado el rey de los franceses á uno de los balcones céntricos de su palacio, puede decir con verdad que goza del espectáculo mas grandioso que puede gozar otro monarca alguno. ¡Conjunto exterior el mas á propósito para

despertar el orgullo de la magestad, si ya no lo hicieran innecesario las humillaciones que los reyes presencian en el interior de sus alcázares!

Contemplando estoy el obelisco de granito rosa de 72 pies de de alto y de 500 mil libras de peso que tengo junto á mí. Repaso sus geroglíficos; quisiera leer los nombres de Rhameés y de Sesostris, y los versos que refieren sus trabajos y contienen sus alabanzas; pero confieso humildemente que no entiendo los caracteres egipcios. Reflexiono en el atrevido pensamiento de haber hecho transportar á la capital de Francia un monumento erigido en el Egipto 4580 años antes de la era cristiana; y mas que la osadía del pensamiento y que las dificultades de la egecucion admiro la sagacidad y astucia de Luis Felipe en haber hecho colocar en este sitio, donde hasta ahora se habian levantado monumentos que unas veces lo eran de adulacion, y otras eran padrones de infamia para los reyes, segun las vicisitudes políticas, un monumento que no puede menos de ser respetado por todas las revoluciones cualesquiera que ellas sean. ¡Ingeniosa destreza, propia de la capacidad del actual monarca de la Francia! ¡Inventar un medio de dominar las revoluciones en lo material como parece proponérselo en lo formal!

Me hallo en medio de un contorno octógono, que solo por esto, faltando á la propiedad, se puede llamar *Plaza*. Un terraplen bordado de candelabros ocupa su centro. A mis cuatro ángulos tengo cuatro esfinges de granito: veinte columnas rostrales que sostienen otras tantas linternas de gas circundan la plaza, y otros veinte candelabros, mas pequeños constituyen otro círculo concéntrico. A cada lado del obelisco hay dos fuentes colosales, cuyo único defecto, asi como el de las columnas y candelabros, es el de estar escesivamente recargadas de oro. Numerosos grupos de estátuas alegóricas rodean estas fuentes. Estoy entre Tritones y Nereidas, entre los Genios de la Navegacion, de la Astronomía y del Comercio, entre el Oceano y el Mediterráneo, entre la pesca de las perlas y la de los corales, entre la recoleccion de los cereales y la de las frutas, entre pámpanos y flo-

res, que todo esto representan los graciosos grupos que á la vista tengo.

Veamos qué representan estas otras ocho estatuas colosales que descansan sobre estos dos elegantes pavellones que están de los dos lados de cada puente. ¡Ah! La Guia lo dice; son los emblemas de las ocho ciudades principales de Francia. Esta es la populosa *Lion* sentada entre dos urnas de las cuales se escapan el Ródano y el Saona. Sobre su cabeza coronada de hojas de viña descansa una almenada torre. Su brazo derecho reposa sobre un canastillo lleno de ovillos y lanzaderas: en su derecha tiene una madeja de seda, y con su izquierda sostiene un caducéo: símbolos de la industria de aquella ciudad fabril. Hé aqui su vecina *Marsella*, coronada de pámpanos y espigas; en una mano tiene un timon y en otra una rama de olivo cargada de fruto; ella descansa sobre un trozo de mármol de donde arrancan una proa y una popa de navio. ¿Quién será ésta cuya erguida cabeza ciñe una corona de laurel, que con su derecha sostiene un gobernalle, y cuya izquierda fuertemente apretada se apoya sobre la culata de un cañon? Ah! es *Brest*.... Pero aqui se me acerca un hombre; ¿qué me querra decir?

«Perdonad, caballero: ¿sabreis decirme lo que significan estas dos figuras de aspecto fiero y belicoso que con las espadas en la mano parece estar desafiando al enemigo? Os he visto con la Guia en la mano, y me he tomado la libertad de acercarme á preguntaros.—Tendré una complacencia, le respondí, en poder satisfaceros. Consultemos la Guia. Sí: son las dos ciudades guerreras y fronterizas *Lille y Strasbourg*.—Oh! me alegro no haberme engañado: me pareció reconocer á mi ciudad natal.—¿Sois de alguna de ellas?—Sí, de *Strasbourg*. Perdonad; vos mostrais ser extranjero.—En efecto, no os habeis equivocado tampoco.—Perdonad; ¿Sois italiano?—No.—¿Inglés?—Tampoco; soy español (1)—¡Oh, español! Tengo un placer en ello. Yo

(1) Tenga por cierto, seguro é infalible todo español, que lo primero que le preguntarán en Francia es, si es italiano, en seguida si es inglés. En Holanda y Prusia le preguntarán si es italiano, si es inglés, si

amo mucho los españoles.—¿Habeis estado por acaso en España?—Perdonad; no he estado; pero tengo una idea muy ventajosa de aquel pais, y vuestro amable carácter me hace confirmarme en ella.—Ah! perdonad, vos sois demasiado bueno: pero mostrais no conocernos mucho, porque los españoles no amamos las lisonjas.—Ah! yo os pido mil veces perdon: con eso me interesais mas. Muy solo venis.—Sí en verdad, hoy he salido solo.—¿Os habeis acercado á ver el Arco de la Estrella?—Todavía no.—Si gustais, os acompañaré de buena gana.—Con mucho gusto.»

Asi lo hicimos. Mientras íbamos marchando por los Campos Eliseos adelante, la conversacion de los dos amigos improvisados giraba alternativamente sobre las costumbres de una y otra nacion y sobre las bellezas respectivas de sus capitales, contrayéndola tambien á veces á la situacion individual de cada uno.—Perdonad mi atrevimiento, me decia, vos sereis acaso emigrado.—No ciertamente.—Yo os pido que me disimuleis: como los españoles sois tan amantes de la emigracion...!—Yo he venido, le dije, solamente por recreo, ó si quereis, por instruccion y curiosidad, por conocer el pais.—¡Oh diablo! ¡Tambien los españoles viajais por recreo y por instruccion! Yo creia que los españoles viajábais solo por emigracion. Y pues sois tan nuevo en París, aconséjoo mucho cuidado en la eleccion de hotel. ¿En qué hotel vivís, si me es permitida la libertad de haceros esta pregunta?—En el de*** las tres estrellas.—¡Oh! soy muy contento de ello. Allí está un amigo mio: ¿puedo saber el número de vuestra habitacion?—El 10.—Ah! yo tendré el honor de pasar á ofrecer mis respetos al amable habitador del núm. 10.—Sentiré que os tomeis esa molestia.—Al contrario, tendré en ello un placer inesplicable.»

Admirábame mucho, á mí Fr. Gerundio, la estremada obsequiosidad de mi casual compañero, lo cual subió considerablemente de punto al llegar al Arco triunfal de la Estrella. «Hé aqui,

es belga, si es polaco, si es americano: lo último que se les ocurre preguntar es, si es español. Algunas coraginas me tiene costadas esta posposicion en las interrogaciones de averiguacion de patria.

me dijo, un monumento digno de los triunfos de Napoleon: él es el mas sólido, el mas colosal que haya jamas existido.»

En efecto esta obra soberbia, comenzada por Napoleon y concluida por Luis Felipe, no rinde parias á ninguna de cuantas pudieron erigir en este género los orgullosos romanos. Cerca de diez millones de francos (cuarenta millones de reales) se han invertido en la construccion de este arco prodigioso. Admirables grupos de relieves decoran cada una de sus fachadas. En la de la



Arco de la Estrella.

derecha está representada la partida del ejército en 1792: el Génio de la guerra, de estatura colosal, llama la nacion á las armas, y guerreros de diferentes edades y uniformes se preparan á combatir. La de la izquierda representa el triunfo de Napoleon, coronado por la Victoria, en 1810. Sobre él está la Fama proclamando sus victorias, que la Historia va anotando en su gran libro de registro; á sus pies están las ciudades conquistadas. Al

lado opuesto se vé la resistencia de la Francia en 1814: un jóven combate esforzadamente por su esposa, sus hijos y su padre: detras de él un guerrero cae de su caballo herido de muerte, y el Génio del porvenir le alienta á pelear. A la izquierda de esta fachada se presenta la paz de 1815: un guerrero está embainando su espada: otro de mas edad se ocupa con un toro en los trabajos de la agricultura; una muger y sus hijos están sentados á sus pies, y Minerva coronada de laureles les dispensa su proteccion. Aqui la batalla de Aboukir y la derrota de Mustafá-Pacha con un grupo de turcos: allí la toma de Alejandria con el retrato de Kleber, obra maestra de escultura. Acá las batallas de Austerlitz y de Jemmapes: allá los diputados de la nacion al rededor del altar del pais dando las banderas á los guerreros. ¡Admirable animacion de grupos, y magnífica perspectiva de cuadro, la mas grandiosa que acaso se haya ejecutado en piedra! Debajo del grande arco se leen los nombres de 96 victorias, y los de los generales que en ellas ganaron fama y prez; entre todos 384.

«En este catálogo reconocereis muchos nombres españoles, me decia el compañero de Strasburgo.—En efecto, respondí; pero este es el catálogo de las victorias: el de las derrotas no le habreis visto quizá: pues aun es mas numeroso en lo relativo á España.—Ese no le he visto.—Verdad es que no habeis estado en España, segun me dijisteis poco há.» El silencio fué la única respuesta que me dió.

«Subamos, me dijo despues, por la escalera interior, y gozareis de uno de los mas bellos puntos de vista que tiene París.» Era de ver á mi obsequioso sócio llevar en propia mano para subir la oscura escalera un farolito, que no permitió llevarse el viejo soldado de Napoleon que está de guardian del monumento.

Gozamos en efecto de la bella y grandiosa perspectiva que desde la ancha azotea del arco se disfruta. Al bajar se me adelantó á satisfacer el medio franco que se paga por cada paraguas ó baston que se deja en la porteria. Sorprendíame tanta fineza de parte del incógnito. » Ahora iremos, añadió, si gus-

tais, á dar un paseo por estas afueras, y vereis las deliciosas campiñas de *Neuilli*.—Perdonad, le contesté: os complaceria de buena gana, pero no me es posible porque tengo que hacer á la una, y solo falta un cuarto de hora.—Ah! yo os ruego que me acompañéis á dar este paseo, que estoy seguro os agrada-
 —Y yo os suplico me dispenseis, porque ahora me es imposible.—Yo os aconsejo que no dejéis de aprovechar esta ocasion para gozar de las delicias de este campo. El dia está bueno; vos no debeis regresar sin ver los frondosos bosques de *Neuilli*.»
 —Me costó trabajo poderme evadir de sus apremiantes instancias. Entonces él viendo mi resolucion irrevocable, «pues bien, me dijo, ya que ahora tenga la desgracia de no poder gozar por mas tiempo de vuestra encantadora compañía, mañana tendré el honor de iros á buscar á vuestro hotel de*** las Tres Estrellas, y de acompañaros á ver las cosas notables de Paris. ¿Será buena hora las once?—A las once ya habré salido yo.—Iré á las diez.... á las nueve, á la hora que gustéis, todas son buenas para mí; mi deseo es complaceros y acompañaros.»

Aconsejoos, amados hermanos míos, que si vais á Paris, os guardéis de estos obsequiosos y finos cicerones contradizos, que se acercan con estudiado candor al estrangero, y le hablan y preguntan con aire de sencillez, y concluyen espontaneándose á hacer todos los buenos oficios que conocen les habrá de agradecer mas un estrangero incauto. Guardáos de ellos, os digo, si no quereis ser desplumados en las afueras de *Neuilli* ó en otras estraviadas vías, donde os sacarán so pretexto de enseñaros tal paseo delicioso ó tal edificio estra-muros. Y guardáos de darles vuestro nombre y las señas de vuestro alojamiento, porque sinó contad de seguro con que vuestro bolsillo será víctima de la astucia y sutileza de estos atentos sócios improvisados. El mio se felicita todavia de la prevision de haber tenido que hacer á la una, de haber renunciado á ver las campiñas de *Neuilli*, y de haberle dado las señas de un hotel.... que no existe en Paris. Entre bobos anda el juego, y al descuidado no le favorece la ley.

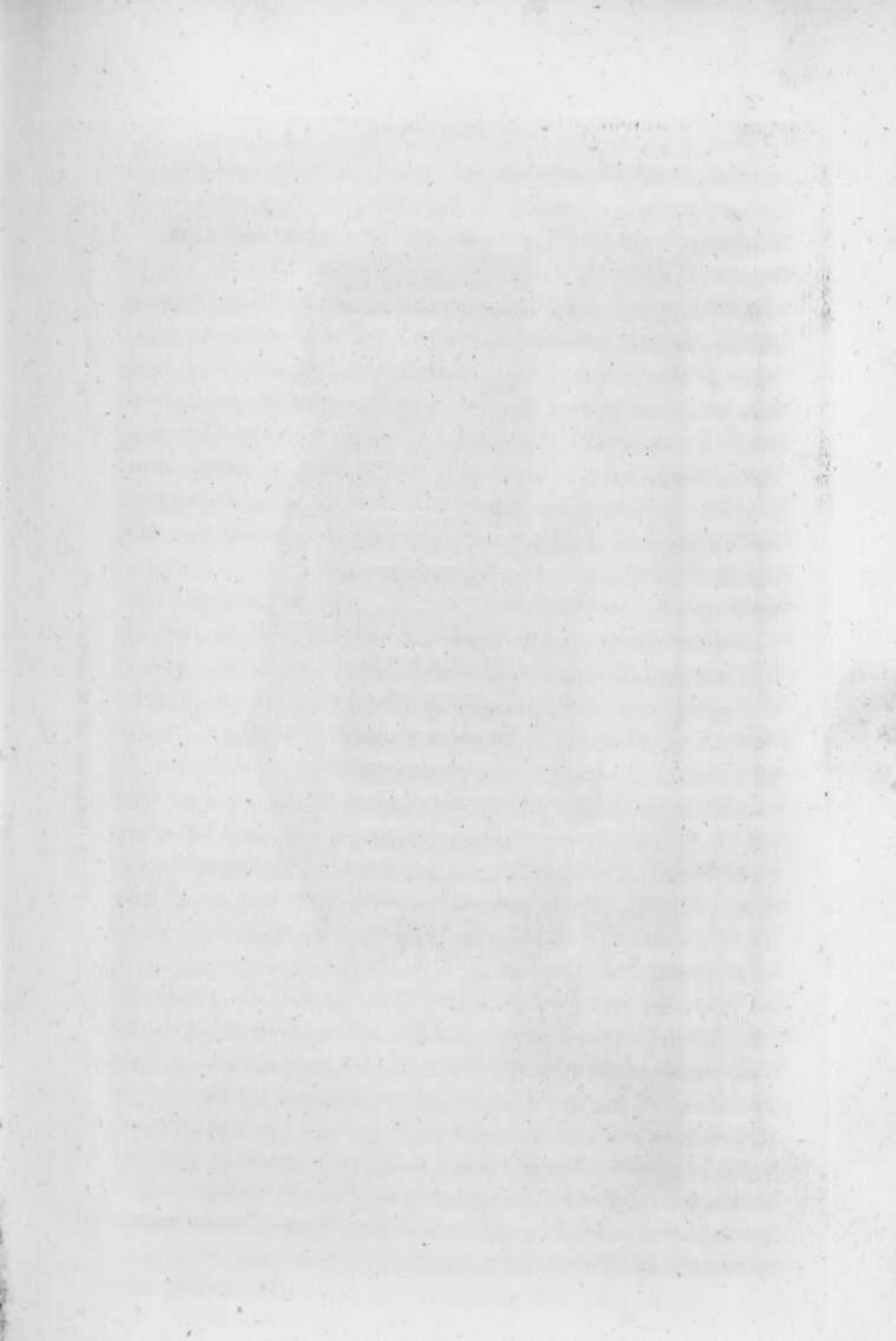
TIRABEQUE EN LA CÁMARA DE LOS DIPUTADOS.

Hé aquí una de las cosas que asegura mi buen lego Pelegrin que no había soñado nunca, verse él en la cámara de los diputados de Francia. Así suceden al hombre cosas que no había pensado ni por sueños. Y estoy seguro que cuando en 1804 se encargó al arquitecto Poyet la construcción de un peristilo cuya magnificencia anunciara por la parte del Sena la entrada al palacio de las sesiones del cuerpo legislativo, tampoco pensó ni pudo soñar que al cabo de treinta y siete años habían de entrar por allí Fr. Gerundio y su lego Tirabeque.

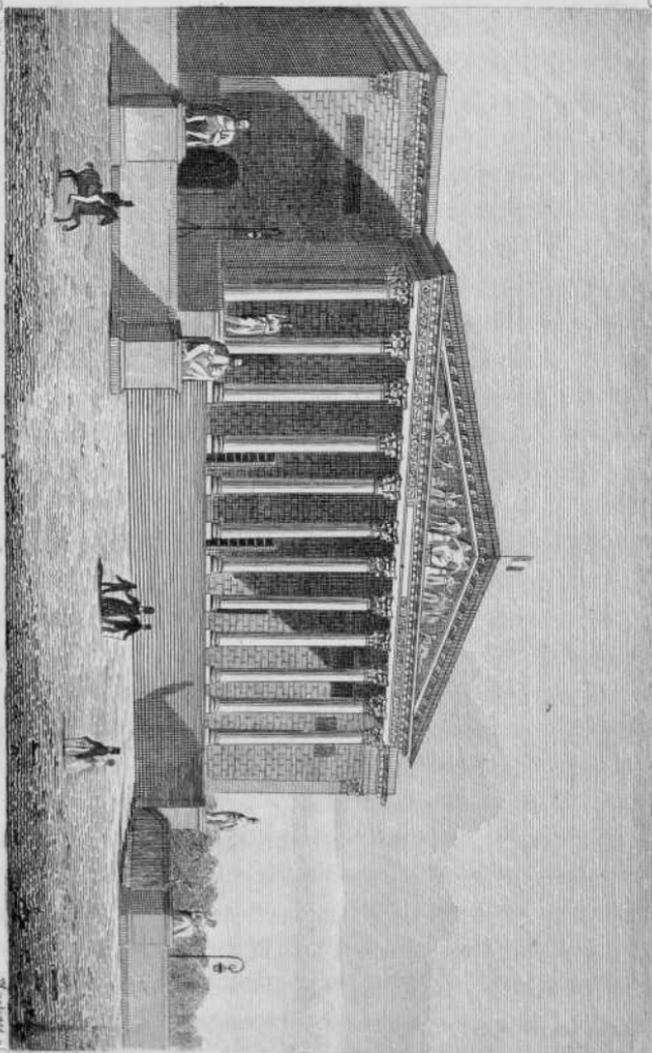
Al pie de una soberbia escalera de piedra de 100 pies de larga, se ven dos estatuas de Témis y de Minerva. Poco más arriba sentadas en sillas curules sobre pedestales, otras cuatro estatuas gigantescas que reproducen las imágenes de Sully, de Colbert, y de los cancilleres de l' Hopital y d' Aguesseau. Sobre la plataforma en que termina la escalinata se eleva un peristilo de 100 pies de longitud, adornado de doce columnas corintias, en cuyo fronton triangular se representa la Ley apoyada sobre las tablas de la Carta, sostenidas por la Fuerza y la Justicia. A su izquierda la Paz restableciendo el Comercio; á su derecha la Abundancia marchando bajo los auspicios de la Ley, y seguida de las Ciencias y las Artes.

¿Qué te parece de este pórtico, Pelegrin? le preguntaba yo á mi lego.—Señor, me respondió, aunque no tengo el honor de conocer esta familia, paréceme gente más decente y de más forma que la que hay á la entrada de las córtes de allá.—Y no solo de más forma, Pelegrin, sino también de más materia, pues todas estas estatuas son de piedra sólida, mientras las del pórtico de nuestro Congreso me contentara yo con que fuesen de mediano estuco.—Señor, ¿cuándo tendremos nosotros un buen edificio para las córtes?»

Aquí me permitirá el gerundiano lector una ligera digre-



CÁMARA DE LOS DIPUTADOS



Ahora entramos con Girabique en la Cámara de los Diputados de Caracas.

sioncilla hácia el estado en que cuando esto escribo se encuentra el santuario que era de nuestras leyes.

Derribándose está en estos momentos el edificio del Congreso para construir sobre el mismo solar otro de nueva planta con arreglo á la ley decretada en córtes. Yo he visto las Virtudes que decoraban su portada desnudas de la blanca corteza que las embellecía. Yo he visto la Justicia denegrada y sin espada ni balanza. Yo he visto la Prudencia sin cabeza, la Fortaleza sin manos, el Patriotismo despojado de la cascarilla exterior, y la España mutilada y rotas sus vestiduras: no eran unas Virtudes sólidas: eran una materia floja y quebradiza, y solo tenían de bello la figura y el barniz. Yo veo el descarnado armazon de un edificio que retrata el estado de una nacion que debió robustecerse allí y se quedó en su mayor parte en esqueleto. Yo veo los armadijos ocultos que sostenian sus paredes y sus bóvedas, simbolo de los manejos secretos que entraban en la confeccion de algunas leyes. Yo veo la escala que se ha puesto para subir á deshacer la cúpula del Santuario, emblema de la escala que cien veces se puso para trepar á la cúpula del poder. Yo veo los escombros hacinados por calles y plazuelas al modo que yacen hacinados por estantes y cajones tantos códigos y proyectos de ley. Yo los veo afeando la poblacion y entorpeciendo el paso al público, á la manera que afean el cuadro de nuestra situacion y entorpecen la marcha de los negocios públicos los embarazos que le dicta poner á cada uno su interés y su pasion. Yo he visto los operarios empleados en el derribo del que fué templo de la ley proclamar tumultuosamente una exigencia, justa si se quiere, y querer ellos dictar la ley. ¡Ah! ya que por ahora los legisladores hayan creído necesario derribar, derribese cuanto antes, y ocúpense luego y pronto y sin descanso en levantar el edificio de la legislacion, que no es espectáculo para visto mucho tiempo el cuadro descarnado del derribo en lo material y lo moral!

Ahora entremos con Tirabeque en la cámara de los diputados de Francia.

Un anciano respetable y de buen porte fué el que nos recibió y se mostró dispuesto á acompañarnos. «Señor, me decía Pelegrin, este tiene trazas de Presidente de la Cámara, será menester hablarle con respeto.—No lo creas, hombre, será el conserge.—¿Podríamos tener el gusto de ver el salon de las sesiones?—Dignáos tomaros la molestia de seguirme.



En el primer departamento se veía el retrato del rey, rodeado de los del general Foy, de Casimiro Perier, de Mirabeau y de Bailli. «He aquí (nos dijo el venerable conserge al entrar en otro salon) aquí es donde se recibe al rey: estas estatuas representan el Océano, el Mediterráneo, el Garona, el Ródano y el Saona.—Pues no le faltará humedad al amigo cuando éntre, dijo Pelegrin. En España es mas seco el recibimiento.—Aquí teneis la sala de conferencias.—Magnífica y bella es por vida mia, dije yo.—Diga vd. buen amigo, preguntó Tirabeque: ¿y aquí es menester tambien tocar la campana para llamar á votar á los diputados cuando se quedan los bancos de-

siertos por estarse en conversacion y fumando cigarros en la sala?—¡Ah! perdonad contestó nuestro guia; yo no puedo satisfaceros á esa pregunta.»

Vése en aquel salon el retrato de Enrique IV con una inscripcion que dice:

«La violente amour
que j' aporte á mes sujets
m' á fait trouver tout
aisé et honorable.»

«El amor que hácia mis súbditos me arrastra con violencia, me ha hecho hallarlo todo honroso y fácil.»

En el testero de la sala hay dos estátuas doradas con una banda en que se lee: «*El 22 de enero.*» y debajo «*Napoleon en el cuerpo legislativo.*» En la parte superior se conservan una porcion de banderas; la mas desplegada era una española en que se leia: «*Fernando VII: voluntarios de.....*» Lo demas se ocultaba en los pliegues. Pregunté, y el conductor no supo darme razon. Le hice una indicacion de que me permitiese desenvolverla; él indicó tambien no estar muy dispuesto á ello; callé, la eché una mirada de sentimiento pátrio, me puse á examinar los cuadros de la Muerte de Sócrates, y la minoridad de Luis XIV, y á la voz de: «entremos en el salon de las sesiones si gustais,» «hubimos de seguir en silencio á nuestro conductor, no sin lanzar otra mirada á la bandera española.

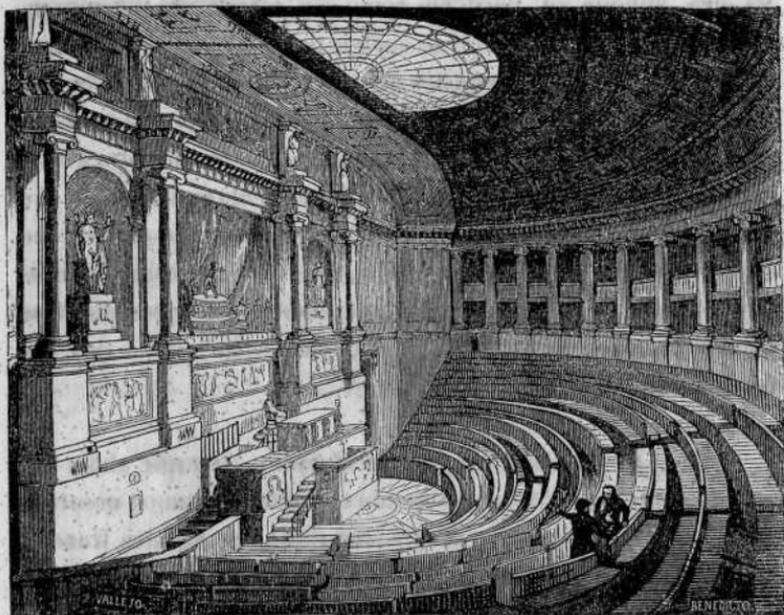
La sala de sesiones es de forma semicircular, ó mas propriamente de la figura de una concha, pequeña y muy recogida, á propósito para poder hacerse oír el orador de mas débiles pulmones: los bancos estan en gradería, ó sea en forma de anfiteatro, al respaldo de cada asiento está escrito el nombre del diputado que le ocupa: los cuatro bancos mas bajos y mas cortos son los de los ministros: en la parte estrecha del hemiciclo está colocada en alto la silla de la presidencia; debajo de ésta la tribuna del orador; en rededor de la parte ancha del semicírculo las tribunas públicas y reservadas; el salon recibe la luz por el techo. Un

magnífico y admirable cuadro, obra de *Mr. Cour*, llena la pared del testero. Representa la apertura de la sesión régia por Luis Felipe en 1830, y el juramento de la Carta. Encima se lee: «*Charte de 1830*» Todos los personajes de este bellissimo y sublime cuadro son retratos sacados del natural. «Ved allí al Rey. nos decia nuestro conductor, rodeado de la familia real: allí tenéis á Benjamin Constant: aquel es Mr. Guizot, ved á Dupont de l'Heure: allí está Molé: aquel del pantalon blanco es Mr. de Montalivet:—¡Oh! Guizot y Molé! exclamó Tirabeque, buen par de pájaros!—Oh diablo! repuso el guia: perdonad señor extranjero: vos no habeis comprendido: estos no son pájaros que son hombres: sin duda no mirais donde yo os señalo.—Si señor, sí, allí miro; sino que en España á los hombres que son como Guizot y Molé los llamamos *pájaros*.—¿Y porqué asi?—Nada, porque vuelan mucho con la imaginacion (*aparte*: á estos pájaros me habian de dejar á mi cortarles el vuelo).—¡Oh diablo! yo no lo sabia: ¿conque los llaman *pájaros*?—Si señor, pájaros, ó por mejor decir pajarracos.—¿Cómo, señor? *pacarácos*?—Si, monsiur pajarracos.—¡Oh, qué diablo de rareza!» y reia el anciano como un niño.

A la izquierda del gran cuadro se lee en grandes letras de oro: «LIBERTAD», y á la derecha: «ORDEN PUBLICO.» Debajo de la tribuna del orador hay un medallon con un busto de dos caras.—Oiga vd. monsiur; preguntó Tiraheque; este hombre de dos caras que está aquí es tambien el retrato de Luis Felipe?—Oh! perdonad; ¿no veis que no se parece en nada al de arriba? es el busto del dios Jano; leed á la izquierda: «*Pasado*:» ahora leed á la derecha: «*Porvenir*»—¿Y qué quiere decir eso?—Oh! esto significa que los legisladores para resolver con acierto deben mirar á lo pasado y al porvenir.—Pues allá, dijo Tirabeque, por lo general no se trata mas que de ver como se sale del dia,»

Dímonos en seguida á recorrer algunos bancos, y Tirabeque, tomándose una confianza como si la cámara de los legisladores franceses fue su propia celda, se iba sentando en los sillones que

mas en autojo le venian: y ¡oh misterioso instinto de las asentaderas de mi lego! Precisamente los diputados que despues en las sesiones de 10 de marzo último y de 6 del presente mes de abril se han esplicado mas en favor de España, *Mauguin, Berville, Durant de Romorantin, Glais Bizoin, Billaud, Odilon Barrot*, son cabalmente los que ocupan los asientos en que descansó momentáneamente mi Pelegrin.—¿Lo ve vd., señor, me ha dicho



lleno de júbilo cada vez que hemos leído ó recordado alguna de estas sesiones: una de dos, mi amo, ó yo tengo mucho instinto para conocer los diputados franceses que son buenos, ó yo dejé aquellos asientos impregnados de españolismo, ¡Vivan los diputados que se sientan donde estube sentado yo!—Sí, pero recuerda que tambien te sentaste en los destinados á Sault y Guizot.—Es que en aquellos, mi amo; me senté con mal fin, y vd. me disimulará que no le esplique, porque harto le penetrará vd.

Yo le reprendí entonces la libertad que se tomaba, no tanto por privarle de aquel gusto, cuanto por acreditar á nuestro buen anciano que reconocia estar abusando de su condescendencia. Ya íbamos á salir cuando le ocurrió á Tirabeque dirigirle de nuevo la palabra. «Diga vd., señor presidente, ó secretario, ó lo que vd. sea: ¿y aquí en este salon se gasta tanto tiempo en frusterías como allá en España?—Ah, perdonadme; ya os he dicho que no me es posible contestar á esas preguntas.—Pues vaya otra, aunque vd. perdone; como soy estrangero quisiera informarme de todo. ¿Y aqui se suelen pasar legislaturas enteras sin tratarse de los presupuestos del año como allá?—Oh! vos me haceis unas preguntas..!—¿Y por esta tierra se interpela todos los dias por cualquier cosilla?—Pelegrin, le dije no molestes á este caballero con preguntas de que prudentemente quiere huir. Yo os suplico tengais la bondad de dispensar las impertinencias á que conduce á este mi compatriota un exceso de curiosidad. Yo os doy las gracias por la amabilidad que habeis usado con nosotros y tengo el honor de saludaros.—Gracias, señor, yo os doy mil veces las gracias.»

Y nos despedimos.

Señor, me preguntó luego Tirabeque; ¿por qué daba tan rendidamente las gracias ese hombre, cuando éramos nosotros los que se las debiamos dar á él?—Sin duda por los dos francos que le dejé en la mano.—Mire vd....! ¿Con que tomó tambien los franquitos? Y le tenia yo por el presidente de la Cámara!—Yo tanto como eso nó, pero algo me temia ofender en ello la delicadeza de tan decente y respetable persona: mas he visto con satisfacion que he tenido la fortuna de no resentir en lo mas mínimo su amor propio.—Vaya, vaya, mi amo: está visto que los amores propios de aqui son muy duros, y no se resienten á dos por tres, aunque les dén de firme.

LA TUMBA DE NAPOLEON.

Nueve meses hacía poco mas ó menos que se habian depositado las cenizas de Napoleon en la iglesia del cuartel de los inválidos, y otro tanto iba que yo habia ejercitado mi gerundiana péñola en la descripción de un suceso acaecido en el acto de las exéquias fúnebres (1). Natural era, pues, mi deseo de visitar personalmente el sepulcro del grande hombre.

Ya le estoy viendo..... Dejarme; yo quiero que mis ojos se harten de mirar este féretro insigne. Contemplan vds. entretanto, si gustan (les decia yo á los que me acompañaban) las grandezas de este templo, obra maestra de la arquitectura francesa; yo no quiero ver mas que este sarcófago, este depósito precioso de los restos del mas grande mortal de los modernos siglos. ¡Cuántas águilas! ¡Cuántas banderas! ¡Cuántos trofeos de gloria anuncian á la entrada de la capilla el inanimado tesoro que encierra! Ya veo la urna cineraria. La espada de las mil victorias, el sombrero que cubria aquella cabeza privilegiada reposan sobre la tumba del héroe. El negro pabellon recamado de estrellas de oro que cubre sus paredes, la luz de las lámparas que alumbran aquella mansion lúgubre, todo convida á la contemplacion y al recogimiento religioso. Mi imaginacion quiso abarcar las glorias del ilustre difunto, y se paró asombrada, y no acertó á salir del estrecho recinto que servia de pábulo insaciable á los ojos. Solo un pensamiento de orgullo pátrio se atrevió á asaltarme en aquellos momentos: «¡y á este hombre! decia yo, ¡y á este hombre le humilló la España! ¡Oh! parece imposible! y sin embargo es cierto que le humilló!» Y no era extraño que á mí me pareciese imposible cuando á él mismo le habia parecido tambien.

La tumba de Napoleon gozará siempre de un privilegio

(1) Capillada 313, del 29 de diciembre de 1840, tomo 21, página 119.

que no han podido alcanzar las de todos los demas grandes hombres, el de no necesitar de inscripcion alguna que indique quién es el mortal que en ella descansa. En aquel mismo templo, en una de las capillas laterales, se halla entre otros el sepulcro de mármol del mariscal de Turena. Solo un nombre se vé grabado sobre su tumba: él solo puede espresar por sí mismo toda su gloria. Pero al fin ha habido necesidad de inscribir su nombre. ¿Será necesario jamás escribir el nombre de Napoleon sobre su sepulcro? Por muchos siglos que corran, ¿quién se llegará al templo de los Inválidos que necesite leer: «esta es la tumba de Napoleon?» Ni aun pudiera aplicársele el famoso epitafio del grande Alejandro:

«*Sufficit hic túmulus cui non suffecerat orbis.*»

«Basta ahora este túmulo á quien no habia bastado el orbe entero.» Pues ni aquel túmulo basta á Napoleon: es pequeño todavía para hombre tan grande.

Aquel, que hasta ahora está en una de las capillas colaterales de la iglesia, es provisional: el sitio destinado para otro monumento mas grandioso, mas digno todavía del héroe, es el punto céntrico del templo. Yo vi en la esposicion de la Academia de Nobles Artes los innumerables modelos ó proyectos presentados por los artistas mas distinguidos: el de Mr. Vizconti parece que es el que ha merecido la preferencia: la gloria de Mr. Vizconti se eternizará con la de Napoleon. He aqui otro privilegio de los grandes hombres, arrastrar tras su gloria la gloria de los artistas.

Cuando Tirabeque se acercó á la capilla de la tumba, se arrodilló, se persignó, y se puso á rezar muy fervoroso.—«¿A quién rezas, hombre? le pregunté.—Señor, me respondió, rezo *al santo sepulcro*.—No me admira, le dije riéndome, porque verdaderamente esto inspira una devocion religiosa tanto como una admiracion profana. Y bien, ¿qué es lo que pides en tus oraciones? Supongo que pedirás á Dios la gloria para Napoleon.

—No señor, Napoleon bastante gloria tiene ya. Pido á su divina magestad que nos haga la merced de enviar á España siquiera un medio Napoleon.... pero ha de ser español, mi amo, sinó no le quiero: para ver si llegamos algun día á ser algo, porque de otro modo.....—Eso ya es otra cosa: en ese sentido reza cuanto quieras; lo peor será que pidas sin fruto.—Tál me temo yo, señor, porque ya otras veces le he pedido á Dios lo mismo, y hasta ahora no le he merecido contestacion, pero en fin en rezar poco es lo que se pierde, «Padre nuestro....



LOS INVALIDOS.

Concluida la oracion de Tirabeque, nos dirigimos á la parte del edificio destinada para asilo de los guerreros inutilizados en campaña. Nada diré de la grandeza material del *Hotel Royal des Invalides*, de aquel vasto recinto, refugio del valor, de la gloria y de la desgracia; ni de la estátua ecuestre de Luis XIV que descansa sobre el grande arco adornado de trofeos militares de la entrada principal, ni de las estátuas de las naciones vencidas, ni de las columnas jónicas, ni de las arcadas, ni del famoso cuadrante sostenido por el Tiempo y el Estudio, ni de los planos en relieve de las principales plazas y ciudades de Francia, ni de otras cien obras de escultura que le adornan. Hablaré solo de aquellos cuatro ó cinco mil veteranos, cuyos mutilados miembros y antiguas cicatrices, junto con las cruces de honor que ostentan en sus pechos, inspiran veneracion y respeto hácia los valientes que se sacrificaron por su patria, y que por merecido premio de su valor y sus virtudes disfrutan ahora de los consuelos que un gobierno sabio y compensador ha sabido proporcionarles dentro de aquel grandioso edificio.

Entre ellos hay todavía muchos soldados del Imperio. Con noticia de que éramos españoles se llamó á uno que habia perdido un brazo en la batalla de Talavera. Este antiguo guerrero manifestó mucho placer en ver á dos naturales de un país que habia sido el teatro principal de sus campañas, de sus glorias y de sus infortunios. Se complacia en hablarnos en mal chapurrado español, y nos acompañó en la visita de los dormitorios y de los comedores. Era la hora de comer, y esto nos proporcionó el gusto de poder atestiguar el buen trato que reciben en aquel establecimiento. Comian de cuatro en cuatro en cada mesa. El aséo en el servicio competía con el aséo en el vestir.—«¿Y como están vds. ahora en España en punto á este ramo? nos preguntó el veterano.

—A pedir de boca, le contestó Tirabeque.—Mucho me alegro, replicó el francés.—Es que no crea vd., añadió Pelegrin, que este *pedir de boca* significa hoy día lo mismo que cuando vd. estuvo en España. Ahora significa que los inutilizados en la guerra andan de puerta en puerta *pidiendo* que llevar á la boca.—¿Será posible? ¿Pues no hay todavía en España ningun cuartel de asilo para los inválidos?»

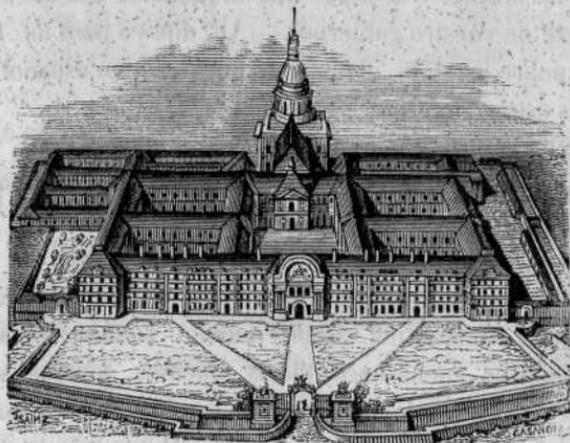
Entonces tomé yo la palabra y le dije: «sí, ya le hay; en Madrid, en el que fué convento de Atocha, ha fundado uno el ilustre duque de Zaragoza, general Palafox.—¡Oh! ¿vive todavía el general Palafox?—Vive, sí; á su celo se debe la creacion y el sosten de aquel establecimiento.—¡Oh, el general Palafox! ¡Zaragoza, Zaragoza! Tambien estube yo allí. ¡Oh! monsieur Palafox era un general digno del emperador. ¿Y hay tantos inválidos en aquel hotel como aqui?—Sobre corta diferencia, dijo Tirabeque; sobre unos cuatro mil ó cuatro mil quinientos.—Muy bien; hay casi tantos como aqui.—Es que son cuatro mil quinientos de diferencia.—¡Diablo! Eso es muy distinto. Y estarán bien sostenidos por el Estado.—Sí, bastante bien. Pero allí la caridad lo hace todo: se suelen abrir suscripciones, y se hacen tambien algunas funcioncillas en los teatros y en los liceós á beneficio de los inválidos, y con un poco de aquí y otro poco de allí van saliendo del día los pobrecitos.—Oh! eso es una iniquidad es una abominacion de la parte de vuestro gobierno.—¡Ah! dije yo para mí: no sabes tú bien, pobre inválido, el mal rato que dan á un español amante de su pais estos recuerdos y estas comparaciones.»

Un antiguo oficial nos condujo despues á las cocinas, y en seguida nos enseñó.... lo que á Tirabeque le causó una esplicable sorpresa que degeneró en mal humor; y á mí no me le produjo tampoco muy bueno, por esto de las comparaciones y los recuerdos que no se pueden evitar. Nos enseñó el servicio de mesa para los gefes y oficiales del establecimiento. Todala vajilla era de plata: cubiertos, cucharones, platos, fuentes, soperas, salseras, palilleros y todos los demas utensilios de plata: ¡y esto para doscientos, ó trescientos ó mas oficiales! Creo que esto bastará por

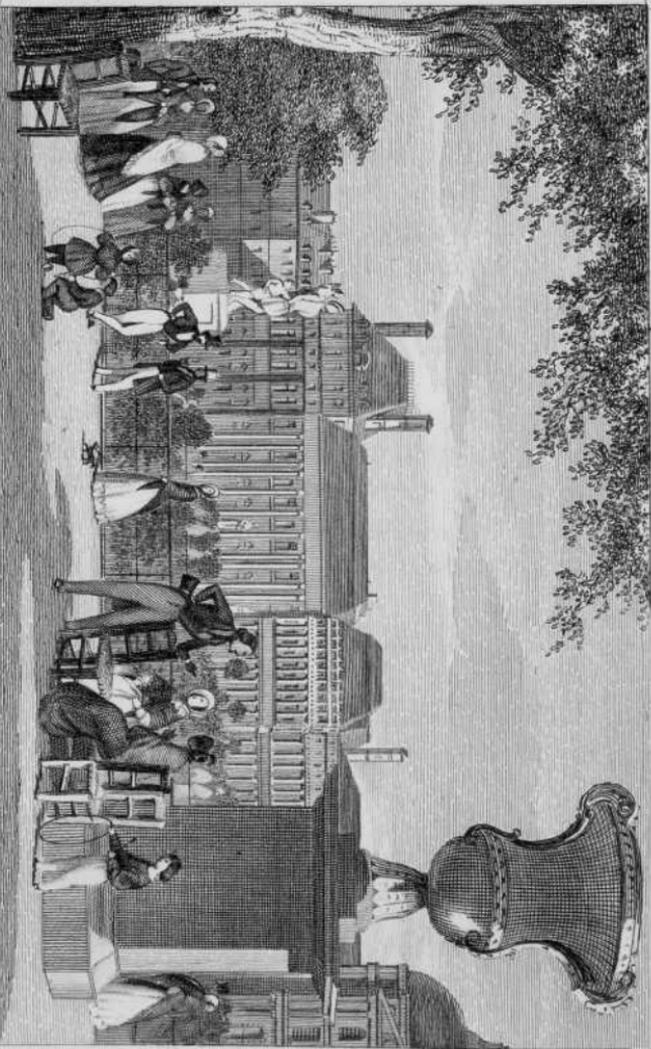
sí solo para escusarme de dar otros pormenores del estado de brillantez del cuartel de Inválidos de París.

Otra cosa sin embargo no puedo dispensarme de mencionar, por mas que en ello padeciese entonces y padezca ahora el amor pátrio, la cual no me fué menos sorprendente. Es la biblioteca del establecimiento, compuesta de veinte mil volúmenes, que está abierta todos los dias de trabajo desde las 9 hasta las 3, para instruccion, entretenimiento y recreo de los..... iba à decir, de los desgraciados inválidos, pero diré mejor de los afortunados, pues como observaba mi buen lego, vale mas ser soldado sin piernas en Francia que soldado con todos los miembros sanos y corrientes en España.—Señor, vámonos de aquí cuanto antes, añadia, porque se me están representando los defensores de nuestra pátria pidiendo limosna por las esquinas, y si nos detenemos un poco he de tener que decírselo á estos hombres por desahogarme, y bien sabe Dios que sentiré que lo sepan.»

Yo conocí la razon con que me apremiaba, porque precisamente experimentaba las mismas sensaciones, y dando gracias á aquellos beneméritos guerreros por su agasajo, salimos del *Cuartel de Inválidos*



TULLERIAS



Madrid

Madrid

Con permiso de Suo Felipe rey á entrarme un rauto por su casa y á regocijara
lo que tiene en ella."

LAS TULLERIAS POR DENTRO.

Con permiso de Luis Felipe voy á entrarme un rato por su casa y á registrar lo que tiene en ella. He dicho mal, porque no obtube el permiso de Luis Felipe, puesto que él no se hallaba á la sazón en París; pero obtube el del intendente de palacio, y *ce m' etait egal*....

Entro pues, por el arco de triunfo de la plaza del *Carrousel*. Llámase *Plaza del Carrousel* á un vasto paralelogramo, ó sea un dilatado espacio cuadrado dividido por una gran berja de hierro, que dá entrada á un patio dentro del cual pueden maniobrar quince mil soldados. Este patio antecede por la parte de Oriente al Palacio de las Tullerías. En la plaza del *Carrousel* fué donde estalló el 24 de diciembre del año 1800 aquella espantosa *máquina infernal* que se descargó contra Napoleon al tiempo que se dirigia á la ópera, siendo primer cónsul de Francia, y que conmovió cincuenta casas que despues fueron demolidas. Por la parte del *Carrousel* fué tambien por donde se atacó principalmente al palacio de Tullerías en la famosa y sangrienta jornada del 10 de agosto de 1792, los agujeros que abrieron en las paredes las balas de los asaltadores fueron cubiertos con piedras sobre cada una de las cuales se escribió «10 de agosto.» Bonaparte hizo borrar despues estas inscripciones, pero aun se distinguen las piedras en que estubieron.

Sobre el *arco de Triunfo* hay una estatua de la Restauracion, en bronce tirada por cuatro caballos de la misma materia. El grupo es imperfecto y los caballos parece que pertenecen á dos distintos partidos políticos, pues dos tiran por un lado y dos por otro. Antes habia en el arco unos bajos relieves que representaban *los gloriosos hechos del duque de Angulema en España*. Han sido destruidos, y esta destruccion es la mejor obra que se ha hecho en aquel arco.

Desde aquel gran patio se abraza de un golpe de vista los cinco estensos é irregulares cuerpos de que se compone el palacio de las Tullerías. No hay nada que represente mejor la marcha de nuestra última revolución española que las fachadas de aquel palacio. Nuestros gabinetes y aquellos arquitectos, unos y otros han edificado sin unidad de plan; no hay un cuerpo del edificio que se parezca al otro; los órdenes de arquitectura están confundidos; cada profesor parece que ha hecho estudio de seguir el sistema opuesto al de su antecesor, y que la obra ha sido dirigida por un espíritu de antipatía y de contradicción, viniendo á resultar un todo heterogéneo, irregular, feo, y desagradable.

Así me decia, á mi Fr. Gerundio, un diplomático español que me acompañaba, y cuyo sistema gubernamental aun no ha sido ensayado.—«Verdad es, le dije, pero hay una diferencia de nuestros gobernantes á estos arquitectos; y es que estos en medio de la ninguna armonia de sus sistemas, al fin cada uno siguió el suyo, cada uno edificó algo, y resultó un todo, si bien imperfecto y discordante, pero vasto, cómodo y anchuroso para la vivienda de un gran monarca; mientras los nuestros ó no han tenido sistema, ó no han edificado nada, ó se han ocupado de destruir lo que habian hecho sus antecesores, y el resultado es que el edificio de nuestra regeneracion no ha podido salir de cimientos.»—El diplomático se encogió de hombros bajó la vista y.... «entremos, me dijo, si á vd. le parece.»—Cuando vd. guste» le respondí; y entramos por la puerta de la derecha.

Pero antes de todo no será malo explicar á mis lectores la etimología y significacion del nombre de *Tullerías*, porque entre ellos los habrá que pueden haberlo olvidado de puro sabido, y los habrá tambien que absolutamente lo ignoren. Para los últimos es este parrafillo, los primeros pueden proceder desde luego á la lectura del siguiente.

El terreno que ocupa hoy el palacio de los monarcas de Francia fué en lo antiguo una *tejera ó tejeras (tuileries)* que surtian de tejas á casi todo Paris. Este terreno fué comprado en 1342 por

Déssessats y Villeroy, que construyeron en él dos buenas casas con patios y jardines. Andando el tiempo adquirió Francisco I aquellas posesiones por permuta, y sobre las ruinas de aquellas dos casas hizo Catalina de Médicis, muger de Enrique II, levantar un palacio para los reyes, que con el tiempo y á retazos y añadiduras se fué agrandando hasta lo que es hoy, conservando siempre el humilde nombre de Palacio de las *Tuileries* ó de las *Tejeras*.

Lo primero que ví en el palacio de Luis Felipe fué una *Amaltéa* de plata. Tirabeque que sabia ya desde España lo que significaba la señora *Amaltéa*, me comenzó á decir: «Señor en un palacio donde lo primero que se encuentran son cuernos de plata, y donde la señora *Matea* como yo la llamaba cuando era mas lego que ahora, empieza derramando riqueza, ¿qué tal será lo demas?—Calla le dije, temiendo que empezára á comprometerme con sus indiscreciones: cuando dimos vista á la escalera principal, ¿no viste en la primera meseta dos estátuas del *Silencio*?—Si señor.—Pues estas te quisieron decir que aqui lo que se hace es oír, ver y callar.—Es que hablo en español, mi amo.» El diplomático se echo á reír, y entramos en la sala de los *Mariscales*, que ocupa todo el pabellon del centro.

Esta sala está rodeada de retratos en cuerpo entero pintados al óleo de los *Mariscales* de Francia que actualmente existen.—Señor, me preguntó Tirabeque al oído; ¿quién será aquel de la cara de pocos amigos?—*Le voilà*, dijo al mismo tiempo el dependiente que nos guiaba, *le Marechal Soult*.—Ya lo oyes, Pelegrin, el mariscal *Soult*.—¿El compañero de *Guizot*?—El mismo, el actual ministro de la Guerra.—El habia deser, señor: ¿cómo se ha de portar bien con los españoles un hombre que tiene esa cara de vinagre?—Calla, maldito.—Y para que sea mas bonito le ha hecho el pintor una pierna mas larga que otra.—Pues qué ¿no sabes que el mariscal *Soult* es cojo como tú?—Vaya por Dios, señor: ¡por cuánto no me habia yo de parecer á cosa buena!—Rodea la sala un balcon sostenido por consolas, y del lado del jardin hay una tribuna sustentada por cariatides ó estátuas en

figura de muger.—Pasemos, si gustais, nos dijo nuestro aúlico conductor, *al salon de los Nobles.*»

Lamábase antiguamente esta sala *de los Guardias*. Cuadros magníficos que representan batallas, marchas militares, triunfos y victorias decoran en derredor este salon. Sigue el llamado *de la Paz*, por una estatua colosal de la *Paz* que le adorna, además de los bronceos, bustos, preciosos vasos, ricos muebles y soberbia araña que le embellecen. Contigua está la sala *del Trono*, donde el rey recibe los embajadores. La araña que cuelga del medio del techo es de una belleza extraordinaria; cubre sus paredes una finísima tapicería de los Gobelinos; en sus ángulos hay unos candelabros soberbios; en el pafion se vé á la Religion protegiendo la Francia.—«Este salon lo reconocerá vd. bien,» le dije á nuestro diplomático.—Algunas veces, me respondió, he tenido la honra de hablar en él al rey.—Pero no habrá vd. tenido la honra de sentarse en su trono, nos dijo á este tiempo Tirabeque.—En verdad que no.—Pues yo sí.—¡Cómo!—Como vds. lo oyen. Mientras vds. estaban vueltos de espalda con este Monsieur, entretenidos en ver uno de estos tapices yo me fuí acercando, acercando, como que no hacía nada al sillón, y... pláf, me senté en él, y me volví á levantar mas listo que un pensamiento. Tengo el honor de haber estado sentado en el trono de Luis Felipe.—Atrevido! ¿Y si te hubiera visto este ujier...?—Señor, punto en boca no lo oiga el rugier; acuérdesse vd. de las dos estatuas del Silencio: aqui oír, ver y callar.»

Trabajo nos costó reprimir la risa, porque no viniera en sospecha ó conocimiento nuestro conductor. Pero ello es que mi Pelegrin tuvo el desvergonzado honor de sentarse en el trono de Luis Felipe, cosa que se puede asegurar no le habrá sucedido á otro lego alguno.

Y bien, le decia yo después que salimos, ¿qué tal encontraste el asiento?—Señor me respondió, pienso al revés de Luis Felipe: porque á mí me pareció que estaba lleno de espinas, y era sin duda el miedo de que me vieran en él el que me picaba, y me estremecí todo, y no deseaba mas que dejarle y á Luis Felipe:

debe parecerle muy blando y muy mullido, y su único sentimiento debe ser no poder ir sentado en él al otro mundo.»

A la sala del *Trono* sigue la sala del *Consejo*, brillante en dorados, pinturas y esculturas. Sobre una lujosa chimenea hay una magnífica péndola de Lepanto. A la estremidad de los grandes departamentos está la galería de *Diana*. Una oportuna combinación de espejos dá un brillo y una claridad extraordinaria al gran salon del *Comedor*. Las salas del *Concierto* y del *Villar* son notables por el gusto y elegancia de sus esquisitos muebles. Detrás de estos departamentos, y á la parte del jardin están las habitaciones del rey: la sala de labor donde el monarca recibe de confianza por la noche, mientras la familia se entretiene modestamente en hacer calceta y otras labores de manos al rededor de una gran mesa redonda cubierta con un paño verde, y las habitaciones de dormir.

Yo me detube á curiosear un poco la *Biblioteca particular* del rey. En los pequeños momentos que nos permitia la viveza ó la prisa de nuestro guia pude atisbar las obras de *Voltaire*, de *Montesquieu*, y de *Racine*: la *Historia de las revoluciones*: un *Tratado del gobierno*, y la *Historia de España*.—P. Fr. Gerundio, me decia nuestro diplomático, no tiene malas obras en que estudiar el hermano Luis Felipe.

—Por parte del estudio, le respondi, no tengo yo cuidado: la dificultad está en las obras.—Eso es lo que digo, que las obras son buenas.—Mi cuidado, le repliqué, no está en las *obras escritas* de los autores, sino en las *obras prácticas* del que las lee. Estas *obras* son las que yo quisiera buenas.»

En la sala de *Consejo*, alli donde tantas veces se habrá decidido la suerte de las naciones, llamó muy particularmente la atencion de Pelegrin un cuadro que está á la izquierda de la entrada. Es un preciosísimo cuadro de perspectiva que representa una comunidad de frailes en refectorio. Es de lo mas acabado en su género que jamas he visto: las figuras parece que hablan, que se mueven, que comen. Tirabeque se embelesaba contemplando la naturalidad de los legos que servian á la mesa, susci-

tándole las mas vivas reminiscencias de iguales menesteres en que tantas veces se habria ejercitado. Por otro lado decia: «señor, ¡un refectorio de frailes en una sala de consejo! ¿qué querrá decir esto, mi amo? ¿si querrá significar que los que aqui se juntan á disponer de los reinos y de las naciones son tan egoistas como los frailes, y que todos ellos no cuidan mas que del número uno?—No creas tal, Pelegrin, le dije, será casualidad no mas.»

No quisimos ser mas molestos, y tomamos el camino de la salida. La *capilla* no tiene cosa alguna notable, igualmente que el *teatro*, aunque lindo y bien compartidas las localidades. El palacio de Tullerías en su conjunto no deja de ser digno del monarca de un gran pueblo, si bien hay otros que aunque no tan vastos reúnen mas bellezas y mejor gusto que aquel.

LOS CAMPOS ELISEOS.

Señor Píndaro, vd. ha padecido una equivocacion. Señores Homero y Esiodo, siento mucho tener que rectificar á vds. señor Platon vd. era muy sabio, pero tambien los sabios la yerran. Sr. D. Dionisio el geógrafo, mi ánimo no es ofender á vd; pero no puedo menos de decir á vds., señores, que tanto vds. como otros respetables autores que nos han dicho y enseñado, los unos que los *Campos Eliseos* eran un lugar de placer á donde pasaban las almas justas despues de su muerte á gozar de un continuo jolgorio: los otros que estaban en la cuarta division del infierno, los otros que en la luna, los otros que en el centro de la tierra, los otros que en las islas Afortunadas, y los otros que entre Sevilla y Jerez de la Frontera, todos se han equivocado vds. de medio á medio, y dispénseme vds. que les hable con esta franqueza. Los *Campos Eliseos* están en Paris, y nadie me lo puede negar porque los he visto yo. Y no solo los he visto, sino que mas de cuatro veces ha paseado mi humanidad reverenda por aquellas

larguísimas y frondosas carreras de árboles que van de la plaza de la Concordia hasta el Arco de la Estrella, y que llaman *Campos Eliseos*.

Si todo es farsa en este mundo, como dice, y creo que con mucho fundamento, el castellano refran, los *Campos Eliseos* de París deben ocupar exactamente el punto céntrico del mundo, porque ellos son el centro de la farsa y el foco de los farsantes *cujusque générís et speciei*.

Para gozar de lleno del divertido, variado y extravagante espectáculo que ofrecen los *Campos Eliseos* es menester verlos ó en una noche apacible de verano ó en una mañana despejada de otoño. Si es de noche, le dan nuevo realce y contribuyen á aumentar la ilusion los innumerables faroles nacionales de gás que iluminan el paseo en toda su larga estension, los infinitos otros farolillos de propiedad particular que alumbran la mesa ó tienda de cada farsante, y las inenarrables aventurillas nocturnas que *ab utroque látere* tienen lugar, como puede suponer el curioso lector. Si es de dia, se disfruta al mismo tiempo de la animacion que dá al espectáculo el paso continuo de toda clase de carruages de lujo, los elegantes que concurren con el objeto de lucir sus cuerpos y sus caballos, y los cochecitos tirados por cuatro ó seis cabras con sus competentes arreos y penachos de color en que se pasean los niños por el módico alquiler de diez ó doce sous por cada vuelta. Todo farsa.

Pero esta es la parte mas insignificante de aquellos nuevos *campos de Farsalia*. Es de ver el enjambre de titiriteros, saltimbanquis, charlatanes, embaidores y farsantes de todas las especies, castas y raléas conocidas que pueblan aquel dilatado paseo. Aqui un corrillo de curiosos admirando embaucados la destreza de un jugador de cubiletes: alli otro corro entretenido con las gracias de un polichinela; allá un numeroso auditorio embelesado con la parodia de un vaudeville; mas adelante un estenso círculo estasiado con los esperimentos de una máquina eléctrica; al lado una turba de muchachos regocijados con las habilidades de un perrito; acá un grupo recreándose en ver los juegos de fuerzas



de los Alcides; en seguida una rueda de gentes al rededor de la rueda de la fortuna; allí inmediato una muchedumbre rodeada al juego de la bola; y aquí un corro, allí otro corro, y acá otro corro, y allá otro corro, y mas adelante otro corro, y mas allá otro: porque aqui hay un viejo que convierte las estopas en cintas de colores dentro de la boca, y allí hay un jóven que baila el baile inglés, y acá hay dos niñas de ocho años que tocan dos violines á duo, y allá hay uno que publica sobre una mesa las virtudes de un elixir de larga vida, y mas adelante hay un hombre sin brazos que escribe con la boca como el mejor pendolista, y mas allá hay otro que se mete en el pecho una culebra domesticada, y á la izquierda hay un ventrílocuo, y á la derecha una muger bailando en la cuerda floja al son de un organillo.

De trecho en trecho están los teatros portátiles, especie de cajones destinados á las representaciones escénicas de dos gatos ó de un gato y un mono, con sus correspondientes rótulos á la

portada que dicen: *Gran teatro de Regnault: Gran teatro de Mr. Lambier*, etc. Y de cuando en cuando suele oirse, como oí yo, á uno de estos empresarios de teatros decir con mucha gravedad: «¿qué valen las representaciones de *Mr. Lambier*, ni las de *Mr. Fouccard*? ¿qué vale el gato de *Mr. Moulins* comparado con el mio? mirad qué bien vestido le tengo; venid á ver sus habilidades.»

Aqui los juegos de caballos, allí el juego de la paloma, acá el de las bochas, allá el de la cerbatana, y aqui y allá y por todas partes se oyen los disparos de los que se ejercitan en tirar al blanco á cuatro sueldos el tiro.

En los *Campos Eliseos* está el *Circo Olimpico nacional* dirigido por Franconi (que de paso sea dicho es uno de los locales de espectáculo mas bellos y mas grandiosos que tiene París); allí se encuentran los salones de baile titulados de *Marte* y de *Flora*: allí el *Diorama nacional* en que se representan *el gran incendio de Moscou*; allí el *Navelorama*, en que se ve la isla de Santa Elena y el acto de salir las embarcaciones surcando los mares con las cenizas de Napoleon: allí el *Cosmorama*, y el *Neorama*, y el *Panorama*, y todos los acabados en *rama*, y todo lo que pertenece al *ramo* de la farsa escénica y de la titiritaina y del embaucamiento, aumentado con la vocinglería de los charlatanes vendedores de estampas y de libros, que con uno en la mano levantando el brazo y enseñándole á los concurrentes, «hé aqui, dicen, el libro misterioso que se encontró debajo de las murallas de la gran ciudad del Cairo cuando fue conquistada por el gran Napoleon; él ha sido traducido de oculto por el hombre mas sabio de la Francia y no ha quedado ya mas que este ejemplar que es muy rebuscado; el que no quiera quedarse sin este libro precioso que se apresure porque me le estan arrebatando de las manos: en diez sueldos le doy.» Y bien puede darle en diez sueldos, y aun en uno, porque son unos cuentos tontos para entretenimiento de niños, que nadie ha podido tener paciencia de leer enteros jamas.

Y á este simil son tantas las farsas y las estravagancias que se



ven en los *Campos Eliseos*, en cualquier noche apacible de verano ó en cualquier mañana despejada de otoño ó de primavera, que bien puede decir que tiene la cabeza de bronce el que las primeras veces no salga de allí con el cerebro trastornado.

Todo esto lo ve cualquiera, pero lo que no habrán visto todo es cierto establecimiento de *doscientas figuras de cera* que hay al extremo de los *Campos Eliseos*, á la derecha ya cerca del arco del Triunfo. Entren vds. conmigo que no cuesta mas que seis sueldos.

Gran cartelón. Un jóven y una jóven (de cera por supuesto) unidos y metidos en un cesto, anuncian á la parte exterior de la puerta que por allí se entra al gran establecimiento ceroplástico. El significado de aquella *cópula nefanda*, como llamó uno de nuestros diputados la alianza carlo-cristina, no le pude averiguar. Un enjuto anciano, el hombre-oblea recortado en pergamino que dice nuestro Fabiani en la comedia *Los polvos de la madre Celestina* es quien nos va esplicando las figuras, menos la

suya que es indefinible, y no admite esplicacion. La leccion la sabe de corrido, y charla como un cotorro sin hacer punto ni coma: oigamos al hombre papagayo.

«Señores, estos de la derecha todos son mónstruos; esta es una ternera con dos cabezas: estos son dos niños unidos por el pecho: estos son dos hombres pegados tambien por medio de ese tubo que vá del pecho del uno al del otro: estos son tres enanos gemelos.... esta es una muger que fué gefe de bandidos en Suiza.... esta otra fué guillotizada en Burdeos.... este es el ladron Elavide.... este grupo representa lo siguiente: los amores de *Piramo* y *Thisbe*, el bautizo del *Duque de Paris*, la hermosa *Galatea*, el ciclope *Polifemo*, *Mademoiselle Rachel*, *Mademoiselle Taglioni*, y el famoso *Bébé*, enano del rey de Polonia Estanislao.»

—¡Ira de Dios! dije para mí, y que mescolanza mas prodigiosa y qué galimatias mas insigne; Parecióme una de las décimas de despropósitos de Iriarte reducida á figuras de cera; y púseme naturalmente á cantar por lo bajo:

Tocando la lira Orfeo,
y cantando Jeremias,
bailaban unas folías
los hijos del Zebedeo:
viendo esto el dios Himenéo
llamó á la casta Susana....

—Ah, *la casta Susana* (me interrumpió el hombre-oblea,) *la voici*, aqui teneis á la casta Susana al lado del Arzobispo de Paris, este es *Monsieur* el arzobispo, esta la casta Susana.»

Yo reia como un simple, y sentia no tener allí siquiera otros tantos compatriotas como eran las figuras de cera para tener el gusto de celebrarlo juntos.—Decidme, amigo: ¿y quiénes son estos personajes que están sentados al rededor de esta mesa en forma de cenáculo?—¡Oh! estos son personajes muy famosos: aqui teneis á Luis Felipe, actual rey de los franceses: este es el trágico Talma: esta doña Maria de la Gloria: este don Miguel de Portugal: esta la reina Cristina: esta Isabel II: esta es una Lilli-

putiense....—¿Cuál decís que es Isabel II? ésta?—Perdonad- esa es la Lilliputiense: la reina Isabel es esta.—¡Pobre Isabel II! infamemente retratada está en la Guia de forasteros española de este año 42, pero voto á mi padre San Francisco que aquello era una heregia real de cera. Si hubiera estado allí Tirabeque es imposible que se hubiera contenido sin soplar al hombre-pergamino un sepan-cuantos.



—«Proseguid, buen hombre, proseguid.—Este es Guillermo IV de Inglaterra: esta la reina Victoria: estos son cuatro *paradistas* (farsantes) estos dos son el rey y la reina de los Belgas: este es el emperador de Rusia: este el príncipe don Francisco de España....—¿Y no está por aquí don Carlos?—Aquí le teneis separado de la mesa con Abd-El-Kader.... esta figura de la izquierda es la muerte del Mariscal Lannes, ved aquí á Napoleón espirando....—Bien, bien, no me enseñeis mas; en lo úni-

co que habeis estado acertado es en colocar á don Carlos y á Abd-El-Kader juntos y sin participacion en la mesa.»

En mi vida ví mas disparates reunidos y congreso de reyes mas de Carnaval: á no ser por la esplicacion del hombre enjuto se hubiera tenido por una comida de hosteria. El que dude de la exactitud de los personajes y de su colocacion no tiene mas que ir á París y verlo. Sin embargo los farsantes franceses tienen la desfachatez para esponer esto al público.

Omito en beneficio de la brevedad otras muchas farsas de los *Campos Eliseos*, pero creo que basta esta ligera reseña para deducir, que si todo es farsa en este mundo, los *Campos Eliseos* de París deben ocupar el centro del *mundo farsálico*.

TEMPLO CALVINISTA.

A pesar de la libertad de cultos en París como en toda la Francia, la religion dominante, asi en la capital como en la mayor parte de los departamentos es la católica romana, si bien en las provincias del mediodia está mas arraigado y estendido el catolicismo que en las del norte, donde el protestantisimo, sin ser el dominante, cuenta muchos mas prosélitos que en el mediodia. En París los templos católicos son innumerables, los no católicos pueden recorrerse en pocos dias.

Yo aconsejaria á todo español curioso que no dejara de visitar la *Capilla de la embajada rusa*, sita en la *Rue Neuve de Berry*, número 4, á la derecha de los Campos Eliseos, cerca del establecimiento de figuras de cera descrito en el articulo anterior. Pero le aconsejaria tambien que no hiciera falta entre diez y once de la mañana, pues si algo mas tarde fuese se espondria á hallar frustrada su curiosidad, como me acaecio á mí que hu- be de perder tres mañanas dominicales seguidas (pérdida no poco lamentable en París) para lograr en la cuarta asistir á los ofi- cios del culto griego que se dá en aquella capilla. La novedad

del rito, tanto por la parte del sacerdote como del pueblo, como tambien del ornato y forma de aquel pequeño oratorio, merece bien la pena de consagrar al objeto un par de horas matinales, que no exige menos la distancia á que se halla la capilla del centro de la poblacion.

La principal *Sinagoga de los israelitas*, en la calle de nuestra señora de Lazareth, merece tambien ser visitada en la tarde de un sábadó cualquiera. El templo de los *luteranos* ó *protestantes de la confesion de Augshurgo* en la *rue des Billets*, donde se hace el servicio alternativamente en francés y en aleman llama la atencion por una gran cruz de madera colocada en la pared del frontal, único signo y único adorno que hay en todo el templo. A mí me tocó ver los oficios en aleman, y como era peregrino en el idioma, aun cuando percibí que se cantaban los salmos 119, 144, 120 y 29, hube de contentarme con el *Christenthum* arriba y el *Christenthum* abajo, y perdone el señor Lutero que tan rápida y superficialmente pase por el culto que el fraile de San Agustin regaló á la iglesia, un fraile de San Francisco en cuya educacion no entró por desgracia el estudio del aleman; y si no quiere perdonarme, no piense el atrevido innovador que de rodillas se lo he de suplicar.

Reservo para articulo aparte el culto de la iglesia *francesa del Faubourg-Sain-Martin*, por ser el mas nuevo, el mas curioso, el mas notable, el mas digno de ser conocido de cuantos he hallado, incluso los infinitos que ví despues en la Holanda y Alemania, hormigueros de sectas ó religiones; y éntrome por ahora en la iglesia *Calvinista* de la calle de *Saint-Honoré* llamada el *Oratorio*, antiguo nombre que conserva todavia.

El señor Calvino, á juzgar por sus sectarios franceses, debió ser hombre muy atento, urbano y politicon. Lo primero que se lee en una tablita es: «*on invite á s' asseoir*: se invita á tomar asiento.» Otra hay que dice: «*toutes les sieges sont libres après les comandements*: todas las sillas son libres despues de los mandamientos.» Y en otra se lee: «*on ne paye rien pour le sieges*: nada se paga por las sillas.» Esta generosidad calvinista de los

asientos *gratis* debería avergonzar á los católicos franceses, que así especulan con los asientos en las iglesias como pudieran especular con los *stalles* de los teatros.

Las señoras calvinistas hacían al entrar una profunda reverencia, y meditaban algunos minutos *inclinato capite*. En el cuerpo de la iglesia, frente al púlpito, había una mesa cubierta con lienzos, lo cual dió ocasion á que Tirabeque preguntára si los calvinistas acostumbraban á comer allí, y que supongo yo contendría las materias de la comunión bajo las dos especies. El sacerdote desde la cátedra, alternaba sus reflexiones y comenta-



rios sobre algunos lugares de la sagrada escritura con el canto del pueblo que entonaba los versos de los salmos en el turno que les señalaban las tablillas indicadoras de la órden del día. Los salmos estaban perifrasedos en versos franceses, puestos en una música sencilla: cantábanlos á coro todos los concurrentes cada uno con su libro ó salmodia en la mano: he aquí algunos

que pude leer en el de la señora que estaba delante de mí. El primero es el primer versículo del salmo 84, que dice en latin.

*«Quam dilecta tabernacula tua, domine virtutum:
Concupiscit et déficit anima mea in atria Domini.»*

La paráfrasis francesa decia:

*Roi des Rois, eternel mon Dieu.
Dieu, que ton tabernacle est un lieu
sur tous les autres aimable:
mon cœur languit, mes sens ravis
ne respirent que ton parvis
et ta presence adorable.*

Que con permiso del P. Scio y del señor Torres y Amat podria traducirse en español:

¡Cuán amables, ¡oh Dios! y cuán amados
me son tus tabernáculos sagrados!
Mi alma desfallece á los encantos
de contemplar, señor, tus atrios santos.

Otro versículo de los que oí cantar y que he podido retener decia:

*Le jour de l' homme á l' herbe se compare
dont á nos yeux la campagne se pare,
qu' un peu de temps á vu croître et mourir,
et que soudain de l' aquilon battüe
tombe et se fane et n' est plus reconnüe
même du lieu qui l' á vu fleurir.*

Que con la misma licencia podria traducirse;

«Los dias del hombre son como la yerba de que vemos adornarse la campiña, que en breve tiempo crece y muere, y azotada despues por el aquilon soberbio cae y se marchita, y no es reconocida ya ni aun del lugar mismo que la vió florecer.»

Por el mismo orden se siguió cantando los versos 4, 4 y 5 del salmo 42, y los 4, 8 y 9 del salmo 103, que eran los señalados para aquel dia.

En honor de la verdad debo decir que en todos los templos protestantes, fuesen ingleses, alemanes ó franceses, igualmente que en el templo griego, vi siempre reinar el mayor decoro, compostura y circunspeccion; todos estaban llenos los domingos (único día de oficios,) y los concurrentes se conocía pertenecer á las clases mas acomodadas de la sociedad.

TEATROS.

PARIS es sin disputa el pueblo mas escénico del mundo. Cómicos los franceses por naturaleza; dotados de una extraordinaria aficion activa y pasiva á las representaciones teatrales; favorecidos de una disposicion privilegiada para su desempeño; amantes de la novedad hasta el capricho, llevando el refinamiento del gusto hasta la relajacion, y afortunados en haber alcanzado una era de riqueza y de paz: careciendo por otra parte de los goces de las sociedades privadas y de confianza á que se amolda mal su carácter y sus costumbres, han llevado el ramo de espectáculos públicos en Paris, y especialmente el de teatros, á un grado de lujo y de abundancia que no puede menos de admirar el estrangero de cualquier nacion que sea.

Veinte y tantos teatros hay abiertos diariamente en Paris, y aun no es excesivo número si se ha de calcular por la concurrencia cotidiana de que se les ve llenos y hasta henchidos y hasta rebosando por lo comun. Cada uno de ellos está destinado casi exclusivamente á la representacion de piezas de cierto género, y desde el nombrado *Academia Real de Música* hasta el de *Mr. Seraphin*, se recorre una escala inmensa descendente de todos los géneros y gustos de representacion que hasta ahora se han podido inventar.

Sus nombres son; el teatro de la *Grande Opera*, (*Academia Real de Música*;) el teatro *Italiano*; el de la *Opera cómica*, el *Teatro Real Francés*, el de *Palais Royal*; el del *Vaudeville*; el de

Variétés; el de la *Puerta de San Martín*: el *Gimnasio Dramático*; el del *Ambigu Cómico*; el de la *Alegría* (*Gaité*); el de las *Locuras Dramáticas* (*Folies dramatiques*); el del *Panteon*; el de la *Puerta de San Antonio*; el del *Circo Olímpico* (no es el circo Olímpico Nacional) el de los *Descansos cómicos* (*Délassements Comiques*); el de los *Jóvenes Comediantes*; el de los *Jóvenes Alumnos*; el del *Gimnasio de los Niños*; el de *Luxemburgo*; el del *Temple*; el de los *Funámbulos*; el de *Seraphin*; el *Café-Espectáculo*, y otros que se nombran poco y de que yo no me acuerdo en este momento.

Consulte el aficionado su gusto y sus inclinaciones, y elija á su placer. Si le gusta una *grande ópera* puesta en escena con toda la pompa, con todo el lujo, con toda la magnificencia, y con toda la prodigalidad de trages, decoraciones, actores y orquesta que puede desear y aun discurrir su imaginación, que vaya á la *Academia Real de Música*. Si desea oír los mejores cantantes que produce el país de los hechizos armoniosos, la Italia, que concurra al teatro *Italiano*. Si le agrada mas la ópera ligera, juguetona y alegre, allí tiene el de la *Opera-Cómica*. Si su génio propende al clasicismo trágico y al gusto del cómico sublime, nada le dejará que desear el teatro *Francés*. Si le placen los dramas románticos, horripilantes y tonitruosos, acuda á la *Puerta de San Martín*. Si por el contrario le divierten los enredillos alegres, ligeros y saltantes, váyase al *Vaudeville* ó al *Palais Royal* y pasará un buen rato. Si le agradan las intrigas ingeniosamente urdidas y salpicadas de sales cómicas y pensamientos espirituosos, no haga falta en el *Gimnasio Dramático*. Si quiere reír á carcajada tendida, déjese la razón á la puerta y éntrese de rondon en el de *Variétés*. Si propende á los melodramas entremezclados de bailetos grotescos, ande unos pasos mas, é ingiérase en el de la *Gaité*. Si apetece ver pantomimas, y mimo-dramas, y representar á un tiempo bípedos y cuadrúpedos, de los cuales no se sabe quien lo hace con mas maestría y habilidad, tome su billete para el del *Circo*. Si por capricho quiere ver puestos en escena los juguetes cómicos de Berquin ó

las fábulas de La Fontaine , alternados con escenas de fantasmagoría y ventriloquia , concurra al de los *Jóvenes Alumnos* de Mr. *Comte*. Si por estravagancia ó por curiosidad quiere pasar una noche inocente y puerilmente divertida , acuda al de figuras de movimiento de Mr. *Seraphin* , que aunque el último en categoría , estoy seguro que aun encontrará mucho que admirar.

Cometiera yo un pecado imperdonable de omision si me contentára con esta ligerísima reseña general , y no hiciera singular mencion de ciertas notabilísimas circunstancias , ya que no de todos , porque esto rayaría en temeridad , al menos de algunos de los mencionados teatros. Y aun no es obra de fácil desempeño para un pobre Fr. Gerundio el haber de decir algo en una materia que por su misma abundancia ahoga.

Una sola observacion anticiparé en este momento ; y es que los franceses por precision tienen que salir cómicos sobresalientes. Empiezan á ejercitarse de niños en los teatros de jóvenes ; van despues recorriendo una escala gradual ; tienen siempre grandes entradas y de consiguiente buenos sueldos ; se les encomienda *esclusivamente* el desempeño de aquellos papeles para que tienen particular aptitud ; y con todos estos y mil otros elementos seria menester que fueran muy duros de mollera para que no llegáran algun dia á ser buenos actores.

LA GRANDE OPERA.

Si me preguntan á mí, Fr. Gerundio, qué es lo que he visto de mas grandioso en Paris , diré que la Grande Opera. Si me preguntan cual es el espectáculo en que he hallado reunidos mayor número de encantos para halagar , para dar ilusion , contestaré que la Grande Opera. Si me preguntan cual es en lo que los franceses han echado el resto de su ostentosa esplendidez , responderé que en la Grande Opera.

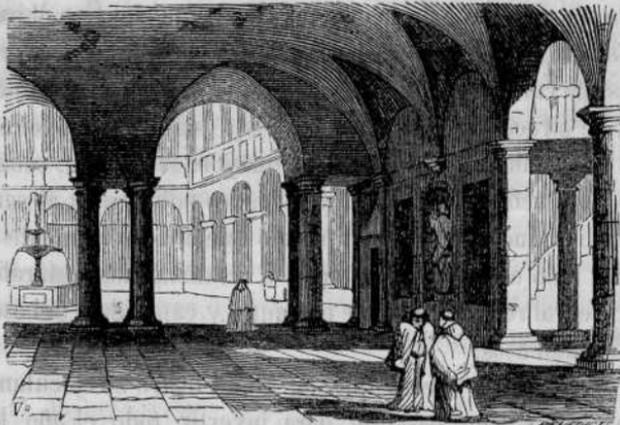
Por de contado aquella compañía lírica ya no es compañía sino batallón , pues consta de unas 950 plazas , poco mas ó menos ; me aseguraron que no llegaban á mil. Asi es que cuando la pieza exige la presentacion de un pueblo entero en la escena ; el espectador está viendo un pueblo entero representado en todas sus clases , sexos , trages y edades , y no es raro ver en el escenario quinientas ó seiscientas personas á un tiempo. Cada coro de varones que se presenta deja muy atras al de la catedral de Toledo en los tiempos de su apogeo , incluso canónigos , capellanes , racioneros , medio racioneros , niños y salmistas ; y cada coro de doncellas parece una comunidad de Beguinas , que son las comunidades femíneas mas numerosas que he conocido , como diré mas detenidamente cuando llegue á la Bélgica.

Los acompañamientos , si son régios , darian que envidiar al mismo Autócrata de las Rusias que los viese , y el número de coches que á veces atraviesan el escenario seria digna pompa del monarca mas rumboso. Si son militares , suele seguir al gefe un estado mayor y una escolta de caballería como la que acompañaba al duque de la Victoria cuando lo era de los ejércitos reunidos , que es cuanto se puede decir ni pensar , sin incluir en este número los gruesos piquetes , partidas y destacamentos de tropas griegas , romanas , persas , árabes , israelitas , cruzadas ó sin cruzar segun la época y el lugar de la escena , que presentan en ocasiones un verdadero campo de batalla. Si son eclesiásticos , suele ofrecerse á la vista un colegio de cardenales completo , ó un concilio general como el de Efeso ó el de Nicéa , ó una procesion como la del Corpus en España.

Compónese la orquesta de unos 440 á 445 instrumentistas , profesores escogidos. Asombrado se quedó Tirabeque al divisar los gruesos mástiles ó diapasones de los ocho ó diez contrabajos que semejaban los palos mayores de otros tantos buques anclados en aquella bahía filarmónica. Estruendoso y retemblante es allí un golpe de música á toda orquesta , ofensiva ya á algunos tímpanos , y que lo seria á los menos delicados en otro lugar menos vasto y anchuroso que el teatro de la Grande Opera.

En punto á decoraciones , desde luego dá idea de lo que puede esperar el espectador el magnífico telon de boca que con sus numerosas , históricas y alegóricas figuras , y su repetido lema : «*nec pluribus impar*;» ofrece que estudiar al artista y al curioso , para los entreactos de mas de una funcion. Pero esto es un pequeño prefacio del aparato escénico que se presenta una vez alzado el gran lienzo.

Supongamos que es una decoracion de montaña: el espectador ve mecerse los árboles al impulso del viento, ve volar las aves ; y cree que si le fuera permitido aproximarse al bosque arrancaría con la mano el musgo que cubre las rocas que en lontananza divisa. Supongamos que es el interior de un convento: el público ve los claústros y las galerías , ve la fuente del patio , ve á los religiosos salir de las celdas, los ve pasear y conversar, y lo ve de una manera que duda si está en el anfiteatro de la Academia Real de Música ó está realmente en el átrio de algun convento de la Merced. Si es un jardin , las rosas , lo boxes , los



arbustos no los trazó en el lienzo la mano hábil de un pintor ; son frutas cuyas ramas se mueven , se encorban al contacto del que

las roza al pasar; son yerbas que se abaten al impulso de la planta, y son rosas que se ve arrancar de su tallo, que se ve arrojar al medio del proscénio. En fin para formar idea de la perfección en las decoraciones, creo que bastaria al lector, como me bastó á mí, el ver en la escena quinta del segundo acto de la ópera *Le Freyschutz*, una cascada que se desgajaba de la cima de una roca, cuya corriente se veía, cuyo murmullo se oía, cuyas aguas mojaban, porque era agua natural. Entonces me acabé de convencer de que á los franceses nadie los aventaja en esto de presentar las mentiras bajo tal forma que parecen verdades, y las verdades bajo tal aspecto que parecen mentiras.

El cambio de decoraciones en la Grande Opera es tan súbito, tan momentáneo que casi se hace imperceptible; y es que han apurado tanto su mecánica teatral, que han hallado el medio de impulsar á un mismo tiempo todos los telones y bambalinas, elevando unos, hundiendo otros, y dando movimiento simultáneo á *supra* y *ab infra* y *ab utroque látere*. Cuando el cambio de decoraciones exige algun mas espacio, suele el teatro quedarse á oscuras; empieza á elevarse un telon que figura una espesa nube de humo; el espectador se halla entretenido en contemplar la aparente humareda y cuando acaba de elevarse el pardusco lienzo, tal vez en lugar de un paisaje romántico y severo con su castillo ruinoso de la edad media que hacia un minuto admiraba, se ofrece súbitamente á su vista una catedral gótica con todas sus capillas laterales, su altar mayor, sus arañas, sus sacerdotes, sus acólitos, su coro, y todos los adherentes al servicio del culto divino; con mas, un pueblo que ora devotamente arrodillado, todo en las dimensiones y á las distancias naturales de una catedral regular, porque el buque y capacidad del escenario son inmensos.

Pocas son las óperas que en aquel teatro se ejecutan: con cinco ó seis tienen bastante para invertir todo el año lírico; ¡tal y tan segura es la concurrencia á aquel grandioso espectáculo! Las principales son: *La Juive*, *Les Huguenots*, *Guillielme Tell*, *Robert le Diable*, *Le Freyschutz* y alguna otra; y cítolas en

francés, porque en francés está la letra y en francés se cantan, en lo cual es admirable el partido que han sacado para la música de un idioma tan ingrato, duro é inflexible á la melodía si bien no deja todavía de notar cierta inevitable aspereza que se hace mas sensible en los recitados al oído acostumbrado á la dulzura de la música italiana. Asi es que ni *Duprez* podrá cantar nunca como *Rubini*, ni la *Nathan* y la *Dorus* podran deleitar nunca como la *Grisi* y la *Persiani* (1)

Algunas noches se destina la parte principal de la funcion á *Bailes* en dos ó tres actos (de que me ocuparé luego), y entonces les antecede una piececita corta y de menos aparato escénico tal como *La Lucie*, *Le Conte Ory*, *La Xacarilla*, y tal cual otra. Cuando yo ví anunciada *La Xacarilla*, desde luego aprendí que seria cosa española, y no quise dejar de verla. No me engañé en efecto, y fué la noche mas divertida que he pasado en la Academia Real.

El argumento es español y la escena pasa en Cádiz. La letra ó sea *las palabras* como ellos dicen, son de *Scribe*, y la música de *Marliani*, que no sé si será nuestro senador por Canarias. La cosa pasa entre LAZARILLO *aspirante de marina*, NITHARDO, *primer corregidor de Cádiz*, COJUELO *negociante* y RITA *su hija*.

Era de ver al corregidor de Cádiz vestido con su sombrero de canal como un arcediano, una especie de media sotana que le bajaba hasta medio muslo, su anguarinita negra muy corta, su calzon corto con un par de pomposos lazos á cada embotonadura, su media blanca y su zapato de oreja y de boton. El alguacil apenas se distinguia del corregidor sino en que los tacones de los zapatos eran encarnados, y en que llevaba en la mano una larguísima vara, mayor todavía que las ahijadas que usan los carreteros de bueyes para agujonear á los tardos animales.

(1) En prueba de lo que allí se repiten estas óperas bastará decir que á mí me tocó asistir á la 130 representacion de los *Hugonotes* y á la 224 de *Roberto el Diablo*. Debe inferirse si tendrán algun aliciente, cuando en medio de ser tan repetidas, y costando 9 francos (36 rs.) un asiento regular, es menester acudir con mucho tiempo á proporcionarse billete, ó renunciar al placer de ver la funcion.

Pudiera creerse que el suceso pasaba en una época remota sino testificáran lo contrario el traje moderno de Rita y el comun de dos del bueno de Lazarillo y el *totum revolutum* de los vestidos de los marineros, que unos parecían pertenecer á la flota de Cristóbal Colon ó de Hernan Cortés, otros semejaban ser de la tripulacion del buque correo que sale mensualmente para la Habana; unos parecían chisperos de las Maravillas de Madrid, y otros eran un trasunto de los choriceros de Estremadura. Por supuesto que no habia gaditano ni gaditana, incluso su señoría *el gran Corregidor*, que no llevara al lado la prenda de uniforme que los franceses creen inherente á todo español de cualquier clase y calidad que sea desde la cuna hasta el sepulcro, á saber, el puñal.



Yo me reía como un simple; á Tirabeque se le llevaba el diablo, y juntos nos admirábamos de que los franceses tan hábiles,

y tan esmerados, y tan estudiosos, y tan exactos en la imitacion de la verdad en todo lo que pertenece á trages, costumbres, obras y sucesos de otros paises, incurran en tan absurdas aberraciones, en tan abultados disparates cada y cuando que se les ofrece pintar escenas españolas, no conociendo un pueblo que solo divide del suyo una sierra de medianeria mas que pudieran conocer el pais de los *Aborígenes* ó del *Lilliput*, y pintando á los españoles tan á ciegas como pudieran pintar á los planetícolas.

EL BAILE.

Hay en la compañía de la Grande Opera una seccion no menos numerosa que la de orquesta. Las piezas líricas de primer órden están dispuestas de modo que en todas ellas toma parte una fraccion de la comunidad saltante, y cuando la pieza es pequeña, entonces es cuando se ejecutan como insinué atrás, los bailes pantomímicos en dos ó tres actos; pero bailes tan bellos, tan fantásticos que la imaginacion no puede concebir nada mas risueño, nada mas encantador; tan primorosamente ejecutados, que despues de dos ó tres horas de baile se desearia que volviera á empezar. Sus argumentos son tan largos y tan complicados como los de una comedia, son dramas bailados; y aunque no se articula una sola palabra, tal es la espresion que saben dar al gesto y á la accion pantomímica, que el espectador se penetra de todas las situaciones, conoce todos los sentimientos, y se interesa en pró ó en contra de los actores, odiosos ó amables, desgraciados, crueles, virtuosos ó impasibles: llegando el efecto de la sensacion hasta hacer enternecerse en favor de tal bailante, que brinca que se las pela, pero que ha demostrado que danza muy á su pesar y obedeciendo un hado funesto que le persigue.

La ejecucion escede á cuantas hipérboles se pudieran usar; la *Taglioni* y la *Grissi*, por ejemplo, ya no parecen dos criaturas

humanas, parecen dos seres aéreos que voltigean por los aires, dos blancos vapores que tan pronto tocan fugazmente al suelo como se elevan velozmente por la atmósfera. Acaso no hay nada en que medie tan *inmensa* distancia de nuestros teatros principales al de la Grande Opera de Paris como en los bailes; es distancia que solo la imaginacion del que ha visto unos y otros puede abarcar (1).

Los argumentos de estos bailes pantomimicos son tambien interesantes, ó por lo tiernos, ó por lo caprichosos. *La Tarántula*, *El Diablo amoroso*, *Gigelle ó las Wilis*, todos son fantásticos, bellos, de una ilusion indefinible. Creo que mis lectores verán sin disgusto el argumento de uno de estos dramas singulares, y si leido les inspirase algun interés, calcularán si les agradaria puesto en escena.

GISELA Ó LAS WILIS.

BAILE FANTASTICO EN DOS ACTOS.

Tradicion alemana: de la cual está tomado el asunto del baile de Gisela ó las Wilis.

Existe una tradicion de la danza nocturna conocida en los paises Slavos bajo el nombre de Wili.

Las wilis son jóvenes desposadas que murieron antes del dia de sus bodas; estas pobres muchachas no pueden permanecer tranquilas en sus sepulcros. En sus corazones apagados, en

(1) Como conocerá el lector, esto está escrito antes que se introdujeran en los teatros españoles los bailes franceses. Hay sin embargo todavía una gran distancia de estos á aquellos en cuanto á la ejecucion y al aparato escénico.

sus pies muertos, ha quedado ese amor al baile que no han podido satisfacer en vida, y á media noche se levantan, se reunen en cuadrillas en medio del camino, y desgraciado del jóven que las encuentra, porque se vé obligado bailar con ellas hasta que caé muerto.

Adornadas con sus vestidos de boda, coronadas sus cabezas de flores y brillando en sus dedos anillos preciosos, las wílis bailan á la claridad de la luna: sus semblantes, aunque de una blancura de nieve, son hermosos y llenos de juventud. Rien con una alegría tan pérfida y os llaman con un aire tan seductor, que estas bacantes muertas son irresistibles.

ACTO PRIMERO.

El teatro representa un risueño valle de la Alemania. En el fondo se ven colinas cubiertas de viñas, un sendero conduce al valle. Viñedos en los ribazos de la Turingia.

Apenas es de dia. Los viñadores se alejan para continuar su recoleccion.

Hilarion aparece, mira á su alrededor, como para buscar á alguien; en seguida señala la choza de Gisela con amor, y la de Luis con cólera. *En esta habita su rival. Si alguna vez puede vengarse de él lo hará con buen éxito.* La puerta de la choza de Luis se abre misteriosamente, Hilarion se oculta para ver todo lo que va á pasar.

El jóven duque Alberto de Silesia, bajo el traje y nombre de Luis, sale de su casita, acompañado de su escudero Wilfrido. Este parece aconsejar al duque que renuncie á un proyecto secreto; pero Luis persiste señalando la casa de Gisela; este sencillo techo cobija á la que él ama, al objeto de su única ternura... Ordena á Wilfrido que le deje solo, Wilfrido vacila aun, pero á un gesto de su señor, le saluda respetuosamente y se aleja.

Hilarion queda estupefacto, viendo á un gran señor, segun aparenta serlo Wilfrido, prodigar tantas atenciones á un simple aldeano como parece ser su rival. Concibe sospechas que aclarará mas tarde.

Luis, ó mas bien el duque Alberto, se aproxima á la choza de Gisela y llama piano á la puerta. Hilarion permanece siempre oculto. Gisela sale al momento y corre hácia los brazos de su amante.

Transportes, felicidad de dos enamorados. Gisela cuenta á Luis que ha soñado tener celos de una hermosa dama á quien Luis ama y prefiere. Luis turbado la tranquiliza: no ama ni amará mas que á ella. *Es que si tu me engañas, dice la niña me muero sin remedio;* y lleva la mano á su corazon como para decirle que sufre mucho. Luis la tranquiliza colmándola de tiernas caricias.

Gisela coge margaritas y las deshoja para averiguar si la amaba Luis.

La prueba le sale bien y se deja caer en los brazos de su amante

Una cuadrilla de jóvenes vendimiadores vienen en busca de Gisela para las vendimias. Está amaneciendo y este es el momento de ir á ellas, pero Gisela, loca con el baile y los placeres, detiene á sus compañeras. La danza es despues de Luis lo que mas ama en este mundo. Propone á las viñadoras que se diviertan en lugar de ir al trabajo. Baila primero sola para estimularlas. Su alegría, su entusiasmo y sus pasos llenos de seducción que mezcla con demostraciones de amor hácia Luis, son inmediatamente imitados por aquellas, quienes dejan á un lado las canastas é instrumentos del trabajo, y gracias á Gisela, la danza no tarda en ser un delirio ruidoso y general (1) Berta, madre de Gisela, sale entonces de su choza.

¡Eso es! ¡bailando siempre! dice á Gisela.... *por la tarde....*

(1) Aqui son ya unas veinte jóvenes las que bailan con Gisela..

por la mañana.... esta es una verdadera pasión.... en vez de trabajar, de cuidar la casa.....

—*Baila tan bien!* dice Luis á Berta.

—*Es mi único placer,* responde Gisela, *como él,* añadió señalando á Luis, *es mi única felicidad!!*

—*Bah,* dice Berta, *estoy segura que si esta loquilla muriese, se volvería wili y bailaría despues de su muerte como todas las muchachas que han gustado demasiado del baile.*

—*¿Qué decis?...* esclaman las jóvenes viñadoras con espanto, apiñándose unas con otras.

Entonces al son de una música lúgubre parece representar una aparición de muertos que vuelven al mundo y danzan juntos.

Oyense á lo lejos sonatas de caza. Luis inquieto á este ruido dá aceleradamente la señal de partida para las vendimias, y se lleva tras sí á los aldeanos.

El príncipe y Batilde su hija, se presentan á caballo acompañados de una numerosa comitiva de señores, damas y cazadores con alcones en la mano (1).

La vendimia está hecha. Un carro adornado de pámpanos y flores llega lentamente seguido de todos los aldeanos y aldeanas del valle con sus canastas llenas de racimos. Un pequeño Baco es conducido triunfalmente caballero sobre un tonel, segun la antigua tradicion del pais (2).

Rodean á Gisela, la declaran reina de las vendimias, y la coronan con flores y pámpanos, Luis está mas enamorado que nunca de la hermosa viñadora. La mas loca alegría se apodera de todos los aldeanos.

Se celebra la fiesta de las vendimias!.....

Gisela puede ahora entregarse á su gusto favorito; conduce

(1) Se presentan en la escena varios coches y mucho acompañamiento á caballo.

(2) El carro, los pámpanos, todo es verdadero: esta nueva compar-
sa de aldeanos y aldeanas es numerosa: todos bailan.

de la mano á Luis en medio de la cuadrilla de viñadores, y baila con él rodeada de todo el pueblo, que no tarda en unirse á los jóvenes amantes



ACTO SEGUNDO.

El teatro representa una floresta sobre el borde de un estanque, un sitio húmedo y fresco en que crecen los juncos, las cañas, y multitud de flores salvages y plantas acuáticas; abedules, pobos y sauces llorones inclinan hasta el suelo sus pálidos follages. A la izquierda debajo de un ciprés se levanta una cruz de mármol blanco en el que está grabado el nombre de Gisela. El sepulcro está como enterrado en una vegetación espesa y entre yerbas del campo. La luz azulada de una luna muy viva alumbrá esta decoración y la dá un aspecto frio y vaporoso.

Algunos guardas llegan por las avenidas de la floresta, y parece buscar un sitio á propósito para ponerse en acecho: van á

situarse á la orilla del estanque cuando acude Hilarion. Este manifiesta el mas vivo terror adivinando los proyectos de sus camaradas: *este es un sitio maldito*, les dice, este es el círculo de baile de las wilis. Enséñales la tumba de Gisela... de Gisela que bailaba siempre. Reconoce que está allí por la corona de pámpanos que llevaba en la frente durante la fiesta, y que está suspendida de la cruz de mármol.

En este instante oyense sonar las doce de la noche á lo lejos; esta es la hora lúgubre en que, según la crónica del pais, las wilis se presentan en su sala de baile.

Hilarion y sus compañeros escuchan el reloj con terror, miran temblando al rededor, porque esperan la aparicion de las ligeras fantasmas. *Huyamos*, dice Hilarion, *las wilis son inexorables, se apoderan de los viajeros y los hacen bailar con ellas hasta que mueren de fatiga ó desaparecen en el lago que veis desde aqui*. Una música fantástica comienza entonces: los guardas palidecen, tiemblan, y huyen en distintas direcciones con las señales del mayor espanto, perseguidos por fuegos fátuos que aparecen por do quiera (1).

Un manojo de juncos marinos se entreabre entonces lentamente, y del seno del húmedo follage se vé lanzarse á la ligera Mirta, sombra trasparente y pálida; *la reina de las wilis*. Lleva consigo una claridad misteriosa que alumbrá súbitamente la floresta, ahuyentando las sombras de la noche. Asi sucede todas las veces que las wilis aparecen. Sobre las blancas espaldas de Mirta, palpitan y tiemblan sus alas diáfanas, en las cuales la wili puede envolverse como en un velo de gasa.

Esta aparicion impalpable no puede estarse quieta, y lanzándose tan pronto sobre un monton de flores, como sobre una rama de sauce, voltigea aquí y allí, corriendo de arriba á abajo y pareciendo reconocer su pequeño imperio, del que cada noche ve-

(1) Una porcion de luces fosfóricas se ven volar por la escena con el vuelo incierto de las mariposas.

nia á tomar nueva posesion. Se baña en las aguas del lago, luego se suspende de la rama de los sauces y se columpia. Despues de un paso bailado por ella sola, toma una rama de romero y vá tocando con ella alternativamente las plantas, las flores y los matorrales.

A medida que el florido cetro de la reina de las wilis se detiene sobre un objeto, la planta, la flor y el matorral se entreabren y dan salida á una nueva wili que viene á su vez á agruparse graciosamente al rededor de Mirta, como las abejas al rededor de su reina. Esta, desplegando entonces sus alas azuladas sobre sus súbditas, les dá la señal del baile. Muchas wilis se presentan entonces alternativamente delante de la soberana.

Noyna la odalisca, ejecuta un paso oriental; despues Zulmé, la Bayadera, hace sus actitudes indianas; dos francesas figuran una especie de gracioso minué; despues dos alemanas walsean juntas... finalmente la cuadrilla toda de las wilis, muertas por haber amado demasiado el baile, ó muertas demasiado pronto, sin haber satisfecho bastante esa loca pasion, á la cual parecen entregarse todavia con furor bajo su graciosa metamórfosis.

A una señal de la reina cesa el baile fantástico. Anuncia una nueva hermana á sus súbditas y todas se colocan á su alrededor.

Un rayo de luna vivo y claro refleja sobre la tumba de Gisela, las flores que la cubren se levantan é inclinan sobre sus tallos como para dar paso á la blanca criatura que ellas encierran.

Gisela aparece envuelta en su ligero velo. Se adelanta hácia Mirta que la toca con su rama de romero, el velo caé.... Gisela está trasformada en wili: sus alas nacen y se desarrollan..... sus pies apenas tocan al suelo. Baila ó mas bien dá vueltas en el aire, como sus graciosas hermanas, recordando é indicando con alegría el paso que ha bailado en el primer acto antes de su muerte.

Oyese un ruido lejano. Todas las wilis se dispersan y ocultan detras de las cañas.

Jóvenes campesinos que vienen de la fiesta de la aldea veci-

na atraviesan alegremente la escena conducidos por un anciano; van á alejarse, cuando oyen una música deliciosa, el aire del baile de las wilis; los aldeanos parece experimentar á pesar suyo un extraño deseo de bailar. Las wilis no tardan en rodearlos, los enlazan y fascinan con sus posturas voluptuosas. Cada cual intenta detenerlos á su arbitrio con las figuras de su baile nativo.... los aldeanos convidados van á dejarse seducir, bailar y morir, cuando el anciano se arroja en medio de ellos, les dice espantado el peligro que corren, y se salvan todos perseguidos por las wilis, furiosas al ver que se les escapa su presa.

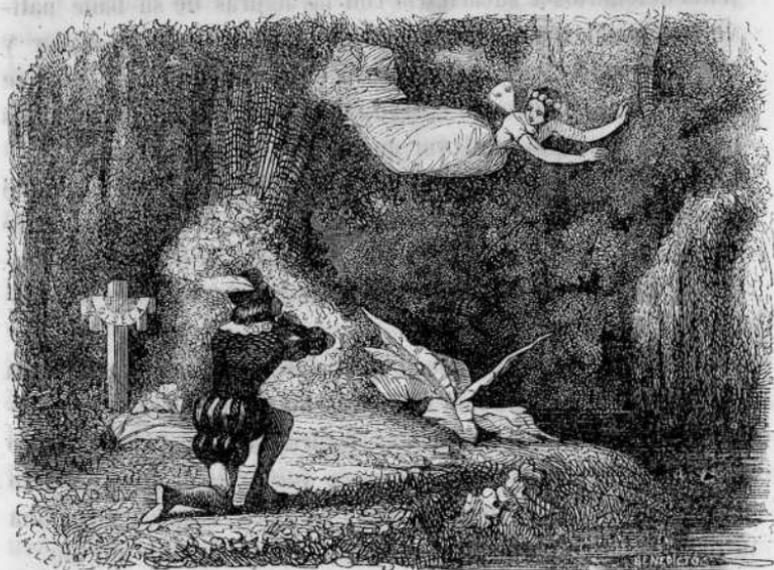
Sale Alberto seguido de Wilfrido su fiel escudero. El duque está triste, pálido, su vestidura en desórden, su razon casi estraviada á consecuencia de la muerte de Gisela. Se aproxima lentamente á la cruz, parece buscar un recuerdo y querer coordinar sus ideas confusas.

Wilfrido suplica á Alberto que le siga y no se detenga cerca de este fatal sepulcro que le representa tantos pesares.... Alberto le manda que se retire.... Wilfrido insiste todavia, pero Alberto le ordena con tanta firmeza que le deje, que Wilfrido se vé obligado á obedecer, y sale; si bien resuelto á hacer una última tentativa para separar á su señor de este sitio funesto.

Apenas queda solo Alberto, dá rienda suelta á su dolor; su corazon se despedaza, se deshace en lágrimas, de repente palidece, sus miradas se fijan en un objeto extraño que se dibuja delante de sus ojos.... queda herido de sorpresa y casi de terror al reconocer á Gisela que le mira con cariñosa dulzura.

Víctima del mas violento delirio, de la mas viva ansiedad, duda aún y no se atreve á creer lo que vé, porque ya no es la linda Gisela, tal como la habia adorado, sino Gisela la wili, en su nueva y graciosa metamórfosis, siempre inmóvil delante de él. La wili parece llamarle solamente con miradas. Creyéndose Alberto bajo el imperio de una dulce ilusion, se aproxima á ella á pasos lentos y con precaucion, como un niño que quiere coger una mariposa sobre una flor. Pero en el momento en que se estiende la mano hácia Gisela, ésta, mas rápida que un relámpa-

go, huye de él y vuela atravesando los aires como una tímida paloma para posarse en otro sitio, desde donde le dirige miradas llenas de amor.



Este paso, ó mas bien este vuelo, se repite muchas veces con gran desesperacion de Alberto, que intenta inútilmente alcanzar á la wili, huyendo algunas veces por encima de él como un ligero vapor.

De vez en cuando le hace un gesto de amor, le arroja una flor que coge sobre su tallo, y le dirige un beso; pero impalpable como una nube, desaparece cuando Alberto cree que puede cogerla.

Al fin renuncia á su tentativa, se arrodilla cerca de la cruz y junta las manos delante de ella en ademan suplicante. La wi-

li atrahida por este mudo dolor, tan lleno de amor, se lanza ligeramente cerca de su amado; Alberto la toca, y ya ébrio de amor y de felicidad va á apoderarse de ella, cuando deslizándose dulcemente de entre sus brazos, se desvanece en medio de las rosas, y Alberto cerrando sus brazos no abraza mas que la cruz del sepulcro.

La desesperacion mas profunda se apodera de él, se levanta y vá á alejarse de este sitio de dolor, cuando el mas extraño espectáculo se ofrece á su vista y le fascina en términos que queda inmóvil, como petrificado y forzado á ser testigo de la extraña escena que se representa ante sus ojos.

Oculto tras de un sauce, Alberto ve aparecer al desgraciado Hilarion perseguido por toda la turba de wilis.

Pálido, temblando, casi muerto de miedo, el guarda del coto cae al pie de un árbol, y parece implorar la piedad de sus locas enemigas. Pero tocándole con su cetro la reina de las wilis le obliga á levantarse y á imitar el movimiento de baile, que ella ejecuta en torno suyo.... Hilarion impelido por una fuerza mágica, baila á pesar suyo con la hermosa wili, hasta que esta lo cede á una de sus compañeras que á su vez lo cede tambien á otra y asi sucesivamente hasta la última.

Cuando el desgraciado cree terminado su suplicio al ver fatigada á su compañera, otra la reemplaza con nuevo vigor é Hilarion agotando sus fuerzas al sonido de una música cada vez mas rápida, concluye por temblar y sentirse abrumado de laxitud y dolor.

Tomando al fin un partido desesperado, trata de escaparse, pero las wilis le cercan con un vasto círculo, que se estrecha poco á poco, le encierran y se convierte en un wals rápido, al cual un poder sobrenatural le obliga á mezclarse. Un vértigo terrible se apodera entonces del guarda del coto, que sale de los brazos de una bailarina para caer en los de otra.

Rodeada la víctima por todas partes en esta graciosa jaula siente doblarse sus rodillas. Cierránse sus ojos, nada vé ya... y baila sin embargo todavia con ardiente frenesí. La reina de las

wilis se apodera de él y le obliga á dar vueltas y á walsar por última vez con ella, hasta que llegando el pobre diablo al borde del lago, último anillo de la cadena de las bailarinas, abre los brazos creyendo coger una nueva, y baja rodando al abismo! Las wilis empiezan entonces una bacanal alegre, dirigida por su reina victoriosa, cuando una de ellas descubre á Alberto, y le conduce al círculo mágico, todavía aturdido de lo que acaba de presenciar.

Las wilis se muestran regocijadas por haber hallado otra víctima: su tropa cruel se agita ya en derredor de esta nueva presa; pero en el momento en que Mirta va á tocar á Alberto con su cetro encantado, Gisela se lanza y detiene el brazo de la reina levantado sobre su amante.

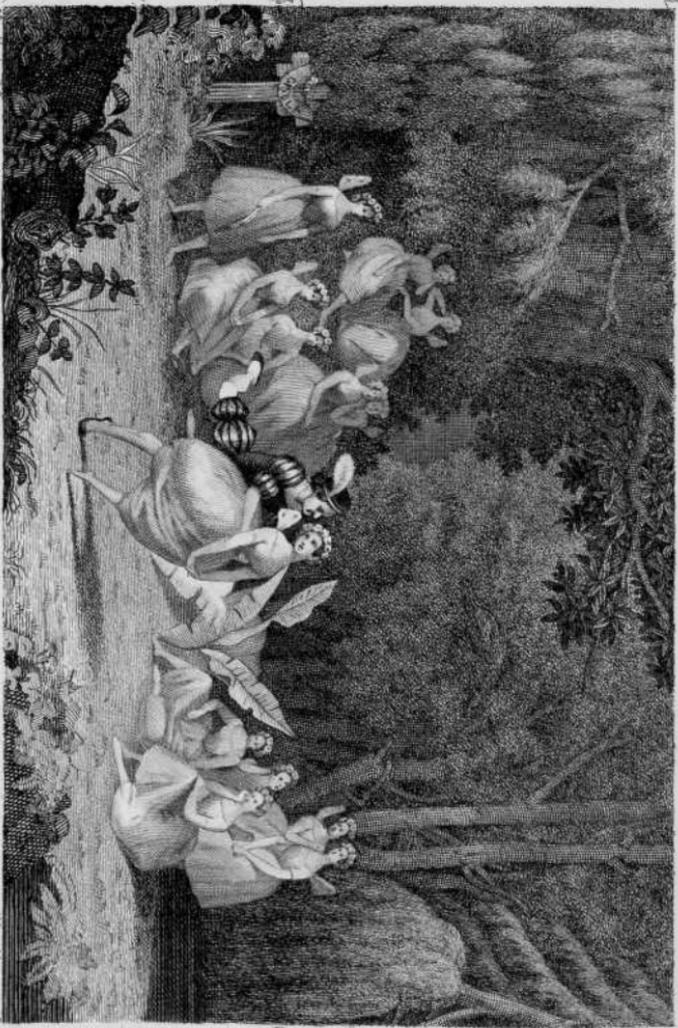
Huye dice Gisela á su amado, huye ó mueres, como Hilarion, añade señalándole el lago.

Alberto permanece un instante sobrecogido de espanto á la idea de participar de la funesta suerte del guarda del coto. Gisela aprovecha este momento de indecision para coger la mano de Alberto; los dos se dirigen como impelidos de una fuerza mágica hácia la cruz de mármol, indicándole Gisela este signo sagrado como su égida, como su única salvacion.

La reina y todas las wilis le persiguen hasta la tumba; pero Alberto protegido por Gisela llega hasta la cruz y la abraza; y al momento en que Mirta va á tocarle con su cetro la rama encantada se rompe entre las manos de la reina, que se detiene asi como todas las wilis, sorprendidas y asustadas.

Furiosas las wilis al verse engañadas de este modo en sus crueles esperanzas, se abalanzan muchas á él y son rechazadas por un poder superior al suyo. La reina entonces queriendo vengarse de la que le arrebató su presa, estiende la mano sobre Gisela, cuyas alas se abren inmediatamente y se pone á bailar con el mas gracioso y extraño entusiasmo, y como arrastrada por un delirio involuntario.

Alberto inmóvil la mira cansado y confundido con esta escena extravagante; pero muy luego las gracias y las actitudes encan-



„Muchas veces se paran para caer en los brazos de uno del otro, y en seguida la muajica fantástica les da nuevas fuerzas y nuevo ardor.“